

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Colegio de Letras Clásicas

De philosophiae vicissitudinibus brevis narratio:
Una historia de la filosofía para la juventud mexicana.

Tesis,
que para obtener el título de Licenciada en Letras Clásicas presenta

Janet Roxana Hernández Hernández

Asesora de tesis
Dra. Carolina Ponce Hernández

Septiembre de 2006



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis padres y hermano:

A ti, mamá, por todo tu amor sin condiciones ni fin, por tus desvelos junto a mí y por la fuerza que siempre me transmites.

A ti, papá, por las lecciones de vida que me has dado y por enseñarme el valor del trabajo, la constancia y la responsabilidad.

A ti, Miguel, porque más que la sangre nos une la confianza, el cariño y la amistad.

AGRADECIMIENTOS

Dios, te agradezco de todo corazón por darme la confianza y la fortaleza necesarias para concluir este trabajo.

A la Universidad Nacional Autónoma de México por todo lo que ha significado en mi vida. A la Facultad de Filosofía y Letras por nutrir mi espíritu en sus aulas.

Dra. Carolina, gracias infinitas por sus enseñanzas, por sus consejos, por su valiosa guía, por todas sus palabras de aliento. Muchas gracias, maestra, por las plácidas tardes en que hablamos sobre Andrés de Guevara.

Dra. Carmen Rovira, le agradezco su interés en mi trabajo y sus doctas pláticas que me animan a aprender más sobre nuestra filosofía.

Dr. Julio Pimentel, gracias por su disposición, y sobre todo, por enseñarme mis primeras letras latinas a través del extraordinario cálamo de Marco Tulio Cicerón.

Leti, gracias por acompañarme en los momentos críticos. David, gracias por tu apoyo, tolerancia y comprensión.

Agradezco a toda mi familia por el cariño que me tienen. A mis abuelos: Mamaía (que en paz descanse), Mamajuana y Papachico, a quienes siempre tengo en el corazón a pesar de la distancia y a quienes debo la parte de mí que más me enaltece, mi identidad indígena; a mis tías Bertha, Bárbara, Cata y Lali; a mis tíos Lipe, Ángel y Chico, a mi tío Toño, a mi tío Graciano, cuya vasta biblioteca fue para mí una motivación para las letras muy temprana. A todas las primas y primos: a los que me vieron crecer y a aquellos con los que crecí. Gracias a todos. Los amo a todos.

Finalmente, quiero agradecer las palabras de apoyo y aliento de todos mis amigos: Gabriel, tú eres el amigo de mi vida, gracias por nuestra hermosa amistad. Mirsa, gracias por acompañarme en el difícil camino de las Letras Clásicas, realmente no sé qué hubiera hecho sin ti. Judith, gracias por todas nuestras pláticas, por tus sabios consejos, por ser la colega que más quiero. Leslie, gracias por las risas, por el llanto, por compartir tu tiempo y tu espacio conmigo. Gaby, mil gracias por tu apoyo en estos días, no sabes cómo me has hecho sentir bien, eres un ángel. Al camarada Artemio también le doy gracias por su acompañamiento en este proceso y por la amistad que ha surgido de él. A todos los que fueron mis compañeros de lucha en 1999, nunca he dejado de dar gracias a la vida por juntar nuestros destinos.

Gracias a todos. Gracias por siempre.

Janet Roxana Hernández Hernández

Esta investigación fue realizada con el apoyo del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología en el marco del Proyecto CONACYT 40813 “Filología, humanismo y tradición clásica. Problemas y perspectivas comunes”.

ÍNDICE

Prólogo

I. Andrés de Guevara y Basoazábal: Una vida marcada por las vicisitudes de su tiempo	4
II. La obra de Andrés de Guevara y Basoazábal: Las cartas, los pasatiempos y la filosofía de un jesuita mexicano desterrado en Italia	23
III. <i>De philosophiae vicissitudinibus brevis narratio</i> : Una historia de la filosofía para la juventud mexicana	65
Conclusiones	82
IV. Texto latino, traducción y notas	85

Apéndice

PREFACIO

Emprendí esta investigación acerca de la vida y obra del jesuita guanajuatense Andrés de Guevara y Basoazábal por sugerencia de la Dra. Carolina Ponce, del Colegio de Letras Clásicas, y de la Dra. María del Carmen Rovira, del Colegio de Filosofía. La propuesta fue que yo elaborara una traducción del latín al español de alguna parte de la gran obra del jesuita mexicano del siglo XVIII intitulada *Institutiones philosophicae ad usum mexicanae juventutis*. La Dra. Rovira se hallaba particularmente interesada en la lógica de Guevara, sin embargo, con la promesa de que haría una traducción de la lógica después de cubrir el requisito de mi titulación, decidí traducir la parte correspondiente a la historia de la filosofía por considerarla materia más familiar a mi formación de clasicista.

Debo confesar que caí en esta investigación un poco incautamente, pues casi nada sabía de Andrés de Guevara (solamente era de mi conocimiento que había sido uno de los jesuitas mexicanos expulsos del siglo XVIII). Y sin embargo, a pesar de estas limitaciones, pude aventurar algunas hipótesis, tomando en cuenta que, si se me solicitaba con tal urgencia una traducción de los textos latinos de Guevara, sería porque

- a) La obra del jesuita mexicano no había sido traducida y, por ello, era prácticamente desconocida entre los estudiosos de la filosofía en México.
- b) Los textos de Andrés de Guevara son de vital importancia para comprender una buena parte de la historia del pensamiento filosófico en nuestro país.

Con apenas estas dos hipótesis muy generales, me di a la tarea de escrutar cuanto fondo bibliográfico antiguo encontré a mi paso, con la expectativa de hallar en ellos alguna edición de la obra de Guevara. Las vicisitudes de esa difícil búsqueda y los resultados que arrojó se plasman en buena parte del capítulo segundo de esta tesis. Al examinar varios ejemplares, pude darme cuenta de que algunos de ellos, los editados en

España, contaban con el sello de la Inspección General de Instrucción Pública de ese país, lo cual confirmaba el uso de las *Institutiones* de Guevara en la enseñanza de la filosofía en España. Entonces me surgieron muchas preguntas en torno a qué había llevado a Guevara o a su obra a España, de qué cualidades gozaba su obra como para ser admitida como texto oficial en los seminarios de Europa, en qué circunstancias de su vida escribió este curso de filosofía, en fin, todo lo relativo a su vida y a su formación.

Me dediqué entonces a buscar a Andrés en los libros: en los repertorios bibliográficos, en las enciclopedias, en los tratados de filosofía, en los compendios de textos filosóficos mexicanos, en los escritos de sus compañeros de destierro, en las tesis, en las revistas, y hasta en Internet ... Y siempre lo encontré, pero de un modo muy difuso y parcial, excepción hecha de las investigaciones que en 1972 y 1982 realizó el Dr. José Ignacio Palencia, profesor de esta facultad.

Descubrí, pues, que efectivamente una gran parte de los estudiosos de la filosofía en México tienen conciencia de su valor, pero sólo uno, el Dr. Palencia, ha podido leer sus textos tal y como él los concibió. Mario Magallón Anaya ha hecho a este respecto un comentario muy atinado en su artículo *Aporías de la filosofía novohispana*: “Guevara y Basoazábal es el filósofo novohispano más original en su obra filosófica, aunque hasta hoy no ha tenido ningún reconocimiento ni menos aún se lo reivindica. Hasta la actualidad su filosofía ha sido poco estudiada, seguramente por no haber sido traducido del latín al español. Es un autor que, a pesar de su relevancia filosófica es prácticamente desconocido, incluso por muchos filósofos mexicanos y por los jóvenes estudiantes de filosofía.” Esto es del todo cierto, porque no existe una traducción íntegra de ninguna parte de la obra de Guevara.

En cuanto a la traducción, fue pionero Don Gabriel Méndez Plancarte, que tradujo algunas partes. Y aunque el Dr. Palencia también realizó traducciones parciales

de las *Institutiones*, sigue haciendo falta una traducción completa que además incluya el texto latino como testimonio del gran talento que Don Andrés tuvo para las *litterae humaniores*, a la par de su actividad filosófica. En este contexto particular mi trabajo pretende contribuir en algo a la difusión del estudio de los textos de Guevara.

Al final, llegué a aprender mucho sobre la vida y la obra del guanajuatense, y en este aprendizaje gradual, se fue multiplicando en mí, por un lado, una profunda admiración hacia él, y por otro, la urgencia por resolver muchas dudas que aún se ciernen sobre su figura. Comprendí entonces que esto representa una labor ingente, para la cual no es suficiente una sola vida, sino la conjunción de distintas perspectivas. He aquí, pues mi aportación; la presento con el ánimo de contagiar a cuantos la lean del mismo vivo interés que suscitó en mi persona.

Dado que es un autor hasta ahora muy poco estudiado, acompañé el texto y la traducción de un estudio introductorio que consta de tres partes: en la primera, expongo lo más que he podido indagar acerca de la vida de Guevara y Basoazábal; en la segunda, todo lo referente a su obra, y en la tercera, lo relativo a la parte de la extensa obra de Guevara que me correspondió traducir.

No me resta más que agradecer nuevamente a la Dra. Ponce y a la Dra. Rovira el acierto de poner en mis manos una tarea que disfruté mucho y de la que aprendí mucho más de lo que realmente esperaba.

I. ANDRÉS DE GUEVARA Y BASOAZÁBAL:
UNA VIDA MARCADA POR LAS VICISITUDES DE SU TIEMPO

“Tiene la patria no sé qué dulzura
que siempre gira el corazón por ella,
sin hallar otro bien en su amargura
ni en sus viajes ideales otra estrella...”

Juan Luis Maneiro

Arrancado de la patria en edad florida, ya casi comenzando a envejecer en suelo ajeno y no distinguido con renombre alguno: tal era la visión que de sí mismo Andrés de Guevara y Basoazábal plasmó en 1796, a sus cuarenta y ocho años de edad, en la dedicatoria de la primera edición de su obra a los Doctores de la Real Academia de Guatemala¹. Vivía en Roma en aquel tiempo, siguiendo la vocación de maestro propia de los de su orden, la Compañía de Jesús, que había sido suprimida veintitrés años atrás. Para entonces, habían encontrado la muerte lejos de la patria los más eminentes jesuitas mexicanos del siglo XVIII: Rafael Campoy en 1777, Diego José Abad en 1779, Francisco Javier Clavijero en 1787, Francisco Javier Alegre en 1788, Agustín Pablo Castro en 1790. Todos ellos, con su especial amor a la tierra que comenzaron a abandonar un 25 de junio de 1767, violentados por el decreto del rey Carlos III, el Borbón, y con su profundo deseo de renovación de la filosofía, influyeron en Andrés de Guevara de una manera que no podemos precisar del todo, pues pocos son los testimonios directos que hasta ahora se tienen de su vida.

Por el año de 1786, Rafael de Zelis, un jesuita veracruzano apenas un año mayor que Guevara, escribió en Roma un catálogo en el que figuraban los nombres de sus compañeros, sus fechas de nacimiento, de ingreso a la compañía y de muerte, sus lugares de nacimiento, los colegios de los que procedían y los estudios o cargos en los que se ocupaban el día de la expulsión². A este documento debemos los datos más precisos de la vida de Guevara. Con el número 624, figura en dicho catálogo Andrés

¹ Dice, hablando de su propia obra, que ésta proviene *ab auctore quem tametsi natum in Novohispanis, aetate tamen florida revulsum a patria, et in alieno solo jam prope senescentem, nec ullo distinctum nomine, certissime non audiistis*: de un autor al que muy seguramente no habéis escuchado, quien, aunque nació en la Nueva España, no obstante fue arrancado de la patria en edad florida, que ya casi comienza a envejecer en suelo ajeno y que no ha sido distinguido con renombre alguno. (GUEVARA Y BASOAZÁBAL, Andrés de, *Prodromus ad institutiones philosophicas sive elementa matheseos*, p. III.) La traducción es mía.

² Los manuscritos de Zelis y otros documentos fundamentales para la historia de los jesuitas expulsos fueron publicados en 1944 por el P. Mariano Cuevas de la Compañía de Jesús. Rafael de Zelis nació en Veracruz el 23 de octubre de 1747; ingresó en la Compañía en marzo de 1765 y el día del arresto se hallaba en Tepetzotlán, al igual que nuestro autor.

Vasoazábal, nacido en Guanajuato el 30 de noviembre de 1748, cuya fecha de ingreso a la Compañía de Jesús fue el 18 de mayo de 1764 y que se hallaba en el Colegio de Tepotzotlán en calidad de sacerdote escolástico³.

De estos primeros datos, llama la atención en primer lugar el nombre de nuestro autor. Las fuentes consultadas ofrecen algunas variantes más: el manuscrito (del que hablaremos más tarde) que Andrés envió a Guanajuato en 1789 aparece firmado con el nombre “Andrés de Basoasabal”, corregido en “Andrés de *Guevara* y Basoasabal”⁴. Entre los bienes confiscados a Maneiro en su fugaz estancia en México⁵, figura una carta de “don Andrés Besoazabal escrita en Bolonia, a nueve de diciembre de noventa y ocho [...]”⁶ José Mariano Beristain de Souza y José Medina Toribio lo llaman “Andrés Bazuerzabal”; Félix Osores, “Andrés José María Guevara Bazuazabal”; Francisco Zambrano y José Gutiérrez Casillas, “Andrés Guevara Vasoazabal”. Emeterio Valverde Téllez, Gabriel Méndez Plancarte, Bernabé Navarro y José Ignacio Palencia lo llaman “Andrés de Guevara y Basoazábal”, apeándose al nombre que figura en las portadas de las distintas ediciones de la obra de nuestro autor intitulada *Institutiones philosophicae*.

³ ZELIS, Rafael de, “Catálogo de los sujetos de la Compañía de Jesús que formaban la Provincia de México el día del arresto, 25 de junio de 1767” en *Tesoros documentales de México. Siglo XVIII*, México, Galatea, 1944, p. 286-287.

⁴ No es posible precisar si la corrección salió de la pluma del propio Andrés de Guevara o si corresponde a una corrección hecha posteriormente. José Ignacio Palencia afirma que la corrección es de puño y letra del jesuita guanajuatense (cfr. PALENCIA, José Ignacio, Introducción a *Pasatiempos de cosmología o entretenimientos familiares acerca de la disposición del universo*, México, Gobierno del Estado de Guanajuato / Universidad de Guanajuato, 1982, nota 1 de la p.2) ; en mi opinión, este es un aspecto que debe investigarse más a fondo por medio de un concienzudo análisis del manuscrito que nos permita ofrecer las pruebas que confirmen cualquier afirmación.

⁵ En 1798 el rey concedió una licencia a Juan Luis Maneiro y otros exjesuitas que les permitía el regreso a México; sin embargo, a partir del mes de julio de 1801 enfrentaron un proceso legal que tenía como finalidad expulsarlos de nueva cuenta, pues el gobierno novohispano temía que estos jesuitas, empapados de las ideas revolucionarias que en ese entonces cundían por Europa, animaran a sus compatriotas a emprender un movimiento de independencia. Aunque el exjesuita aceptó la orden del virrey Pedro Cevallos con absoluta sumisión, no dejó de pedirle que se le concediera la gracia de morir en la patria. Esta petición fue favorable a Maneiro, pero cuatro meses después de haberla obtenido, el 16 de noviembre de 1802, falleció en la Ciudad de México.

⁶ Este dato está tomado de una declaración que Maneiro hizo de sus bienes en el proceso de destierro que enfrentó en 1801. Este documento y otros que dan fe del segundo destierro que padeció Juan Luis Maneiro fueron dados a conocer por Ignacio Osorio en su estudio introductorio a *Vidas de algunos mexicanos ilustres*, México, UNAM, 1988, p. 19.

La fe de bautismo dada a conocer por José Ignacio Palencia ha aportado un dato más a esta historia del ilustre nombre del jesuita mexicano:

En el año del Sor. de mil setecientos, quarenta y ocho en tres de Dic.bre. El br. Dn. Ildfonso Espinosa Bautizo Solmn.te. puso oleo Chrisma a un infante Español de quatro dís, le puso por nombre Andrés Joseph María Anna Ladrón niño de Guevara y Da. Fran.ca. de Roxas, todos de aquí, y por que conste lo firmé yo el cura.

Dor. Juan Carlos Muñoz Sanabria.

Bap. Ss Espa 1746-1755 F. 97 r.⁷

Como se puede ver, en este documento no figura el apellido Basozábal; la interpretación que ofrece Palencia es que el padre de Andrés fue D. Francisco Basozábal, y su madre, Dña. María Anna Ladrón Niño de Guevara; que por alguna razón no del todo conocida, Andrés decidió anteponer su apellido materno al paterno, y que una explicación posible de este hecho es que la familia de su madre era de mayor arraigo y prestigio en el próspero Real de Minas de Guanajuato⁸. Esto explica de alguna forma por qué en algunas fuentes (sobre todo en Zelis, que es la fuente de primera mano) Guevara aparece con el apellido Basozábal (con las variaciones de ortografía que hemos expuesto) como primer apellido, y en otras fuentes, las que están más estrechamente relacionadas con la obra del jesuita, la denominación más frecuente es “Andrés de Guevara y Basozábal”, atendiendo al nombre que figura en la portada de los libros de su autoría. En cuanto a mí, he preferido atenerme a esta última versión de su nombre, siguiendo por una parte la tradición de los estudiosos que se han esforzado en sacar al maestro guanajuatense de la oscuridad en que vivió hasta el pasado siglo, y

⁷ PALENCIA, José Ignacio, *La filosofía de D. Andrés de Guevara y Basozábal y el sistema educativo de la Nueva España*, tesis de maestría, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1972, p. 327.

⁸ PALENCIA José Ignacio, *Introducción a Pasatiempos de cosmología...*, p. 3.

manteniéndome fiel a la voluntad del jesuita de tener como sello distintivo el apellido materno.

El tiempo nos ha ocultado la infancia de nuestro autor; no conocemos con certeza en dónde aprendió a leer, a escribir, a realizar las operaciones matemáticas básicas, en dónde y con qué profesor puso sus primeros esfuerzos en el aprendizaje de la lengua latina. Quizá haya sido, como dice Palencia, en el colegio de los jesuitas de Guanajuato, donde había un profesor de primeras letras y aritmética, uno de gramática (es decir, latín) y uno de filosofía.⁹ Despejar estas interrogantes y muchas otras en torno a su persona es una labor que requiere la ardua incursión en el vasto mundo de los archivos de los sitios donde transcurrió cada etapa de la vida de este excepcional maestro, y sin duda es una investigación de la que no se puede prescindir si se quiere comprender el origen, los alcances y la trascendencia de la obra que nos legó.

Se sabe de cierto que, con doce años de edad y muy probablemente con sus primeros conocimientos de las letras latinas y las humanidades clásicas, llegó a la Ciudad de México para estudiar en uno de los colegios más significativos en la historia de la educación en México: el Colegio de San Pedro y San Pablo y San Ildefonso: “era colegial seminarista de San Ildefonso de México en 1760.”¹⁰ Estaba, pues, en calidad de colegial, es decir, era interno del Colegio de San Ildefonso y acudía a las clases en el Colegio de San Pedro y San Pablo.¹¹ Pero no nos es posible afirmar si Guevara llegó a la Ciudad ya con la intención expresa de integrarse a la Compañía.

En esa época, desde 1753, era prefecto de estudios de San Ildefonso Diego José Abad, el autor del celebrado poema *De Deo Deoque homine carmina*¹², quien tenía a su

⁹ PALENCIA, José Ignacio, op. cit., p. 40

¹⁰ OSORES, Félix, *Noticias bio-bibliográficas de alumnos distinguidos del Colegio de San Pedro, San Pablo y San Ildefonso de México*, México, Librería de la vda. de Ch. Bouret, 1908, p. 295.

¹¹ Cfr. PALENCIA, José Ignacio, *La filosofía de D. Andrés de Guevara y Basozábal* ..., pp. 44-45.

¹² Diego José Abad (1727-1779): Originario de Jiquilpan. Ingresó a la Compañía de Jesús en 1741; fue profesor de retórica, filosofía, derecho civil y canónico. Escribió, además del poema citado, el *Tratado*

cargo a los estudiantes mayores, es decir a aquellos que estudiaban derecho civil y pontificio y teología. Ejerció este cargo hasta 1763, y tuvo que partir hacia Querétaro a buscar la tranquilidad que su estado de salud le reclamaba. De Querétaro, en el mismo año en que Andrés llegó al colegio, vino a San Ildefonso para enseñar filosofía Agustín Pablo Castro¹³. Gustaba Castro de organizar reuniones con los estudiantes, cuyo interés era fomentar en ellos la afición a las letras. De esta iniciativa nació en San Ildefonso un famoso círculo de estudios científicos y literarios en el que los colegiales intercambiaban conocimientos y organizaban discusiones académicas bajo la tutela de sus profesores. A la partida de Castro, el círculo de estudios fue retomado por Francisco Javier Alegre¹⁴, quien lo enriqueció con la promoción del estudio de las matemáticas. Es oportuno aclarar que pertenecían a este círculo los estudiantes de los cursos más avanzados, e incluso los graduados ya en la Universidad, como describe Maneiro al dar cuenta de las ocupaciones de Alegre en México:

No contento en manera alguna con aquel trabajo de componer su historia –que a cualquier otro absorbería totalmente-, velaba también con diligencia por la formación cultural de los demás y su mejor instrucción. En el mismo Real Seminario de San Ildefonso residían muchos jóvenes principales y de grandes

del conocimiento de Dios, una Geografía Hidráulica y la Dissertatio ludicro-seria. También fue traductor de algunas *Geórgicas* de Virgilio.

¹³ Agustín Pablo Castro (1728-1796): Nacido en Veracruz y muerto en Bolonia; ingresó a la Compañía en 1748. Era considerado un gran orador, y en los colegios jesuitas de Querétaro, Valladolid, Oaxaca, Guadalajara y Mérida, enseñó la filosofía de Descartes, Leibniz y Newton. Fundó la primera cátedra de derecho civil y canónico en Mérida y durante el destierro, por veintitrés años, fue director del Colegio de jesuitas de Ferrara. Escribió, entre otras obras, *Mitlenses reliquiae in Zapotensi*, *De los frutos preciosos de Yucatán*, *Historia de la villa de Córdoba*, *Historia de la literatura mexicana después de la Conquista*, *Descripción de Antequera de Oaxaca* y *Cortesiada*, un poema épico sobre Hernán Cortés. Como Abad, fue traductor de los clásicos grecolatinos: Séneca, Horacio, Juvenal, Virgilio, Anacreonte, Safo y Eurípides.

¹⁴ Francisco Javier Alegre (1729-1788): Veracruzano, inició su noviciado en el Colegio de Tepotzotlán, en 1747. En 1763, Alegre llegó a San Ildefonso procedente de Mérida, Yucatán, para iniciar la investigación de la historia de la Compañía de Jesús. Durante el destierro fue profesor en Bolonia. Su obra más conocida es *Institutiones theologicae*, pero escribió, además, la *Alexandriada sive de Tiri expugnatione ad Alexandro de Macedoniae*, un *Ars Rhetoricae ex Tullii praeceptis concinnata* y una *Synopsis grammaticae linguae graecae*. Es también muy famosa su traducción al latín de la *Batrachomimachia* de Homero.

méritos, quienes después de recorrer elogiosamente el estudio de las ciencias naturales y también el más sublime de la teología y del derecho, y estando adornados ya con las ínfulas de la misma Real Universidad Mexicana, esperaban ahí mientras recibían el premio de sus estudios colocados en alguna posición estable, sirviendo de excelente ejemplo a la juventud más tierna y de esplendor a aquel florentísimo colegio. Al ver Alegre, pues, a éstos con un juicio más maduro a causa de la edad e inflamados por sumo ardor de saber, fundó una academia privada de bellas letras –y también del erudito estudio de las matemáticas-, dedicándose a cultivarlas con tal éxito que, formados de ahí en adelante en perfecta latinidad, se ejercieron provechosamente en la oratoria y en la poesía¹⁵.

Según Palencia, por estas fechas también ejercía como profesor el cubano José Julián Parreño¹⁶:

[...] en ese mismo año José Julián Parreño pasó de la cátedra de filosofía en S. Pedro y S. Pablo a ocupar la rectoría en S. Ildefonso: junto con su amigo José Rafael Campoy, había sido Parreño el más severo crítico de los sistemas de enseñanza establecidos, y el más ardiente militante en pro de su renovación; de ellos y de Castro, sin embargo, apenas conocemos obra escrita y por ello es que sus nombres nos son menos conocidos que los de sus compañeros.¹⁷

Aquel tiempo fue para Francisco Javier Clavijero uno de los más felices de su existencia, pues pasaba sus días en el Colegio de San Gregorio, a sólo unos pasos de San Ildefonso, aprendiendo la lengua mexicana, devorando los preciados códices de los

¹⁵ MANEIRO, Juan Luis y Manuel FABRI, *Vidas de mexicanos ilustres del siglo XVIII*, México, UNAM, 1989, Biblioteca del Estudiante Universitario N° 74, Prólogo, selección, traducción y notas de Bernabé NAVARRO, p. 208.

¹⁶ José Julián Parreño nació en La Habana, Cuba, en la primera mitad del siglo XVIII. El jesuita Andrés Cavo escribió su biografía intitulada *De vita Josephi Juliani Parenni Habanensis*. En ella, le atribuye grandes dotes de orador y un gusto muy refinado en letras.

¹⁷ PALENCIA, José Ignacio, Introducción a *Pasatiempos de cosmología...*, p. 4.

antiguos mexicanos y colaborando en la educación de los indios, por los que siempre tuvo especial aprecio.¹⁸ Son de esta época los opúsculos de su autoría que distribuía entre los estudiantes de San Ildefonso, en los que “no buscaba gloria para sí, sino la defensa de la verdad. Y todos los temas de sus escritos tendían a la deseada renovación de las ciencias, ora introduciendo un gusto perfecto en la literatura, ora corrigiendo el corrompido estilo en la oratoria; ya promoviendo el estudio de las lenguas, o exaltando con sus alabanzas la pura y limpia filosofía; ya desarrollando alguna curiosa controversia en el campo histórico.”¹⁹ Estuvo entre estos jóvenes seguidores de Clavijero, Antonio Alzate²⁰, y podemos suponer que también Andrés de Guevara, a pesar de su juventud, se contagió del mismo entusiasmo que experimentaban sus compañeros. En el Colegio de San Pedro y San Pablo, a donde Andrés acudía a clases, el jalisciense Salvador Dávila²¹ desempeñaba el cargo de prefecto. Como Dávila era muy afecto al estudio de la física y de las matemáticas, podemos afirmar que con este primer encuentro comenzó para el joven Guevara el apasionante camino de la física, la astronomía y la cosmología que desarrollaría en su edad madura.

Tal era, en resumen, el ambiente en el que Andrés realizó sus primeros estudios filosóficos. Para el año de 1764, ya había cursado en el primer año, retórica y poética latinas y humanidades clásicas (cursos que tal vez se vio obligado a repetir por su corta edad al ingresar en el Colegio); durante el segundo año, lógica y matemáticas; física en

¹⁸ MANEIRO, Juan Luis y Manuel FABRI, op. cit., p. 129.

¹⁹ Id., pp.130-131

²⁰ José Antonio Alzate (1729-1790): Hombre de ciencia mexicano. Fue socio corresponsal de la Academia de Ciencias de París. Escribió, entre otras cosas, *Observaciones metereológicas* (1769), *Observaciones del paso de Venus por el disco del sol* (1770), *Disertaciones astronómicas sobre el eclipse de luna observado en México el 12 de diciembre de 1769* y unas *Notas a la Historia Antigua de México de Clavijero*.

²¹ Salvador Dávila (1727-1781): Nacido en Guadalajara, Jalisco, ingresó a la Compañía de Jesús a los dieciocho años. Fue maestro de novicios en el Colegio de Tepetzotlán y rector en el Colegio de Puebla. En 1766 fue nombrado preceptor de los hijos del Virrey. Salvador Dávila se distinguió por su interés en la astronomía, estudiaba los textos de Ptolomeo, Tico Brahe, Copérnico y Kepler. Durante el destierro, radicó un tiempo en España, y posteriormente paso a Bolonia, donde bien pudo ser profesor de Andrés de Guevara. Era tal la modestia de Salvador Dávila, que a su muerte ordenó a un amigo suyo que quemara la totalidad de su obra.

el tercer año y metafísica en el cuarto. La temprana convivencia con nuestros más sobresalientes jesuitas del siglo XVIII, con los que cultivaban con sumo gusto las letras y las ciencias, con los que ya en ese entonces clamaban por la renovación de la enseñanza de la filosofía y luchaban por sacarla de los anquilosados moldes de la escolástica ora estudiando sin tregua las doctrinas de los filósofos modernos ora difundiendo en sus colegios estas novedades, debió haber impactado su tierna inteligencia, de tal manera que fortaleció su amor por el estudio y no quiso ser de aquellos jóvenes que, “para gran detrimento del Estado y gran deshonra de la humanidad, se abandonan a los placeres, fluyendo sin término alguno en el ocio, bostezando de día y de noche, en público y en privado, y entorpeciendo con increíble apatía.”²² No se sabe más de esta etapa de su vida, pero, si se nos concede la libertad de imaginar un poco las tribulaciones de un joven de apenas dieciséis años, podemos suponer que no le fue tan fácil tomar una decisión, pues era joven, y por ello, presa fácil de la falsa apariencia de las cosas: “Ciertamente lucha en el hombre la avidez de saber, que tiene ingénita por naturaleza, con los encantos de los placeres; y frecuentemente, engañados por una falsa apariencia de las cosas, caemos en lo peor espontáneamente.”²³

Vencidas por fin estas tribulaciones, ¿cómo no iba a desear Andrés ser parte de aquella familia de sabios?, ¿cómo no anhelar ser maestro de las juventudes como ellos y participar activamente en la construcción de la nueva filosofía? Guevara y Basoazábal decide abrazar la sotana jesuita el 18 de mayo de 1764 y emprender así el camino de su formación sacerdotal, ignorando que éste habría de estar marcado por inesperadas vicisitudes. Lo acogió el seminario mexiquense de Tepotzotlán; pasó allí dos años como novicio, en total recogimiento espiritual. Llegó a su tercer año, y comenzó el repaso del

²² [...] qui tanto publicae rei detrimento tantoque humanitatis dedecore sese voluptatibus dedunt, nullo termino defluentes otio, diu noctuque privatim et publice oscitantes et socordia incredibili torpescentes! (Guevara y Basoazábal, Andrés de, *Prodromus ad Institutiones Philosophicas sive Elementa Matheseos*, Romae, MDCCXCVI, apud Paulum Iunchium, p. 2.) La traducción es mía.

²³ Ibid.

estudio de las humanidades, al cabo del cual podría marchar a uno de los colegios de la orden para enseñar las letras latinas. Se hubieran cumplido así sus deseos de instruir a la juventud de su país, pero esta fortuna le es negada aquel día en que sale de Tepetzotlán hacia un tormentoso destierro que inició a mediados de junio de 1767, fecha en que

[...] se supo haber llegado a los señores virrey y visitador pliegos misteriosos de la Corte, en cuya virtud se despachaban comisarios con despachos secretos, que no debían abrirse hasta tal o tal parte, conforme a los destinos de cada uno. Muchos que observaron, que dichos comisarios iban a todas y solas aquellas partes en que había casas de la Compañía, no dejaron de sospechar que la tempestad caería sobre los jesuitas. Cesó toda duda la mañana del 25 del mismo mes. La instrucción dada a dichos comisarios, prevenía que la víspera de la ejecución preparase la tropa del lugar, u otros hombres de arma, que examinase con atención la situación interior y exterior de la casa, y a la hora ordinaria de abrirse las puertas o antes se apoderase de ellas por dentro, sin dar lugar a que se abriese la iglesia; que en todas las puertas de la casa, iglesia y campanario, se pusiese centinela doble, y juntando en nombre del rey al superior y los sujetos todos de la casa, se les intimase el real decreto en que eran mandados salir de todos los dominios de la Corona.²⁴

Se trataba ni más ni menos que de la orden de expulsión de los jesuitas, cuyo ejecutor fue el visitador José de Gálvez, quien así lo hizo por orden de Carlos III, el Borbón. En tales momentos, la autoridad del virrey de la Nueva España, el Marqués de Croix, se hallaba superada por las circunstancias. En todo el territorio novohispano, la expulsión se vivió de distintas maneras, aunque, al parecer, el común denominador del cumplimiento de la orden real fue, por el lado de los ejecutores, la violencia y la

²⁴ ALEGRE, Francisco Javier, “La expulsión de los jesuitas” en Gabriel MÉNDEZ PLANCARTE [comp.] *Humanistas del siglo XVIII*, México, UNAM, 1962, p. 78. Texto tomado de la obra de Alegre intitulada *Memorias para la historia de la provincia que tuvo la Compañía de Jesús en Nueva España*.

imposición, y por el lado de los jesuitas, la resignación y el orden. He aquí la breve relación de lo sucedido que refiere Antonio López de Priego²⁵ a su hermana, la reverenda madre María Josefina de la Santísima Trinidad y Priego:

A la misma hora fue la intimación en todos los Colegios; yendo a la Casa Profesa el Sr. Fiscal, Don José Antonio de Areche. Dos días estuvieron cercados de soldados, sirviéndoles de cárcel los Colegios, mientras que la piedad de su Majestad les permitía recoger sus peculios y utensilios. Salieron de México el día 28, en las carrozas que el amor y la piedad de sus conciudadanos les ofrecieron; y escoltados de soldados tomaron el rumbo para Veracruz.²⁶

A Manuel Fabri, a Andrés de Guevara, a Rafael de Zelis, a todos cuantos vivían en Tepetzotlán, les aconteció lo siguiente:

La dificultad del carruaje necesario para el crecido número de sesenta y tantas personas, que tantas eran las de mi comitiva, no dio lugar a la pronta ejecución de un Orden que incontinentemente debía ejecutarse. Detúvose por tanto la partida hasta el día 4 de julio, que suman nueve días en los cuales sobró tiempo para aderezar el ajuar que así yo como mis compañeros habíamos de llevar para nuestra peregrinación: éste consistía en un par de mudas de ropa, a más de los que nos cubría, que reducida a un pequeño envoltorio resparmiaba el peso a los forlones, pues cada cual cargaba su maleta, que aunque ligera aumentaba los cuidados.²⁷

²⁵ El jesuita Antonio López de Priego era oriundo de Puebla. El día de la expulsión se hallaba ejerciendo el magisterio en el Seminario de San Javier de Puebla. Su obra, publicada por el P. Mariano Cuevas, se intitula *Carta de un religioso de los extintos jesuitas, a una hermana suya, religiosa del convento de Santa Catarina en la Puebla de los Ángeles*. Fue escrita en Bolonia, en octubre de 1785, y trata de lo acaecido a los jesuitas desde el día del arresto hasta esta fecha. Contiene además noticias de Roma y de Italia.

²⁶ LÓPEZ DE PRIEGO, Antonio, “Carta de un religioso de los extintos jesuitas, a una hermana suya, religiosa del convento de Santa Catarina en la Puebla de los Ángeles” en *Tesoros documentales de México. Siglo XVIII*, p. 23.

²⁷ ZELIS, Rafael de, “Viajes en su destierro del P. Rafael de Zelis, de la Compañía de Jesús”, en *Tesoros documentales de México. Siglo XVIII*, p. 183.

Marchaban todos en impresionante orden, enfrentando lo indecible,

[...] siendo preciso muchas veces el cabalgar, o andar a pie, caminando muchas millas y leguas enteras con los ardores del sol, e inclemencia de las aguas, a que no podía resistir la naturaleza más robusta, mucho menos la de aquellos que por su avanzada edad apenas podían dar paso, o por tiernos en sus años lloraban como niños. Una tarde sufrimos los que íbamos a caballo once aguaceros; mejor diré, nos llovió la tarde entera antes de entrar a Jalapa [...]²⁸

Y a su paso, el pueblo contemplaba con tristeza el infortunio de sus maestros, “quien sabe el amor que tenían en Indias a los jesuitas, no tendrá por hipóbole indigno de una simple narración, el decir que les pareció habían llegado ya al mar, según las lágrimas que corrían del inmenso Pueblo [...]²⁹ Esta demostración se vio en todas partes, y muy seguramente el corazón de Andrés dio un vuelco el día del Glorioso Apóstol Santiago, aquel sábado 25 de julio, cuando en Veracruz contempló el innumerable “gentío por las calles, ventanas y balcones, que tiernamente admiraban el bello orden y sobretodo la alegría y desenvoltura de unos hombres que presentemente eran el espectáculo del mundo [...]³⁰”.

Esta situación afectó mucho el ánimo popular, y los disturbios no se hicieron esperar en diversas regiones de la Nueva España: San Luis Potosí, Guanajuato, Michoacán³¹. Todo lo cual nos revela la gran aceptación de que gozaban los discípulos de San Ignacio de Loyola, cuya explicación se halla en la actitud que habían adoptado desde los inicios de la década:

²⁸ LÓPEZ DE PRIEGO, Antonio, op. cit., p. 24.

²⁹ Ibid.

³⁰ ZELIS, Rafael de, op.cit., p. 186.

³¹ Una relación detallada de tales hechos se puede leer en el informe del visitador mismo, publicado hace algunos años por Felipe CASTRO GUTIÉRREZ: José de GÁLVEZ, *Informe sobre las rebeliones populares en 1767 y otros documentos inéditos*, México, UNAM, 1990, 122 pp.

Hacia 1760 los jesuitas jóvenes de la Nueva España le perdieron el cariño y el respeto a la vieja España y le cobraron amor e interés a México. Dejan de sentirse vástagos de una raza y comienzan a considerarse hijos de una tierra. Se apartan sentimentalmente de sus coterráneos. Les niegan el título de padres y hermanos a los descoloridos españoles y se lo dan a los oscuros nahuas. Se dicen descendientes del imperio azteca y proclaman con orgullo su parentesco con los indios. Éstos, hasta entonces despreciados, empiezan a ser vistos como iguales.³²

Es esta actitud la que los ha señalado como precursores del movimiento de Independencia de México.

Ya en Veracruz se alojaron en el Convento de los padres Franciscanos, de donde recientemente había partido una comitiva de jesuitas. Allí mismo, se encontraron con otro grupo de jesuitas rezagados, que eran aproximadamente sesenta. Padecieron en aquel lugar el hacinamiento y los calores de la tierra veracruzana, además de la continua vigilancia de los oficiales de la guardia militar. Casi a los cuatro meses de tan incómoda estancia, a mediados del mes de noviembre, partieron por fin hacia Cádiz en atiborradas embarcaciones cuya capacidad era de apenas la mitad de los sujetos que en ella entraron. No nos ha sido posible precisar si acaso Andrés se embarcó en aquella que tocó en suerte a Zelis, en la que “el ser casi todos de la fresca edad de 18 a 20 años salvó a la comitiva de muchos males y muertes, no habiendo fallecido ninguno en dos navegaciones largas que tuvimos.”³³ De hecho, es este el punto en el que nuevamente perdemos el seguimiento de la vida de Guevara, y sólo podemos darnos una idea de sus vivencias en este difícil trance por lo que acerca del largo viaje hacia el destierro nos han legado sus compañeros, Rafael de Zelis y Antonio López de Priego, a través de sus escritos. Continúa este relato Zelis expresando sus temores previos a una tempestad, que

³² GONZÁLEZ, Luis, “El periodo formativo” en *Historia mínima de México*, México, El Colegio de México, 2003, p.82.

³³ ZELIS, Rafael de, op.cit. p. 188.

los llevó a una larga estancia en La Habana, Cuba, de donde luego partieron hacia Cádiz. Llegados ahí en abril de 1798 y tras una breve estancia en el puerto de Santa María, el joven Zelis y sus compañeros prosiguen su peregrinar, que esta vez los lleva a Córcega. Corre el mes de julio de 1768. De aquí se embarcan hacia Génova; luego, alternando el viaje por tierra en unos momentos a pie, en otros a caballo, se dirigen hasta Sestri, ya en tierras italianas. El 22 de septiembre, Zelis salió de Sestri hacia Bolonia, y llegó por fin a esta ciudad la mañana del 28 de septiembre de 1768, después de un año, dos meses y veinticuatro días de viajes por tierra y por mar, en los que padeció las inclemencias del tiempo, el hacinamiento, el cansancio producido por la incomodidad de tantos lugares a los que iba llegando, la privación del alimento e incluso el maltrato de la autoridad. Habría que agregar también el dolor de ver a los muchos que iban quedando en el camino: “[...] son muchos más los que lloramos, viendo a tantos mozos que en la flor de su edad se marchitaron, porque o fuese ética, como es la opinión más válida, o fuese escorbuto, que quemándoles la sangre en lo más robusto de sus años, la pesadumbre, las sales del mar, los alimentos extraños, prendió de tal manera en ellos este fuego [...]”³⁴ Lo que vivió Andrés debió tener mucha similitud con lo vivido por este joven veracruzano.

Son estos sinsabores lo que infunde en el corazón de todos ellos el sentimiento de nostalgia presente en sus obras, y por supuesto, Guevara no fue inmune a ellos, y para muestra este párrafo que escribe con la seguridad de que será leído en suelo mexicano:

A dos personas, Amada Patria, debe la luz pública la presente obra. El primero, aunque nacido bajo de otro cielo, es uno de los nobles miembros que componen vuestro Ilustre Cuerpo. El otro bien que tuvo la dicha de respirar el primer

³⁴ LOPEZ DE PRIEGO, Antonio, op. cit., p. 68.

aliento en el centro mismo de vuestro recinto; muchos años hace vive por impensado destino muy lejos de vuestro seno. Esta vicisitud tan frecuente en la combinación de los sucesos humanos, ha sido el motivo de la inversión de las cosas en el caso presente. Parecía más natural que en Guanajuato escribiera, dedicara y ofreciera su obra a la Patria, quien en ella recibió el ser. Al contrario, que si otro personaje nacido de otro clima, cooperó a dar a luz la obra, éste os ofreciese por la primera mano el obsequioso homenaje a su respeto. Mas en cualquier manera que sea, la voluntad que regla la oferta es igualmente grande en ambas personas. No me es lícito nombrar públicamente a un sujeto no constándome de su intención y agrado en este punto. El acto mismo de haceros la oferta, se descubrirá luego sin que yo lo miente, el Ilustre Miembro de vuestro Cuerpo a cuya insinuación se concinió la obra, que tengo el honor de consagraros, por su mano.³⁵

Volvamos a la vida de nuestro autor en el punto donde la habíamos dejado. Todas estas vicisitudes interrumpieron la formación sacerdotal de Andrés, que para estas fechas tendría que haber concluido ya su primer año de estudio de la teología. Sin embargo, tantas calamidades no lo alejaron del estudio, y menos aún si viajó acompañado de los más ilustres maestros de la Nueva España. No olvidemos que Guevara ya había completado sus estudios fundamentales de latín, humanidades clásicas y filosofía en San Ildefonso, que había completado sus dos años de retiro espiritual en el Colegio de Tepotzotlán y se hallaba en el repaso de las humanidades cuando lo sorprendió el destierro. En Bolonia, para reanudar los estudios de los jóvenes que habían visto truncada su formación, los padres jesuitas dispusieron los colegios de la manera que expone José Ignacio Palencia:

³⁵ GUEVARA Y BASOAZÁBAL, Andrés de, *Pasatiempos de cosmología...*, p. 28.

para los mexicanos, se habilitó primero el Castell S. Pietro, cerca de Bolonia y luego en la misma ciudad, el Palacio de Herculano. Profesores de esta escuela en el destierro fueron, entre otros, José Bellido, como Rector, y José Vallarta, Pedro Rotea, Agustín Castro, Alegre, Clavijero y Salvador Dávila, de éste sabemos que enseñó a los jóvenes jesuitas física moderna, y serían por lo menos de esta época sus lecturas de Descartes, Leibniz, Newton, Kepler y Copérnico. Si bien el estudio que seguía Guevara era el de la teología con Vallarta, Rotea, Castro y Alegre, la situación de este destierro en un país de lengua extraña, propiciaba para él la comunicación no sólo con los otros profesores sino con otros que sin serlo eran cercanos a los mismos, [...] ³⁶

Concluida esta formación, Guevara cumplió las condiciones para recibir la ordenación sacerdotal el día 3 de noviembre de 1771 ³⁷. Dos años después, el 21 de julio de 1773, el papa Clemente XIV emitió la bula *Dominus ac Redemptor* en la que ordenaba la supresión de la Compañía de Jesús. Desde este momento los jesuitas quedaron eximidos de las obligaciones propias del clero regular, pero estaban sujetos aún a los deberes del clero secular; incluso fueron beneficiados con una pensión que les otorgaba el rey de España. A partir de la fecha de su ordenación, volvemos a perder la continuidad de la vida de Andrés. Lo encontramos en 1789 en Roma, desde donde envía el manuscrito de los *Pasatiempos de cosmología o entretenimientos familiares acerca de la disposición del universo compuestos a petición de un amigo por cuya mano los dedica el autor a su patria la muy ilustre y la muy noble Ciudad de Santa Fe y Real de Minas de Guanaxuato*. Tal amigo resulta ser nada menos que el Regidor de Guanajuato, Don Francisco Alpizcueta, de origen español. En esta obra, por mano del propio Guevara, tenemos noticia de su precario estado de salud, causado por la falta de

³⁶ Id., p.5.

³⁷ ZAMBRANO, Francisco y José Gutiérrez CASILLAS, *Diccionario bio-bibliográfico de la Compañía de Jesús en México*, México, Tradición, 1977, vol. 16, p.704.

moderación en sus hábitos de estudio: “No ignora Vmd. que mi salud se había deteriorado notablemente en estos últimos años, y que ahora puedo decir que comienzo a convalecer y a recobrar por adarmes³⁸ la salud perdida. Se requieren años de una gran moderación, o dieta literaria para acabar de recuperar, e habiendo sido la causa principal del desconcierto la intemperancia o gula de estudiar.”³⁹ Sin poner en duda los intensos afanes de Don Andrés por alcanzar la comprensión del gran libro de la naturaleza, que en aquel tiempo era su principal afición, quiero suponer que este decaimiento físico respondió también a la aflicción que ocasiona en todo ser humano el ver sus ideales más altos socavados por el fuerte brazo de un poder contra el que no se puede luchar. La supresión de la Compañía fue un duro golpe para todos ellos, pues representaba un segundo destierro. Aquí, un sentido informe del padre Antonio López de Priego:

Este es el estado en que actualmente nos hallamos, procurando cada uno su acomodo, un rincón dónde vivir, y un Italiano que nos dé un bocado para comer. Te aseguro, lector mío, que no sé si más que con tinta con lágrimas escribo este pasaje. Considéranos, seas quien fueres , amante o desafecto a la Compañía, pero al fin racional, y cristiano, que te has de hacer cargo cuánto será lo que encierran nuestros pechos; destruida la Religión, unos con diez, otros con veinte, otros con treinta y sesenta años que vistieron la sotana; unos enfermos, muchísimos viejos [...] ⁴⁰

Andrés de Guevara ni siquiera había completado los dos años de vida sacerdotal. No es del todo imposible que en estos difíciles tiempos se haya congregado con otros jesuitas mexicanos (¿Maneiro, Fabri, Vallarta, Alegre?: hasta ahora no lo hemos podido

³⁸ adarme: la décima parte de una onza. En sentido figurado, cantidad pequeña o mezquina. (Nota de la paleógrafa)

³⁹ GUEVARA Y BASOAZÁBAL, Andrés de, op.cit., p. 31.

⁴⁰ LÓPEZ DE PRIEGO, Antonio, op.cit., p. 75.

averiguar) en búsqueda de compañía, apoyo y consuelo. Según Palencia, es probable que Guevara haya marchado a Roma después de la muerte de Alegre, acaecida en 1788.

Se desconoce también la fecha exacta en que inició su labor docente. De 1796 a 1798, Guevara publica en Roma un libro producto de sus años en esta labor, las *Institutiones philosophicae ad usum mexicanae iuventutis*, de las cuales hablaremos con más detenimiento en el apartado de la obra. En el año de 1799, Maneiro, estando en Cadiz a punto de emprender el regreso a la patria mexicana, recibe una carta de Guevara, fechada el 9 de diciembre del año anterior y escrita en Bolonia⁴¹. Lamentablemente desconocemos el contenido de esta misiva, pues le fue confiscada a Maneiro en México, y puede ser que la fortuna la haya preservado en uno de tantos archivos de nuestro país.⁴² ¿Qué impediría a Guevara marchar a la tan suspirada patria mexicana en compañía de Juan Luis Maneiro, con cuya amistad Andrés era obsequiado, como consta en los *Pasatiempos de cosmología*⁴³? ¿Serían tal vez su gran carga de trabajo y los compromisos adquiridos con su labor docente? ¿Sería quizá la fragilidad de su salud? ¿Serían las diligencias previas a la próxima publicación de la segunda edición de su obra?

En 1800 aparece la segunda edición de las *Institutiones*, impresa en Venecia por Thomas Betinelli. Hasta la fecha, no se ha encontrado prueba alguna de algún viaje o estancia de nuestro autor en esta ciudad.

Para 1801, hallamos a Guevara en Piacenza. Sobre las razones que pudo tener para ir a esta ciudad del norte de Italia, José Ignacio Palencia ha formulado la siguiente hipótesis:

⁴¹ Véase nota 7.

⁴² Lo más probable es que esta carta se encuentre entre los documentos que resguarda el Archivo General de la Nación.

⁴³ En el Entretenimiento 2, capítulo IV.

El Duque Fernando de Parma, con la autorización de Pío VI, tenía la intención de restaurar en sus tierras a los suprimidos Jesuitas: con este motivo se reunieron en Parma y Placencia⁴⁴ no pocos antiguos jesuitas bajo la dirección de José Pignatelli y el Duque Fernando entregó a su cuidado los colegios de San Roque en Parma y de San Pedro en Placencia. Guevara, Profesor de Filosofía y autor de un libro de texto que comenzaba a llamar la atención fue probablemente, hasta su muerte, uno de los exjesuitas reunidos como profesores en el Colegio de San Pedro de Placencia con el intento no de inmediato logrado, de restaurar oficialmente la Compañía de Jesús en los Dominios del Duque de Parma.⁴⁵

Si la hipótesis de Palencia es correcta, podemos apreciar la intensa actividad de nuestro autor en el ámbito eclesiástico e intelectual de su tiempo. Incluso, en una lectura cuidadosa de los *Pasatiempos de cosmología*, se podría corroborar que Andrés de Guevara fue un hombre que mantenía un asiduo contacto no sólo con sus compañeros de destierro, sino también con muchos exjesuitas europeos que por esa época iban a la vanguardia en materia de ciencias, filosofía y teología.

Después de una vida marcada por las vicisitudes del tiempo que le tocó vivir, en Piacenza, a sus cincuenta y dos años, un 25 de marzo de 1801, en circunstancias todavía desconocidas, Don Andrés de Guevara y Basoazábal se encontró con la muerte. Fue, ante todo, mexicano, guanajuatense, jesuita, maestro, filósofo y un gran amante del conocimiento científico de la maravillosa fábrica del mundo.

⁴⁴ Aunque Palencia designa a esta ciudad con el nombre castellanizado de Placencia, yo prefiero mantener la denominación italiana de Piacenza para evitar la confusión con la ciudad española del mismo nombre.

⁴⁵ PALENCIA, José Ignacio, *La filosofía de D. Andrés de Guevara ...*, p. 52.

II. LA OBRA DE ANDRÉS DE GUEVARA Y BASOAZÁBAL:

LAS CARTAS, LOS PASATIEMPOS Y LA FILOSOFÍA DE UN JESUITA MEXICANO DESTERRADO EN ITALIA

Confieso ingenuamente que yo no hago, ni puedo hacer en este escrito, sino el papel de un Arquitecto, que recoge sus materiales de las ruinas de antiguos Palacios con la sola fatiga de combinarlos y erigirlos en otra forma.

Andrés de Guevara y Basoazábal

II. 1. INTRODUCCIÓN

En 1941, el ilustre Don Gabriel Méndez Plancarte, publicó para nuestra Universidad la obra *Humanistas del siglo XVIII*, dentro de la serie de libros de la Biblioteca del Estudiante Universitario. Dicha obra fue de vital importancia, ya que recupera algunos pasajes de las obras, hasta entonces casi por completo olvidadas, de los jesuitas desterrados. A Don Gabriel debemos las primeras traducciones de la obra de Guevara, que figuran entre las páginas 115 y 127 de su libro, y la recuperación para el siglo XX de los datos de la obra de Guevara que habían estado encerrados entre las cubiertas de los libros escritos en los dos anteriores siglos.

De sus Instituciones elementales de Filosofía existen probablemente tres ediciones: la primera, hecha en Roma, según afirma en su prólogo el propio Guevara (I, 6); otra, impresa en Guatemala, de la que da noticia Osores (I, 296); y una tercera, hecha en Madrid, 1833, que es la que conocemos y hemos usado para esta antología: *Institutionum / Elementarium / Philosophiae / ad usum studiosae juventutis / ab Andrea de Guevara / et Basoazabal, / Guanaxuatensi Presbytero. / Tomus ..., / complectens / ... / Matriti / Ex Typographia Regia. / 1833.*

4 vols.)¹

Este era el estado de la cuestión acerca de la obra del jesuita guanajuatense en ese momento. Actualmente, gracias al seguimiento que otros han hecho de este tema, se sabe que las ediciones de su obra más conocida alcanzan un número de por lo menos doce. Es muy dudoso que exista la edición impresa en Guatemala mencionada por Méndez Plancarte. Esta información tiene su origen en Félix Osores: “Quién sabe cómo fue a Guatemala una copia de esta obra, que se ha impreso allí en tan mal papel, tan sucia y tan plagada de erratas, que es desatino ponerla en manos de la juventud. Quién sabe también si la copia fue exacta o genuina.”² A este respecto, Palencia argumenta lo

¹ MÉNDEZ PLANCARTE, Gabriel [comp.], *Humanistas del siglo XVIII*, p. 113.

² OSORES, FÉLIX, op.cit., p.295

siguiente: “Osores habla de esta edición como hecha en muy mal papel y con numerosas erratas; otros autores y bibliógrafos no la cuentan; pudo Osores tomar por edición de Guatemala la de Roma, pero no sería fácil que ésta fuera con tantas erratas [...]”³ Coincido con Palencia y me permito agregar lo siguiente: dicha confusión, en efecto, pudo haberse derivado del subtítulo que llevó el primer volumen de la primera edición “*Opus ad usum mexicanae juventutis Regali Guatemaliensium Academiae dicatum*” (Obra para uso de la juventud mexicana dedicada a la Real Academia de Guatemala). Sólo en esta edición aparece la dedicatoria, que es por demás muy interesante, pues constituye un auténtico retrato de la ideología de Guevara en una de sus facetas poco conocidas y aún no estudiadas: la integración intelectual de las naciones del continente americano, ideología que ya trasciende el ámbito de la mexicanidad y se halla más emparentada con el célebre “sueño bolivariano”.⁴ No obstante que por ahora se considere dudosa la existencia de tal edición, creo que es necesario hacer un seguimiento más profundo de la cuestión, para comprobar si nuevamente estamos ante la distorsión que ha caracterizado todo lo concerniente a la bibliografía de nuestro autor o si efectivamente se trata de una edición perdida.

Volviendo a las aportaciones de Gabriel Méndez Plancarte, hay que añadir que la edición que él tuvo en sus manos, se encuentra en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México con la clasificación R 101 GUE.1, y en realidad está

³ PALENCIA, José Ignacio, Introducción a los *Pasatiempos de Cosmología...*, nota 5 de la p.2.

⁴ Andrés de Guevara refiere a los académicos de Guatemala las circunstancias en que compone su obra, y los exhorta a que ellos también escriban obras para la educación de la juventud americana: [...] numquam memoria non repeto Americanos adolescentes, quos in suimet spem, et futuram gloriam patria nunc alit, atque informat [...] Utinam quisquam ex nobilissimo et sapientissimo vestro Collegio hanc sibi provinciam arripuisset! Quam esset limatius opus! Quam doctrinis uberius! Quam elegantia pulchrius! Quam novis luminibus absolutius! Quam americano sapore accommodatius! Quam omni ex parte rotundius! (He evocado siempre en mi memoria a los jóvenes americanos, a los que la patria ahora educa y forma para su propia esperanza y gloria [...] ¡Ojalá que alguno de vuestro nobilísimo y sapientísimo Colegio tomara para sí esta misión! ¡Qué obra más limada sería! ¡Cuánto más fecunda en doctrinas! ¡Cuánto más bella por su elegancia! ¡Cuánto más acabada por sus nuevas luces! ¡Cuánto más adaptada al sabor americano! ¡Cuánto más rotunda en todas sus partes!) La traducción de este pasaje es mía. (Guevara y Basozábal, Andrés de, *Prodromus ad institutiones philosophicas ...*, p. V-VI.

compuesta por cinco tomos, aunque se debe aclarar que el último tomo, que trata sobre la ética, es de autoría de Francisco Jacquier; tal vez sea esta la razón por la que no lo consideró como parte de la obra de Guevara.

El bibliógrafo y diplomático chileno José Toribio Medina⁵ en su *Biblioteca Hispanoamericana*, cuyos siete volúmenes fueron publicados entre 1898 y 1917, refiere lo siguiente:

“Basuerzabal p. Andrés”

- Institutiones philosophicae . A. P. Andrea Bazuerzabal

Beristáin, t. I, p. 147, dice que este jesuita nació en Guanajuato en 1748, y que después de haber ingresado a la Compañía de Jesús en 1764, tres años después con motivo de la expulsión de su Orden, hubo de salir desterrado para Italia, donde dió (*sic*) a luz el libro que indicamos.

Diosdado Caballero le llama Andrés Bazoazabal Guevara, y en la página 56 de su Biblioteca, en el índice, nos dice que fue autor de unos Elementa Matheseos, sin que le mencione en el cuerpo de la obra.

Los Backer, que no se fijaron en estos datos del bibliógrafo que acabamos de mencionar, se limitan en la página 44 del tomo IV de su Bibliothéque a copiar al pie de la letra a Beristáin.

Nos inclinamos, pues, a creer que cualquiera que sea la obra atribuida al jesuita mexicano, no llegó a publicarse.⁶

Lo incluye además en el apartado de autores dudosos. Son evidentes los errores de investigación que Toribio Medina cometió. Toma sus datos de tres fuentes, y una de

⁵ José Toribio Medina (1852-1930): Bibliógrafo y diplomático chileno, nacido y muerto en Santiago. Su obra compuesta de más de trescientos títulos, representa una aportación muy importante para la bibliografía. Recorrió el Continente americano, viajó por Europa y nutrió su archivo-biblioteca con el riquísimo caudal de documentos que allí encontró y que al final de sus días donó al Estado chileno. Escribió, además de la obra citada, *Historia de la literatura colonial de Chile*, editada en tres volúmenes en 1878; una *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile* en tres volúmenes aparecidos entre 1888 y 1902; un *Diccionario biográfico colonial de Chile* (1906) y obras de historia de la literatura: *Escritores hispanoamericanos celebrados por Lope de Vega en el Laurel de Apolo*, *La literatura femenina en Chile* y *Escritores hispanoamericanos celebrados por Cervantes en el Canto de Caliope*, editadas entre 1922 y 1926.

⁶ MEDINA TORIBIO, José, *Biblioteca Hispanoamericana*, vol .6, pp. 533-534.

éstas, la *Bibliothèque des écrivains de la Compagnie de Jésus* de los hermanos Backer⁷, es calco exacto de la de primera mano, José Mariano Beristáin de Souza. Su segunda fuente, Diosdado Caballero⁸, le proporciona un dato parcial: que Guevara escribió una obra intitulada *Elementa Matheseos*. En realidad se trata de una parte del título completo del primero de los cuatro volúmenes que conforman las *Institutiones philosophicae*, y por ello parece que se trata de otra obra. Así, infortunadamente, el diplomático chileno toma la decisión fácil de incluirlo en la serie “dudosos” creyendo que la obra de Guevara nunca se publicó. Esto está muy lejos de la verdad, ya que existen doce ediciones, que multiplican en igual número el error del bibliógrafo chileno.

Ante un panorama tan dudoso en torno a la obra de Guevara y Basozábal, tomé la decisión de revisar tantas fuentes, directas e indirectas, como me fue posible. Las presento en orden cronológico, explicando brevemente en qué me fue de utilidad cada una de ellas.

II.2 FUENTES PARA EL ESTUDIO DE LA OBRA DE ANDRÉS DE GUEVARA Y BASOZÁBAL.

1. La *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional* de José Mariano Beristáin de Souza

⁷ Agustín Backer nació en Amberes en 1809 y murió en Lieja en 1873. Antes de su ingreso a la Compañía de Jesús, en 1835, recorrió las principales librerías de Bélgica y París para recopilar libros. En colaboración con su hermano Luis, publicó en siete volúmenes, entre 1853 y 1861, el catálogo bibliográfico aquí mencionado. Entre 1869 y 1876 apareció una reedición en tres volúmenes de esta obra, tan mejorada que podría pasar por una obra distinta de la primera y que consigna alrededor de 11000 autores de la Compañía de Jesús. La labor bibliográfica de los hermanos Backer sirvió de base a Sommervogel para elaborar su obra *Bibliografía de la Compañía de Jesús*, editada en siete volúmenes.

⁸ Raimundo Diosdado Caballero (1740-1820): Teólogo jesuita español nacido en Palma. Utilizó el pseudónimo “Filiberto Parripalma” y escribió *Medios para estrechar más la unión entre españoles, americanos y europeos*, *Consideraciones americanas*, *Observaciones americanas y suplemento crítico de historia de México*, *El heroísmo de Hernán Cortés confirmado por las censuras enemigas* y dos suplementos de la *Biblioteca de escritores de la Compañía de Jesús* publicada en Roma: uno aparecido en 1814 y otro que vio la luz en 1816. Extraña el hecho de que Caballero, teniendo gran interés por temas mexicanos (como puede apreciarse en los títulos de sus obras) y siendo además jesuita y contemporáneo de Guevara, viviendo, incluso, en Roma, la ciudad en que Guevara residió mucho tiempo, desconozca la obra de Guevara a tal punto y lo mencione sólo en el índice, como señala Toribio Medina, y no en el cuerpo de la obra. No me atrevo a emitir juicio alguno sobre el punto, pues no he constatado directamente esta referencia por estar la obra de Diosdado Caballero fuera de mi alcance; en fin, quede como una simple anécdota de dos errores de investigación bibliográfica: uno, el de Toribio Medina, comprobado ya del todo; el otro, el de Caballero, cuya información parcial puede ser su responsabilidad o la de su lector, Toribio Medina.

Esta valiosa bio-bibliografía me aportó los siguientes datos: el lugar y fecha de nacimiento de Guevara; la fecha y el lugar en que ingresó a la Compañía de Jesús y el título de la única obra que Beristáin le atribuye.

Bazuerzabal (P. Andrés) nació en la Ciudad de Guanaxuato a 30 de Noviembre de 1748 y en 18 de Mayo de 1764 vistió en Tepotzotlán la Sotana de la Compañía de Jesús. Y habiendo sufrido la suerte de sus hermanos en 1767 pasó a Italia, donde dedicado a los estudios útiles y bellos, dio a luz:

Institutiones philosophicae

Edit...⁹

Como se puede ver, Beristáin sólo sabía de la existencia de esta obra, y es muy poco probable que la haya visto, pues de otra forma habría sabido el nombre del impresor y la fecha en que fue impresa.

2. *La Biblioteca Hispanoamericana* de José Toribio Medina

De los datos erróneos sobre la obra de Guevara que aporta este catálogo bibliográfico ya he hablado anteriormente, sin embargo, séame permitido un comentario más: por fortuna, antes de leer el pasaje de Toribio Medina, pude ver los cuatro volúmenes de la edición que resguarda el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México (de los cuales nos da noticia Gabriel Méndez Plancarte), y fue precisamente este hecho el que me permitió dudar inmediatamente de las especulaciones del bibliógrafo y diplomático chileno.

3. *Noticias bio-bibliográficas de alumnos distinguidos del Colegio de San Pedro y San Pablo y San Ildefonso de México* de Félix Osores

La aportación más importante de esta obra fue la fecha en que ingresó nuestro autor al Colegio de San Pedro y San Pablo, gracias a lo cual nos fue posible darnos una idea del ambiente que rodeaba a Guevara en estos años. Muy interesantes resultaron también

⁹ BERISTÁIN DE SOUZA, José Mariano, *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional*, vol.1, p. 165

algunas noticias en torno a la suerte de la obra del guanajuatense en México, las cuales podrían retomarse para emprender otra investigación que enriquezca nuestro conocimiento de la influencia de sus libros en nuestro país.

4. El *Manual del librero hispanoamericano* de Antonio Palau Dulcet.

Este catálogo fue de gran ayuda, pues gracias a él comprobé que las *Institutiones philosophicae* tuvieron más de una edición, que se imprimieron en Italia y en España, y que tuvieron variaciones de título de las que bien podría hacerse un estudio aparte. Además, Palau registra los nombres de dos epítomes que se escribieron de ellas y la traducción de la parte correspondiente a la lógica hecha por Juan Tejada y Ramiro en 1837.

5. La *Bibliografía Filosófica Mexicana* de Don Emeterio Valverde Téllez

En esta obra de vital importancia para la historia de la filosofía en México, el célebre obispo guanajuatense da cuenta de los tesoros bibliográficos que alberga en su colección, cuya sede actual es el Estado de Nuevo León. Entre sus preciados libros se encuentran cinco ejemplares de las *Institutiones philosophicae*. Sus observaciones representaron un primer acercamiento a la recepción de la obra de nuestro autor en México durante el siglo XX y a su valoración en el ámbito educativo.

6. El *Diccionario bio-bibliográfico de la Compañía de Jesús en México* de Francisco Zambrano y José Gutiérrez Casillas

La consulta de esta utilísima obra me aportó, además de los datos biográficos mencionados en el capítulo anterior, la noticia de Guevara como autor de una traducción al español de una obra escrita en francés por el padre Alejandro Derouville: *Ejercicios devotos para emplear santamente la víspera de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús*. En todo el tiempo que duró mi investigación, me fue imposible conseguir esta obra. Es preciso mencionar que a Zambrano y Casillas debo las lecturas de Rafael de Zelis, pues

habían sido hasta ese momento de mi investigación los únicos en mencionar la fuente de los datos que ofrecen.

7. La investigación del Dr. José Ignacio Palencia.

Fueron para mí una muy valiosa guía tanto la tesis que presentó en 1972 para optar por el grado de Maestro en Filosofía, como su estudio introductorio a la presentación de la paleografía del manuscrito original de los *Pasatiempos de Cosmología*. La profunda investigación del Dr. Palencia, dirigida en sus inicios por nuestro gran latinista, el Dr. Rafael Moreno Montes de Oca, representa la base de la que se debe partir para seguir rescatando del olvido la magnífica obra del más notable discípulo de los jesuitas mexicanos del siglo XVIII.

8. Mención aparte merece en esta serie de recursos, la invaluable investigación que la Dra. Carolina Ponce emprendió en diversas bibliotecas de España para obtener copias de las distintas ediciones españolas de las obras de Guevara.

Expuestas las principales fuentes en las que se apoyó mi investigación, pasaré a dar cuenta brevemente de los resultados obtenidos de esta búsqueda.

II.3 LA OBRA HASTA AHORA CONOCIDA

1) Todas las fuentes mencionadas anteriormente presentan como la principal obra de Guevara las *Institutiones philosophicae*. Como ya fue se dijo arriba, Zambrano y Casillas refieren además la traducción del francés de *Ejercicios devotos para emplear santamente la víspera de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús por el P. Alejandro Derouville*. Este dato a su vez está tomado de la obra de Uriarte.¹⁰

2) Hasta 1982, año de su publicación, el manuscrito de los *Pasatiempos de cosmología* había permanecido silencioso en la Biblioteca “Armando Olivares” de la Universidad de Guanajuato. Las fuentes no lo mencionan y durante mucho tiempo fue

¹⁰ Véase la nota 31.

una obra prácticamente desconocida. En 1970, la Mtra. Susana Franco Villaseñor del Departamento de Historia de la Escuela de Filosofía de la Universidad de Guanajuato, escribió la tesis *Aspectos de la Evolución Histórica del Movimiento de Introducción de las ideas modernas en México: Guevara y Basoazábal*, en la se sirvió del manuscrito como fuente histórica. Como mi descubrimiento de esta noticia se presentó muy tardíamente, y en un tiempo en que mi carga de trabajo me impidió realizar un viaje a la ciudad de Guanajuato para emprender su búsqueda, prescindí muy a pesar mío, de la lectura de dicho trabajo.

3) Entre las páginas de los *Pasatiempos de cosmología*, se halla lo que puede considerarse otra obra de Guevara: la traducción del francés al español de la obra *Sistema del mundo de M. Lambert*.¹¹ En realidad, como el mismo Guevara explica, es la traducción del extracto hecho por Merian¹² de una obra de Lambert, escrita en alemán, intitulada *Kosmologische Briefe über die Einrichtung des Weltbaues* (Cartas Cosmológicas sobre la disposición de la fábrica del mundo). Dicha traducción de

¹¹ Johann Heinrich Lambert (1728-1777): Filósofo, físico, astrónomo y matemático nacido en Mühlhousse, Alemania. Se formó con la lectura de Wolf, Malebranche y Locke, de donde nació su interés de juntar la filosofía con la ciencia y su tendencia crítica innovadora. Desde 1759 fue profesor en la Universidad de Munich, y a partir de 1765, miembro pensionado de la Academia de Berlín. Interesado en perfeccionar el uso del silogismo, escribió *Neues Organon, oder Gedanken über die Erforschung und Beziehung des Wahren* (Leipzig, 1764). Mantuvo correspondencia con Emmanuel Kant con el propósito de un trabajo común que no llegó a concretarse. En 1744, al observar el paso de un cometa, concibió su teorema, y figuró al lado de D'Alembert como introductor de la trigonometría de las funciones hiperbólicas. Es también de su autoría la demostración de que π no es un número racional. Murió en Berlín.

¹² Juan Bernardo Merian (1723-1807) Filósofo suizo, nacido en Liestal y muerto en Berlín. Luego de haberse doctorado en filosofía a los diecisiete años, pretendió una cátedra en alguna Universidad, y al no obtenerla, se consagró a la vida religiosa. Residió por largo tiempo en Lausana, donde adquirió el dominio de la lengua francesa. En Ámsterdam ejerció como preceptor particular; de allí se trasladó a Berlín por consejo de Maupertuis, donde le fue concedido, en 1748, el honor de ser profesor de filosofía en la Academia de esa ciudad. Fue inspector del Colegio Francés y miembro de la Academia de Ciencias. Publicó un gran número de memorias en las Colecciones de la Academia de Ciencias, una traducción al francés de los ensayos de Hume y la obra a la que hemos aludido, *Système du monde*, traducción francesa de las *Cartas cosmológicas* de Lambert, publicada en 1765. Fue también traductor de una buena parte de los *Moralia* de Plutarco. Un aspecto digno de consignarse en esta nota es la actitud ecléctica de Merian, pues, como veremos más adelante, Andrés de Guevara se manifiesta abiertamente como seguidor de esta doctrina. Para Merian, el eclecticismo es el único medio de realizar el fin de la filosofía, de ver las cosas como son en realidad, es el único camino que conduce a la vida modesta, fundamento de la sabiduría y la bondad.

nuestro jesuita guanajuatense comprende la nada despreciable cantidad de treinta páginas a doble columna de los *Pasatiempos*.¹³

4.1) Por los *Pasatiempos de cosmología* sabemos que Guevara mantenía correspondencia con el Regidor de Guanajuato, Francisco de Alpizcueta: “Debe esta obra su nacimiento a la insinuación de Vmd. en su carta de 22 de octubre [...]”¹⁴

4.2) Por alguna mención incidental en la dedicatoria de las *Institutiones philosophicae*, se tiene noticia de su correspondencia epistolar con un profesor de la Real Academia de Guatemala, de quien sólo nos dice que es hermano de uno de sus compañeros de destierro:

Hay entre vosotros [*sc.* los académicos guatemaltecos] un Doctor, conspicuo por su virtud, sobresaliente en la enseñanza, muy digno de ser amado por su carácter, notable por su autoridad, singular por su amor a la patria, con mucho, el más conocido por la observancia a su Academia y célebre por sus ínfulas y honores con los que merecidamente es honrado. Tal vez tenéis en vuestro Colegio varios que son distinguidos por este gran cúmulo de virtudes, pero yo describo a uno sólo, a quien he escuchado y con quien he sostenido, hasta hace algunos años, un intercambio de letras, habiéndoseme ofrecido la ocasión felizmente por medio de su hermano que reside en Bolonia, muy amante de mí e

¹³ El opúsculo comprende del entretenimiento decimoctavo al vigésimo primero de los *Pasatiempos*, de la página 189 a la 201. El extracto de Merian, escrito en francés, es el resumen de la obra de Lambert escrita en alemán, en el cual, no obstante, se han visto algunos rasgos de originalidad. Guevara está enviando para su difusión en México una obra de gran actualidad en el viejo continente, una obra que él mismo ha buscado con afán, en la cual ha invertido no sólo una parte de su peculio, sino también su propio esfuerzo, todo con la única intención de cultivarse él mismo e informar a sus conciudadanos de estas novedades. La obra de Lambert, atendiendo a lo que Andrés de Guevara dice de ella, es poco conocida y de difícil acceso en Europa misma; con su traducción, Merian, como Guevara, también recupera para Francia una obra prácticamente desconocida. (Cfr. PALENCIA, José Ignacio, Introducción a los *Pasatiempos de cosmología* ..., p.16 y GUEVARA Y BASOAZÁBAL, Andrés de, *Pasatiempos de cosmología*..., p. 186) . Hasta aquí esta nota, cuyo objetivo es abrir la perspectiva de una investigación profunda de Guevara como traductor tanto de los clásicos grecolatinos como de las obras filosóficas en lenguas modernas.

¹⁴ GUEVARA Y BASOAZÁBAL, Andrés de, *Pasatiempos de cosmología* ..., p. 29.

igualmente muy querido por mí, compañero y consorte inseparable completado ya el sexto lustro de mis vicisitudes.¹⁵

4.3) Por el seguimiento de los documentos relativos al juicio de Maneiro en México (a los que aludimos en el capítulo anterior) dados a conocer en 1988 por Ignacio Osorio, conocemos que escribía cartas a Maneiro.¹⁶ Quiera la buena fortuna que por lo menos algunas de las cartas de Guevara se encuentren mezcladas entre los legajos de los archivos civiles o eclesiásticos de México e Italia, porque serían un auxilio de gran importancia para el seguimiento de la vida y pensamiento del jesuita guanajuatense.

Dada cuenta de las obras de cuya existencia tenemos conocimiento por fuentes documentales, pasemos ahora a realizar una revisión muy general de las que pudimos consultar.

II.4 PASATIEMPOS DE COSMOLOGÍA

En dos de las cartas en que Vmd. me ejecuta por la remisión de este escrito, me insinúa que lo mande ordenado de tal manera, que no cueste dificultad el coordinarlo, si acaso se pensase en imprimirlo. No estoy ya en tiempo de volver atrás, revocando la donación; ni menos de contrastarle el uso que Vmd. quiera hacer de ella. Si por fortuna Vmd. lo juzgare no indigno de la luz pública, desearía que saliese bajo los auspicios de esa Ciudad de Guanajuato, mi patria, con la cual entrambos tenemos el estrecho vínculo de la filiación, Vmd. adoptiva y yo Natural.¹⁷

¹⁵ Est in vobis Doctor virtute conspicuus, doctrina supereminens, indole amabilissimus, gravitate spectabilis, amore in patriam singularis, observantia in suam Academiam longe notissimus, et clarus infulis, atque honoribus, quibus merito decoratur. Plures fortasse in vestro Colegio habetis hoc tanto virtutum cumulo distinctos: ego vero unum describo, quem unum audivi, et quicum ad annos aliquot litterarum commercium produxi, occasione mihi feliciter oblata per ejusdem Fratrem Bononiae commorantem, mei amantissimum, aequae mihi carissimum, sexto jam completo lustro vicissitudinum mearum individuum comitem, et consortem. (GUEVARA Y BASOAZÁBAL, Andrés de, *Prodromus ad institutiones philosophicae* ..., p. IV-V) La traducción es mía.

¹⁶ Véase la nota 7 del primer capítulo.

¹⁷ GUEVARA Y BASOAZÁBAL, Andrés de, *Pasatiempos de cosmología*..., p. 38.

Poco menos de dos siglos hubo de esperar el manuscrito que Andrés de Guevara envió desde Roma a Don Francisco de Alpicueta para alcanzar su publicación; ésta tuvo lugar en 1982, en ocasión de la celebración de los 250 años de la fundación de la Universidad de Guanajuato. Como ya se había mencionado páginas atrás, el jesuita guanajuatense compuso esta obra a petición de Don Francisco de Alpicueta, regidor de Guanajuato, quien le solicita que le mande algún rasgo de su mano sobre algún punto de literatura que le sea más genial. Nada más estimulante que la libertad de elección que plantea esta solicitud: no se decidió Andrés de Guevara por algún punto sobre literatura, historia de la filosofía, matemáticas, lógica, metafísica o ética, sino precisamente por “estrellas fijas convertidas en soles, rodeadas de Planetas, Cometas y Lunas; [...] nuestro Sol mudado en estrella, fijo en su centro sin dar las carreras que antes acostumbraba y diariamente se le atribuyen [...]”¹⁸ Y la justificación de tal elección no se hizo esperar; dice el propio autor líneas más adelante: “[...] siempre ha tenido para mí un aliciente inexplicable esta parte de la física que trata de los cuerpos celestes y se suele llamar Astronomía Física.”¹⁹ Pero, considerando que esto no es razón suficiente para justificarse, evoca a Cicerón y a Séneca, con quienes comparte el gusto por estos asuntos. Es especialmente prolija la digresión que introduce al explicar los pormenores de la *inventio* de la obra que habrá de escribir para sus conciudadanos guanajuatenses; dicha digresión es nada menos que un pasaje de *Naturales Quaestiones* de Séneca (en traducción del propio Guevara), que reivindica el valor de la contemplación de la maravillosa inmensidad del mundo creado por Dios. E inmediatamente después reafirma nuestro jesuita: “Yo he medido a los otros por mí mismo, al gusto ajeno por el propio. La física es el objeto que lleva mis atenciones en lo literario y en la vasta

¹⁸ Id., p. 30.

¹⁹ Id., p. 32.

extensión de la esfera física, tiene la preferencia la parte que trata de lo celeste.”²⁰ Lo cual nos confirma con exactitud sus preferencias intelectuales, que resaltan en varias partes de su obra mayor, las *Institutiones philosophicae*, y que podrán apreciarse también en el recuento histórico de la filosofía que nos legó en el primer volumen de ellas.

Los *Pasatiempos de Cosmología o Entretenimientos familiares acerca de la Disposición del Universo* constan de veinticuatro entretenimientos divididos en tres tomos. De éstos, el tomo primero comprende los siete primeros, que tratan acerca de la idea general del universo, su edad, figura y extensión. Del entretenimiento quinto al séptimo, se ofrece una explicación sucinta de la esfera terrestre. Los entretenimientos contenidos en el tomo segundo van del octavo al decimoséptimo, y en ellos se describen los distintos sistemas del mundo a través de una exposición del sistema copernicano, un diálogo habido entre un ptolemaico, un copernicano, un abogado y un canónico y el relato del sueño de un copernicano. Se exponen además las ideas a este respecto del Conde Buffon, Leibniz y Bonnet. Ocupa la mayor parte del tomo tercero (del entretenimiento decimoctavo al vigésimo primero) la ya mencionada traducción del francés al español que Guevara realizó del extracto de las *Kosmologische Briefe über die Einrichtung des Weltbaues* de Lambert, hecho por Juan Bernardo Merian e intitulado *Sistema del mundo de Lambert*. Por último, comprende los entretenimientos vigésimo segundo, vigésimo tercero y vigésimo cuarto, el tema de la armonía del universo.

Los *Pasatiempos de cosmología* fueron escritos sin mayor pretensión que la de ofrecer, de manera amena, pero sin excluir el rigor científico que demanda este tipo de investigación, un panorama de las ideas que circulaban en aquellos tiempos por Europa

²⁰ Id., p. 33.

acerca de la disposición del universo. Tenía nuestro jesuita un proyecto más ambicioso, nacido de esa vocación pedagógica aprendida de sus grandes maestros:

Muchos años hace que tuve idea de emprender una obra completa que abrazase toda la física reduciéndola a entretenimiento familiar de personas desocupadas, que gustan más de diversión que de estudio. La materia era muy vasta para emprender la ejecución en un tiempo en que me hallaba con la salud muy gastada. Era necesario revolver de nuevo todos los autores que ya tenía leídos: estudiar muchos que aun no he manejado. Después convenía proponer la materia tan digerida, y acomodada a la inteligencia común, que los más extranjeros en la facultad pudiesen extenderla sin trabajo. Sobre todo, debía entrar en este plan el ser una colección entera de cuanto abraza de curioso e interesante la física tomada en su extensión.²¹

En pocas ocasiones tuve la oportunidad de percibir a Andrés de Guevara no como el incansable estudioso que jamás cede a su inherente fragilidad humana, fuente inagotable de una fortaleza digna de la santidad (imagen que, séame permitida la referencia, es muy recurrente en las biografías de Maneiro), sino como un hombre agotado por los accidentes de su vida, plenamente consciente de sus limitaciones y con un sentido de la sensatez y sobriedad dignos de admiración. Quede para la reflexión este pasaje, en el que Andrés no se intimida ante lo que él considera un resultado raquíptico, y simplemente prosigue hasta alcanzar una obra que, aun cuando es de un aspecto muy particular de la física, no deja de ser por ello una obra bien acabada:

Efectivamente tomé la pluma, y extendí una memoria, que se puede con razón llamar el embrión de esta obra. Ella salió tan magra, que más era un dibujo o apuntes que un escrito digno de mandarse a Vmd. (sc. Francisco de Alpicueta)

²¹ Id., p.34.

y a los amigos que deseaban un parto formado, no un mal parto de mi pluma. Convenía pues dar carnes a un embrión que no tenía más que los filamentos de la *nervatura*, y he aquí la transformación gradual que siguiendo los pasos de la naturaleza ha ido poco a poco aumentando la mole hasta formar un cuerpo de obra, lo que era una simiente poco menos que invisible.²²

Decíamos pues, que la finalidad de los *Pasatiempos* es también el deleite de su lector, la distracción de sus preocupaciones cotidianas en sus momentos de ocio, “sin quebrarle la cabeza con proponer cosas abstractas, áridas o contenciosas, de que abundan al presente todas las materias literarias.”²³

Tuvo la tentación Guevara y Basoazábal de componer la totalidad de la obra en forma de diálogo²⁴, ateniéndose a una antiquísima tradición filosófica, pero prefirió que fuera más bien un rico mosaico conformado por momentos de discurso expositivo, de narración de ficción (el sueño del copernicano contenido en los entretenimientos decimocuarto y decimoquinto) y de diálogo entre un ptolemaico, un copernicano, un abogado y un canónigo, todo escrito en un español medurado, mas no escueto, con el rasgo distintivo de la claridad unida a la belleza que le confiere su cuidadoso empleo de las figuras retóricas.

Los *Pasatiempos de Cosmología* son un escenario por el que se ven pasar innumerables citas, muchas de ellas traducidas por este excepcional humanista mexicano, ya en notas, ya en el cuerpo de la obra, de autores clásicos, de Lucrecio, Cicerón, Virgilio, Manilio, Ovidio, Séneca ... Una veta riquísima de la que nuestros colegas estudiosos de la tradición clásica podrían extraer metales preciosos (valga la metáfora como un sencillo homenaje al jesuita del Real de Minas de Guanajuato) para seguir adornando la historia de nuestra herencia novohispana, parte importantísima en la

²² Ibid.

²³ Id., p.37.

²⁴ Id., p.36.

conformación de la mexicanidad. Y junto a los clásicos, las numerosas referencias a ilustres pensadores europeos, todos ellos hombres de ciencia y filósofos: Cristiaán Huygens²⁵, Bernard Le Bovier Fontenelle²⁶, William Derham²⁷, Charles Bonnet²⁸, Ignacio Monteiro²⁹, Christian Wolf³⁰, Johann Heinrich Lambert, Juan Bernardo Merian,

²⁵ Cristiaán Huyghens (1629-1695) Físico, matemático y astrónomo holandés, nacido en La Haya. Fue pionero en la investigación científica del cálculo de probabilidades en su obra *De ratiociniis in ludo aleae*; a partir del principio que lleva su nombre, Huygens desarrolló una teoría oscilatoria de la luz, descubrió uno de los satélites del planeta Saturno y dio la primera descripción precisa de los anillos de este planeta gracias al perfeccionamiento de una lente telescópica. Fue inventor del reloj de péndulo, desarrolló varias teorías sobre la fuerza centrífuga en los movimientos circulares, las cuales sirvieron a Newton en la formulación de las leyes de la gravedad. Su obra póstuma *Cosmotheoros*, citada por Guevara en los *Pasatiempos*, se publicó en 1789.

²⁶ En el título de una de las obras de este escritor y científico francés, *Entretiens sur la Pluralité des mondes* (*Conversaciones sobre la pluralidad de los mundos*), publicada en 1686, se inspira Andrés de Guevara para nombrar su propia obra. Nació en Ruán en 1657; estudió en el colegio de los jesuitas de Ruán y decidió dedicarse a las letras a pesar de haber estudiado derecho. En 1683 publicó *Dialogues des morts*, una obra filosófica que plasma conversaciones entre personajes como Sócrates, Séneca y Montaigne. Fue nombrado miembro de la Academia francesa en 1691; entre 1699 y 1739, Fontenelle trabajó como secretario de la Academia de Ciencias. Su ideal era la popularización del conocimiento científico de su época. En las *Conversaciones sobre la pluralidad de los mundos* presenta los principios astronómicos del sistema copernicano de una manera muy literaria. Murió en 1757.

²⁷ William Derham (1657-1735): Clérigo anglicano nacido en Stowton, Inglaterra, cultivador de la física y las ciencias naturales, párroco de Upminster desde 1689. Se distinguió siempre por encaminar sus esfuerzos a demostrar la existencia de Dios con fundamentos científicos. Sus obras principales son *Physico-Theology* y *Astro-Theology* (citada por Guevara en sus pasatiempos), que reúnen los 16 discursos que pronunció entre 1711 y 1712 para las conferencias de *Fondation de Boyle*; en éstos comprobó únicamente con argumentos de la ciencia la existencia de una inteligencia suprema que rige al mundo con su providencia. Esta obra fue tan importante en su tiempo, que se tradujo a casi todas las lenguas de Europa e hizo a su autor merecedor de la borla doctoral de la Universidad de Oxford. En 1716 fue nombrado capellán del Príncipe de Gales y canónigo de Windsor. Su última obra fue *Christo-Theology*, en la cual se proponía demostrar la divinidad de la religión cristiana.

²⁸ Nacido en Ginebra, Suiza, en 1720. Estudió Derecho, pero abandonó pronto esta carrera para ocuparse de lleno a la Historia Natural, en la que realizó notables investigaciones. Una enfermedad ocular lo obligó a dejar estos estudios y dedicarse a la filosofía, en la que reflejó su interés de hermanar sus convicciones científicas con sus creencias religiosas. Tuvo mucha influencia de Leibniz, Locke y Malebranche. Entre sus obras filosóficas, las más conocida fueron *Essai analytique sur les facultés de l'âme*, publicada en 1760, y *La Palingénésie philosophique ou Idées sur l'état futur des êtres vivants*, aparecida entre 1769 y 1770. Murió en 1793.

²⁹ Ignacio Monteiro (1724-1812) Jesuita portugués, profesor de filosofía y matemáticas, famoso por su eclecticismo y desapego de la tradición aristotélico-escolástica. Vivió en Ferrara, donde tuvo la prefectura de estudios de la Universidad Pontificia. Destacan entre sus obras *Compendio dos elementos de Matematica*, *Philosophia libera seu eclecticica rationalis*, *Principia Philosophica Theologiae atque religionis naturalis*, *Ethica physiorationalis libera*.

³⁰ Christian von Wolff (1679-1754) Filósofo y matemático alemán nacido en Breslau, formado en la Universidad de Jena y profesor de matemáticas e historia natural en la Universidad de Halle. Sus doctrinas racionalistas lo pusieron en conflicto con las creencias religiosas de algunos de sus colegas, que lo acusaron en 1721 de promover el ateísmo y el fatalismo por haber expuesto en una clase los axiomas morales de Confucio como prueba de que la razón humana podía alcanzar la verdad moral con su propio esfuerzo. Federico II lo desterró de Prusia en 1723; Wolf marchó a Hesse e impartió cátedra en la Universidad de Marburgo hasta 1740. En ese año Federico II lo llamó de nuevo a Halle, y tres años después fue nombrado rector de la Universidad. Escribió obras tanto en alemán (*Anfangsgründe sämtlicher mathematischer Wissenschaften*, *Logik*, *Vernünftige Gedanken von Gott, der Welt und der Seele des Menschen, auch allen Dingen überhaupt*), como en latín (*Philosophia rationalis sive Logica*,

entre otros. Por supuesto que en esta serie de eminentes pensadores no podían faltar sus maestros, que irradiaron el esplendor de las letras mexicanas en la vieja Europa: Diego José Abad, Rafael Landívar, Francisco Javier Alegre y Juan Luis Maneiro, su fraternal compañero de destierro. Por su inspiración en ellos, por su aprendizaje de todos ellos, por su nostalgia misma de la patria lejana, brota México entre las páginas de los *Pasatiempos* del ilustre Andrés de Guevara:

Un Cielo risueño, días claros en que el Sol brilla con toda su hermosura, un frío que alegra sin molestar, noches poco más largas que las del estío, sin las eternas tinieblas de los países más septentrionales son los distintivos del invierno mexicano, y de los demás países mediterráneos de entre los trópicos en América. Al contrario, las nubes y lluvias que apaguen el Sol, y templen con sus riegos la Tierra, contribuyendo a su fecundidad en el tiempo en que más necesita de humor para la vegetación son los deseos de los más septentrionales en el estío, y el Mexicano lo cuenta como un fenómeno propio de su estación.³¹

Tal es en suma la naturaleza, el contenido y las características de esta obra recientemente recuperada para los conciudadanos de su autor. Sólo resta dar noticia sobre una segunda parte de los *Pasatiempos* que Guevara prometió al regidor Alpizcueta y su selecto círculo de amigos. “Mi designio es continuar, después de concluido el punto de sistemas que cierra esta Primera Parte, y pasar visitando cada globo en particular, exponiendo las curiosidades que hasta nuestros días refieren los astrónomos, y observadores haber notado en los Planetas.”³² Todavía al final de su carta dedicatoria, Guevara insiste:

Philosophia prima sive Ontologia, Cosmologia generalis, Elementa matheseos universae, Teologia naturalis, Philosophia moralis sive Ethica etc.).

³¹ Id., p. 66.

³² Id., p. 37.

Por ahora no haré poco si concluyo con felicidad la segunda parte, cumpliendo con remitirla a su tiempo, como ahora mando ésta, lo que he prometido. Pasar más adelante será obra del tiempo, de la salud, de la permanencia en el estado presente, y sobre todo de haber tenido la fortuna de acertar con el gusto y genio de Vmd. obteniendo en orden a la materia al método, y al estilo su aprobación, y de los otros amigos que han influido por mano de Vmd. a que yo emprendiese este escrito.³³

A la fecha se ignora qué dispuso el hado para esta segunda parte y para otros proyectos que Guevara tenía en esta materia: escribir sobre los cometas, sobre el sistema solar, la multitud de estrellas, la distancia que hay entre éstas, su misteriosa aparición y desaparición, la vía Láctea, las galaxias, los innumerables “globos luminosos”... De haber contado con una salud aceptable y una vida relajada, Andrés de Guevara pudo ocuparse en estos proyectos entre 1789 y 1801. Exactamente doce años; la fecha de su carta a Don Francisco de Alpicueta, 26 de marzo de 1789, tiene una extraña cercanía con la fecha de su muerte, el 25 de marzo de 1801. Con todo, existe también la posibilidad de que los tiempos le hayan sido adversos para continuar con la redacción de estas obras. Como por el momento me es imposible ofrecer más aportación que este sencillo recuerdo de los *Pasatiempos de cosmología*, dejo ya el asunto y concluyo con esta reflexión: ante estas circunstancias, los nuevos humanistas mexicanos, herederos de esta rica tradición, deben adquirir conciencia de que aún queda mucho por recuperar de la obra de los jesuitas expulsos. Es momento de ir a la obra máxima de Don Andrés.

II.5 INSTITUTIONES PHILOSOPHICAE AD USUM MEXICANAE IUVENTUTIS

De manera genérica el título de la obra mayor de Guevara puede ser *Institutiones philosophicae ad usum mexicanae iuventutis*. Sin embargo, este título presentó variantes

³³ Id., p. 38.

a lo largo de la historia de sus ediciones. Hay constancia de este hecho en los distintos repertorios bibliográficos consultados, y fueron justamente las variaciones de título en las distintas ediciones lo que ha creado confusión entre los bibliógrafos y los investigadores.

Con plena conciencia de que este tipo de investigación es muy ardua por la cantidad de datos que comprende, mi propuesta para abordarla es la siguiente: en primer lugar, consignar la lista de ediciones que proporciona Antonio Palau. Decidí iniciar en este punto porque en el catálogo del bibliógrafo de Barcelona vi por vez primera una lista en la que pude apreciar la variedad de ediciones de la obra máxima de Guevara. Posteriormente, explicaré con detalle las imprecisiones de esta lista, apoyándome en la lista que ofrece Palencia y en el seguimiento que yo misma hice a través de las portadas de las ediciones que pude consultar. Por último, en espera de contribuir aunque sea en una mínima parte al avance del estado de la cuestión de las ediciones de la obra más importante de Guevara, ofreceré una lista de las ediciones que yo pude ver, ordenada cronológicamente, con títulos completos y pies de imprenta.

II.5.1 Las ediciones de las *Institutiones philosophicae*. Ediciones recopiladas por Antonio Palau

El catálogo es una obra de carácter bibliográfico y comercial: se puede ver, en efecto, los precios de algunos ejemplares que Palau ofrece en su librería. Citamos completo y textualmente el artículo de los libros de Don Andrés de Guevara que forman parte de ese inventario, no sin antes aclarar que, para nuestro seguimiento, las particularidades físicas de cada ejemplar tienen muy poca importancia, mas no por menosprecio a este campo de investigación que también aporta consideraciones de suma importancia para la historia del libro, sino por mis propias limitaciones en cuanto a los

ejemplares que pude tener en mis manos. Aclaro también que la división por letras es mía, y obedece a la necesidad de facilitar la ubicación de cada referencia a mis lectores.

A) Guevara y Basoazábal (P. Andrés de) *Institutionum elementarium Philosophiae ad usum mexicanae juventutis. Tomus primus qui est Operis secundus complectens Logicam, ac Metaphysicam. Ab ... Guanaxuatensi Presbytero. Romae MDCCXCVI: Apud Paulum Junchium* (1796) 8°, VIII-633 p. 1 h.

La obra consta de 4 vols., pero de esta primera edición solamente nos es posible dar referencia del tomo segundo.

B) *Idem ... ad usum mexicanae juventutis, Romae, 1797, 4 vols. 8°.*

C) *Idem ... ad usum studiosae juventutis. Tomus primus complectens Historiam Philosophiae et elementa Matheseos. Editio prima Veneta secundis auctoris curis. =TOMUS SECUNDUS complectens Logicam ac Metaphysicam.=TOMUS TERTIUS complectens Physicam Generalem=TOMUS QUARTUS complectens Physicam Particularem. Venetiis, MDCCC, Apud Thomam Bettinelli* (1800), 4 vols. 8°, XII-253=504=368=383 p. 2h. Con 13 láminas con figuras grabadas en cobre por Antonio Gregori.

D) *Idem ... Editio secunda Veneta secundis auctoris curis. Id., Apud Foresti et Bettinelli, 1819, 4 vols. 8°, las láminas son de Moretti, 215 p. 3 láms.=398 p.=294 p. 5 láms.=306 p. 5 láms.=306 p. 5 láms.*

Este curso de Filosofía en España sirvió de texto de enseñanza durante la primera mitad del siglo XIX en compendios latinos y en traducciones castellanas, algunas de las cuales van descritas a continuación:

E) *Institutionum Elementarium Philosophiae ... Editio secunda hispana. Valentiae, Ildephonsi Mompié, 1825, 4 vols. 8° con láms.*

F) Idem. *Matriti, Ex. Typ. Regia*, 1829, 4 vols. 8° con láms. plegadas.

Reimpreso en *Id., Id.*, 1830, 4 vols. 8° láms. plegadas, I, *Historiam Philosophiae*, 324 p.=II, *Logicam ac Metaphysicam*, 688 p.=III (?),=IV, *Physicam particularem*, 536 p. y también *Matriti*, 1833, 5 vols. láms. plegadas. Ampliada por Francisco Jacquier.

G) Idem. *Barcinone, Piferrer*, 1846, 8°.

H) *Logica succus extractus, Dialogisque effusus S.V.A. Hispali: Superioribus annuentibus Josephus Hidalgo et Socii excudebat Anno 1827*, 8°, 84 p.

- *Metaphysica dialogo digesta in Epitomenque redacta ab Em. M. del Mármol Regia Hispalensi Academia, ... Hispali, Josephus Hidalgo et Socii Superioribus annuentibus excudebat anno MDCCCXXIX (1829)*, 8°, 158 p. 1h.

I) *La Lógica*, traducida al castellano por D. Juan Tejada y Ramiro, *Valencia, Benito Montfort*, 1837. 8°.141 p.

J) *Prodromus ad Institutionum philosophicas sive elementa Matheseos institutionibus philosophicis ..., opus ad usum mexicanae juventutis ... Romae MDCCXCVI. Apud Paulum Junchium (1796) 12°., xvi 294 p. 2 h. grabs.*³⁴

Compartiré con mis lectores las siguientes dos observaciones a esta lista.

1) La primera dificultad con la que nos encontramos en este catálogo al intentar conocer los detalles de las ediciones es la parcialidad de los datos. No encontramos consignados los títulos fidedignos de cada volumen, por lo tanto, al no estar asentado el título completo, se ofrecen los datos en casos latinos descontextualizados, como sucede en el inciso C, donde el acusativo que designa lo que contiene cada volumen podría dar lugar a interpretaciones imprecisas. El ejemplar A pertenece a la primera edición, pero la fecha es incorrecta. En 1796 se editó la primera parte, la que contiene historia de la

³⁴ PALAU Y DULCET, Antonio, *Manual del librero hispanoamericano*, vol. 4, p. 458.

filosofía y elementos de matemáticas; el segundo volumen, que trata de la lógica y la metafísica, apareció en 1797. Es muy posible que Palau haya pensado que en 1796 salió una edición en cuatro volúmenes, y que en 1797, la segunda edición también comprendió otros tantos. Para nosotros, en cambio, ya está suficientemente claro que lo que podríamos llamar de manera genérica “primera edición” apareció paulatinamente: en 1796, el primer volumen; en 1797, el segundo, y en 1798, el tercero y cuarto. Y sirvan como prueba de mi afirmación tanto la lista que ofreció Palencia en 1972, como las portadas que yo misma he visto y de las que doy referencia completa líneas más abajo.

2) Cuando Palau habla de la difusión de la obra de Guevara en España, hace la relación de los compendios latinos y traducciones castellanas de ella. Ofrece una lista de éstos, pero hay que precisar que de todos los que cita, solamente dos son epítomes y una traducción. Las restantes obras de esta lista son en realidad ediciones españolas de la obra completa de Guevara: la segunda edición de Valencia, las ediciones de Tipografía Regia de Madrid y la última edición de Barcelona. Y he aquí, en el inciso J, entre epítomes, traducciones y ediciones españolas, el primer volumen de la primera edición del que Palau supuestamente no nos puede dar referencia. Como se podrá ver, el título del primer volumen, *Prodromus ad Institutiones Philosophicas sive Elementa Matheseos*, también generó confusión en Palau, como en su momento la generó en Diosdado Caballero, de quien procede la referencia que incautamente tomó José Toribio Medina.

No fue mi intención cansar a los lectores con mis peripecias bibliográficas. Solamente quise aclarar las confusiones en el seguimiento que los bibliógrafos han hecho de la obra del jesuita mexicano, confusiones que no habría tenido la aleccionadora oportunidad de verificar si desde los inicios de mi investigación hubiera

contado con la guía de la obra del Dr. Palencia. Sirva pues esta experiencia mía que ahora les comparto como una admonición a cualquiera que se interese por dar seguimiento a los esforzados papeles de Andrés de Guevara. Aprovecho también esta ocasión para demostrar que es absolutamente necesaria la elaboración de catálogos pormenorizados no ya de la obra de Guevara, sino de la totalidad de la profusa obra de nuestros jesuitas mexicanos desterrados, para lo cual es imprescindible la participación de latinistas, helenistas, italianistas etc. Urge un trabajo interdisciplinario que nos permita seguir sacando de la oscuridad las creaciones de estos valores mexicanos.

II.5.2 Las ediciones citadas por José Ignacio Palencia

Como hemos dicho anteriormente, José Ignacio Palencia nos ha proporcionado una lista más confiable, cuya fuente es la obra del Padre Uriarte *Catálogo razonado de Obras anónimas y seudónimas de Autores de la Compañía de Jesús pertenecientes a la antigua asistencia española*³⁵ y las copias que le confió el P. Manuel Ignacio Pérez Alonso³⁶ de las obras de Guevara que obraban en su poder. Reproduzco la lista literalmente, permitiéndome nuevamente el uso de letras para facilitar la identificación de cada edición.

A) Edición de Roma: “opus ad Usus Mexicanae Iuventutis, Regali Guatimalensium Academiae dicatum ab andrea de Guevara et Basoazabal Guanaxuatensi Presbítero Apud Paulum Iunchium. Romae, 1796; 1798.

Nos dice el Dr. Pérez Alonso que incluye un prólogo con dedicatoria a Guatemala, y una historia de la filosofía por las ideas en Nueva España.

³⁵ URIARTE, J. E., *Catálogo razonado de Obras anónimas y seudónimas de Autores de la Compañía de Jesús pertenecientes a la antigua asistencia española*, Madrid, Sucs. De Rivadeneyra, 1904, 5 vols.

³⁶ Las únicas noticias que tenemos del P. Manuel Ignacio Pérez Alonso son que nació en Nicaragua, pero desde hace mucho tiempo reside en nuestro país, que fue rector de la Universidad Iberoamericana, que en 1972 dirigió la publicación colectiva *La Compañía de Jesús en México: cuatro siglos de labor cultural (1572-1972)* para conmemorar la llegada de los jesuitas a México, y que en 1986 era custodio del Archivo Histórico de la Provincia de México de la Compañía de Jesús.

B) Edición I de Venecia: “Ad usum studiosae juventutis. Editio prima Veneta, Apud Thomam Bettinelli; Venetiis, 1800.

C) Edición II de Venecia: “Ad usum studiosae juventutis. Editio secunda Veneta, Apud Foresti et Bettinelli; Venetiis, 1819.

D) Edición de Guatemala: Sería la mencionada por Osoreo, a no ser que equivocadamente y con base en la dedicatoria, tome él, por edición de Guatemala, la de Roma. Sin embargo la observación de Osoreo del mal papel y defectuosa impresión, no parece aplicable a una edición italiana del siglo XVIII, dadas las que hemos visto de otras obras.

Ediciones españolas

E) Editio prima Hispana, Valentiae in Officina Ildephonsi Mompié; 1824.

Señala Pérez Alonso que incluye una dedicatoria de Mompié con datos biográficos sobre el autor.

F) Editio secunda Hispana, Valentiae in Officina Ildephonsi Mompié; 1825.

G) Matriti, ex Typographia Leonis Amarita; 1824.

H) Matriti, ex Typographia Leonis Amarita; 1826.

I) Matriti ex Typographia Leonis Amarita; 1827.

J) Matriti ex Typographia Regia; 1829.

K) Matriti ex Typographia Regia; 1830.

L) Matriti ex Typographia Regia; 1833.

M) Barcinone, Apud Joannem Franciscum Pifener (*sic*) Typogra. Reg.; 1845.

Pérez Alonso señala esta edición como incompleta.

Resúmenes y traducciones parciales

N) Definitiones et Epitome Doctrina quae in Institutionibus Elementariis Philosophiae A. D. Andrea de Guevara editiis continentur; Matrili, Ex Typographia Leonis Amarita.

O) Synopsis Physicae Generalis (ibid).

P) Logicae succus extractus, dialogisque effusus ... ab Em. del Marmol; Regia Hispalensi Academia Regio Philosophiae Antecessore; accedunt hac editione secunda brevis narratio de Philosophiae pretio et vicissitudinibus ... Hispali, Josephus Hidalgo et socii excudebant anno 1827. (Es compendio de preguntas y respuestas de la primera parte de Institutionum Elementarium Philosophiae, por el P. Andrés de Guevara et Basoazábal; sic Uriarte, o.c. #5413)

Q) Patris Andreae de Guevara Metaphysica Dialogo digesta in epitomenque redacta ab Em. M. del Marmol ... Hispali, Josephus Hidalgo et Socii, excudebat anno 1829.

R) La Lógica de D. Andrés de Guevara, traducida al castellano por D. Juan Tejada y Ramiro; imprenta de D. Benito Monfort, Valencia 1837. (Uriarte, o.c., #4149)

S) Lecciones Filosóficas tomadas del texto literal de Guevara y traducido al castellano por vía de Diálogo ... como más acomodado a la capacidad de todas las clases. Elementos de Lógica, tomo primero; por D. José García del Hito. Escribano de la villa de Toril, durante su confinamiento en el lugar de Malpartida de Cáceres, año 1839 (Ms) Profesa de Madrid.³⁷

Hasta ahora, es la lista más completa que existe. Para poder ampliar esta lista habría que continuar la búsqueda de los manuscritos, ediciones, epítomes y traducciones que pudieran estar perdidas en Europa y América.

³⁷ PALENCIA, José Ignacio, *La filosofía de D. Andrés de Guevara ...*, p. 337-338.

Sin embargo, en esta lista siguen figurando los datos de manera incompleta: no hay títulos completos, parece ser que el único criterio es consignar el lugar y el año de edición y contiene algunas observaciones del P. Pérez Alonso que son inexactas. Por ejemplo, señala que el primer volumen de la primera edición contiene “una historia de la filosofía por las ideas en la Nueva España”, ¿a qué ideas se refiere exactamente? Sostiene además que la dedicatoria del editor Ildefonso Mompié a Emmanuel Martínez aporta datos biográficos de Guevara, lo cual es erróneo, y me permito esta afirmación porque leí y traduje íntegra la mencionada dedicatoria escrita en latín. La importancia de esa dedicatoria reside en la valoración positiva que los académicos españoles hicieron de las *Institutiones* de nuestro jesuita al momento de adoptarlas como libro de texto para sus seminarios. Otra aseveración que llamó mi atención fue la de que la última edición de las *Institutiones*, aparecida en Barcelona en la imprenta de Piferrer (no Pifener, como figura en todos los textos de Palencia) en 1845, es una edición incompleta. Desafortunadamente sólo tuve acceso al segundo volumen de esta edición, y de allí deduzco que es muy poco probable que haya aparecido este único volumen sin su antecedente; por otro lado ni Palencia ni Pérez Alonso indican qué volumen o volúmenes editó Piferrer y cuáles fueron excluidos, si es que en verdad se trata de una edición incompleta. En conclusión, este comentario del P. Manuel Ignacio Pérez Alonso debe abordarse con cierta reserva hasta comprobar lo contrario. En lo que respecta a los resúmenes y traducciones parciales, la relación está mucho mejor elaborada, pues proporciona los títulos completos o lo suficientemente completos para no confundirlos. No hay más que objetar a la lista del Dr. Palencia, que es, como ya hemos dicho, la lista de ediciones más confiable que existe hasta ahora. Sin embargo, quiero proporcionar a mis lectores la enumeración pormenorizada de las ediciones que estuvieron a mi alcance.

II.5.3 Las ediciones consultadas para la elaboración de este trabajo

Las siguiente lista no intenta seguir las reglas de catalogación de libros antiguos. Se trata más bien de una transcripción literal de portadas de acuerdo con los criterios usuales. Se utiliza la pleca (/) para separar los renglones y un sólo tipo de mayúsculas, aunque hay que precisar que la tipografía de la época se basa en la combinación de distintos tipos y tamaños de letra, que pueden ser apreciados en el apéndice de imágenes de portadas. Consideré oportunos los comentarios que se agregan entre cada grupo porque aportan datos importantes sobre la localización de los ejemplares, que sin duda serán de utilidad para cualquier persona interesada en la obra del jesuita guanajuatense. Estas observaciones son también una muestra de mi gratitud hacia las bibliotecas y las personas que me facilitaron el acceso a los ejemplares.

1) Los siguientes volúmenes conformaron la primera edición de las *Institutiones Philosophicas*. Como hemos afirmado en páginas anteriores, su aparición se dio paulatinamente, entre 1796 y 1798. Los ejemplares consultados pertenecen a la Biblioteca “Héctor Rogel” del Seminario Conciliar de México, sito en Tlalpan, D.F. Pude tener en mis manos también los dos ejemplares del volumen primero y segundo que resguarda la Biblioteca del Museo “Pedro Coronel” de la Ciudad de Zacatecas.

➤ PRODROMUS / AD INSTITUTIONES PHILOSOPHICAS / SIVE /
ELEMENTA / MATHESEOS / INSTITUTIONIBUS PHILOSOPHICIS,
CERTÉ PHYSICIS / PRAEMITTENDA / OPUS / AD USUM MEXICANAE
JUVENTUTIS / REGALI GUATIMALENSIUM ACADEMIAE / DICATUM /
AB ANDRAEA DE GUEVARA, / ET BASOAZABAL / GUANAXUATENSI
PRESBYTERO, / [grabado calcográfico con la inscripción VT FLOS OPERA]
/ ROMAE MDCCXCVI. / APUD PAULUM JUNCHIUM. / [filete] /
SUPERIORUM FACULTATE.

- INSTITUTIONUM / ELEMENTARIUM / PHILOSOPHIAE / AD USUM MEXICANAE JUVENTUTIS / *TOMUS PRIMUS* / QUI EST OPERIS SECUNDUS, / *COMPLECTENS* / LOGICAM, AC METAPHYSICAM. / AB ANDRAEA DE GUEVARA, / ET BASOAZABAL / GUANAXUATENSI PRESBYTERO, / [grabado calcográfico con la inscripción VT FLOS OPERA] / ROMAE MDCCXCVII. / APUD PAULUM JUNCHIUM: / [filete] / *SUPERIORUM FACULTATE*.
- INSTITUTIONUM / ELEMENTARIUM / PHILOSOPHIAE / AD USUM MEXICANAE JUVENTUTIS / *TOMUS SECUNDUS* / QUI EST OPERIS TERTIUS, / *COMPLECTENS* / PHYSICAM GENERALEM. / AB ANDRAEA DE GUEVARA, / ET BASOAZABAL/ GUANAXUATENSI PRESBYTERO. / [grabado calcográfico con la inscripción VT FLOS OPERA] / ROMAE MDCCXCVII. / APUD PAULUM JUNCHIUM: / [filete] / *SUPERIORUM FACULTATE*.
- INSTITUTIONUM / ELEMENTARIUM / PHILOSOPHIAE / AD USUM MEXICANAE JUVENTUTIS / *TOMUS TERTIUS* / QUI EST OPERIS QUARTUS, / ET ULTIMUS / *COMPLECTENS* / PHYSICAM PARTICULAREM / AB ANDRAEA DE GUEVARA, / ET BASOAZABAL/ GUANAXUATENSI PRESBYTERO. / [grabado calcográfico con la inscripción VT FLOS OPERA] / ROMAE MDCCXCVIII. / APUD PAULUM JUNCHIUM. / [filete] / *SUPERIORUM FACULTATE*.

2) La edición que debiera seguir en este recuento es la primera de Venecia del año 1800. Los cuatro volúmenes que conforman esta edición se encuentran en el Fondo Conventual que resguarda el Museo Regional de Guadalupe, Zacatecas. Realizé un viaje a esta ciudad para consultarlos, pero una vez allí, su consulta me fue negada por la

directora del museo, a pesar de que yo contaba con las cartas oficiales que solicitaban su acceso. Posteriormente, por diversas circunstancias personales, me fue difícil volver a Zacatecas para insistir en mi solicitud. En fin, esta vicisitud me privó de la segunda edición de la obra de Guevara, que considero muy importante por ser la última edición que estuvo al cuidado de su autor y porque fue la primera en que apareció la modificación “ad usum studiosae juventutis” por “ad usum mexicanae juventutis”.

3) A continuación hago la enumeración de las ediciones españolas, y señalo de antemano que de éstas, sólo me faltó localizar ejemplares de las ediciones de Leonis Amarita de 1824 y 1827. Los ejemplares pertenecen a la Biblioteca Nacional de Madrid, y debo su inclusión a la Dra. Ponce, directora de esta investigación.

- INSTITUTIONUM / ELEMENTARIUM / PHILOSOPHIAE / AD USUM STUDIOSAE JUVENTUTIS / AB ANDREA DE GUEVARA / ET BASOAZABAL / GUANAXUATENSI PRESBYTERO / TOMUS PRIMUS / COMPLECTENS / HISTORIAM PHILOSOPHIAE ET ELEMENTA MATHESEOS. / *Editio prima Hispana.* / [pleca] / VALENTIAE : / IN TYPOGRAPHIA ILDEFONSI MOMPIÉ, VIA S. FERDINANDI. / ANNO 1824.
- INSTITUTIONUM / ELEMENTARIUM / PHILOSOPHIAE / AD USUM STUDIOSAE JUVENTUTIS / AB ANDREA DE GUEVARA / ET BASOAZABAL / GUANAXUATENSI PRESBYTERO / TOMUS PRIMUS / COMPLECTENS / HISTORIAM PHILOSOPHIAE ET ELEMENTA MATHESEOS. / *Editio secunda Hispana.* / [pleca] / VALENTIAE : / IN TYPOGRAPHIA ILDEFONSI MOMPIÉ, VIA S. FERDINANDI. / ANNO 1825.

➤ INSTITUTIONUM / ELEMENTARIUM / PHILOSOPHIAE / AD USUM
STUDIOSAE JUVENTUTIS / AB ANDREA DE GUEVARA / ET
BASOAZABAL / GUANAXUATENSI PRESBYTERO / TOMUS PRIMUS /
COMPLECTENS / HISTORIAM PHILOSOPHIAE ET ELEMENTA
MATHESEOS. / [pleca] [sello de la Inspección General de Instrucción Pública]
/ MATRITI: / Ex Typographia LEONIS AMARITA. / 1826

➤ INSTITUTIONUM / ELEMENTARIUM / PHILOSOPHIAE / AD USUM
STUDIOSAE JUVENTUTIS / AB ANDREA DE GUEVARA / ET
BASOAZABAL, / GUANAXUATENSI PRESBYTERO. / TOMUS PRIMUS.
/ COMPLECTENS / HISTORIAM PHILOSOPHIAE ET ELEMENTA
MATHESEOS. / [sello de la Inspección General de Instrucción Pública] /
MATRITI / EX TYPOGRAPHIA REGIA. / 1829.

4) El siguiente ejemplar pertenece a la Biblioteca “Felix de Jesús Rougier” de los Misioneros del Espíritu Santo, sita en Tlalpan, D.F. Es el único volumen con el que cuentan.

➤ INSTITUTIONUM / ELEMENTARIUM / PHILOSOPHIAE / AD USUM
STUDIOSAE JUVENTUTIS / AB ANDREA DE GUEVARA / ET
BASOAZABAL, / GUANAXUATENSI PRESBYTERO. / TOMUS TERTIUS,
/ COMPLECTENS / PHYSICAM GENERALEM. / MATRITI / EX
TYPOGRAPHIA REGIA. / 1830.

5) El Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México resguarda los siguientes ejemplares de la edición de 1833. Debemos señalar que es la única edición a la que se le ha añadido la ética de Francisco Jacquier como tomo quinto.

➤ INSTITUTIONUM / ELEMENTARIUM / PHILOSOPHIAE / AD USUM
STUDIOSAE JUVENTUTIS / AB ANDREA DE GUEVARA / ET

BASOAZABAL, / GUANAXUATENSI PRESBYTERO. / TOMUS PRIMUS,
/ COMPLECTENS / HISTORIAM PHILOSOPHIAE ET ELEMENTA
MATHESEOS. / [sello de la Inspección General de Instrucción Pública] /
MATRITI / EX TYPOGRAPHIA REGIA. / 1833.

➤ INSTITUTIONUM / ELEMENTARIUM / PHILOSOPHIAE / AD USUM
STUDIOSAE JUVENTUTIS / AB ANDREA DE GUEVARA / ET
BASOAZABAL, / GUANAXUATENSI PRESBYTERO. / TOMUS
SECUNDUS, / COMPLECTENS / LOGICAM, AC METAPHYSICAM. /
[sello de la Inspección General de Instrucción Pública] / MATRITI / EX
TYPOGRAPHIA REGIA. / 1833.

➤ INSTITUTIONUM / ELEMENTARIUM / PHILOSOPHIAE / AD USUM
STUDIOSAE JUVENTUTIS / AB ANDREA DE GUEVARA / ET
BASOAZABAL, / GUANAXUATENSI PRESBYTERO. / TOMUS TERTIUS.
/ COMPLECTENS / PHYSICAM GENERALEM. / [sello de la Inspección
General de Instrucción Pública] / MATRITI / EX TYPOGRAPHIA REGIA. /
1833.

➤ INSTITUTIONUM / ELEMENTARIUM / PHILOSOPHIAE / AD USUM
STUDIOSAE JUVENTUTIS / AB ANDREA DE GUEVARA / ET
BASOAZABAL, / GUANAXUATENSI PRESBYTERO. / TOMUS
QUARTUS, / COMPLECTENS / PHYSICAM PARTICULAREM. / [sello de
la Inspección General de Instrucción Pública] / MATRITI / EX
TYPOGRAPHIA REGIA. / 1833.

➤ INSTITUTIONES / PHILOSOPHICAE, / AUCTORE / FRANCISCO
JACQUIER, / ex minimorum Familia, primiarum per / Europam
academiarum socio, in lyceo roma -/ no, et in colegio urbano de propaganda /

fide professore. / TOMUS QUINTUS, / COMPLECTENS ETHICEM / AUT
PHILOSOPHIAM MORALEM. / [sello de la Inspección General de Instrucción
Pública] / MATRITI / EX TYPOGRAPHIA REGIA. / 1833.

6) De la última edición, solamente poseemos copia del volumen segundo, cuyo
ejemplar pertenece también a la Biblioteca Nacional de Madrid.

➤ INSTITUTIONUM / ELEMENTARIUM / PHILOSOPHIAE / AD USUM
STUDIOSAE JUVENTUTIS / AB ANDREA DE GUEVARA ET
BASOAZABAL, / GUANAXUATENSI PRESBYTERO. / TOMUS
SECUNDUS. / COMPLECTENS / LOGICAM, AC ONTOLOGIA./ [viñeta
calcográfica] / Barcinone: / APUD JOANNEM FRANCISCUM PIFERRER, /
TYPOG. REG. IN PLATEA ANGELI. / = / 1845.

7) De los resúmenes el único que hemos podido revisar es el siguiente. Pertenece al
Fondo Antiguo de la Biblioteca de Santiago de Compostela. Y me fue facilitado
también por la Dra. Ponce.

➤ DEFINITIONES, / ET EPITOME DOCTRINAE, / QUAE / IN
INSTITUTIONIBUS ELEMENTARIIS, / PHILOSOPHIAE / A D. ANDREA
DE GUEVARA EDITIS / CONTINENTUR. / [pleca] / MATRITI :/ Ex
Typographia LEONIS AMARITA. / 1826.

En conclusión, por ahora puede afirmarse que la obra del jesuita mexicano se
editó doce veces. Tres ediciones son italianas y nueve españolas. Si bien las
Institutiones Philosophicae y los *Pasatiempos de Cosmología* son las obras de Guevara
que ya han sido objeto de estudio, los epítomes y traducciones continúan inexplorados.
El estudio de esta faceta de la obra de Guevara ciertamente haría valiosas aportaciones a
la historia de la enseñanza de la filosofía.

Finalizo esta parte con la expectativa de que en un futuro estas aportaciones sirvan para concebir la realización de una edición crítica de la obra de nuestro maestro guanajuatense, y lo expreso porque he quedado convencida del valor y la importancia que esta obra tiene para la historia de las ideas en nuestro país, para la tradición clásica en México y para la comprensión de nuestra identidad.

II.5.4 Sobre la naturaleza, contenido y trascendencia de las *Institutiones philosophicae*

Las *Institutiones philosophicae* son, antes que nada, un libro de texto que sirvió para la enseñanza de la filosofía primero en Italia y, posteriormente en España, durante la primera mitad del siglo XIX. La gran obra de Guevara se compone de cuatro volúmenes. La primera edición, como ya vimos, se compone de un *prodromus* y tres tomos; las ediciones subsiguientes, de cuatro tomos. Para la mejor comprensión de la estructura de la obra, dejemos que el propio Guevara nos explique la composición de su obra:

Este primer volumen narra en un compendio muy breve la historia de la filosofía, pero a partir de allí comprende los rudimentos de matemáticas, cuyo conocimiento consideramos que debe anteceder a las restantes partes de la filosofía, y sobre todo a la física; todo el segundo volumen será sobre dialéctica y metafísica; el tercero dilucidará los rudimentos generales de la física, por lo cual recibe el nombre de física general; el cuarto, por último, tratará de los fenómenos propios de la naturaleza que ya han sido precisados por ciertas leyes y que son llamados por los escolásticos física particular.³⁸

³⁸ Primum hoc historiam philosophiae brevissimo narrat compendio; inde vero matheseos elementa complectitur, quorum notionem ceteris philosophiae partibus, certe physicae, praemittendam existimamus; alterum in dialectica et metaphysica totum erit; tertium generalia physicae rudimenta, quibus propterea nomen est physicae generalis, dilucidabit; quartum denique de peculiaribus aget naturae phaenomenis, quae certis iam definita sunt legibus ac physica particularis in scholis appellantur.

Esta enseñanza está planeada para cubrir tres años de estudios de filosofía y está orientada fundamentalmente a la filosofía moderna, sin excluir un mínimo de tradición escolástica. Guevara concede al maestro la libertad de enseñar o no lo que respecta al álgebra y a la geometría analítica contenidas en el primer volumen, sin embargo, contrariamente a lo que opinan los lusitanos Monteiro y Verney, preceptores de filosofía moderna, piensa que hay que poner a prueba el entendimiento de los jóvenes en estas disciplinas. Con esto manifiesta su predilección por las que en nuestros días se denominan “ciencias exactas”. Naturalmente, siendo Guevara muy afecto a la física y, particularmente, a la astronomía, desea que sus estudiantes adquieran las herramientas necesarias para su estudio. Nuestro autor está todavía en el momento en que filosofía y ciencia son lo mismo; posteriormente, cada una seguirá un camino distinto, situación que prevalecerá hasta nuestros días. Tuvimos ya suficientes pruebas de las orientaciones intelectuales de Guevara en los *Pasatiempos de cosmología*, pero sirva este recuento del Dr. Palencia como argumento definitivo de que Guevara amó la física por sobre todas las ramas de la filosofía :

En total de los cuatro volúmenes de su obra, Guevara dedica 591 páginas a la física como resultado de la observación y experimentación sobre la naturaleza, 170 páginas a las matemáticas [...], 100 páginas a la lógica que incluye las reglas del método de la ciencia, las normas de la observación, los prejuicios contra la ciencia, etc., 33 páginas a la Historia de la Filosofía que es otra novedad en su momento, 300 páginas a lo que él llama Metafísica, que incluye una disertación preliminar, y, en una disertación cada una: ontología, cosmología, psicología, teología natural.³⁹

(GUEVARA Y BASOAZABAL, Andrés de, *Prodromus ad Institutiones philosophicas* ... p. XI. Las traducciones de todos los pasajes que se citan a continuación son de mi autoría.)

³⁹ PALENCIA, José Ignacio, Introducción a los *Pasatiempos de cosmología*, p. 9.

Creo que es razón suficiente para comprender por qué Guevara no se ocupó de escribir una parte acerca de la ética, pero me parece mucho más adecuado incluir este emotivo pasaje de viva voz de nuestro jesuita:

Yo me pierdo, me abismo, me aniquilo; pero al mismo tiempo me dilato, salgo fuera de mi, y me parece que estoy en otra esfera. Si vuelvo los ojos a mi mismo, me pierdo, no hallo más que un átomo nadando en un abismo profundo, una partícula que pierde el ser, confrontada con la grandeza de tantos otros. Más considerando esa multitud inmensa de criaturas, esos globos que cada día se van multiplicando a millones según la vista se extiende más con los telescopios: esas moles inmensas, millones de veces más grandes que la Tierra: esa prodigiosa variedad de seres, de combinaciones, de órdenes de providencia, de sistemas físicos y morales, y sobre todo la serie, el orden, la disposición, la armonía, la concatenación; en fin, la sabiduría infinita con que están dispuestos: me colmo de gozo, me transporto, me arrebató a la Suprema causa que le dio a todo el ser.⁴⁰

Vayamos ya a la valoración de las *Institutiones*, y lo primero de todo es responder a la pregunta de qué factores fueron decisivos para su aceptación como libro de texto.

Antes de emprender una lectura cuidadosa de la obra que nos permita emitir un juicio en este sentido, la primera respuesta ha de buscarse en lo que el autor escribió acerca de su propia obra y en las opiniones que suscitó el curso filosófico de Guevara en el proceso de dictamen al que todo libro debe someterse, aspectos a los que se puede dar seguimiento en los preliminares de la obra: las aprobaciones, prefacios y dedicatorias.

Las aprobaciones de la primera edición coinciden en calificar la obra de nuestro jesuita como no contraria a la fe católica ni a las buenas costumbres. Asimismo resaltan

⁴⁰ GUEVARA Y BASOAZÁBAL, Andrés de, *Pasatiempos de cosmología*, p. 34.

como sus principales cualidades la claridad y la brevedad, además de la utilidad y la pericia de Guevara para exponer los temas de matemáticas. A partir de lo anterior, queda comprobada la aceptación de que gozaba en aquellos tiempos la filosofía moderna entre los religiosos de Italia.⁴¹ Y en efecto, el latín de Andrés de Guevara destaca por la claridad y síntesis propia de los autores clásicos.

Gracias a estas cualidades y a otras más que se mencionarán a continuación, el texto de Guevara traspasó las fronteras de Italia para ser utilizado en España. Precisar las regiones y las escuelas de los países por las que se extendió su uso, es otro punto fundamental de investigación. Se desconoce la fecha exacta de su introducción a España, pero por la fecha de la primera edición española, puede suponerse que fue antes del año 1824. Para entonces, ya contaba con la aprobación oficial como libro de texto para uso de los seminarios. La carta dedicatoria del editor, Ildefonso Mompié, a Emmanuel Martínez, profesor de la Academia de Teología de Valencia, expone con precisión las virtudes inmejorables de un curso filosófico imprescindible en la educación hispana:

En las óptimas y elegantísimas instituciones de Guevara no se atormentan, no se torturan las mentes de los jóvenes con la horribilísima maraña de las voces bárbaras y obsoletas. No encuentran allí los discípulos tinieblas en lugar de luz, fárrago en vez de elocuencia, ineptitudes, delirios u opiniones de ciertos árabes en lugar de la razón de Aristóteles. Todo allí perspicuo, brillante, agradabilísimo. Si alguien requiere de un método, escoja este. ¿En qué parte hallará uno igual? Si busca claridad en el decir, nada es más claro. Muy

⁴¹ El jesuita guanajuatense no tuvo que lidiar con las opiniones adversas a la filosofía moderna con las que se enfrentó su conciudadano Juan Benito Díaz de Gamarra y Dávalos por su curso filosófico *Elementa recentioris philosophiae*, aparecido veintidós años antes, en 1774.

vívidamente pone la verdad a los ojos de todos, y deleitando al lector deduce de una, otra verdad, con cierta admirable dulzura.⁴²

En cuanto a lo que Guevara refiere de su obra, destaca sobre todo la idea de compartir con los jóvenes mexicanos el producto de sus estudios. Bajo esta idea, sin embargo, se encuentra en realidad la expresión de nacionalismo propia de todas las obras de los jesuitas mexicanos del siglo XVIII. En esto, pues, Guevara es continuador del movimiento iniciado por sus maestros, del mismo modo en que también es continuador de la lucha por “que se derrumbe totalmente y desde los cimientos se erradique el prejuicio, que alguna vez se había fortalecido entre algunos en gran detrimento de las letras, de que la filosofía moderna gradualmente induce a una licencia irreligiosa, y de que por ello sus cultivadores se exponen voluntariamente al peligro de dar la espalda a la religión católica.”⁴³ Sus maestros habían sido soldados de esta lucha: Diego José Abad, Salvador Dávila, Francisco Javier Clavijero, José Julián Parreño y Rafael Campoy fundamentalmente fueron los promotores de la enseñanza de la *philosophia recentior* en los colegios de la Nueva España y en sus cátedras en el destierro. Desde esta lejanía, Guevara pide a los académicos de Guatemala que acojan su obra, y los exhorta a elaborar una mucho mejor, más limada, más fecunda en doctrinas, más bella por su elegancia, más acabada, mejor adaptada al sabor americano. El título mismo *Institutiones philosophicae ad usum mexicanae juventutis* es expresión

⁴² Non in optimis elegantissimisque Guevarae institutionibus foedissima barbararum obsoletarumque vocum colluvione adolescentium mentes torquentur, excruciantur; non ibi pro luce tenebras, pro eloquentia farraginem, pro ratione Aristotelis aut quorundam Arabum placita, ineptias, deliramenta auditores inveniunt; omnia ibi perspicua, splendida, iucundissima. ¿Si methodum quis requirat, exoptet: ¿Ubinam inveniet parem? ¿Si in dicendo claritatem? nihil clarius. ¿Argumentorum vim? Invenient maximam. Omnium oculis vividissime subiicit veritatem, lectoremque delectando ex una aliam mira quadam dulcedine deducit. (Dedicatoria de Ildefonso Mompié a Emmanuel Martínez, primera edición española, 1824.)

⁴³ [...] ut omnino corruat, et funditus eradictur praejudicata opinio, quae quondam apud nonnullos in maximam litterarum perniciem invaluerat, quod scilicet recentior philosophia sensit inducit in irreligiosam licentiam, ejusque propterea cultores objiciunt se voluntario periculo, religioni catholicae terga vertendi. (GUEVARA Y BASOAZÁBAL, Andrés de, *Prodromus ad institutiones philosophicas* ..., p. X.)

abierta de sus razones ideológicas. La designación misma de su autor *Andraea de Guevara et Basoazabal Guanaxuatensi Presbytero* es manifestación del apego a Guanajuato, a México (no a la Nueva España) que Guevara ostenta con orgullo. Incluso, junto al nombre de su patria, Guanajuato, figura la palabra que da cuenta de ese doloroso accidente de su vida acaecido en 1773: *Presbytero*. La suerte negó también a Guevara firmar como miembro de la *Societas Jesu*, y a pesar de esa vicisitud, Guevara, al igual que sus hermanos, continuó enarbolando los ideales que se gestaban en la Compañía desde antes que él hubiera sido parte de ella.

Por esos reveses de la fortuna tan comunes en la historia de la humanidad, muchos filósofos españoles de la generación de la primera mitad del siglo XIX, gozaron del privilegio de un libro que había sido concebido para los jóvenes mexicanos, un libro innovador en todos los sentidos, un libro que sobresale entre todos por su humanismo, por su apertura de pensamiento, por su oposición al dogmatismo y sectarismo y por su reclamo de la filosofía como patrimonio universal.⁴⁴ Y lo que para los educadores hispanos era más importante: un tratado en el que su autor se manifiesta plenamente convencido de que todo esto se puede lograr sin necesidad de volver la espalda a la fe católica y de que la afición a la ciencia, característica de la *philosophia recentior*, no se opone a sus creencias religiosas, sino que es complementaria y afianzadora de las mismas. “Cuida que el joven sea nutrido, como con la leche, con la doctrina de este eminentísimo varón; cuida de que nunca vierta las espaldas a la religión; florecerá con

⁴⁴ Todos los estudiosos que se han acercado al estudio de la filosofía de Guevara coinciden en señalar estos aspectos como lo más característico de ella: Gabriel Méndez Plancarte, Mauricio Beuchot y, sobre todo, José Ignacio Palencia en *La filosofía de D. Andrés de Guevara y el sistema educativo de la Nueva España*.

aureas costumbres y llegará muy rápidamente y con semejante curso a la cumbre más alta de las letras y de la virtud.”⁴⁵

Y ya que estamos hablando del humanismo de Guevara y de la universalidad de su pensamiento, tocaremos ahora el tema del título del curso filosófico. Como dijimos anteriormente, la idea original de Guevara era que su obra fuera *ad usum mexicanae iuventutis*, lo cual quedó plasmado únicamente en la primera edición, pues el resto de las ediciones dicen *ad usum studiosae iuventutis*. Yo no quiero ver este cambio de título con el matiz negativo que supone una traición de Guevara a sus ideales nacionalistas, sino justamente como una prueba de universalidad, de humanismo que trasciende las fronteras físicas y nos hermana a todos. Guevara se nos muestra en su obra como el fruto maduro que los jesuitas mexicanos cultivaron en la Nueva España con la pugna por la innovación de la enseñanza y en el destierro con la difusión de sus escritos. Un fruto que es tan humano, y por ello, tan universal, que es digno de ser cosechado por la juventud estudiosa de México, de Guatemala, de Italia, de España ... Es justo, empero, que se le reconozca como la aportación de un mexicano a la educación europea, y justo entonces entendemos la molestia de José Ignacio Palencia ante la obra de Balmes⁴⁶:

Los elogios de estos tres filósofos (*sc.* Descartes, Newton y Leibniz) se encuentran escritos por Guevara en las Instituciones, tomo I “De vicissitudinibus Philosophiae brevis Narratio (*sic*) (especie de Introducción Histórico crítica a toda su obra) de la que luego encontramos traducidos sin más y sin cita fragmentos enteros en la obra de Balmes *Filosofía Elemental*, “Historia de la

⁴⁵ Cave huiusce si clarissimi viri doctrina veluti lacte nutritus adolescens; cave unquam religioni terga vertat; aureis vigebit moribus, ad summum virtutis litterarumque fastigium parili cursu citissime perveniet. (Dedicatoria de Ildelfonso Mompié a Emmanuel Martínez, primera edición española, 1824.)

⁴⁶ Jaime L. Balmes (1810-1848): Sacerdote y filósofo español nacido en Vich. Fue defensor de la filosofía tradicional católica y se le ha considerado como un filósofo que asimiló las aportaciones positivas de Descartes y Leibniz. Fundador de varias revistas, entre las que se destacan “La civilización”, en 1842; “La sociedad”, en 1843; y “El pensamiento de la nación” en 1844. Escribió, entre otras cosas, *Consideraciones políticas sobre la situación de España*, *Cartas a un escéptico en materia de religión*, *El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*, *Filosofía fundamental* y *Filosofía elemental*.

Filosofía”, que debe a Guevara y a su texto mucho más de lo que confiesa, si es que algo confiesa, por cuanto toma de él párrafos enteros y completos tratamientos de cuestiones sin decirlo y pretendiendo originalidad.⁴⁷

El campo de investigación en lo que respecta a la recepción del texto de las *Institutiones* tanto en España como en México apenas ha sido explorado. No me di a la tarea de recorrer los acervos bibliográficos de nuestro país para constatar cuántos ejemplares del curso filosófico tenemos; las limitaciones en este sentido aún son muchas, pues una parte considerable de nuestros acervos no ha sido catalogada. Imagino, con todo, que existe un número importante de ejemplares de la obra de Guevara que tuvieron que llegar a América de múltiples formas. Osorens asevera que el autor envió un ejemplar dedicado al Colegio de San Ildefonso, que vería la luz pública en México para uso expreso de ese colegio por mediación de D. José Patricio Fernández de Uribe:

[...] desde fines del siglo XVIII la dedicó al mismo Colegio por manos del Sr. Dr. D. José Patricio Fernández de Uribe, uno o dos años antes que este Sr. muriera, se había encargado de su impresión y corrección, pues sus graves y demasiadas ocupaciones, y sus molestas y continuas enfermedades, le han quitado al Colegio el honor y el provecho de la insinuada edición. [...] Quédele al P. Bazuazábal (*sic*) el honor del trabajo de su pluma, y al Colegio de San Ildefonso el cuidado de sacarla del poder de los testamentarios del Sr. Uribe, dándola a la estampa y poniéndola en manos de sus escolares filósofos.⁴⁸

Se sabe, por ejemplo, que José María Luis Mora y José María Tornel conocieron el texto, incluso Tornel afirma que lo emplearía con sus estudiantes si no estuviera en latín, y de hecho tomó partes de él para su obra *Elementos de Lógica e Ideología*,

⁴⁷ PALENCIA, José Ignacio, Introducción a los *Pasatiempos de Cosmología*, p. 40.

⁴⁸ OSORES, Félix, op. cit., 295-296.

escritos para el uso de los alumnos del Nacional Colegio de Minería. Concluyo esta parte con la insistencia (que a estas alturas debe haber hastiado ya a mis lectores) en que es preciso comenzar una indagación más profunda acerca de la suerte de las *Institutiones* de Guevara en Europa y América.

Para terminar, séame concedida la exposición de un último motivo de interés en la obra del guanajuatense. Parte importantísima de los ideales de la Compañía es también el magisterio, que Guevara ejerció tal vez hasta su muerte. Por lo tanto, las *Institutiones* no están exentas de esa preocupación pedagógica que Andrés aprendió de sus maestros. Se considera “administrador de los ingenios de los jóvenes”; les quiere dosificar adecuadamente los conocimientos, para que “ni se abata uno bajo una carga muy pesada para él, ni falte a otro algo que convendría que tuviera.” Responde a los que piensan que la enseñanza de la filosofía moderna no es adecuada para los jóvenes, no con argumentos estrictamente filosóficos (elude bien la cuestión declarando que en un prefacio no es apropiado rebatir los prejuicios), sino con argumentos pedagógicos. Así, concluye que este fracaso se debe atribuir a la falta de comprensión de la lengua latina, no a los textos de los filósofos *recentiores* en sí mismos. Dirige a quienes hacen esta acusación, los “peripatéticos”⁴⁹, un fino reproche, revelador de que incluso la filosofía tradicional, la escolástica, puede ser dañina a los alumnos cuando éstos carecen de la comprensión cabal de las lenguas: “Y a partir de aquí hay un mal muy grave: que se eleva al estudio de la filosofía a algunos que no entienden los libros en latín del Maestro, al igual que aquéllos en griego de Aristóteles, a menos que los traduzcas a la lengua materna.”⁵⁰ Y la crítica se extiende incluso al ámbito de la familia:

⁴⁹ Guevara atribuye esta denominación a los filósofos escolásticos.

⁵⁰ Et hinc malum est gravissimum: quod nonnulli ad philosophiae studium evehuntur, quibus nisi converteris in patrium sermonem latinus magistri codices, perinde illos atque Aristotelis graecos intelligant. (Idem, p. XIII.)

Ciertamente hay algunos que, arrebatados por el amor paterno, envían al hijo casi infante a la palestra de las ciencias, y al tercer año exactamente, apenas balbuciendo la gramática, lo trasladan inmaduro al liceo filosófico, queriendo con esta premura demasiado apresurada que el niño sea coronado con el laurel que no conviene sino a los de edad más firme. Y tal vez consideren que su hijo, con esta iluminación anticipada de las letras, será en breve gloria y pilar para la familia; pero que teman más bien sobrecargar tanto, abrumar tanto, enervar tanto las fibras de las mentes, tiernas aún y no suficientemente fortalecidas, con una anticipación de esta naturaleza, que llegado el momento oportuno posteriormente no puedan componerse.⁵¹

Además, señala a Newton como ejemplo de cómo una enseñanza tardía no siempre merma las capacidades del niño. Valgan estos ecos del Siglo de las Luces para crear conciencia entre aquellos padres de nuestro tiempo que afectan el desarrollo natural de sus pequeños hijos saturándolos con un sinnúmero de actividades extra clase, cuando la única preocupación del niño en esta etapa debiera ser el juego.

Como puede verse, todavía queda mucho qué estudiar acerca de la gran obra de este excepcional compatriota nuestro. Por mi parte, espero haber cumplido el cometido de informar a mis lectores acerca del estado actual de la cuestión y de despertar el interés en su persona y en los escritos que nos legó para nuestra instrucción y superación. No me extiendo más. Mis limitaciones en tantas materias que fueron del dominio de Don Andrés de Guevara me impiden honrar su memoria con una mejor aportación. Quede, pues, como el sincero homenaje de una joven mexicana que se

⁵¹ Nimirum quidam sunt qui paterno praerepti amorem, filium pene infantem in scientiarum palaestram immittunt et exacto triennio, vix balbutientem in grammaticis, ad philosophicum lycaenum immature deferunt, festinatione nimis propra volentes lauro puerum coronari, quae non convenit nisi aetate firmioribus. Et fortasse arbitrantur filium suum, anticipatis litterarum luminibus, brevi fore familiae gloriam et columen, sed vereantur potius ne tenellas adhuc nec satis robustas mentis fibras tam gravent eiusmodi anticipatione, tam onerent, tam enervent, ut ad debitam fortitudinem opportuno postea tempore non possit ultra componi. (Ibid.)

acercó a sus textos, esperando cubrir con ello el requisito de la titulación, sin imaginar siquiera que hallaría a un insigne maestro, que no ha gozado en nuestro país del renombre que con justicia se le debe.

III. DE PHILOSOPHIAE VICISSITUDINIBUS BREVIS NARRATIO:

UNA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA PARA LA JUVENTUD MEXICANA.

Y ciertamente espero que los jóvenes mexicanos, una vez que hayan entendido que un mexicano elaboró estas elucubraciones filosóficas, el cual no buscó para sí con este estudio ni gloria, ni cualquier otro pago de entre los bienes humanos, sino que atendió únicamente al bien de ellos, espero –dije- que aquellos jóvenes libres, nacidos de óptima índole, fácilmente sean incitados al amor por la filosofía.

Andrés de Guevara y Basoazábal

III.1 EL PORQUÉ DE LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

El amor por la filosofía que Andrés de Guevara pretende inculcar a los jóvenes de su patria es más que un deseo que los arrastre, impulse, incite y apremie al conocimiento: es el amor a la filosofía como experiencia humanizadora, como capacidad crítica para discernir lo que concuerda con la razón, como factor imprescindible en la conquista de la auténtica libertad. Dado que el humanismo, el desarrollo de las ideas a través de los tiempos y la libertad misma de los hombres y de los pueblos son acontecimientos sujetos a la marcha de la historia, el inicio de la formación de la juventud en la filosofía debe ser también histórico. Esto, por una parte, posibilitará en gran medida que los jóvenes puedan valorar la aportación que cada pueblo, que cada época, que cada hombre ha hecho a la gloria y honor del género humano, y por otra, les permitirá ubicar su propio sitio en el fragmento de historia que les ha tocado en suerte. Las vicisitudes de la filosofía finalmente les enseñarán que el pensamiento del hombre, aunque diverso en esencia, en tiempo y en lugar, es universal; que justamente por ser humano, es susceptible de incurrir en los errores que sólo el tiempo será capaz de juzgar; que es una rica herencia en cuya adquisición vale la pena invertir todos nuestros esfuerzos. Aquí no hay lugar para los jóvenes que pasan la vida ocupados en la frivolidad, en la apatía y en la enajenación, aquí no tienen sitio quienes, aun dotados de inteligencia, desprecian el cultivo de la mente. No es esta la juventud que Guevara quiere para su país. Los tiempos demandan una actitud ante el saber que debe conformarse con elementos tanto antiguos, como modernos; tanto tradicionales, como innovadores.

III.2 PRINCIPALES CARACTERÍSTICAS DE LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA DE ANDRÉS DE GUEVARA

La exposición de las vicisitudes de la filosofía es en sí misma una novedad. Es un aspecto en el que se percibe a Guevara muy moderno, al igual que el oratoriano Juan Benito Díaz de Gamarra y Dávalos, también autor de un curso que se ostenta abiertamente como de filosofía *recentior* y que inicia con un relato histórico de la filosofía. No es mi intención comparar las historias de la filosofía de estos dos mexicanos afectos a la Modernidad, de hecho, no me sería lícito, puesto que desconozco bastante de la obra de Gamarra. No obstante, sí quiero enfatizar que en la obra del jesuita guanajuatense se ve con mayor claridad un diálogo del filósofo con la historia de la filosofía. No se trata de un simple recuento cronológico de sistemas y escuelas filosóficas, atiborrado de notas y referencias a múltiples obras y autores que hacen pesada la lectura. Es esencialmente una apreciación personal de la historia de la filosofía que quiere ser ilustrativa para la juventud, que pretende “instruir a la vez que deleita”, como decían los antiguos romanos. En la disposición básica de las semblanzas de cada filósofo, Guevara incluye una breve enumeración de los hechos destacados en la vida del filósofo, un comentario sobre sus ideas, descubrimientos y obras y, por último, el juicio valorativo de nuestro autor. Muy a menudo, entre cada parte, se encuentran comentarios acerca de la transmisión de la obra, de la influencia que ejerció en otros pensadores, de la trascendencia de determinados filósofos en la vida social y política de su tiempo y espacio, de su valor como maestros o como artistas del lenguaje.

En esta presentación histórica de la filosofía, Guevara evita la especulación entendida como divagaciones que confunden el entendimiento de los jóvenes. Prefiere, en cambio, una exposición clara de las posturas filosóficas a través del tiempo, en la

cual constantemente alude a tres aspectos determinantes en los juicios que emite: el humanismo, la libertad de pensamiento y el interés por el conocimiento de la naturaleza.

III.2.1 El humanismo

Cuando hablamos del humanismo en Guevara, debemos entender este término en el sentido de la antigua *humanitas* romana: *homo sum, nihil humanum a me alienum puto* (soy hombre, considero que nada de lo humano me es ajeno). Nada de lo humano: ni el error, ni la excelencia, ni la locura, ni la cordura, ni la virtud ni el vicio. Todo filósofo, aún el mejor, puede cometer errores, lo cual es un fallo natural de su condición humana; todo filósofo puede estar en los umbrales de la locura por las debilidades inherentes al ser humano, y cualquier filósofo puede encauzar su inteligencia hacia la justificación de sus vicios. Y así como todas las anteriores limitaciones son humanas, también humanas son la excelencia, la cordura y la virtud.

Las imágenes que Guevara construye de los filósofos pueden ser desde una mezcla de rasgos humanos positivos y negativos, pasando por los que son la personificación misma de la virtud, hasta llegar al franco rechazo y descalificación de algunos. Ejemplos de una imagen en la que se conjugan aspectos positivos y negativos pueden ser Pitágoras, Demócrito y Heráclito. Pitágoras, por una parte, es uno de los filósofos que atrapan mayormente la atención de Guevara, dado su apego a la observación de la naturaleza, pero al mismo tiempo es el “anciano vano que reivindicó para sí la licencia de mentir tan petulantemente” de Lactancio. “¡Qué error no han pensado los filósofos, incluso los más doctos, cuando han descuidado el pensar sobriamente!”¹, exclama Guevara, sin embargo esto no ha impedido que la posteridad reciba el nombre de este filósofo con aplausos, y en un momento, es tal la aceptación de Guevara, que incluso llega a disculpar las teorías desequilibradas de éste aludiendo al

¹ GUEVARA Y BASOAZABAL, ANDRES DE, “De philosophiae vicissitudinibus brevis narratio” en *Prodromus ad institutiones philosophicas*, p. 26-27.

juicio de los filósofos cristianos sobre la obra de Pitágoras: “creyeron que sus doctrinas, incluso las que suenan erróneas, pueden ser entendidas, después de ser reflexionadas con cierto sentido recto.”²

Demócrito es un ejemplo más de aquellos filósofos que se desprenden de sus bienes materiales para ir en pos de la filosofía, una locura digna de admirarse. A pesar de su inclinación a apartarse de la comunidad, de su excéntrica costumbre de retirarse a lugares subterráneos para poder estudiar más tranquilamente, Demócrito no desmereció el juicio de Aulo Gelio que lo consideraba el más noble de los filósofos. Opuesto a Demócrito, quien se consumía en la risa filosófica, aparece Heráclito, cuyo carácter raya en la misantropía, y sin embargo, este defecto no le impide a Guevara concederle la justa alabanza por los méritos de su obra.

En las vicisitudes de la filosofía, Guevara también ha reconocido a quienes son modelo de templanza, disciplina, buen juicio y sabiduría. Santo Tomás de Aquino es un ejemplo de ello, pues “en ningún tiempo ha dejado de ser tenido en gran estima por los sabios, porque pensó muy profundamente, porque estableció sólidamente sus doctrinas, porque razonó con admirable eficacia, porque conoció muy mesuradamente, porque escribió muy simple y claramente, porque amó sobremanera el orden.”³ Y con él, Cicerón figura también como modelo de virtudes: refinado, erudito, poseedor de una elocuencia inigualable, patriota, dotado de un ingenio profundo y minucioso en el análisis de las cuestiones filosóficas. Para Andrés de Guevara, Marco Tulio Cicerón es el ideal del filósofo, no cuestiona (hasta donde he podido ver) su actuación política o su papel en la historia de Roma; en general lo muestra desligado de este contexto, y tal vez lo único que impresiona a Guevara en este aspecto es cómo un hombre con tal actividad política y social ha podido filosofar de la manera excelsa en que lo hizo Cicerón. De los

² Id., p. 28.

³ Id., p. 44-45

modernos, es Newton una figura excepcional por su dedicación a la ciencia, una gloria del género humano.

En general, Guevara reconoce en todos los filósofos virtudes, ciertamente en unos más que en otros, pero se puede decir a fin de cuentas que es propio del filósofo poseer alguna virtud: la calidad moral de Sócrates; la sabiduría de los patriarcas bíblicos, la constancia en el estudio de Demócrito, Descartes y Leibniz; la genialidad de Platón y Newton; la gran capacidad de observación de Pitágoras... Sin embargo, no podríamos decir con el Dr. Palencia que Guevara tiene para todos los filósofos una frase amable⁴, muy por el contrario, más bien diríamos que es bastante duro con algunos de ellos: los cínicos y los escépticos. Es a tal punto severa la crítica de Guevara a los cínicos, que afirma que la humanidad debería avergonzarse de haber llamado “filósofos” a hombres de esta índole. Lo que ocasiona tal aversión de nuestro jesuita a esta escuela filosófica es justamente el menosprecio del humanismo que conlleva la conducta de los cínicos: “una escuela cuyo único propósito sea predisponer las costumbres de los hombres, cuyos verdaderos principios muy acertadamente sean lanzados a romper el pudor, a crear un corazón henchido, a despreciar a sus semejantes, esa escuela [...] debe ser tan absurda como la quimera de los escoláticos.”⁵ Como se puede ver, es el desprecio a los semejantes (recuérdese que el humanismo también se puede entender aquí como amor al prójimo) lo que va en contra del ideal humanístico al que la filosofía debe aspirar. Comentario aparte merece la comparación de esta escuela, que Guevara censura enérgicamente, con la escolástica. No olvidemos que la enseñanza de la filosofía en México en los primeros años de formación del guanajuatense era fundamentalmente escolástica. Estamos ante el cuestionamiento de un maestro que se formó en esta escuela, y que incluso ha admitido en el prefacio de su obra que en

⁴ Cfr. PALENCIA, José Ignacio, *La filosofía de D. Andrés de Guevara ...*, p. 86.

⁵ GUEVARA Y BASOAZÁBAL, Andrés de, *op.cit.*, p. 20.

algunos aspectos se mantendrá fiel a esta tradición, para no contrariar la costumbre que se sigue en su patria⁶. Pero no es este el lugar adecuado para hablar de ello; quede, pues, como una observación que ha llamado mucho nuestra atención. La otra escuela que reprueba nuestro jesuita es la escéptica. Aquí la razón de la censura se halla en la eterna duda de los escépticos. En efecto, Pirrón llevó al extremo las doctrinas de Arcesilao (a quien Guevara también alude como ejemplo de enajenación, pues descuidaba su cuerpo y no comía a menos que una esclavilla le introdujera el alimento a la boca) y por esto llegó a la descalificación total de la capacidad humana de conocer y comprender el mundo, idea “inane y podrida” que ofende vergonzosamente el cálamo humanista de Andrés de Guevara.

En otro sentido, el humanismo de Guevara se manifiesta también como expresión de universalidad. En su historia de la filosofía tienen lugar hombres de todas las épocas, aún de las más remotas, de diversos lugares, de varias lenguas y credos religiosos: parte de Adán, el primer hombre de acuerdo con su fe cristiana, y considera como filósofos igual a los patriarcas bíblicos que a los sacerdotes egipcios, a los navegantes fenicios, a los magos persas, a los gimnosofistas hindúes, a Atlante, astrónomo de los libios, a los místicos tracios y a los druidas de la Galia. No sigue el estrecho criterio de Diógenes Laercio, que consideraba que en los griegos tenía su origen la humanidad misma⁷, ni atribuye menos valor a las letras paganas con respecto de las letras cristianas. Incluso lamenta que las circunstancias históricas hayan requerido de los prominentes Doctores de la Iglesia más el estudio de la teología que el de otra

⁶ Sin embargo, téngase también en cuenta que años antes, al partir los jesuitas al destierro, la lucha por la renovación de la filosofía quedó en manos de los oratorianos, concretamente de Juan Benito Díaz de Gamarra y Dávalos, que años antes de la publicación del curso filosófico de Guevara, había librado una difícil batalla con los altos mandos de la Iglesia por sus *Elementa recentioris philosophiae*. Guevara reconoce las ventajas de la formación escolástica, admite incluso que este tipo de discusiones fortalecen la capacidad de argumentación en los jóvenes (Cfr. Prefacio del primer volumen), lo que no puede aceptar es la especulación estéril a la que conduce la escolástica llevada a sus extremos.

⁷ Cfr. nota 29 de la traducción que presento en esta tesis.

rama de la filosofía en la que los paganos lograron grandes avances, a saber, la ciencia natural, de lo cual hablaremos más adelante.

Lo más importante para nosotros es que en toda esa universalidad está un legado que no debe ser sólo de los europeos, sino también de este Nuevo Mundo y, sobre todo, de la juventud mexicana. Guevara quiere recuperar esta herencia para hacer a la juventud de nuestro país participe de ella, y el motivo que tuvo para hacerlo no fue la fama o la gloria que pudiera alcanzar con ello, sino el bien de todos nosotros, es decir, nuestra preparación para la vida, como él claramente lo afirma tanto en el prefacio de su obra máxima (cuya cita me ha servido de epígrafe en este capítulo de mi estudio) como en el exordio y en la exhortación final del texto que nos ocupa. Para este momento, ya están muy lejanas aquellas discusiones de Fray Bartolomé de las Casas con Ginés de Sepúlveda, América es parte ya de ese universo, y muy pronto las naciones que crecen en su seno lucharán por su independencia y por una identidad propia, que no esté supeditada ya a España. México es inminente, y Guevara lo expresa con todas sus letras, como lo expresaron también sus maestros. Ha tocado en suerte a nuestro jesuita ser de los últimos en este proceso, y en esta suerte ha obtenido el beneficio de la libertad por la que sus antecesores han librado arduos combates.

II.2.2 La libertad de pensamiento

A lo largo de la historia de la filosofía de Andrés de Guevara se reafirma la libertad en el quehacer filosófico. Esta libertad de pensamiento consiste en un rechazo absoluto al argumento de autoridad y en el derecho a tomar lo mejor de cada escuela, siempre y cuando no sea contraria a la razón, es decir, una postura ecléctica. Aún

cuando en su historia rememora a algunos famosos eclécticos (Potamón de Alejandría, Orígenes y Clemente de Alejandría), son sus modelos de esta libertad Tulio y Descartes.

La más importante enseñanza del arpinate para Guevara es “al disertar, no deben ser buscados tanto los autores como los momentos de razón”. Esta enseñanza permite a nuestro autor juzgar sin temor a filósofos cuya autoridad había sido intocable durante siglos; condenar a los que piensan “con la razón menospreciada, descuidada y enteramente pisoteada” e incluso distinguir lo digno de alabanza y lo censurable aun en los filósofos que admira. Dice de Aristóteles: “Ciertamente ninguno de los sabios se admira de que Aristóteles se haya equivocado en muchas cosas, de que haya entremezclado muchas cosas de poca importancia, muchas cosas insulsas, muchas cosas además inútiles [...]”⁸ Si ya de sí el Estagirita se había equivocado dada su condición humana, que de alguna manera no se daba abasto para cubrir tantísimos conocimientos, las variadas vicisitudes de su obra habían incrementado todavía más estos errores, ya por obra de sus copistas, ya por obra de sus traductores o intérpretes. Y sin embargo, fue una figura de autoridad irrefutable durante mucho tiempo. Guevara se manifiesta en contra de este dogmatismo, y prefiere siempre al Aristóteles auténtico, nos vuelve continuamente a él, no duda en afirmar que el Estagirita reiría o se indignaría si, luego de salir de su tumba, leyera la filosofía que se ha defendido en su nombre.⁹ De la aversión que Guevara profesa a los cínicos y a los escépticos ya se ha hablado, pero valga recordar que para nuestro jesuita es reprobable que un filósofo haga mal uso de sus dotes intelectuales. Sirva de ejemplo Arcesilao, creador de una doctrina que para nuestro autor es totalmente ajena al buen juicio. Lamentablemente el fundador de la Academia media “utilizó erróneamente la claridad de su ingenio y las notables dotes de

⁸ GUEVARA Y BASOAZÁBAL, Andrés de, op.cit., p. 18.

⁹ En esto, Andrés de Guevara muestra abiertamente su oposición a la filosofía escolástica.

la naturaleza por las que sobresalió mucho [...].”¹⁰ En este sentido, Guevara se siente en libertad de censurar a los filósofos que no piensan de acuerdo con lo que él llama “los principios universales”. Y todavía más: esta libertad le permite hacer un juicio poco favorable a Descartes, uno de sus ideales del filosofar en libertad: “Ciertamente es claro que este filósofo, conducido por su fogosísimo ingenio, no siempre alcanzó las verdaderas causas, de donde partió para explicar los fenómenos de la naturaleza, en la misma medida en que aseveró en vano que él las había descubierto.”

Lo que Guevara admira en Descartes es, más que su filosofía, su valentía para liberar a la filosofía del yugo que la mantuvo oprimida durante siglos. Fue Descartes “quien transformó toda la faz de la filosofía; quien destrozó noblemente las antiquísimas cadenas de la fuerte dominación; quien con su robusto ingenio abatió los prejuicios; quien se atrevió a luchar solo contra el formidable ataque de todos los escolásticos [...]”. Podría decirse que para Guevara, Descartes significa el impulso para el renacimiento de la filosofía, que es evidentemente la filosofía *recentior*. Es un privilegio para el cual sólo el filósofo francés podía estar llamado. Del racionalismo puro de Descartes, la filosofía moderna pasará al método experimental de Newton, y llegará con la Monadología de Leibniz, a principios del siglo XVIII, a una conjunción entre ciencia y metafísica.

Con todo, esta libertad de la que hemos hablado entraña el riesgo de caer en “un abismo de confusiones”, en palabras del propio Guevara, que podría conducirnos a la incapacidad de reconocer la autoridad de alguno. Por ello, es importante ejercer esta libertad después de una seria formación que permita el uso correcto de la razón.

II.2.3 El interés predominante por el estudio de la naturaleza

¹⁰ GUEVARA Y BASOAZÁBAL, ANDRÉS DE, op.cit., p. 15

Cuando hacemos la comparación entre la extensión que ocupa en la historia de la filosofía de Guevara lo referente a Sócrates con respecto a la parte en que se expone lo relativo a Pitágoras, sorprende a nuestra costumbre de hallar siempre en las historias de la filosofía grandes apartados dedicados a la filosofía de Sócrates, el hecho de que en esta historia hay más páginas dedicadas a Pitágoras que al padre de la filosofía moral. La explicación de esto está en que para nuestro jesuita es de mayor importancia el estudio de la naturaleza, lo cual ya ha sido constatado y comprobado en los capítulos anteriores. No obstante de que se trata de hacer un recuento histórico de la filosofía en general, la nota característica en cualquier apartado es la presencia de la ciencia natural, incluso en aquellos que tratan sobre épocas en que casi desapareció el interés por la observación de la naturaleza. La época en que surge la patrística demanda la dedicación a una ciencia de mayor urgencia, la teología, y durante la Edad Media, tiempo de continuas guerras, “¿cómo podía haber tiempo para que se ocuparan (*sc.* los sabios) en investigar los arcanos de la naturaleza, en contemplar el curso de los astros, en medir las líneas y los ángulos [...]?” En cuanto a los geniales filósofos del siglo XIII, como Santo Tomás de Aquino, Guevara hubiera preferido que nacieran en el siglo XVII, para que junto a Descartes y Newton pusieran su talento al servicio de la renovación de la filosofía, y entiéndase “renovación” en el sentido de la modernización de la filosofía, que se caracteriza por su interés en el conocimiento de las matemáticas, el lenguaje del gran libro de la naturaleza, y de la física, el tratado de la maravillosa fábrica del mundo.

En todo tiempo de la humanidad, Guevara busca el estudio de la naturaleza. Nos refiere los avances del pueblo hebreo en esta materia, y también los de los egipcios, los fenicios, los persas y los libios, y ocupan una significativa extensión los descubrimientos de los griegos, los observadores de la naturaleza por excelencia. Ciertamente no retribuye a la extraordinaria aplicación de la ciencia de los romanos el

debido reconocimiento, tal vez porque Andrés de Guevara no ve en ella un valor, tal vez porque para él es de mayor importancia el estudio de la ciencia por sí mismo, no por las utilidades que de él se pueden obtener. Desde su punto de vista, la mayor aportación de la cultura romana es la *humanitas*, la defensa de la libertad de opinión y la apertura en el quehacer del filósofo. Y sobre el Renacimiento, que reivindica al hombre como centro del mundo, ni una palabra...

III.3 EL CONTENIDO Y LA ORGANIZACIÓN DE LA *BREVE NARRACIÓN SOBRE LAS VICISITUDES DE LA FILOSOFÍA.*

La disposición de esta historia de la filosofía es por demás interesante. Comienza con un exordio en el que describe el papel de la filosofía en la historia de la humanidad y exhorta a los jóvenes a estudiarla. Prosigue con el recuento histórico, que parte del primer hombre, Adán, y sigue con los patriarcas bíblicos. La segunda parte está dedicada a la filosofía de otros pueblos de la antigüedad, y en la tercera parte expone todo lo referente a la filosofía en Grecia. Para dividir el gran apartado de la filosofía griega, sigue este orden: inicia con el padre de la filosofía, Tales, continúa con sus discípulos, Anaximandro, Anaxímenes, Anaxágoras y Arquelaos, que fue maestro de Sócrates. De aquí trata todo lo relativo a Sócrates y las escuelas que provienen de él: las escuelas cirenaica, megárica y elíaca-erétrica, Platón y las Academias, Aristóteles y el Peripato, los cínicos, Zenón, fundador del estoicismo, discípulo tanto de los cínicos como de los megáricos y los académicos, con una relación de sus discípulos desde el estoicismo antiguo hasta el estoicismo nuevo o romano, y los escépticos. Continúa con los presocráticos, a quienes no había mencionado para no interrumpir la serie de escuelas que proceden de Sócrates. Sigue con Pitágoras y concluye con Epicuro, que proviene de la escuela pitagórica. En la cuarta parte aborda la filosofía en Roma; en la quinta, lo que toca a la Edad Media; en la sexta, lo relativo a la época moderna y en la

séptima, la mención de los filósofos más importantes del siglo XVIII y la exhortación final a la juventud mexicana.

Para mayor precisión de lo que comprende cada parte, presento este esquema de contenido que me sirvió también para organizar los títulos y subtítulos de las partes de mi traducción.

I. Exordio

II. Introducción a la historia de la filosofía

III. La filosofía en los tiempos bíblicos

III.1. Adán

III.2. Noé, Abraham, José y Moisés

III.3. Job, David y Salomón

IV. La filosofía en otros pueblos

IV.1. Egipcios, fenicios, persas, hindúes, atlánticos, tracios y galos

V. La filosofía en Grecia

V.1. Tales de Mileto y la escuela jónica

V.2 Sócrates

V.3 Escuelas de inspiración socrática: Aristipo, Euclides, Fedón, Menedemo y Platón

V.4 La primera vertiente de la escuela de Platón. Los académicos: Jenócrates, Arcesilao y Carneades.

V.5 La segunda vertiente de la escuela de Platón: los peripatéticos

V.5.1 Aristóteles

V.5.2 Los sucesores de Aristóteles: Teofrasto, Estratón, Glicón, Aristón de Queos, Critolao y Diodoro de Tiro.

V.6 Antístenes y la escuela cínica: Diógenes, Crates, Hiparquia y Peregrino. Zenón y los estoicos: Leucipo, Cleantes, Crisipo, Diógenes Babilonio, Antipater, Panecio,

Posidonio, Epicteto, Estilpón, Catón, Bruto, Séneca, Traseas, Poeto, Helvidio Prisco y Marco Aurelio.

V.7 El escepticismo: Pirrón

V.8 Los presocráticos: Jenófanes de Colofón, Demócrito de Abdera y Heráclito de Éfeso.

V.9 Pitágoras

V.10 La recepción de las doctrinas de Pitágoras a través del tiempo. Empédocles

V.11 Epicuro

VI. La filosofía en Roma

VI.1 Recepción de la filosofía en Roma. Escipión el Africano y Lelio.

VI.2 La acogida de la filosofía en Roma. Pompeyo, Lúculo, Hortensio, Cicerón, Cota, Julio César, Catón, Bruto, Ático, Varrón.

VI.3 Cicerón

VI.4 La escuela ecléctica: Potamón de Alejandría

VI.5 La filosofía durante el Imperio: Adriano, Marco Aurelio, Plinio, Dión Crisóstomo, Quintiliano, Plutarco, Epicteto, Arriano, Galeno, Diógenes Laercio, Máximo de Tiro, Diognetes, Crescencio, Celso. Los filósofos cristianos: Ireneo, Justino, Teófilo, Atenágoras, Ermias, Clemente de Alejandría y Orígenes. Los Doctores de la Iglesia: San Cipriano, San Atanasio, San Basilio, San Gregorio, San Ambrosio, San Jerónimo, San Cirilo, San Crisóstomo y San Agustín.

VII. La filosofía durante la Edad Media

VII.1 La caída del Imperio de Occidente. El Papa León I Magno, el Papa Gregorio I Magno, San Isidoro de Sevilla y Magno Aurelio Casiodoro.

VII.2 Breve reflexión sobre la edad oscura

VII.3 El siglo X: Alfarabi, Albumazar y Avicena. Los siglos XI y XII: Averroes y la transmisión de los textos de Aristóteles.

VII.4 El siglo XIII: Alberto Magno, Alexander Hales, Bonaventura, Juan Duns, Roger Bacon, Raimundo Lulio, Alfonso X el Sabio, Federico II y Tomás de Aquino. El siglo XIV: la tiranía de la escolástica. El siglo XV: el Papa Besarión Niceno, Juan Argirófilo, Teodoro Gaza y Jorge de Trebizonda. El siglo XVI.

VIII. La filosofía en la Época Moderna

VIII.1 El siglo XVII: René Descartes, Galileo Galilei, Francis Bacon y Pedro Gassendi.

VIII.2 Isaac Newton

VIII.3 Gottfried Wilhelm Leibniz

IX. El siglo XVIII

IX.1 Malebranch, Clarke, Wolff, Maupertuis, Boschovich, D'Alembert y Bonnet.

Exhortación final a la juventud mexicana

III.4 EL LATÍN DE ANDRÉS DE GUEVARA Y BASOAZÁBAL

Elocutionem adhibeo non eam plane barbaram, incultam atque horridam quam usurpabant olim qui se dicebant Aristotelicos, neque tamen latini sermonis puritati tam religiose adhaereo, ut ea credam respuenda verba quae longo iam usu Sapientes in quaestionibus philosophicis consecrarunt. Primam autumo scribentis esse gloriam in limpida perpeccitate, quam ita sequi animus est, ut velim potius inuri nota minus venuste scribendi quam quod videar me quaerere nec indolem iuventutis intelligere.¹¹

“No adopto aquella elocución completamente bárbara, inculta y horrible que en otro tiempo empleaban los que se decían aristotélicos, y, sin embargo, tampoco me

¹¹ Id., p. XII. La traducción de este pasaje es de mi autoría.

apego a la pureza de la lengua latina tan escrupulosamente, que crea que deben ser desechadas las expresiones que con un largo uso los sabios ya han consagrado en las cuestiones filosóficas. Pienso que la primera gloria del que escribe es una límpida claridad, a la cual tengo ánimo de seguir de tal modo, que prefiero que se me imprima el sello de que escribo con poca elegancia al hecho de parecer que lo intento en vano y que no comprendo el carácter de la juventud.”

De este modo define Andrés de Guevara su *elocutio*, y en ello vemos una firme intención de apearse al latín propio de los textos filosóficos, mas no a la tradición de la escolástica que hace uso de un latín totalmente alejado de la belleza característica del latín clásico, sino a la tradición que hizo posible que la filosofía, patrimonio de los griegos, hablara en latín para su mayor pervivencia y difusión: el latín de los tratados filosóficos de Cicerón.

El latín de Guevara posee no pocas de las bellezas que han dado fama al cálamo de Marco Tulio, y también se ha enriquecido con las construcciones sintácticas y el léxico que han aportado los filósofos de otras época. Entre sus principales características están la claridad (*perspicuitas*), la fuerza expresiva, un excelente manejo de la sintaxis y la sobriedad en el uso de las figuras retóricas. El latín de nuestro jesuita se distingue por sus momentos de calma, que inesperadamente van subiendo en forma gradual el tono, hasta arrancar un suspiro que es a la vez de asombro, por la idea que comunica, y de descarga final de la emoción que nos ha venido generando. Con la pasión que expresa gracias al brillante manejo de los recursos retóricos, nos transporta a la también apasionante vida de Marco Tulio Cicerón:

Nec omnino intellexeris, quo potuerit ille pacto in vita tot plena tumultibus, tot referta negotiis, tot occupata Magistratibus, tot misera publicis calamitatibus, tot vexata privatis inimicitiis, tot laboriosa in foro ad Quirites, in Senatu ad Patres,

in gravissimo tribunali ad Iudices orationibus; quo, inquam, potuerit pacto tam profunde cognoscere, tam eleganter describere, tam minutatim, et fideliter extricare, quidquid difficilium quaestionum ad eam aetatem agitarant philosophi.

Y con los mismos recursos nos expresa la conmoción que le provoca la valentía de Descartes:

Qui vero totam philosophiae faciem immutaverit; vetustissima dominationis vincula generose fortis diruperit; libero, ac robusto ingenio praejudicatas opiniones concuserit; contra formidabilem scholarum omnium impetum solus pugnare ausus fuerit; philosophicas omnes quaestiones habuerit suspectas, donec ad severi examinis trutinam appenderentur; humanae auctoritati rationem, veritatem nove cognitam incanescenti praeiudicio ante habendam exclamaverit; primus utique dicitur fuisse Cartesius.

El latín de Andrés de Guevara no es estático, ni monótono, tiene movimiento, gracias a que, con él, puede expresar lo que le plazca: el enojo, la indignación, el hastío, la admiración y el entusiasmo por el conocimiento. Es una lengua cargada de emotividad en tanto que con ella nos ha expresado su deseo de que tengamos a la filosofía como modo de vida, de la misma manera en que fue un modo de vida para Pitágoras, para Cicerón, para Descartes, para él mismo, en lo cual tenemos una muestra de su gran amor por una juventud mexicana a la que él no ha tenido la dicha de conocer y de educar.

Pero va llegando ya el tiempo de dejar que el latín de nuestro gran maestro de filosofía instruya, deleite y conmueva no sólo a la juventud de nuestros tiempos, sino también a todos aquellos cuya sed de conocimiento nunca envejece.

CONCLUSIONES

La expulsión de los jesuitas definitivamente marcó la vida de Andrés de Guevara. Mucho de lo que él llegó a ser lejos de su patria tiene relación directa con este acontecimiento de nuestra historia. En el destierro, Andrés, con la guía imprescindible de sus maestros y con la solidaria compañía de sus hermanos, cobra mayor conciencia de su identidad. Se asimila al contexto europeo con los ojos puestos en la patria; en la lejanía, escribe para ella y estudia para glorificarla, con la mente y el corazón vueltos hacia los jóvenes mexicanos. A través de su vida y su obra, Andrés de Guevara nos da una valiosa lección: nos demuestra que es posible asimilarnos al mundo sin perder nuestra identidad mexicana. Por todo ello, la obra de Guevara es patrimonio nuestro.

Está suficientemente probada su importancia. Las doce ediciones que alcanzaron sus *Institutiones philosophicae* son prueba palpable de ello, su uso como libro de texto en Europa durante casi medio siglo testifica sus cualidades, su importancia para la historia del pensamiento filosófico mexicano es innegable, incluso, su valor como fuente para el estudio de la tradición clásica en México es indiscutible. No obstante, debe quedar muy claro que todavía hay bastante por hacer para dar a conocer los textos de Guevara y así reivindicar la figura de un autor que se distingue en las letras novohispanas por su espíritu de renovación en el conocimiento y en la educación, por su defensa del ideal nacionalista y por su excelsa latinidad.

Es necesario admitir que aún hay muchos vacíos que llenar en torno a la vida de Guevara, que tal vez aún existe mucho que recuperar de su obra y que esta labor no debe restringirse a un solo gremio de especialistas. Andrés de Guevara y Basoazábal todavía tiene mucho qué decir a los filósofos, a los filólogos, a los historiadores, a los pedagogos, a los científicos, y sobre todo, a la juventud mexicana. Creo que debe llegar el tiempo de cumplir los deseos de nuestra jesuita y sacar de la oscuridad sus letras para

ofrecerlas a los jóvenes mexicanos. Es tarea nuestra ir en busca de Guevara y Basoazabal y rendirle por fin el debido homenaje, trayéndolo de vuelta desde Italia al cielo mexicano que él jamás volvió a contemplar.

IV. *DE PHILOSOPHIAE VICISSITUDINIBUS BREVIS NARRATIO*
TEXTO LATINO, TRADUCCIÓN Y NOTAS

DE PHILOSOPHIAE

VICISSITUDINIBUS

BREVIS NARRATIO

Profecto non aliud sub caelo est, quo certius, et solidius confirmetur, ad grandia, et sublimia natum esse hominem, quam nobilissimum desiderium, quo trahitur, impellitur, agitur, et urgetur ad scientiam. Nullo non fuerunt tempore illustres ingenio viri, qui laudabiliter conantes ac nulla paene intercapedine desudantes, gloria litterarum excellenter; qui per invia, per praecepta, per tenebras, una duce mentis dexteritate, ad rerum intelligentiam adrepererent; qui sapientiae vestigiis insistentes, et maria tranarent, et in diversas orbis partes discurrerent, et longo vitae spatio peregrinarentur; qui denique quidquid potest mortalis infirmitas, totum adhiberent, ut a silente, ac paene obluctante natura, secreta id generis extorquerent. Hi certe sunt homines, quorum opera dixeris humani generis gloriam, et ornamentum, adolevisse; qui plane noverunt, //² se homines esse, nec eatenus natos, ut fruges consumerent, ut inanibus oblectamentis consenescerent; sed ut principem sui partem inquisitione pulcherrimae veritatis excolerent. Utinam id satis caperent adolescentes quidam, qui tanto publicae rei detrimento, tantoque humanitatis dedecore sese voluptatibus dedunt, nullo termino defluentes otio, diu, noctuque, privatim, et publice oscitantes, et socordia incredibili torpescentes! Utinam intelligerent, vix dignos esse hominum societate, qui, cum facile possent, discere tamen contemnunt, quo potissimum differant ab aliis animantibus

rationis expertibus; nec umquam experiri conantur, qua sint mentis magnitudine comparati! Nimirum colluctatur in homine sciendi aviditas, quam habet ingenitam a natura, cum voluptatum illecebris; et saepe delusi falsa rerum specie, in pejora sponte prolabimur.

Neque vero tantus esse locus errori posset, si serio et accurate perpenderemus, quam suaviter, quam tranquille, quam jucunde vitam agunt, qui litterarum studiis immerguntur. Equidem nihil tam vellem, quam vos, adolescentes Mexicani, quos in hac a patrio solo distantia saepissime repeto memoria, quos ex animo nunc alloquor, et quorum praesertim bonum cordi mihi est; quam vos, inquam, deponere praejudicatam opinionem, quae perperam invaluit; quod videlicet philosophici sudores valetudini noceant, vitam brevient, morosumque reddant hominem, in humana consuetudine difficilem, pertinacem, aliorum contemptorem, vane intumescens. Quod afflictae valetudinis, et vitae brevioris est; Tullius, Lucianus, et post multa saecula Feijovius, longam contexue- //³ re clarissimorum virorum seriem, qui cum nihil interrupte in litteris aetatem posuissent suam, ad octogesimum annum, ad nonagesimum, ad centesimum etiam, eoque amplius, robustis viribus pervenerunt. Et plures adjicere possemus recentioris aetatis quorum alios audivimus, alios vidimus, in his laboribus longissime vixisse, quin ullo possit asseri fundamento, quod ipsis litterarum defatigatio jacturam valetudinis importaverit. Quod autem attinet ad vitia, quae litteratis tamquam peculiariter maligni calumniatores objiciunt; animadvertite, adulescentes, non haec litterarum, sed miserae mortalitatis esse vitia. Quodnam, quaeso, est vitae genus, quodnam a Numine donum, quodnam a natura beneficium, quodnam ab amicis obsequium, quo, cum volueritis, abuti facile non possitis? In id vestros intendite

conatus, ut, quam mentem a supremo rerum Opifice liberaliter accepistis, pro viribus perficiatis; ut veritatis indagazione thesaurum vobis nobilissimum comparetis; ut scientiarum viam, initio quidem ingratam, et spinosam, ingredients, ad temperantem modestiam animum componatis; omnino ut prudenter, humane, sobrie sapiatis: et polliceri non dubito, vos olim summam suavitatem in eruditis lucubrationibus gustaturos, vos ad sapientiae fastigium conscensuros, vos patriae decus, et ornamentum futuros.

Sed ad propositum veniamus de historico philosophiae compendio. Recte quidem philosophiam appellavit Tullius vitae ducem, virtutis indagatricem, vitiorum expultricem, quae peperit urbes, quae dissipatos homines in societatem vitae convocavit, quae ipsos inter se primo domiciliis, dein- //⁴ de conjugiiis, tum litterarum, et vocum communione junxit, legum inventrix; magistra morum, et disciplinae: recte, inquam, cum ab amore sapientiae, hominumque conatibus, ut ipsam acquirant, innumera bona humanae societati nata sint. Neque mirum alicui debet esse, quod in hac obtinenda laude tot jam saecula desudaverint praestantissima ingenia, quin convenire potuerint in unitate doctrinae: sunt enim humanae mentes ad diversam harmoniam temperatae, prout diversa sunt organa, quibus intelligunt: et quemadmodum, pulsata chorda, caetera consonant, quae sint ad eundem intentae numerum; ita vibrata humani cerebri fibra, similis vibratio respondet in aliorum cerebrorum fibris, quas rerum omnium artifex ad eundem temperavit concentum. Et hinc repetenda videtur illa plurium inter se consensus in eodem opinandi modo, et ab aliis omnimoda dissensio.

Loquimur autem de iis ingeniis, quae serio veritatem inquirunt, nec ultro sese occaecant, et voluntaria caligine involvunt: nam si errorem, in quem semel prolapsus es, totis tenere viribus obstinaveris; aut si partium favore subscripseris doctrinae, quantumvis absurdam manifestissime videas, longe admodum semper eris a vera philosophia, nec umquam in sapientibus numeraberis.

Sapientiae quidem amor ab exordio fuit mundi, et primum philosophum dixeris primum hominem, qui justus prodiit e Creatoris manu, nec propterea circumvolutus mentis tenebris, quibus ab originis peccato deturpati sunt posteri: nescivit ille infantiam, vixque natus, adultam sensit rationem. Libenter supersedemus ab inutili quae- //⁵ stione: quo pervenerit Adami philosophia? quas habuerit notiones de physico rerum ordine? quo processerit in logicis, metaphysicis, ethicis, et politicis? Id enim vero certum est, quod confestim ab ortu constitutus est universi terrarum orbis Princeps, et Dominus; nec dignum esse supremi auctoris providentia videtur, hominem, cui primas in creatione liberaliter detulit, et a quo¹ sui generis notitiam derivaret posteritas, vel non excellere mentis acie, vel eam incultam desidiose relinquere. Solet quidem Deus imbecilles administratores immittere, ut in crinosum populum animadvertat; sed non fuerant ante Adamum homines, qui peccarent. Ille certe tam animantia, quam plantas, et caetera suae potestati subjecta, nomine quodque appellavit suo: in quo quidem munere tam sapientem, et naturae peritum se probavit, ut in Cratylo suo fidenter asseruerit Plato,

prima rerum nomina mirabiliter exprimere ipsarum rerum virtutes, nec appellari tam proprie res potuisse, nisi appellantis mentem regeret Divina sapientia. Non audemus cum iis convenire, qui tantum extollunt primi hominis philosophiam, ut plane judicent, ad similem postea pervenisse neminem; sed ab eo certe notiones acceperunt haereditate posteris, quas multiplicatis postea sudoribus propagarunt; et sin minus omnes, utique plures philosophiae ramos jam ante diluvium perfecerant. Haec autem doctrinarum studia non omnino periisse dicenda sunt in hac aquarum inundatione, qua totus fere orbis interiit; sed qui supernatantis arcae beneficio Noemum, ejusque filios a communi naufragio liberavit, in iis humani generis reliquiis conservari voluit, magna sal- //⁶ tem ex parte, acquisitam ante haec tempora philosophiam.

Noemus igitur, qui sex tota saecula vixerat ante fatalem illam criminosi hominis ruinam; ultra trecentos² adhuc annos in orbe instaurato, et aquis repurgato vivens, facile perpetuavit lumina de supremo rerum Domino, de prima humanae gentis origine, de caelorum, terrarumque fabrica, et plura id generis, quae vel ad physicum ordinem, vel ad rationis usum, et perfectionem, vel ad artium industriam spectantia, tum ab aliis didicerat, tum suis ipse observationibus adinvenerat. Sedem sibi commorationis elegit Chaldaicas regiones, ubi ejus filii, nepotesque rapidissime propagati sunt, in immensum crescentes populum; et post absurdos conatus extollendi turrim ad sydera, linguarum confusione puniti sunt, ac per diversas orbis partes disseminati. Atque ita quidem per universas fere terras detulerunt pretiosissimum notionum thesaurum, quas a Noemo

derivaverant. Sed non ubilibet aequae profundas egit philosophia radices, quin immo, labenti tempore, tam adolevit ignorantia, ut, si Chaldaeam exceperis, non alibi remanere visa sint, nisi deformia commenta, quasi vestigia quidem veritatis ab antiqua Noemi doctrina, quam hominum somnia turpissime adulteraverant. Quidquid alii decertaverint de sapientiae primatu in nationibus, num Aegyptiorum Sacerdotes, num Persarum Magi, num Indorum Gymnosophistae, num Gallorum Druides, primi philosophiam tradiderint; nos quidem libenter subscribimus Tullio dicenti: *Suntque Chaldaei antiquissimum Doctorum genus*. Et quidem Berosus asserit, Chaldaeam quendam re- //⁷ motissimis vixisse temporibus, a quo prima fuerunt Astronomiae lumina. Flavius autem Iosephus affirmate propugnat Chaldaeam hunc fuisse Abrahamum, qui et suis peregrinationibus per Phoenices, Aegyptiosque, primus ad eas regiones intulit arithmeticae, et astronomicam scientiam. In hac sententia conveniunt Eupolemus, Eusebius, et Augustinus, qui duodevicesimo libro de civitate Dei palam inficiatur, coli ab Aegyptiis philosophiam ante Abrahamum coepisse. Scientias vero, quarum donum habuit Aegyptus ab hoc Hebraicae gentis Parente, post annos plures instauravit; et mirifice propagavit ejusdem pronepos Iosephus, quo tempore in Aegyptiis prima post Regem fuit potestate: a quo sane benefico Ministro traditam iis gentibus geometricam doctrinam, in laudato Flavio comperimus. Aegyptiis postea litteris eruditus fuit Moses; non quidem inanibus illis, quae daemonum invocatione, infandisque incantationibus constabant; sed quas ab Hebraicis Magistris cum primum audiissent, institutis ipsi defatigationibus perfecerunt. Hunc enimvero Dei populi Ducem oppido excelluisse mentis claritudine, miramque habuisse tum naturae cognitionem, tum scribendi

elegantiam, et sublime cogitandi facultatem, extra omnem dubitationis aleam erit Divinos legenti libros, qui ab ejus calamo sunt.

Per eadem fere tempora vixisse creditur Jobbus, cujus nomine inscriptum legimus Codicem in Divinis adnumeratum. Contendunt quidem eruditi, quonam ille prodierit auctore, num Mose, num Jobbo ipso, num forte alio, cujus nomen injuria temporum interierit? Sed pro re nostra parum refert, auctorem non noscere; cum in eo libro, et plura certe signa sint remotissimae antiquitatis, et poesim perspicue legamus, non quidem ligatam numeris, in qua tamen elucet profunda morum philosophia, erudita mundanae fabricae cognitio, mira stili sublimitas, robustissima gravitas, pulcherrima imaginum efficacia, eaque dicendi vis, ac nobilitas, quibus Homeri, et Virgilii nomina tam clara fuere posteritati. Floruerunt postmodum in Hebraeis Doctores, qui Mosi successerunt, ejusque philosophiam perpetuarunt: in iis autem excelluere David, et Salomon; David quidem a famosis carminibus, in quibus ea supereminet verborum, et sententiarum vis, ac majestas, tam certa, et profunda cordis humani scientia, mundanaeque machinae tam sublimis cognitio, ut nationes omnes communi suffragio dixerint, ab auctore sapientissimo haec fuisse poemata: Salomoni autem facile primum conceditur nomen in illustrissimis toto orbe philosophis; qui nimirum et Proverbia, et Ecclesiasten, et Cantica Canticorum, uberrimos mirificae doctrinae fontes, conscripsit; et alia plura Sapientiae monumenta reliquerat posteris, quorum magna pars incendio

periiit Ezechiae Regis aetate, in quibus de plantis omnibus, de terrae bestiis, de caeli volucribus, de reptantibus, de piscibus, quorum omnium novit naturam, et proprietates, disseruisse intelligimus.

De celebrioribus quidem philosophis, qui floruerunt ad Aegyptios, ad Phoenices, ad Persas, ad Indos, ad Atlanticos, ad Thraces, ad Gallos, immensam operam posuere Critici, ut opiniones conciliarent tam de Mundi aetate, qua vixerunt, quam de doctrinis, quas singuli tradiderunt. Uti- //⁹ que liquidum videtur, ab antiquissimis temporibus veneratione prosecutos philosophiam Aegyptios, qui ex philosophorum numero Sacerdotes, Regem ex Sacerdotibus eligebant. Ita pervenit ad Aegyptium Regnum, quod et summopere decoravit, Trismegistus ille, in Sacerdotum Collegio summus, clarissimus in philosophis. Et nemo certe denegavit Aegyptiis hanc gloriam, quod ad eosdem contenderint Solon, Thales, Pythagoras, Democritus, Plato, idque generis praeclarissima ingenia, ut in famosiori tunc temporis fonte bibentes, doctrinarum thesaurum attingerent. Laudantur a Lucano Phoenices, quod litteras primi excogitaverint; et a Plinio, quod navigandi artem invenerint, quae si minus comprobant Phoenicum philosophiam; ad eos profecto, quemadmodum ad Aegyptios, ibant Graeci scientiarum, et artium avidissimi, ut in earundem perficerentur notionibus. De Persiae Magorum sapientia, deque ipsorum principe Zoroastro narrantur innumera; sed quae non modicis intermixta fabulis, libenter praetermittimus; quamquam plane fatendum sit, philosophiam coluisse Persas, ad quos etiam exteri hac de causa peregrinabantur.

Indorum Gymnosophistae magnum sapientiae nomen sibi compararunt, quos et Pythagoras, et Democritus, et Anaxarchus, et alii prima dignitate philosophi, audiere discipuli. Triginta septem annos consumebant Gymnosophistae in placida solitudine, ac litterarum otio, nec ante confectum hoc privati recessus, et studiorum curriculum, ad docendi munus evehebantur. Cum laude memorat Augustinus Atlanticos, quibus fuit nomen ab Atlante Mauritaniae Rege, quem ferunt oppido famosum tam //¹⁰ ab assidua caelorum contemplatione, quam ab sphaerae illius inventione, qua siderum motus describuntur. Et Virgilius, et Plinius eundem extollunt ab astronomicis cognitionibus. A Zamolxi, et Orphoeo Tracibus jactabat Thracia philosophorum suorum antiquitatem, et sapientiae culturam. Gallorum Druides, quorum opera cives illi ad mentis, et religionis disciplinas erudiebantur, aperte commemorant Aristoteles, Caesar, Strabo, Tullius, et Ammianus Marcellinus, eorumque praedicatur doctrina, et excellentia tam in scientiis profanis, quam in religiosa, et morali.

Sed hactenus dictum est de remotissimorum temporum philosophia; quam idcirco rapidissima festinatione percurrimus, quia, si divinos libros exceperis, perpauca supersunt earum aetatum monumenta, quibus inniti possit historicus libero ab erroribus calamo. Antiquissima est Graecia, cujus philosophi sapientiam suam innumeris profusam libris posteritati reliquerunt. Graecia profecto novum philosophiae splendorem attulit, ut fere dici possit philosophorum seminarium; non enim, ut ad eam aetatem alibi, dumtaxat unus, alterve fuere, qui diversis perspersis regionibus, lentos fecerint, quamquam felices, conatus; et suorum scriptorum auxilio, bonoque ingenii

nomine philosophiam extulerint, et communicaverint quidem non mediocria lumina, sed instar fulguris rapida, et brevi peritura. Singulare videtur a caelo habuisse Graecia privilegium, ut longa saeculorum serie generaret, aleret, conformaretque ingentem sapientium copiam, quam ferme dixeris philosophorum nationem, qui totis essent viribus in veritatis inquisitione, qui majorum notiones in- //¹¹ defessis laboribus adaugerent, qui sapientiam comparaturi, nihil dubitarent, et tranquillum otium, et paterna bona, et caros cives, et dulcissimam patriam deserere, qui profunde cogitando, arcana rimando, naturam contemplando, eventus eventibus conferendo, contemptis rebus caeteris, incanescerent. Antiquitate primum in his doctissimis Graecis Thaletem appellamus, qui mirabili donatus ingenii facilitate, summaque flagrans cupidine ad scientiarum fastigium perveniendi, nihil gravatus est ad Cretenses, Phoenices, Aegyptiosque iter arripere, ubi consummatos audivit astronomiae, geometriae, aliorumque partium philosophiae Doctores; ac parvo tempore discipulus, cum foenore Magistris reddidit, quod bonum acceperat; ipsosque docuit rationem, excelsas Aegypti pyramides ad certissimum calculum dimetiendi. Bona tandem Graecorum fortuna Thales in patriam restitutus est; ubi summis ardoribus deditus naturae studio, in tranquilla solitudine conclusus, nec omnino patens, nisi volentibus ab eo derivare philosophica lumina; Mileti primus instituit scholam publico civium emolumento, quam Jonicam, et omnium antiquissimam nuncupant eruditi. Vita functus est Thales nonagesimo secundo aetatis anno, et post eum, nulla jam intercapedine florere in Graecis famoso nomine philosophi; atque institutam scholam Anaximander,

Anaximenes, Anaxagoras, Archelaus, Socrates, aliique summi viri administrarunt.

Socrates autem, qui Mileto Athenas ab Anaxagora translatae scholam ad honoris culmen perduxit, et patriae nomen illustrissimum reddidit; docendi rationem non modice immutavit, et, quod //¹² aiebat Tullius, *primus philosophiam devocavit e caelo, et in urbibus collocavit, et in domos etiam introduxit, et coegit de vita, et moribus, rebusque bonis, et malis quaerere*. Ille quidem arte caelandi admodum excelluit, ac Diogenis Laertii aetate manebant Athenis Gratiarum statuae, quas inculperat Socrates. Excelluit pariter eloquentiae robore, quam tantopere formidarunt Athenarum tyranni, ut interdictum ei fuerit, ne rhetoricam Atheniensibus traderet. Excelluit demum, quod in Platone saepe legimus, tam geometricis, quam astronomicis, aliisque sublimibus doctrinis, in quas ea aetate sapientes animum intendebant. Sed mirifica natus gravitate, atque hominum cognitione supereminens, potissimos exeruit conatus, non tam ut mentem, quam ut animum cives excolerent. Morum itaque scientiam, et praeceptis, et exemplis tradere praecipuum fuit Socratis ad plures annos magisterium. Iniquorum Iudicum sententia morti traditus, intrepido conspexit ore fatalem horam, et vitam posuit aetatis anno septuagesimo.

Post hunc insignem Doctorem innumeros vidit Graecia summae celebritatis philosophos; quorum plures, ut humana inter se discrepant ingenia, in varias ivere sententias, et scholas diversi nominis condidere, *cum tamen* ut ait Tullius, *omnes se*

philosophi Socraticos et dici vellent, et esse arbitrarentur. Ne vero in immensum abeat³ hoc historicum compendium, liceat hic raptim memorare scholas, Cyrenaicam, Megaricam, Eliacam, et Eretricam; quae tametsi Aristippum, Euclidem, Phaedonem, et Menedemum, praeclarae mentis auctores habuerint; parvo tamen in honore fuerunt posteritati. Longe celebrius comparaverunt sibi no-//¹³ men Academici, qui Platonem, Socrati carissimum in primis discipulum, ejusque sapientiae propriorem, audierunt Magistrum. Ingenio quidem ille facili, profundo, robusto, et ad grandia conformato natus, ita eminere coepit a teneris dicendi genere, ut eum ab eloquentiae suavissima dulcedine Apim atticam appellaverint, et Socrates ipse scholae cygnum. In grammaticis, musicis, poesi, et pictura, primam cum summa laude posuit adolescentiam; et vicesimo aetatis anno ad Socratis auditores adnumeratus, vix elapsus fuerat lustrum, jam in sapientibus primi nominis habebatur. Postquam invidi cives mortem Socrati maturarunt veneno, eruditus expeditionibus Plato vacavit, primum ad Megarenses, inde ad Cyrenaicos, ubi sub Theodoro, mathematicis disciplinis consummato Magistro, totis conatibus desudavit, ut nihil sibi deesse in hac nobilissima philosophiae parte videretur. A Cyrenaicis transmigravit in Aegyptios, quorum sapientium, eo jam rerum suarum statu discipulus esse non erubuit; ab iisque plura dogmata, variarumque scientiarum doctrinas avidissime derivavit; ibidemque loci, ut fertur, Mosaicos Codices, aliorumque sacrorum auctorum vaticinia novit, ac didicit magnifacere. Percurrit etiam per eam Italiae partem, quae magna Graecia dicebatur, ut ibi cum Philolao, Archyta, et Eurito, celebri nomine Pythagoricis, consilia communicaret, ac sese invicem doctrinarum notionibus illustrarent. Semel, iterum, tertio, saepius vocatus ad Dionysium juniorem,

Syracusae dominantem, ad Siculos tandem profectus est; unde tamen post aliquod temporis intervallum exiit, eo confectus dolore, quod ingentes perdidisset co.//¹⁴ natus, nec omnino potuisset hominem relinquere, quem tyrannum invenerat. Ad suos demum redditus, publicus Magister, nullo quidem pretio, professus est philosophiam, cujus partibus miro digestis ordine, harmoniceque dispositis, Heraclito subscripsit in physicis, Pythagorae in metaphysicis, in moralibus autem Socrati. In politicis etiam prudentissime constituendis; et ratiocinandi arte perficienda, felicissime adlaboravit. Quam plura de his omnibus monumenta supersunt in ejus operibus, quae tum a stili elegantia, tum a verborum proprietate, tum a ratiocinandi efficacia, tum praesertim a sententiarum splendore, ac nobilissima excogitandi ratione, maximopere laudantur. Neque vero est animus, immunem ab erroribus praedicare Platonem: sed certe fuit insigni merito philosophus, princeps academicae scholae, sic appellatae ab horto, quem ipsi pro ludo litterario pecuniosus Atheniensis, nomine Academicus, concessit. Altero, et octogesimo aetatis anno mortalitatem Plato deposuit, relicto in patria sui desiderio; et sapientissimi viri nomen tributum illi est, atque ad posteros perpetuum.

In binas discissi sunt scholas ejusdem discipuli; quorum alteri ad Lyceum translati, peripatetici dicti sunt, Aristotele Praeside, quem postea memorabimus; alteri locum, et nomen Academiae retinuerunt. In iis fuere Spesippus, Xenocrates, Polemon, Crates, et Crantor, qui Platoni succedentes, unus ex alio nihil fere immutarunt in Principis Academiae doctrina; nisi quod Xenocrates pauca immiscuit ab Aristotele desumpta. Et fuit Xenocrates castigatissima vita, integritate mirabili, certissima

prudencia in conformandis adolescentium //¹⁵ moribus, et summa solitudinis, ac defatigationis in studiis cupidine: in qua laboriosissimae vitae serie ad aetatis annum secundum, et octogesimum pervenit. Arcesilas autem in Magisterium aliquando suffectus, a Platone defecit, et quasi novam condidit Academiam, quam postmodum dixere mediam. Et hic est de quo pulchre Tullius: “ Ut in optima Republica Tiberius Gracchus, qui otium perturbaret, sic Arcesilas, qui constitutam philosophiam everteret. Enimvero ingenii claritudine, perspicuisque naturae dotibus, quibus admodum excelluit, perperam usus est ad constabiliendum dogma de omnimoda humanae mentis ignorantia, nihil enim, aiebat, scimus, nihil scire possumus; nec etiam, quod unum Socrates excipiebat, nimirum *se nihil scire*: quo sane dogmate, non aliud fortasse absurdius, nec aut ratione magis dissonum, aut moribus magis periculosum philosophi excogitarunt. Quam aliam animi demissionem sectantur, qui catholice sapiunt! Et tamen sectatores habuit Arcesilas, eandemque post eum doctrinam Lacydes, Evander, et Hegesinus⁴ tradiderunt. Quartus ab Arcesila rexit Atheniensem hanc scholam Carneades, qui recentioris Academiae Princeps idcirco appellatur, quia paululum temperavit absurda doctrinae: non enim, ut Academici medii, veritatem omnem inficiabatur; sed acriter propugnabat, tam obscuris involuta esse tenebris, quaecumque vera sunt, ut humanae mentis non sit veritatem attingere; quamquam plura noscantur probabilia, quorum visu insigni, et illustri, ut aiebat Tullius, vita sapientis regi possit. Quam haec inania! quam parum digna viro clarissimo, et qui tam avidè vacabat studiorum commentationibus, ut //¹⁶ omnem corporis curam negligeret, ac saepe pro prandio sedens, nihil vesceretur, nisi

servula cibos in ejus manum, et interdum in os intromitteret! Ad annum nonagesimum operosam vitam produxit; ejusque locum occuparunt ordine Clitomachus, Philo, et Antiochus: hic autem postremus cum primum Philonis Magistri doctrinam totis viribus defendisset, acriter postea in eandem insurrexit, et Academiam veterem instauravit. Et fuit Antiocho summa gloria, quod in suis auditoribus numeravit illustriora Romanorum nomina quorum erat tunc temporis consuetudo, iter arripere in Graeciam, et Athenis commorari, ut ad optimum philosophiae saporem conformarentur. Ita vidit apud se considerantes, eruditionis cupidos, Varronem, quem Romanorum dixere sapientissimum; Lucullum, quem magnificentissimum; et Tullium, quem eloquentissimum. Et ab his Romanis peregrinantibus, et a Polybio, Panaetio, Carneade, Philone, Antiocho, aliisque doctissimis Graecis, qui diversis temporibus Romae commorati sunt, utraque Graecorum Academia, et philosophica lumina, ut suo dicemus loco, per universum Romanorum Imperium disseminata sunt.

Altera schola, quam diximus a Platonis natam discipulis, peripatetica dicta est, et principem coluit Aristotelem. Et fuit hic ex iis viris illustrissimis, utraque parte famosis, in quos innumerae laudes, innumera pariter mala congesta sunt. Mediam teneamus viam, quae solet esse a scopulis remotior. Natus Aristoteles ingenio certe vastissimo, fecundissimo, et facilitate ad omnia mirabili, singularem prorsus, et paene incredibilem in studio constantiam adjunxit. Aetatis anno decimo-//¹⁷ septimo, ad Platonis discipulos cooptatus, quattuor tota lustra sub tanto duravit Magistro, qui et ipsum Academiae suae gloriam, et animam appellabat. Platone vita functo, apud Hermiam in Mysia

commorantem secessit; unde post annos aliquot a Philippo Macedoniae Rege vocatus, et Magni Alexandri Praeceptor dictus est. Carissimus tanto Principi, cujus mentem, et mores diligentissime conformavit; noluit postea, jam Regem, ad belli strepitus proficiscentem, comitari. Quare rediens Athenas, Academiae Praeceptore Xenocrate, alteram instituit in Lyceo scholam, quam a verbo graeco dixere Peripateticam, quoniam obambulans docere solitus est Aristoteles. Mirabilem reliquit Scriptorum copiam, quae ad Tullii, et Quintiliani etiam aetatem videntur, magna saltem ex parte, genuina pervenisse. Tullius quidem in suis philosophicis libris, non semel aut iterum, sed saepius, et paene ad fastidium, perfundit laudes huic sapienti, cujus appellat ingenium prope divinum, eloquentiam nervosissimam, flumen orationis aureum, stilum limpidum, et perspicuum, cujus philosophiam omnino singularem fatetur; quem rationis et inveniendi, et judicandi principem dicit; quo denique doctiorem, acutiorem, in rebus vel inveniendis, vel judicandis acriorem, palam testatur fuisse neminem. Quintilianus autem, prudentissimo vir judicio, asserere non gravatus est, nescire se, quid magis in Aristotele admiraretur, num vastam, et profundam eruditionem, num prodigio similem scriptorum copiam, num stili jucunditatem, num excelsae mentis acumen, num operum propemodum infinitam varietatem: et ad-//¹⁸ debat, credi ferme posse, quod plura saecula in studio posuerit, ut sapientiae suae vastitate comprehenderet, quidquid philosophorum, quidquid Oratorum, quidquid animantium, quidquid plantarum est; quorum omnium naturam, et proprietates mirabiliter extricavit. Et nos quidem putamus, multum essetribuendum horum Romanorum judicio de sinceris tanti philosophi scriptis: quae vero nunc dicuntur Aristotelis opera, tametsi laude non omnino careant, non tamen esse summi meriti, existimant eruditi. Et liquidum profecto est, Teophrasto

caro discipulo, et in Magisterio successori, Aristotelem haereditatem reliquisse, quaecumque scripserat; haec autem scripta processu temporum in varias incidisse vicissitudines, donec eorum exemplar et ab interpretibus, et a librariis male corruptum, in potestatem forte venit Arabis Averrois, a quo fuerunt penitus immutata, contrita, et deturpata, et qui ad libitum innumera superadjecit inania, quae certe non fuerunt ab auctore. Quod in pluribus erraverit Aristoteles, quod immiscuerit multa parvi momenti, multa insulsa, multa prorsus inutilia; nemo certe in sapientibus mirabitur: homo enim erat, plura scripsit, innumera insecutus est, viam sibi saepe stravit per hactenus inaccessa. Sed quod Aristoteli tribuatur, quidquid longa saeculorum serie peccarunt in philosophicis homines; qui suas delirationes ut constituerent, tanti Sapientis nomine abusi sunt; profecto non est id philosophi sanae mentis, non est inquirentis veritatem nullo partium favore, non est judicantis ad rationis leges. Depone insanos livores, si vis esse philosophus. Utinam liceret in his diutius immorari!!!

¹⁹ Aristotele mature praerepto, cum vix numerasset aetatis annum tertium, et sexagesimum; successit in Lycei Magisterio vir summus, quem in suis discipulis ipse legerat, et quem a delicatissimo eloquentiae sapore dixere Theophrastum. Magistro certe fortunatior, numeravit auditores ad duo mille, in quibus eminuere Demetrius Phalereus, et Strato. Posteritati dedit libros de plantis, de civitatum omnium legibus, de vera vitae

beatitate, de rhetorica, de variis hominum *characteribus*, aliosque plures; quorum tamen pauci pervenerunt ad nos. Annos vixit saltem octoginta quinque; nec desunt, qui asseverent, aetatis anno undecentesimo scripsisse characteres. Post hunc in Lyceo docuerunt Strato, summopere commendatus a physicis rerum notionibus; Lycon, ad annos quadraginta manens in Magisterio, et a dicendi suavitate Glycon appellatus; Aristo Ceus⁵, de quo solum novimus, magno fuisse nomine in philosophicis, et Glyconi successisse; Critolaus, quem cum Carneade, Diogeneque missum ab Atheniensibus Romam in famosa illa legatione, fuisse Tullius ait ex nobilissimis illius aetatis philosophis; et Diodorus, quem dixere Dialecticum, et postremum nominant in Lycei Doctoribus; quamquam alii dicant, tam longe fuisse ab Aristotelis doctrina, ut peripateticus dici non possit. Post haec tempora magnum fuit de Aristotele silentium, nisi quod Sylla, captis Athenis, Romam transtulit ejus opera; quorum postea variam delibabimus fortunam, cum sermo nobis erit de corrupto sapore in philosophicis disciplinis.

Principem Cynici noverunt Antisthenem, qui //²⁰ pretium divenditi patrimonii civibus elargitus est, ut voluntaria vivens tenuitate, Socratem audiret; a quo postea recedens, tam impudentem, tantaque mordacitate horridam fundavit scholam, ut erubescere debeat humanum genus hujusmodi homines dixisse philosophos. Non certe inficiamur, ingeniosissimum quemque, plurimisque doctrinis clarissimum, posse quidem pessimis esse moribus: attamen schola, cujus unicum sit institutum, mores

hominum componere, cujus vera principia certissime jaculentur ad effringendum pudorem, ad cor timidum creandum, ad sui similes contemnendos; haec, inquam, schola tam esse debet absurda, quam Scholasticorum chimera. Dialecticam, physicam, geometriam, et praeterea liberales artes repudiabant omnino Cynici, et unam profitebantur morum scientiam; quos tamen a primis doctrinae fundamentis incredibiliter deturbabant. In praecipuis Antisthenis asseclis numerantur Diogenes, Crates, Hipparchia, et Peregrinus. Cratem audiit Zeno decem annos, totidemque alios modo Stilponem, modo Xenocratem, modo Polemonem: et plane rejecta Cynicorum impudentia, nec omnino probatis aut Megarensis, aut Academicorum doctrinis; novam Athenis condidit scholam, ejusque discipulos a loco ubi Magister docebat, Stoicos appellarunt. Dialecticam singulari conatu professus, acriter oppugnavit novos Academicos, verum a falso dignosci posse inficientes. In moralibus autem haec erat Stoicorum praecipua doctrina: Summum bonum esse virtutem: Sapientem semper esse beatum; quae fere naturae bona dicuntur ab hominibus, tam non esse bona, quam dolores, cruciatus, et adversa // ²¹ quaevis dici mala non possunt; virtutes omnes esse pares, paria similiter vitia; condolescere, concupiscere, extimescere, laetitia efferi, caeterosque animi motus in sapientem virum non cadere; virtutem acceptam Deo retulisse neminem; fortunam a Deo petendam; a se ipso sumendam esse sapientiam; Deum natura, sapientem virtute sua non timere. Quam ampullantes delirare solent homines! Zeno certe numquam fuisse dicitur tentatus valetudine, ac feliciter pervenit ad annum duodecentimum. Ejus gloriam cumularunt complures famoso nomine

sectatores, in quibus illustrissimi fuere Leucippus, Cleanthes, Chrysippus, Diogenes Babylonius, Antipater, Panetius, Posidonius, Epictetus, Stilpo, et in Romanis Cato, Brutus, Seneca, Thraseas, Poetus, Helvidius Priscus, et Marcus Aurelius Antoninus.

Pyrrhonem omittere non licet in historia philosophiae: non certe quia magni meriti habeatur, vel quia novum quid excogitaverit, quo notionum thesaurus adaugeretur; sed quoniam Arcesilae dogmata de nulla veri, aut vero similis cognitione, tenacissima dementia prosecutus est; et plura de his impudenter effutiens, exemplo est philosophis, quam simus ridiculum mundo spectaculum, cum in humanis quaestionibus, posthabita, neglecta, et penitus calcata ratione, audemus philosophari. Ajebat Pyrrho, debere semper hominem inquirere veritatem; et ab hac inquisitione perpetua dixere Scepticam ejus philosophiam: sed quidquid quaesieris, addebat, quidquid operosis lucubrationibus desudaveris, nihil certi pronuntiare, numquam tibi licebit asserere. Si opponeres, te videre, te cogitare, te esse; plane res-//²²pondebat: equidem nescio lumen, nescio sensus, nescio mentem, nescio me esse, nihil omnino scio; id tamen, quod nesciam, non tamquam asserens, sed tamquam dubitans pronuntio. Et ab hoc aeterno de omnibus dubio in pestiferam illam doctrinam Pyrrho incidit, nihil esse in rerum natura vel honestum, vel turpe, nisi vel ab humana lege, vel a praejudicata opinione. Pudet certe in haec tam inania, quam putida calamum offendere. Nonagesimo aetatis anno vitam posuit.

Fuerunt et celebri nomine philosophi Xenophanes, Democritus, et Heraclitus, Academicis antiquiores; quos non hactenus memoravimus, ne primam eorum seriem, qui a Socrate venerunt, abrumperemus: Eosque tamen praeterire non licet, tametsi nulli prorsus adhaeserint Magistro, nec multitudine discipulorum admodum floruerint. Xenophanes Colophonius, in astronomicis oppido versatus, plures esse mundos propugnavit; physica diligenter persecutus, de iis, quae in sublimi aeris parte generantur, tractavit; in poetis etiam clarus, celebrato poemate Colophonem laudavit. Democritus patria Milesius, quem a longa in Abderitis commoratione Abderitam dixerunt, natus est ingenio feracissimo, et studiorum defatigationis tam fuit tenaciter avidus, ut liberius, et ab omni strepitu remotius commentandi gratia, sese in subterraneis locis occuleret. Patrimonium negligere, agrosque suos deserere incultos nihil dubitavit, ut scientiam quaereret in Aegyptiis, Chaldeis, et Persis. Abderae postea domicilium fixit, ibique librum edidit, in quo mundi fabricam erudite descripserat: quem librum tam probarunt Sapientes urbis, ut statuum publi-//²³ ce dicendam auctori decreverint. Tam morali doctrina, quam physicis, mathematicis, astronomicis, politioribus litteris, et liberalibus artibus excelluit: a qua scientiarum vastitate Aulus Gellius Democritum philosophorum nobilissimum appellavit. Post vitam eleganter actam in philosophico risu de inanibus hominum curis, de vulgi gaudiis, et lacrymis, decessit aetatis anno supra centesimum nono. Sed ne quid desit in historia mortalium; ut ridebat fere semper Democritus, ita fere semper illacrimabatur Heraclitus. Hunc Ephesi natum ingenio ad taetra quaevis maximopere prono, tenebricosum dixere philosophum a summa stili obscuritate. Plurimum fuit Auctor operum, inter quae celeberrimum illud habebatur, cujus

erat inscriptio *de natura*; in quo, tamquam compendio, dedit posteris philosophiam suam de igne mundi principio, ac de ipso mundo flammis perituro. Librum hunc Euripides cum immisisset Socrati, respondisse fertur gravissimus iste philosophus: valde probari sibi, quae capere potuerat; et ab iis credere, laudabilia pariter esse, quae non intellexerat. Eundem librum Darius Persarum Rex cum legisset, ita magni fecit auctorem, ut elegantissimas litteras ei dederit, ipsumque beneficiis, et honoribus cumulandum in suam Regiam invitaverit. Negavit Heraclitus, convenire sibi commercium cum hominibus, in quibus improbitas, dolus, avaritia regnabant. Potuisset torvus Philosophus officium Principis recusare, sed modestioribus, et urbanioribus verbis. Ab hoc libro de natura Plato desumpsit, quae de physicis multa tractavit. Hydrope laboravit Heraclitus, et sexagesimo aetatis anno fatalem horam suam ²⁴ obiit, serius fortasse, quam polliceri poterat morosissimum ejus ingenium, odiumque in homines, quo gratis consumebatur.

Non plures admodum numerabat annos Ionica schola, cum Thales, quem ejusdem Conditorum demonstravimus, auctor fuit Pythagorae tunc aetate florido, ut ad Aegyptios peragraret, in illis exculturus, et perfecturus mentem omnino natam ad philosophica. Nihil distulit juvenis oboedire sapienti seni, et totos annos viginti duos commoratus est in Aegypto, litteras dumtaxat cogitans, assiduus ad Sacerdotum Collegia nunc Memphi, nunc Thebis, nunc Heliopoli. Duodecim etiam annos posuit Babylone, a Magis eruditionem haustus; et ab his ad Aethiopes, ad Arabes, ad Indos, ad Cretenses transivit, ubilibet sapientiam quaerens, undelibet desumens, quidquid utile arbitrabatur ad excelsam philosophiae fabricam, quam animo cogitabat. Assiduo tot

Sapientium commercio cum mentem, natura clarissimam, mirabiliter illustrasset, pretiosa refertus merce in patriam rediit, quae Samus erat, Icarii maris insula; quam tamen post modicum deseruit tyrannidis impatiens, quam ibi gentium agebat Polycrates. Bona Italorum fortuna in eam Italiae partem se recepit, quae magna Graecia dicebatur, et Crotone domicilium fixit apud Milonem Athletam, ubi celeberrimam instituit Scholam, quam Italicam nuncuparunt. Primus fuit Pythagoras, cui visum est fastosum admodum, superlatum, et plane superbum sapientis nomen, quod sibi tribuebant, qui vel castigato vivendi genere, vel naturae notionibus eminebant: unde se modestius appellavit philosophum, quod graece sonat sapien-//²⁵ tiae cupidum; et hoc postmodum nomen in quaerentibus veritatem invaluit. Brevi disseminata est per universam Italiam tanti Magistri fama, numeravitque discipulos paucio tempore fere quingentos. Accuratissimam adhibebat diligentiam in iis ad rectos mores conformandis, et tacitus observabat eorum sermones, risum, incessum, et quidquid ad privatae vitae consuetudinem attinet; ut ad uniuscujusque naturam prudentius dispensaret praecepta. Quam haec digna sunt homine, cujus in officiis est alienos mores ad virtutem componere! Discipulis praecipiebat, ad biennium saltem silere; ut audiendi exercitatione recte loqui condicerent; ii autem, quos loquaciores animadverteret ad totum quinquennium protrahebat silentium. Auctoritatem apud eosdem tantam sibi conciliavit, quanta fere potest esse in mortalibus; et sententiae cuilibet ut subscriberent, unum satis erat dixisse Pythagoram. Si Justino, Senecae, ac Valerio Maximo fidem habeamus, quotquot incolebant Crotonem, Magistrum hunc audiebant in moralibus, ejusdemque praeceptis tam aliam sese tota civitas demirata est, ut quos in adventu suo cives reperit

delitiis, et voluptatibus indulgentes, ad mirum frugalitatis usum revocaverit. Seorsum a viris feminas, puerosque seorsum a Parentibus erudiebat, ut peculiaria sexus, aetatisque vitia liberius increparet; nec aut hi Parentum, illae virorum conspectum formidarent, aut alteri tempus frustra consumerent in iis audiendis, quae sua non attinent. Nec dumtaxat Crotone in redigendis ad meliorem frugem civibus intendebat; sed ab aliis etiam Italiae urbibus vocatus, et multis precibus conquisitus, non recusabat operosis expeditionibus vacare, ut ad rationis legem vivere mortales doceret; ac praeter alia saluberrima praecepta, ubique audiebatur exclamare, bellum dumtaxat inferendum perniciosis quinque hostibus, quos ita designabat, corporis aegritudinem, mentis ignorantiam, incompósitos animi motus, populorum seditiones, familiarum discordias. Haec et similia de morum doctrina tam privatim ad discipulos, quam per urbes publice profundebat: intra domesticos autem scholae parietes multis contendebat sudoribus, ut mentes auditorum excoleret. Arithmetica, et geometria existimabat ille scientias omnino necessarias, ut justum in omnibus ordinem sequi assuescerent ingenia juvenum, et ad sublimiorum studia compararentur. In musicam pariter volebat incumbere suos, et, quod meminit Quintilianus, animos ad lyram excitare, cum evigilassent; cum autem somnum peterent, ad eandem se componere, si quid interdum fuisset turbidiorum cogitationum. Quaecumque sunt in orbe phaenomena, sic explicabat, ut procederent a Mente suprema, quae dirigit, et vim motricem, et materiam nihil intelligentem, et cui

natura sua nec ullus motus est, nec ulla forma. Mentem illam Supremam asserebat esse universi orbis animum, ejusque particulas humanos animos. Mirum statuebat consensum inter omnes mundanae fabricae partes, et mundum ipsum harmonice concinentem. Transmigrare dixit animos a primo in alterum, tertium, et plura corpora: de quo ridiculo transitu tam insulsa narrabat, ut jure Lactantius eum appellaverit vanum senem, qui sibi tam petulanter mentiendi licentiam vindicavit. Quem non errorem excogitavere philosophi, etiam//²⁷ doctissimi, cum sobrie sapere neglexerunt! Rotundam esse Terram, et esse Anthipodas, propugnavit. Primus omnium agnovit, obliquam esse illam in caelo Zonam, quam Zodiacum appellamus; ut primus dicitur perfectam habuisse notionem viae, quae toto anni spatio describitur a globo se movente. Omnino demonstravit, opacum Corpus esse Lunam, cui lumen non est, nisi a Sole derivatum, caelestem arcum non aliud esse, nisi lucem a recta linea deflectentem; Venerem, planetam illum, qui vespere Solem subsequens, Vesper dicitur, eundem esse Luciferum, qui mane Solem antegreditur. Et super haec, aliaque Pythagorae adinventae Physici, et Astrologi facilius postea in lucubrationibus id generis laborarunt. Geometria pariter adaucta est non modice ab hoc insigni philosopho, qui primus demonstravit famosum illud problema. Hypothenusae quadratum in triangulo rectangulo, aequale haberi summae quadratorum ex binis cathetis. Cujus demonstrationis utilitatem in mathematicis plane intelligens, grato in Deos animo litasse dicitur hecatombem; vel saltem, quod in Tullio legimus; bovem. Quodcumque autem dicatur fuisse Sacrificium, videtur prorsus alienum ab homine, qui nihil tam horrebat, quam interfici animantia; et vesci carnibus, ea de causa discipulis interdixerat. Non liquido constat, quo loco ac

tempore illustrissimus hic philosophus vivere desierit, sed fere creditur, tranquille obiisse anno aetatis completo nonagesimo.

Pythagorae memoriam summis plausibus excepit posteritas: et praeter eximiam discipulorum reverentiam, quae tum in schola, quam ipse instituerat, tum in famosioribus Romanae Reipublicae lit-//²⁸ teratis ad longissimam annorum seriem perpetuo florida viguit, etiam a Flavio Josepho, a Clemente Alexandrino, ab Ambrosio Mediolanensi Pontifice, a Theodoro, ab aliisque posterioris aevi Sapientibus, philosophum hunc magnificis laudibus cumulatum comperimus. Non certe quod vel animos transmigrare in nova corpora, vel aerae Divinae particulas esse, vel alia id furfuris commenta Catholici Doctores probaverint; sed quia vel, demptis erroribus, laudarunt auctorem caetera doctissimum, et bene de philosophia meritum; vel quia, cum ageretur de homine, qui morum praecepta saepe tradebat per obscurissima aenigmata; doctrinas ejus, etiam quae sonant errorem, excogitato quodam recto sensu posse intelligi crediderunt. Similiter dixeris de pluribus Ecclesiae patribus, vel Platonis, vel Aristotelis doctrinam, et Magisterium extollentibus. In asseclis Pythagorae nomen habuit celeberrimum Agrigentinus Empedocles, quem alii dicunt ejus discipulum; Suidas vero tradit, Empedoclem ab Academico Parmenide transiisse ad Telaugem Pythagorae filium, et in Crotoniensi schola successorem. Pro civium emendandis moribus, et pacandis intestinis urbis tumultibus, incredibiliter adlaboravit; nec pepercisse dicitur aut conatibus, aut sudoribus, aut enixis precibus, aut liberalibus donis, ut Agrigenti faceret, quod Crotone Pythagoras. Philosophus, Poeta, historicus, medicus, et in omnibus his

laudibus admodum supereminens, ad plures doctrinarum ramos magisterium suum extendebat. Tam beneficum, et sapientem civem sexagesimo aetatis anno vita functum Agrigentini lacrimati sunt.//

²⁹ Postremum memoramus in Graecis Doctoribus Epicurum, Gargettii natum in Attica, et Sami educatum; cui doctrina Pythagorae prae Platonica, et Aristotelica cum placuisset, ad aetatis annum trigesimum sextum perpetuo peregrinatus est; donec restitutus in Graeciam, Athenas elegit, ubi novae Scholae Princeps in quodam horto philosophiam suam disseminaret. Innumerae confluxere gentes ex tota Graecia, ut ex Asia, et Aegypto peregrini, qui Epicurum audirent. Nemo fuit eo solertior in scholarum Principibus, nemo laboriosior, nemo, qui plura scripserit, nemo cujus asseclorum tanta praedicetur constantia in Magistri veneratione. Rethoricam neglexit, dialecticam plane contempsit: harum autem scientiarum vice commendabat perspicuitatem, et ordinem; easque laudes, Tullio si credimus, ipse profecto in scribendo assecutus est. Ex tot ejus operibus ad nostram aetatem dumtaxat pervenerunt tres epistolae, quas in ejusdem vita Diogenes Laertius ab injuria temporum vindicavit: quarum prima compendio persequitur, quae de physicis; altera singillatim, quae de meteoris; tertia, quae de morum scientia philosophus iste tradidit. Leucippi, et Democriti doctrinam de universo mundo ex atomis fortuito adhaerentibus conformato, miris conatibus adoptavit Epicurus; hoc tamen discrimine, quod atomos dixit, ut corporis est natura, suo deorsum pondere ad lineam deduci; non quidem omnino ad lineam, sed minimo declinantes intervallo, quantum satis est, ut ex earundem complexionibus, et copulationibus, nulla data causa contingentibus, quidquid tam mirabile cernitur in universa rerum fabrica,

efficeretur. Omnes corporis³⁰ sensus tam veri nuntios asserebat, ut Soli, et Lunae tribueret eam fere magnitudinem, qua videntur esse nostris oculis. Animum hominis volebat esse materiam: aliter enim, agere, nec agere posset, nec sentire. Deum sibi finxit, aeternum quidem illum, et beatum; sed otiosum, desidem, atque ita vacantem beatitati suae, ut omnino nihil curet, quae aguntur in mortalibus. Extremum hominis bonum propugnavit in voluptate situm esse. Nec ignoramus perniciosum hoc, et absurdum uberrimum dogma benigne fuisse a compluribus explicatum: nam praeter Divum Hieronymum, qui multis laudibus effert Epicuri temperantiam, Stoicus etiam Seneca magnificat ejusdem praecepta; et post multa saecula dixit Petrus Gassendus clarissimo vir ingenio: “Quod ad mores attinet, Epicurum maxime et sobrium, et continentem extitisse, ac sectam nullam philosophorum illius secta fuisse sanctiorem.” Unde fere interpretantur, non vitiosam sensuum, sed purissimam, et sanctissimam animi voluptatem Epicurum intellexisse. At Tullius Epicureos urgebat, nec ii negare in disputatione ausi sunt, eorundem Magistrum testificatum fuisse: “Ne intellegere quidem se posse, ubi sit, aut quid sit ullum bonum praeter illud, quod cibo, aut potione, et aurium delectatione, et obscaena voluptate capiatur.” Satis haec pauca sint de hortulis Epicuri, quorum esse posset amplissimum argumentum ; sed non est historici compendii, singula philosophorum dogmata minutatim evolvere.

Hactenus de Graecis, aliisque Sapientibus, qui Graecos hac laude antecesserunt: brevissime nunc de Romanis, qui longo tempore nescierunt pulcherrimae³¹

philosophiae delenimenta, et illecebras; immo conantem illam irrepere in Reipublicae sinum, interposita vi repulerunt, eique fores incondita rusticitate occluserunt. Nimirum homines, qui sine litteris ad canos pervenerant, et quorum tota fuerat in armorum strepitu gloria; expalluerunt ad sapientiae veneres, timueruntque Reipublicae, si litterarum studio rapti, et immersi juvenes, arma contemnerent. Quasi laurus, et oliva non possent eandem frontem ornare, ac circumcingere! Nulla quidem est in mortalibus vitae conditio, cui litterae non sint utilitati, et adjumento! Et profecto nihil potuit Romani Senatus decretum impedire, quominus primo clanculum, inde palam cives philosophiam persequerentur, et processu temporum ad graecae philosophiae fastigium, Athenarum aemula, Roma consurgeret. Paulus Aemilius ex nobilissimis Romanorum familiis, qui post edomitos⁶ bello Macaedones tam magnanimum se gessit, ut immensos Persei thesauros nec attigerit, nec saltem viderit, sed Quaestoribus illico tradiderit, in aerarium Reipublicae deferendos; regiam dumtaxat⁷ bibliothecam liberis designavit suis, eumque sibi dulcissimum tantae victoriae fructum credidit, quod ab Atheniensibus obtinisset Metrodorum, egregio nomine philosophum, quem praedictorum filiorum institutioni litterariae praeponeret. In his Pauli filiis fuit Scipio Africanus junior, cui tot, tantaque in bello facinora nomen pepererunt nullo intermoriturum tempore; sed quem ab litterarum amore fortasse justius laudavit posteritas. Opulentissimus hic Romanus, *quo non quisquam elegantius*, ait Vellejus Paterculus, *intervalla negotiorum⁸ otio dispunxit, et qui semper //⁹ inter arma, et studia versatus, aut corpus periculis, aut animum disciplinis exercuit*; non solum facilem ad se permittebat sapientibus aditum, sed eos diligenter quaerebat, eorundemque tum amicitias mendicabat, tum necessitatibus

liberaliter providebat. Polybium, et Panaetium graecos philosophos, doctrinarum excellentia illustrissimos, tam caros habuit contubernales, ut vel in privatae vitae officiis, vel in rumoribus belli, vel in splendoribus legationum, saltem ab alterutro numquam⁹ divelli permetteret. Terentium Afrum, a liberali famoso ingenio, habuit in familiaribus; ejusque opera, summo pretio Romae tunc habita, et nunc etiam eruditis probata, magna saltem ex parte deberi aiebant elegantissimo Scipionis calamo. Sed nihil in hoc viro tam memoria dignum, quam amicitia cum Laelio, Romano eruditissimo, et castigatis moribus laudatissimo; quicum illi erat una domus, idem victus, opinandi consensio, communis militia, peregrinationes, rusticationes, et studia semper aliquid discendi, semper nova cognoscendi; quibus in studiis otiosum omne tempus utilissime contrebant. Quid amicitia id generis dulcius? Utinam et similes colerent in omni bene constituta gubernatione nobiles, et pecuniosi viri! atque utinam similiter aetatem impenderent, qui funestissimum sequentes otium, lacrimabili taedio, ac displicentia sui consumuntur!

Post memoratum Romani Senatus decretum, quo jussi sunt philosophi Romam deserere, scientiarum amor increvit, et magis, magisque litterae coli coeperunt. Postremis vero Reipublicae temporibus ad summum honoris fastigium philosophia pervenerat. Parentum accuratio, ut litteris eru-³³ direntur ab exordio vitae liberi, generabat patriae copiam virorum innumeram, qui in oratoribus, in jurisperitis, in philosophis excellabant. Praejudicatam deposuerant opinionem, quod iis nationibus

derelinquendum esset scientiarum studium, quae non in armorum furore, sed in togae tranquillitate vitam agerent. Et hinc prima patritiorum liberos educantium cura id jaculabatur, ut illi a teneris tam latinam patriam, quam eruditam Graecorum linguam perfecte condiscerent, inde vero ut assuescerent venerari sapientes, eorumque consuetudine delectari. Atque ab hac excellenti educatione cum paene ante depositam infantiam saperent; primi postmodum erant in philosophicis notionibus, qui primi cives in patria, primi in Senatu, primi in Magistratibus habebantur. Pompeii nomen, et scientiarum amor merito celebrantur, quoniam a Mithridatico rediens bello, ingentium victoriarum pondere gravis, militari lauro decoratus, et solemnibus triumphis proximus, ad Rhodios divertit, tantummodo ut viseret, atque inter discipulos audiret philosophum Posidonium. In avita claritudine, amplissimoque fortunarum splendore delicate transegit pueritiam, et adulescentiam Lucullus, ejusque postmodum gloriam tum vitae magnificentia, tum egregia in bello facinora cumularunt. Quam autem illustrius habuit nomen ab assiduis conatibus, ut scientiarum ornamento mentem perficeret! Non enim in otio tantum domestico litteris delectabatur, sed in operosis Magistratuum officiis, in publicorum negotiorum aestu, in ipsis belli angustiis, cum, ut agebat Tullius, *non multum Imperatori sub ipsis pellibus otii relinquitur* brevissimam quamvis temporis, particu-//³⁴ lam, quae forte supererat, in studiis impendebat, et cum philosopho Antiocho, quem semper voluit sibi comitem, erudite congredebatur. Quam docta, quam urbana, quam jucunda inter homines in tanto amore litterarum educatos colloquia! Quid autem si ad liberos, familiaresque sermones congregarentur Hortensius, Tullius, Cotta, Caesar, Pompejus, Cato, Brutus, Atticus, Varro, Lucullus, et similes ejus aetatis

Romani, qui ut erant praecelso, et exercitatissimo ingenio viri, convenire certe non poterant, quin eas, quibus quisque abundabat, omnis generis doctrinas urbane profunderet?

Sed liceat a reliquis distinguere, seorsumque commemorare in ea docta turba praestantissimum Tullium, quo nemo in philosophis urbanior, nemo suavior, nemo eruditior, nemo eloquentior, nemo patriae observantior, nemo forte, cui plus deberent sui cives, nisi casu vixisset, cum in postremis jam erat suspiriis convulsa Respublica. Nec profecto vidimus, nec audivimus umquam litterarum aviditatem ea majorem, quam Orator iste philosophus in suis commostrarat operibus. Nec omnino intellexeris, quo potuerit ille pacto in vita tot plena tumultibus, tot referta negotiis, tot occupata Magistratibus, tot misera publicis calamitatibus, tot vexata privatis inimicitiis, tot laboriosa in foro ad Quirites, in Senatu ad Patres, in gravissimo tribunali ad Judices orationibus; quo, inquam, potuerit pacto tam profunde cognoscere, tam eleganter describere, tam minutatim, et fideliter extricare, quidquid difficilium quaestionum ad eam aetatem agitarant philosophi. Supremi Numinis beneficio, quod certe consulit //³⁵ scientiarum bono, et incremento, plura tanti viri supersunt opera; quamquam non pauci ejusdem libri lacrimabili jactura perierint. Ex iis, qui pervenerunt ad nos, excelsa hujus philosophi magnitudo abunde manifestatur. Et quod admodum miraberis, vir tam eminenti doctrina, et qui non solum in nullo scientiarum ad ea tempora notarum genere peregrinus erat, sed quidquid tractaret calamo, tamquam in provincia sua videbatur; hic, inquam vir tam urbane, tam scite, tam eleganter fuit philosophus, ut, una sibi proposita

meta, veritatem inquirere, neminem suae sententiae adversantem voluerit offendere. Quin immo ut tranquillo in veritatem contenderemus animo, palam aiebat: “Maledicta, contumeliae, tum iracundiae, contentiones, concertationesque in disputando pertinaces, indignae mihi philosophia videri solent. ... Nos et refellere sine pertinacia, et refelli sine iracundia parati sumus” Amabilem certe doctissimi viri philosophiam! A cuius imagine manum tollere sine dolore non possumus. Oportet tamen; ne breves instituti compendii terminos ultra modum transire videamur.

Post eversam Romanorum Rempubicam, alia surrexit schola, quam appellarunt Eclecticam, et quam jure dixeris rempublicam philosophorum: neminem enim agnoscebat principem; neminem, in cuius verba juraret; neminem, qui opinandi libertatem opprimeret; sed quidquid vel Pythagoras, vel Socrates, vel Plato, vel Aristoteles, vel alii paris magnitudinis Doctores asseverassent, ad justam amussim pensabatur; nec omnino probabantur dogmata, nisi rationi consona viderentur. Primus dicitur Potamon Alexandrinus, qui Augusti vixit //³⁶ aetate, in hoc fuisse philosophandi genere; quamquam antiquiores novisse, id maxime decere philosophum, satis confirmetur ex trito illo Platonis effato. *Amicus Socrates, sed magis amica veritas*. Et quod de Socrate Plato, de Platone ingeminabat Aristoteles. Tullius etiam non tam fuit Academiae fidelis, ut aperte non dixerit: *Non tam auctores in disputando, quam rationis momenta quaerenda sunt*. Profecto dignam homine libertatem, quae recta ducit ad veri cognitionem, quod Supremus naturae Artifex nobis investigandum concessit!

Haec autem libera opinandi facultas tunc solummodo tibi licet, cum post accuratam in litteris assiduitatem recte uti ratione tua condidiceris: nam si nullo doctrinarum praemunitus adminiculo sis, et tamen obstinabis animo, nullius auctoritati cedere; profundum patet errorum pelagus, in quod praeceps facile collabaris. Nullam dicitur Potamon administrasse scholam, quae peculiaribus ab eodem excogitatis distingueretur doctrinis: nemo tamen dubitat, in ejus aetatis fuisse Sapientibus, et ipsius exemplo servile jugum auctoritatis dejecisse plures insigni nomine philosophos, unam sequi rationem profitentes, et instituto severo examine, id seligentes ex unaquaque schola, quod cum veritate constare videretur. Haec opinandi libertas ad tantum pervenit honoris culmen, ut doctissimorum hominum philosophiam appellarent Eclecticam. Et processu temporis ex antiquissimis Ecclesiae Catholicae Doctoribus ad Eclecticos adnumerati sunt tum Clemens Alexandrinus, qui philosophiae nomine dignam judicabat, non eam quidem, quae natam se diceret a Platone, ab Aristotele, a Zenone, ab Epicuro³⁷, vel quovis alio simili; sed quae carpit ex singulis praestantiora: tum Origenes, qui Principum omnium doctrinas percurrebat, inter se conferebat, minutatim examinabat, priusquam alicui subscriberet: tum Lactantius, qui subscripturum se dicebat, philosopho, *qui sparsam per singulos veritatem, per sectasque diffusam, in unum colligeret, atque in corpus redigeret.*

Sed jam per haec tempora multis afflictata fuerat vicissitudinibus philosophia: Cajus Calligula, insignis litterarum osor, enormiter vexarat philosophos; quos et postea Nero jusserat exulare Roma, et ab omnibus Italiae finibus Domitianus. Instaurati sunt litteris honores, quo tempore ad Romanorum Imperium Adrianus conscendit, studiis maximopere deditus, in quibus et aliquam meruit laudem, quamquam famosae gloriae plus justo cupidus, perperam voluerit in eorum Sapientium haberi numero, ad quos ingenii sibi dati viribus pervenire non poterat. Ad summum gloriae fastigium philosophia rediit, imperante Marco Aurelio Antonino, qui et ipse, praetextatus adhuc, incedebat Romae philosophus habitu, doctrina, moribus: habitum postea cum imperatorio commutavit, doctrinam aetate adauxit¹⁰, mores philosophicos intulit in sepulchrum. Philosophiam appellabat Matrem, aulam vero novercam, et saepius in ore habebat illud Platonis effatum: *Beatos fore populos, in quibus aut philosophi regnarent, aut Reges philosopharentur*. Hujus viri sapientiam probavit erudita posteritas in famoso ejusdem opere, graece scripto, quod mirabili rerum prudentia, et venusta simplicitate praecepta morum dilucidat. In eo saeculo, quod fuit aetatis christianae secundum, flo-
//³⁸ ruere Plinii, Dion Chrysostomus, Quintilianus, Plutarchus, qui summo cum honore sapientiam prosecuti sunt: ut etiam eminuere litteris Epictetus, Arrianus, Galienus, Diogenes Laertius, Maximus Tyrius, Diognetes, Crescentius, Celsus, aliique plurimi; quorum nonnulli philosophiam suam in sacra Christianorum dogmata, et ritus converterunt. Sapientissimi vero philosophi non defuerunt in Catholicis, Irenaeus,

Justinus, Theophilus, Athenagoras, Ermias, Clemens Alexandrinus, et fere initio saeculi sequentis Origenes, ejusdem Clementis discipulus, et in scholae gubernatione Succesor, dictusque Adamantinus ab indefessa in litteris adsiduitate; qui sane omnes elegantissimis et profunda doctrina conscriptis operibus, de Christiani nominis osoribus gloriose triumpharunt, eosdemque calumniatores aeterno inustos dedecore ad silentium redegerunt. Inde autem nihil interrupta serie numeravit Ecclesia Catholica Doctores moribus gravissimos, et doctrina supereminentes, Cyprianum, Athanasium, Basilium, Gregorios, Ambrosium, Hieronymum, Cyrillos, Chrysostomum, Augustinum, aliosque innumeros, quos tanta copia videtur Deus in orbem immississe difficillimis Ecclesiae temporibus, ut philosophantibus in Sanctae Fidei dogmata, et erroribus ubique serpentibus, ingenii sublimitatem, heroicam fortitudinem, et indefessam defatigationem opponerent. Sed operosissimis implicati disputationibus, cum vitam agerent longa calamitatum serie prorsus difficilem, totos fere nervos animi contenderunt in scientias primae necessitatis, nobilitatis, et magnitudinis, Theologica nimirum, et moralia; nec omnino nisi obiter; aliis doctri-//³⁹ narum ramis, quos hactenus agitarant philosophi, vacare potuerunt.

Postea vero in Hispaniam, Italiam, Africam, Galliam late irruit barbarorum turma, quae more fulminis omnia rapide vastavit, incondite perdidit, miserabiliter conturbavit. Et quid sperare scientiae poterant in tanto rerum tumultu? Quid viverent inter gladios ubique strictos, in eorum qui sapuerant, perpetuo gemitu, et iis jam

dominantibus, quibus erant in pretio furor, et ignorantia? Profecto in hoc barbarorum impetu collapsum est Occidentis Imperium, eisdemque corruit involuta ruinis litterarum Respublica. Non certe quod nasci praestantissima desierint ingenia: quinto enim post Christum saeculo Romae sedit Pontifex Leo, cui Magni nomen tributum est non minus a doctrinae amplitudine, quam ab elegantissima diligentia in difficillimi Pontificatus numeribus. Romanam pariter Ecclesiam sequenti saeculo gubernavit Gregorius, Magnus etiam dictus, et quidem merito, siquis alius; quidquid somniatores quidam, et maledici sycophantae contra effutierint. Ingentes posuit sudores in litteris, et plura scripsit, quae temperanter sapientibus numquam non erunt monumenta, quam bene de scientiis meritis fuerit supremus hic Pontifex. Latine dicentis oratio venustissime fluebat; quamquam non omnino coluerit aurei sermonis puritatem: et quidem Erasmus, quem hac in laude peregrinum nemo dixerit, in Gregorii scriptis legi credidit Tulliano proximum stilum, a quo caeteri ejusdem aetatis auctores longe aberant. Isidorus etiam, Hispalensis Pontifex, per ea vixit tempora; quem nec morosiores aetatis nostrae Aristarchi deturbare audent e philosophorum //⁴⁰ numero: porro scripsit innumera, non solum de Divinis, quae in praecipuis habuit amoribus, verum etiam de dialecticis, de physicis, de astronomicis, de mathematicis, quorum plura certissimum saltem auctoris iudicium, et immensam eruditionem confirmant. Magnus Aurelius Cassiodorus natione Calaber, patricius Romanus, postquam sub Theodorico, novo Italiae Rege, tribusque ejusdem Successoribus, primas gessit summo cum plausu dignitates, in Calabriam se recepit; ubi philosophiam cumulavit suam monastico cucullo, quem induit in amplissimo suis expensis condito coenobio, adjectaque bibliotheca, quam suis etiam

operibus, copioso, et pretioso fructu desudantis ad plura lustra ingenii, nobilitavit. Nec modica tanti viri laus est, quod in familiaribus ad contubernales colloquiis, eos identidem cohortabatur, enixe rogabat, et multis rationibus urgebat, ut, quidquid superesset a coenobii constitutis, in studiorum oblectamento consumerent. Et ab his tam magnanimis Cassiodori, conatibus, ut, qui congregati secum erant, doctrinis mentem excolerent, repetendum videtur, quod tam Coenobitae Vivarienses, quos ille instituit, quam eorum exemplo plures alii per Italiam, Galliam, Hispaniam, Germaniam, Angliam late conspersi, totam posuerint operam in scientiarum conservatione: ut fere Coenobitis deberi, quod infelicissima illa plurium saeculorum aetate, quam appellant ignorantiae regnum, litterarum memoria non omnino deleteretur.

Utique non defuerunt, etiam extra Coenobia, viri doctrina clarissimi, quorum paucos jam attigimus, alios praetermittimus, quia recensere singulos, institutae brevitatis non est. Sed profecto //⁴¹ Sapientium ejus aetatis numerus admodum fuit parvus, et quasi nihilo habendus, contra immensum barbarorum, barbarosque mores imitantium exercitum. Et praeterea negari plane non potest, eos etiam paucos, qui tunc doctrinis excellere, prorsus immunes non fuisse a vitiatum quodam in litteris, ac depravato sapore, quem ab aetatis derivari moribus, pronum erat. Saepius exagitata est a recentioribus eruditum quaestio: quae tam valida pestis per ea saecula orbem afflixerit, ut vix vestigia litterarum, eaque inter paucos, et quasi tenebris conclusa, restiterint? Sed quidquid garrere libeat nonnullis contra Pontificem Gregorium Magnum, contra

Gallorum Regem Carolum etiam Magni nomine appellatum, contra omnes illos, qui Sacris ministeriis addicebantur; depositis tamen livoribus, qui mentem miserabiliter occaecant, non alia videtur idonea causa designari posse, nisi et morum ferocitas a barbariis inducta; et incomposita, prorsusque indigesta plurium nationum congeries, quae summe inter se distabant natura, educatione, consuetudine, lingua, nec aut frenabantur sacra legum communione, aut alio vinculo tenebantur; et perturbata rerum omnium facies; et odia, caedes, rapinae, conculcata universa jura, Divina, politica, civilia. Quid vacare poterat, ut in naturae arcanis investigandis, in cursu siderum contemplando, in lineis, et angulis dimetiendis, in eloquentiae veneribus conquiendis, occuparentur miseri mortales, qui tam aegre vitam sustentabant, quibus vivere vix licebat, quibus tot inter mala nasci, adolescere, ad postremos canos pervenire contigerat? *Numquam*¹¹, quod aiebat Tullius, *cum sapientia temeritas commiscetur*. Et se//⁴² datum quidem, tranquillum, sibi vacantem animum amant litterae; nec umquam in calamitoso effervescentium tumultuum aestu germinare scientiae visae sunt.

Aetatis Christianae saeculo decimo, cum densissimae obscurabant Europam tenebrae, in Arabiam se recepisse litterae videbantur, in quibus floruerunt famosissimus a doctrinae universitate Alfarabius, Albumazar, Avicenna, et plures alii, qui philosophiae tamquam sequestri, comparata lumina, suo postea tempore, cum Europaeis communicarunt. Sequenti saeculo disseminarunt eruditas Academias per eam Hispaniarum partem ab ipsis occupatam; in quibus perquam celebre fuit nomen Averrois, Arabis origine, patria Cordubensis, cujus calamo praeter opera, *de natura*

orbis, de re medica, de Theriaca, et alia quaedam, Aristotelem habemus Arabice loquentem, sive omnino illum convertere, sive tantummodo explanare tentaverit. In hoc autem opere sua potius excogitata, quam Aristotelis philosophiam, orbi litterario reddidit. Unde ajebat Divus Thomas: Averroes non tam fuit peripateticus, quam philosophiae peripateticae depravator. Haec Arabum in fovendis doctrinis defatigatio fortasse dici potest quaedam velut Aurora, longe quidem adhuc lucescens, quae tamen viam paravit ad litterarum instaurationem. Utique non inficiamur, Aristotelis textum, qui jam ad Arabes vitiatum pervenerat, ab eisdem fuisse magis, magisque conjectura, et interpretatione corruptum; ut etiam, Sapientes ejus nationis in philosophiam induxisse disputationes innumeras, quae totae sunt in subtilitatibus, quae mentem inutiliter onerant, quas nemo sanae men- //⁴³ tis dixerit ad notiones philosophicas pertinere. Sed tamen bene de scientiis meritos arbitramur, quia difficillimis illis Europae temporibus litteras magnifecerunt, academias instituerunt, ultra patrium solum propagarunt, ingeniaque alibi nascentia, quae multiplicatis calamitatibus oppressa dormierant, exsuscitarunt. Aristoteles igitur, expletis, ad hominum arbitrium lacunis, quae vitio temporum in ejus operibus factae fuerant, et innumerorum interpretum inventis pessime deformatas, initio saeculi tertii decimi ad Gallos introgressus est; sed tam alius a philosopho Athenas docente, ut, si ei daretur e sepulchro exurgere, vel indignatione, vel cachinnis exciperet commendatam suo nomine philosophiam. Haec fuit anno millesimo ducentesimo nono Lutetiae Parisiorum incendio damnata; ejusque lectio Catholicis vetita. Sexto post anno permissa ejusdem dialectica, in praefato interdicto physica, et metaphysica remanserunt. Inde autem Romanus Pontifex Gregorius Nonus anno

millesimo ducentesimo trigesimo primo Aristotelem legi prohibuit, donec ab erroribus in Sanctam Fidem purgaretur. Post annos centum triginta quinque Purpurati patres ab Urbano quinto Legati, ut Academia Parisiensis in pristinum splendorem restitueretur; Aristotelis opera, dumtaxat exceptis physicis, commendarunt. Sequenti saeculo tam in honore jam erat Aristoteles, ut Regio Francisci primi decreto damnatus fuerit Auctor, qui hunc peripateticorum principem oppugnavit; eidemque injunctum, ne ipsum auderet ultra maledictis incessere. Sed numquam tam sublimi fuit Aristoteles gloriae fastigio, quam ineunte saeculo decimo septimo, cum Academia Parisiensis in-//⁴⁴ dixit, legi, et doceri posse, quidquid philosophicum erat Aristotelis nomine.

In hac pro diversis temporibus diversa nominis Aristotelici fortuna, primae magnitudinis viros in suis cultoribus litterae numerarunt; quorum tamen comparatam aetate illa famam, non omnium aequae justam existimarunt posterius Sapientes. Et saeculo quidem decimo tertio Albertus Magnus, Thomas Aquinas, Alexander Hales, Bonaventura, Joannes Dunsius, Roggerus Bacon, Raimundus Lullius, Alphonsus decimus Castellae, ac Legionis Rex, Fridericus Secundus Germanorum Imperator, aliique viri excellentes, non parvo jam numero, novos attulere conatus ad magnum opus philosophicae instaurationis. Non tamen plenus adhuc dies illuxerat litteris: non enim vapularant, expunctaeque ab hominum memoria fuerant inutiles, vanae, barbarae quaestiones, quas aut intelligere, aut ignorare, nihil omnino refert philosophi: quin

immo pluribus arabico sapore jam inventis, aliae tunc ejusdem furfuris adjunctae sunt, quae frustra tempus consumebant, quae patientiam hominum tyrannice divexabant, quae miro utrinque furore, ac pertinacia, quasi res essent maximi momenti, propugnabantur. Unde non tam uberes philosophia collegit fructus, quam polliceri sibi poterat a viris tam excelso donatis ingenio; qui si quarto post saeculo vixissent, cum Cartesiis, et Newtonibus fortunatius adlaborassent in aedificio scientiarum ad sublimitatis apicem elevando. Et certe Thomas Aquinas, quem dixere quidam tam bene de Theologicis meritum, quam decimoseptimo saeculo Cartesius fuit de philosophicis; nullo postea tempore non magni est habitus a sapientibus, //⁴⁵ quod profundissime cogitaverit, quod solide doctrinas constabilierit, quod mira efficacia ratiocinatus fuerit, quod modestissime sapuerit, quod simpliciter, et perspicue scripserit, quod ordinem adamaverit. Et eo jam tempore philosophiae nomen coarctarant homines angustissimis terminis; nec fere philosophos appellabant, nisi logica, physica, et methaphysica tractantes. In iis autem litterarum ramis profecto nihil extricasse videtur tertium decimum saeculum; quia caeco quodam favore in ejus Aristotelis, quem confixerant Arabes, jurabatur verba, nec erat ferme, qui auderet contra jam cogitata dicere, novas rerum causas quaerere, in secreta naturae laudabiliter curiosius ingredi; ne scilicet tanti Magistri, quem omnes credere videbantur ab errore immunem, offenderetur auctoritas. Acris certamina et contentiones, quae scholas inter se dissecabant, plerumque vertebantur in quavis flocci facienda subtilitate, singulis conantibus, et fluctus in simpulo excitantibus, ut id evincerent, favere sibi Aristotelem. Et haec imperiosa

tyrannis perpetuata est toto etiam saeculo decimo quarto; quamquam in eo vixerint ad Italos, ad Gallos, ad Hispanos, ad Germanos, ad Britannos illustrissima ingenia, quorum auctoritas potuisset subjugatas hominum mentes in libertatem asserere. Aliquanto feliciores visi sunt decimi quinti saeculi conatus, cum ad Italos transierunt Graeci, Bessario Nicenus Pontifex, Joannes Argyrophilus, Theodorus Gaza, Georgius Trapezuntinus, et plures alii praeclaro in litteris nomine, qui et publice in scholis, et privatim in eruditis colloquiis doctrinam uberrimam effundentes, exacuerunt Occidentis ingenia jam ultro adnitentia in optimum scientiarum saporem. Et quidem obtentum est, ut plures insurgerent, qui, mentem humanam injuste oppressam esse, vehementissime declamarent. In iis autem declamationibus, quidam sincere descripserunt scholae vitia; quidam vero audacissima fronte plus justo latrarunt contra eos, qui Scholastici appellabantur. Decimo sexto saeculo, sapientissimo quidem illo tum in re Theologica, tum in morum scientia, tum in politioribus litteris, nondum tamen suo potuit splendori philosophia restitui: cum enim, ut in praecedenti, plures lacrimarentur, in philosophia tunc tradita philosophiam desiderari, nec tamen aliam humano digniorem ingenio sufficerent; in tanta saeculi luce nemo fuit, qui jugum servitutis excuteret.

Renato Cartesio philosopho Gallo, reservatus erat hic triumphus. Quarto natus anno, decimum septimum ingressus est saeculum, illustris genere, longe illustrior nobili opinandi de mundanis libertate, beneficisque sudoribus, quibus philosophiam aut magna ex parte paene creavit, aut certe splendore, ac dignitate magnificentissime cumulavit.

Neque vero debita fraudandus est laude Galileus de Galileis, famosus quidem imprimis, Florentiae natus triginta duos annos ante Cartesium: qui Galileus a summa eruditione in geographicis, ab ingeniosissimis inventis in re mechanica, et praesertim ab astronomicis notionibus, magnos aetate sua de se rumores excitavit, et summam sui celebritatem posteritati reliquit. Galilei suppar floruit in Anglis Franciscus Bacon, Verulamii Dynastes, qui agitavit quidem magna, et sublimia, ut instauratio litterarum aliquando perficeretur; quarum bono libros conscripsit oppido celebratos de humanarum notionum incremento, ac dignitate, de novo scientiarum organo, de universi orbis phaenomenis, et plures alios primae utilitatis, atque amplitudinis, quidquid maligni quidam Britannicae laudis invidi oblocuti sint. Petrus etiam Gassendus, excelso vir ingenio, natus in Gallis anno ante Cartesium quarto, per eadem fere, atque ille, tempora Peripateticos conturbavit, Leucippi, et Democriti vacuo, et atomis instauratis. Qui vero totam philosophiae faciem immutaverit; vetustissima dominationis vincula generose fortis diruperit; libero, ac robusto ingenio praejudicatas opiniones concuserit; contra formidabilem scholarum omnium impetum solus pugnare ausus fuerit; philosophicas omnes quaestiones habuerit suspectas, donec ad severi examinis trutinam appenderentur; humanae auctoritati rationem, veritatem nove cognitam incanescenti praejudicio ante habendam exclamaverit; primus utique dicitur fuisse Cartesius. Profecto liquidum est, philosophum hunc fervidissimo ductum ingenio, veras causas, unde ad explicanda naturae phaenomena descendit, non tam semper attigisse, quam gratis asseverasse ab se repertas: caeterum subvertit ingentem philosophiae tunc regnantis colossus, quo quidem incolumi, lux veritatis oboriri non poterat; et jactis

novo philosophandi generi fundamentis, viam facile constravit, ut, quoad licet mortalibus, ex purissimo rationis fonte veritas hauriretur. Et quantus ille fuerit in audacter excogitando, et quo processerit indole fervida, et mirabiliter inventrice satis eruitur ex ejus operibus; in quibus praecipua sunt, //⁴⁸ *Methodus* ducendi mentem ad verum, *Meditationes Metaphysicae*, *Elementa philosophiae*, *Dioptrica*, *Mechanica*, *Geometria*, *Algebra*, et libri de homine, de mundo, de internis animi motibus, de meteoris, et plures epistolae quarum totum est de philosophicis argumentum. Famosi vortices particularum materiae perpetuo sese in orbem agentium, tam circa proprium axem, quam circa commune centrum: elementa illa tria, quae, fricantibus inter se particulis nascuntur, materia nimirum subtilis, globuli, et partes ramosae, ac duriores; bruta se moventia mechanicis tantum legibus, et mera, quod ajunt, automata, hominis anima tertium inter, et quartum cerebri ventriculum sita, ubi glandula est, quam a figura *pinealem* appellavit, aliaque id generis prorsus nova, et sin minus vera, saltem acutissimo conficta ingenio; in philosophicis fuere Cartesii doctrinis.

His penitus oppositas excogitavit Isaacus Newton, vir plane maximus, Britannorum decus, et ornamentum proxime lapso, et praesenti saeculo. A Keplero, et Cartesio prima derivavit lumina de geometricis, et mathematicis, in quibus viginti quattuor natus annos ea jam primus invenerat, quae postea Sapientes cum admiratione legerunt in famosis ejusdem operibus de *Optica*, et de *philosophiae naturalis elementis*. In *physicis*, et *metaphisicis* probavit ingenium, probavit etiam fortitudinem, quam

praejudicatis philosophorum opinionibus Cartesius opposuit; non tamen credidit, subscribere se posse conjecturis, quibus ille innixus, novae philosophiae fabricam aedificavit. Quare operae pretium censuit philosophus Anglus, experimentis, et geometricae normae subjicere // ⁴⁹ physicam. Primus invenit infiniti calculum, et ordinem progressionum sine numero; quae sane inventa maximi fuere momenti tam ad geometriae sublimia, quam ad innumera explicanda naturae phaenomena. Primus fuit lucis quasi anatomicus, quam mira dissecuit arte, septemque radiis conflari monstravit. Loquebantur de luce ante Newtonem philosophi; sed nemo noverat, quid illa esset; nec ullus in tot Sapientibus fuerat, qui penitissime rimatus intimam ejus naturam, septemplicem in ea radium, et primigenios totidem colores vidisset. Primus docuit, inde repetendum phaenomenon, quod omnes in sua planetae constant orbita; quia supremae legi oboediunt, quod sese mutuo trahant omnia corpora. Et haec vis trahendi, quam summus rerum artifex inseruit corporibus, et quam Newton *attractionem* appellavit, potissimum totius Newtonicae philosophiae fundamentum est. Hanc autem attractionis generalem legem in duas divisit: nimirum prima est, si corpus quantitate sit quater majus altero, vi quater majori major quantitas trahet minorem, quod geometricis verbis dicitur, attractionem esse in directa massarum ratione. Quare si haec duo corpora, certa inter utrumque posita distantia, mutuae relinquerentur attractioni; minus illud tanto festinantius viam perficeret, ut cum majori conjungeretur, quanto ab hoc exceditur quantitate; quod geometricè dicitur, velocitatem corporum esse in inversa massarum ratione. Altera lex est: si bina corpora inter se distent ad tria milliaria, trahendi vis in

majori quater major est, quam si ad sex milliaria distarent: sive ut geometrae loquuntur, semper sequitur attractio rationem in-//⁵⁰ versam quadratorum a diversis nascentium distantiiis. Et quod mirum est, his tantummodo legibus, non quidem positis ad arbitrium, sed geometrica ratione, atque ordine confirmatis, fere quidquid est in naturae phaenomenis, Newton dilucidavit. Quintum, et octogesimum agebat annum, cum e vivis abiit, et parentatum illi est fere quasi Regi, et magnifico in ejus honorem erecto Mausoleo apposita est inscriptio in haec desinens: “Gratulentur sibi mortales, tale, tantumque extitisse humani generis decus.”

Dedit etiam Germania praestantissimum elapso, et nostro saeculo philosophum, cum Cartesio, et Newtono jure comparandum, Gottofridum Gulielmum Leibnitzium. Lipsiam habuit patriam, ingenium sortitus feracissimum, et, quod agebat de Catone Livius, ad omnia versatile, ut natum ad id unum diceres, quod agebat. Pretiosam a Patre accepit haereditatem, bibliothecam scilicet innumeris libris omnes fere scientiarum ramos agitantibus refertam: et cum pretiosius illo donum habuisset a natura, summam sciendi cupidinem, et incredibilem in sudoribus litterarum constantiam; orator, historicus, poeta, jurisperitus, theologus, philosophus, mathematicus, et in singulis eximius dicitur evasisse. Quidquid vero sit de hac scientiarum universitate, dumtaxat ejus philosophiam, quae nostri est instituti, nec eam totam, sed praecipua capita memorabimus. Platonem, et Aristotelem, ipsorumque ordinem, & concinnitatem impense laudavit; sed viam longe ab iis aliam tenuit in natura rerum explicanda. Universa, quae sunt, conflari voluit *Monadibus*, quarum nomine intelligebat substantiam simplicem, cui nec pars //⁵¹ est, nec figura, nec locus, nec extensio, nec aut

tangi, aut generari, aut corrumpi, aut solvi potest, nec omnino esse, nisi a summo creetur Artifice; aut mori, nisi ad nihilum redigatur. Omnes, ajebat, monades inter se sunt dissimiles, et quadam vi donatae, qua invicem altera in alteram agunt; praeter hanc autem intrinsecam vim agentem, et moventem, est in individuis monadibus interna forma singulis propria. Ejusmodi simplicissimae substantiae, nulla compositae parte, nihil extensae, rerum omnium elementa sunt; sed pro suo quaeque ordine diversis rebus inserviunt. Omnes quidem quasi centrum, et speculum, et via orbis universi sunt: sed aliae confusissime repraesentant, nec in iis vis est, nisi movendi, et hae sunt monades, quibus corpora componuntur: aliae paulo clarius; et ex iis brutorum animae consurgunt: tertii sunt ordinis, in quibus facile, perspicue, miroque ordine universitas rerum repraesentatur; et ex iis nobilioribus humana est anima: Monas vero est, quartum ordinem una efficiens, aeterna rerum origo, suprema monadum omnium ratio, quae videt, cognoscit, repraesentat, quidquid aut est, aut esse potest; et hanc monadem Deum Optimum Maximum appellavit. Si quaesieris: qui possint, quibus extensio non est, extensum producere? id esse, ait, ex conjunctis monadibus necessario nascens phaenomenon: perfectissima enim illa monas cum caeteras creavit, eam praestituit rerum harmoniam, ut monas unaquaelibet sibi datis legibus oboediens, peculiaribus aliarum monadum legibus obnoxia¹² videatur, quamquam inter hanc, et illas nullum sit omnino commercium. Ita quidem animus Leibnitzii, nihil pror-/⁵² sus obnoxius corporis organis, tot nova excogitavit in philosophicis; et videbatur corpus ea scribere, quae dictabat animus: quemadmodum autem animus ad ea excogitanda praestitutus,

excogitasset etiam longe a corpore; ita corpus harmonice creatum ad ea scribenda, scripsisset longe ab animo. Nihil prorsus aut animus a corpore, aut corpus ab animo dirigitur, excitatur, impellitur; quamquam ab harmonia praefinita videantur sibi invicem respondere. Monades ergo sunt *ratio sufficiens* rerum omnium, quae possunt contingere: cumque nullum plane, vel minimum, sit spatium monadibus vacuum, non potest una in aliam agens moveri, quin rerum universitas commoveatur, et nova orbis facies repraesentetur. Hanc ergo praefinitam rerum harmoniam qui animadverterit, mirari non debet, quod ex monadum conjunctione, non quidem extensarum, sed harmonicae tamen legi oboedientium, nascatur extensum. Et ex iis regulis facile deducitur, monadem illam creatricem, quidquid unquam fecerit, *ratione sufficienti* ductam fecisse, ac proinde perfectissime: cumque non aliter omnino possit, dicenda est teneri ad optimum in suis externis operibus; quod nimirum sit optimum, non singulari perpenso bono, sed orbis universi perfectione. Sunt haec in Leibnitzii doctrinis; in quibus utique admirationi patet sublimitas ingenii liberrime volantis, novorum inventrix, et amatrix indoles, et non hactenus audita philosophia. Sed num ea sibi constent, non est historice narrantis examinare.

Fuerunt etiam hoc duodevicesimo saeculo¹³, litteris aureo, Malebranchius, Clarckius, Wolfius, Maupertuisius et novissime Boschovichius, Alambertus, Bonnetus, //⁵³ aliique plures, quorum et superminuerunt ingenia, et oppido laudabiles fuerunt

ingentes conatus in adaugendis philosophiae luminibus, eaque quotidianis incrementis ad saporem optimum conformanda. Sed nec videntur novas omnino trivisse vias in phaenomenorum explicanda universitate; nec in brevi compendio licet singulos, qui excelluerunt commemorare. Unum superest, ut vos iterum alloquens, Mexicani juvenes, multis precibus obsecrem, impellam, excuscitem, urgeam, ut litteras habeatis in amoribus, ut ex animo colatis philosophiam; quae sive fortuna vobis arriserit, sive adversa contigerint, sive Theologiam prosequemini, sive juris prudentiae vacabitis, sive togam olim induetis, sive militari gloria rapiemini, sive ad Dei Ministros adscribemini, sive pecuniosi, sive pauperes eritis, sive domi latebitis, sive publice incessetis, sive in urbe vitam agetis, sive rusticabamini, sive cum cive, cum extero, cum sapiente, cum hebet¹⁴ sermonem conseretis, sive aliquando profecti patria, mundi remotissima peragrabitis; numquam non vobis erit eruditum otium, numquam non in miseris casibus perfugium, numquam non utile, suavissimumque oblectamentum. Sed per Deum immortalem! discite judicare inter ingenium, et ingenium; discernite sobrie sapientem ab impio tumide philosophante, cavete a captiosis quorundam illecebris, qui postremis hisce temporibus perperam se dixere philosophos, non certe quia novum aliquod lumen in philosophiae instaurationem attulerint, sed quia multis eloquentiae veneribus ornati, nihil non temere audent, errores facile disseminant, mores corrumpunt, pertinaciter gariunt, fidentissimi // ⁵⁴ pronuntiant, humanam rationem volunt supremam omnium judicem, etiam adversus dogmata, quae vel Deus ipse liquide manifestavit, vel Supremi Ecclesiae Pastores legitime definierunt, vel Catholici Patres, omnes quidem, ubique,

semper, quae Divina est traditio, propugnarunt. Et profecto si ejusmodi philosophorum errores pulcherrime comptos legeritis, quin mentes vestras et longa rerum experientia, et doctrinae ubertate praemuniatis; dulcissimi sermonis aureo poculo venenum incauti devorabitis.

NOTAS AL TEXTO LATINO

¹ En la primera edición (Roma de 1796), se lee *a qua*; la misma lectura ofrecen las ediciones de Madrid de 1829 y 1833. Las ediciones de Valencia (1824 y 1825) ofrecen la lectura *a quo*. Preferimos adoptar ésta última por considerar más adecuado que las dos oraciones subordinadas de relativo tengan al sustantivo *hominem* como antecedente.

² *Tercentos* en el texto original. Se corrigió por *trecentos*.

³ *Habeat* en el texto original. Se corrigió por *abeat* siguiendo la fe de erratas.

⁴ En el texto original dice *Egesimus*, tanto en la edición de la que tomé el texto, como en las ediciones que pude consultar: Mompíe, Valencia 1824; Mompíe, Valencia 1825; Leonis Amarita, Madrid 1826; Regia, Madrid 1829 y Regia, Madrid 1833. Lo corregí por *Hegesinus*, atendiendo a la autoridad de Cicerón que escribe así el nombre de este filósofo en Luc. 16, 10: “*Carneade qui est quartus ab Arcesila; audivit enim Hegesinum, qui Evandrum audierat Lacydi discipulum, cum Arcesilae Lacydes fuisset.*”

⁵ *AristoCeus* en el texto original. Se corrigió por *Aristo Ceus* siguiendo la lectura de todas las ediciones españolas consultadas.

⁶ En el texto original dice *pose domitos*. Se corrigió por *post edomitos*, siguiendo la fe de erratas. Sigo la lectura de la primera edición. La lectura de todas las ediciones españolas consultadas es *post domitos*.

⁷ *Duntaxat* en el texto original. Se corrigió por *dumtaxat*. Aquí no se trata de la ortografía de la palabra propia de la época (pues en otros lugares del texto aparece *dumtaxat*), sino de una errata de impresión no consignada en la fe de erratas.

⁸ *Negociorum* en el texto original. Se corrigió por *negotiorum*. Se trata, como en el caso anterior, de un error de impresión no consignado en la fe de erratas.

⁹ Dice *nunquam* en el texto original; se corrigió por *numquam*. Es también errata de impresión.

¹⁰ *aetatea dauxit* en el texto original; es error de impresión. Se corrigió por *aetate adauxit* siguiendo la lectura de todas las ediciones españolas consultadas.

¹¹ En el texto original *nunquam*; se corrigió por *numquam*. Véase la nota 9.

¹² Se agregó *obnoxia*, siguiendo la fe de erratas de la primera edición. En todas las ediciones españolas consultadas también se lee *obnoxia videtur*.

¹³ En el texto original *seculo*, se corrigió por *saeculo*. Es errata de impresión.

¹⁴ En el texto original dice *habete*. Se trata de un error de impresión no consignado en la fe de erratas de la primera edición. Se corrigió por *hebet* siguiendo la lectura de todas las ediciones españolas consultadas.

BREVE NARRACIÓN SOBRE LAS VICISITUDES DE LA FILOSOFÍA

I. EXORDIO

Sin duda no existe bajo el cielo otra cosa que confirme más certera y sólidamente que el hombre ha nacido para lo grande y sublime, que el nobilísimo deseo que lo arrastra, lo impulsa, lo incita y lo apremia al conocimiento. En ningún tiempo han faltado varones ilustres por su ingenio que, haciendo intentos dignos de alabanza y fatigándose casi sin interrupción alguna, sobresalieran en la gloria de las letras; que se deslizaran por caminos inaccesibles, por lugares escarpados, por tinieblas, con la sola destreza de la mente como guía, hacia el entendimiento de las cosas; que, apoyándose en las plantas de la sabiduría, atravesaran los mares y se dispersaran hacia diversas partes del orbe y peregrinaran por un largo espacio de su vida; que, en fin, admitieran todo lo que es posible a la debilidad mortal, con tal de arrancar a la naturaleza, silenciosa y casi combatiente, los secretos de este género. Éstos son ciertamente los hombres cuya obra dirías que acrecentó la gloria y el honor del género humano, los que supieron claramente que eran hombres y que no habían nacido con una condición tal, que consumieran semillas y envejecieran con vanos entretenimientos, sino para cultivar la principal parte de sí mismos con la búsqueda de la hermosísima verdad. ¡Ojalá captaran esto bien ciertos jóvenes que, para gran detrimento del Estado y gran deshonra de la humanidad, se abandonan a los placeres, fluyendo sin término alguno en el ocio, bostezando de día y de noche, en público y en privado, y entorpeciendo con increíble apatía! ¡Ojalá entendieran que apenas son dignos de la sociedad de los hombres quienes, aún pudiendo hacerlo fácilmente, desprecian, sin embargo, el aprender,

en lo cual difieren de otros seres vivos privados de razón, y no intentan probar nunca con qué grandeza de mente han sido dotados. Ciertamente lucha en el hombre la avidez de saber, que tiene ingénita por naturaleza, con los encantos de los placeres; y frecuentemente, engañados por una falsa forma de las cosas, caemos en lo peor espontáneamente.

Y en verdad no podría haber tanto lugar para el error si sopesáramos seria y cuidadosamente cuán dulce, cuán tranquila, cuán alegremente viven los que se sumergen en el estudio de las letras. Por mi parte, nada desearía más que esto: que vosotros, jóvenes mexicanos, a los que muy frecuentemente evoco en mi memoria en esta distancia del suelo patrio, a los que ahora me dirijo desde el alma y cuyo bien, principalmente, deseo de todo corazón, que vosotros –digo- depongáis este prejuicio que por error ha prevalecido: que los sudores filosóficos evidentemente dañan la salud, acortan la vida y vuelven al hombre lento, difícil en el trato humano, pertinaz, desdeñoso de los demás, vanamente engraido. En lo que respecta a una salud quebrantada y a una vida más breve, Tulio¹, Luciano² y, muchos siglos después, Feijoo³, han compuesto una larga serie de celeberrimos varones que, aunque pusieron ininterrumpidamente su tiempo en las letras, llegaron con sólidas fuerzas a los ochenta, a los noventa, incluso a los cien años y a mayor edad todavía. Y podríamos agregar a muchos de la Modernidad⁴, de los cuales o hemos escuchado o hemos visto que han vivido muy largamente en estos trabajos, sin que pueda ser declarado fundadamente que el esfuerzo de las letras les haya ocasionado un perjuicio a la salud. En lo que atañe a los vicios que los malignos calumniadores reprochan a los letrados como propios de sí, observad, jóvenes, que éstos no son vicios propios de las letras sino de la miserable condición mortal. Os lo ruego: ¿Qué género de vida, qué don de un numen, qué beneficio de la naturaleza, qué obsequio de los amigos del cual podríais abusar fácilmente siempre que queráis? Dirigid hacia esto vuestros esfuerzos para que, en la medida de vuestras

fuerzas, logréis la mente que habéis recibido libremente del supremo artífice de las cosas; para que, con la búsqueda de la verdad, adquiráis para vosotros un nobilísimo tesoro; para que, al ingresar al camino de las ciencias ciertamente desagradable y espinoso en su inicio, dispongáis el alma hacia una modestia templada; para que, en fin, juzguéis prudente, humana y sobriamente. Y no dudo en prometer que vosotros alguna vez degustaréis una suma dulzura en la lucubraciones eruditas, que vosotros ascenderéis a la cima de la sabiduría, que vosotros seréis decoro y honra de la patria.

II. INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

Pero vayamos al asunto del compendio histórico de la filosofía. Muy bien llamó Tulio a la filosofía guía de la vida, indagadora de la virtud, expulsora de vicios que ha dado a luz ciudades, que ha reunido a los hombres disipados en una sociedad de vida, que los ha agrupado entre sí primero mediante los domicilios, luego mediante los matrimonios y por último mediante la comunión de las letras y de las voces, inventora de las leyes, maestra de las costumbres y de los principios. Bien –digo- porque precisamente del amor a la sabiduría y de los intentos de los hombres por adquirirla han nacido innumerables bienes para la sociedad humana. Y nadie debe admirarse de que para obtener esta gloria se hayan esforzado durante tantos siglos ya eminentísimos ingenios, sin que hayan podido convenir en una unidad de doctrina, pues las mentes humanas han sido dirigidas hacia una diversa armonía en la medida en que son diversos los instrumentos con los que comprenden; y del mismo modo en que, pulsada una cuerda, las restantes también suenan por haber sido tendidas hacia un mismo ritmo, así, habiendo vibrado la fibra de un cerebro humano, una vibración semejante responde en las fibras de otros cerebros, que el artífice de todas las cosas ha dirigido hacia la misma armonía. Y parece que a partir de aquí deben ser retomados aquel acuerdo de muchos entre sí en el mismo modo de opinar y el desacuerdo

total con otros. Pero hablamos de esos ingenios que indagan seriamente la verdad y que no se obcecán por iniciativa propia ni se envuelven en voluntaria neblina, pues si te obstinaras en sostener con todas tus fuerzas un error en el que una sola vez has caído, o si por el favor de las partes te adhirieras a una doctrina, aún cuando muy manifiestamente percibas que es absurda, estarás siempre muy lejos de la verdadera filosofía y nunca serás contado entre los sabios.

III. LA FILOSOFÍA EN LOS TIEMPOS BÍBLICOS

III.1. Adán

En verdad el amor a la sabiduría existió desde el inicio del mundo, y podrías llamar primer filósofo al primer hombre⁵, el cual salió justo de la mano del creador y, por ello, no envuelto en las tinieblas de la mente con las que sus descendientes fueron deformadas por el pecado original; no conoció aquél la infancia y, apenas hubo nacido, se percibió con medida adulta. Con gusto nos abstendremos de aquella inútil cuestión de adónde haya llegado la filosofía de Adán, qué conocimientos haya tenido acerca del orden físico de las cosas, hasta dónde haya avanzado en la lógica, en la metafísica, en la ética y en la política. Una cosa, en cambio, es cierta: que desde el principio fue inmediatamente designado príncipe y señor de todo el orbe de las tierras. Y no parece ser digno de la providencia del supremo autor el hecho de que un hombre, a quien otorgó generosamente el primer rango en la creación y de quien la posteridad derivaría el conocimiento de su género, o no haya sobresalido por la agudeza de su mente o, desidiosamente, la haya dejado sin cultivar. Ciertamente suele Dios enviar imbéciles administradores para castigar a un pueblo criminal, pero no habían existido antes de Adán hombres que pecaran. Éste ciertamente llamó con su nombre a cada cual, tanto a los animales como a las plantas y a las restantes cosas sujetas a su potestad⁶, en la cual tarea en verdad se mostró tan sabio y conocedor de

la naturaleza, que Platón aseveró contundentemente en su *Cratilo*⁷ que los primeros nombres de las cosas representan admirablemente las virtudes de las cosas mismas y que una cosa no podría ser llamada tan propiamente si la sabiduría divina no rigiera la mente del que llama. No nos atrevemos a convenir con aquellos que exaltan tanto la filosofía del primer hombre, que juzgan que nadie en absoluto llegó posteriormente a una filosofía semejante; pero ciertamente sus descendientes recibieron de él como herencia los conocimientos que, habiendo multiplicado esfuerzos, propagaron posteriormente. Y no debe decirse que estos afanes por las doctrinas perecieron del todo en aquella inundación de aguas en la que casi la totalidad del orbe pereció⁸, sino que quien, con el beneficio de un arca flotante, liberó a Noé y a sus hijos de un naufragio común, quiso conservar en estos restos del género humano, al menos en una parte, la filosofía adquirida antes de aquellos tiempos.

III.2. Noé, Abraham, José y Moisés

Así pues Noé, que había vivido seis siglos enteros antes de aquella fatal ruina del hombre criminal y viviendo todavía más de trescientos años en el orbe reinstaurado y limpiado de aguas⁹, fácilmente perpetuó las luces acerca del supremo Señor de las cosas, del primer origen de la raza humana, de la fábrica de los cielos y de las tierras y muchas cosas de este género que, tendientes ya al orden físico, ya al uso y perfeccionamiento de la razón, ya a la aplicación de las artes, o había aprendido de otros o él mismo había descubierto con sus observaciones. Eligió para sí como lugar de residencia las regiones caldeas¹⁰, donde sus hijos y sus nietos muy rápidamente se propagaron, creciendo hasta convertirse en un inmenso pueblo, y después de absurdos intentos de elevar una torre¹¹ hacia los astros, fueron castigados con la confusión de las lenguas y diseminados por diversas partes del orbe. Y así ciertamente llevaron casi por todas las tierras el valiosísimo

tesoro de conocimientos que habían obtenido de Noé. Pero la filosofía no echó igualmente en todas partes profundas raíces, muy por el contrario, con el correr del tiempo la ignorancia creció tanto que, exceptuando Caldea, pareció que en otras partes no habían restado sino absurdas invenciones, casi vestigios de la verdad ciertamente, de la antigua doctrina de Noé, que los delirios de los hombres habían adulterado muy feamente. En cuanto a lo que otros han polemizado sobre la primacía de la sabiduría entre los pueblos, sobre si los sacerdotes de los egipcios o los magos de los persas o los gimnosofistas de los hindúes o los druidas de los galos hayan enseñado los primeros la filosofía, nosotros en verdad nos adherimos con gusto a Tulio que dice: “Son los Caldeos el género más antiguo de los doctores.” Y ciertamente Beroso¹² afirma que en tiempos muy remotos vivió cierto caldeo del que proceden las primeras luces de la astronomía. Flavio Josefo¹³, por su parte, defiende firmemente que este caldeo fue Abraham¹⁴, quien, con sus viajes por Fenicia y Egipto, incluso introdujo la ciencia aritmética y astronómica en aquellas regiones. En esta opinión coinciden Eupolemo¹⁵, Eusebio¹⁶ y Agustín, quien en el decimoctavo libro de *La ciudad de Dios*¹⁷ abiertamente niega que los egipcios hayan comenzado a cultivar la filosofía antes de Abraham. Después de muchos años instauró las ciencias, cuyo don tuvo Egipto gracias a este padre del pueblo hebreo, y su bisnieto José¹⁸ las propagó admirablemente en el tiempo en que, después del rey, tuvo la primera potestad entre los egipcios: pues en el alabado Flavio encontramos que la doctrina geométrica fue enseñada a esos pueblos por este benéfico Ministro. Posteriormente fue erudito en letras egipcias Moisés¹⁹, pero no en aquellas vanas que constaban de invocación a los demonios y de abominables encantamientos, sino en las que los egipcios mismos lograron después de emprender fatigas, habiéndolas escuchado primero de los maestros hebreos²⁰. En verdad, para aquel que lea los libros divinos que son de su cálamo²¹ estará fuera de toda duda que

este guía del pueblo de Dios sobresalió mucho por la claridad de su mente, y que tuvo ora un admirable conocimiento de la naturaleza, ora elegancia al escribir y la facultad de pensar elevadamente.

III.3. Job, David y Salomón

Se cree que casi por los mismos tiempos vivió Job, con cuyo nombre vemos intitulado un libro contado entre los divinos²². Los eruditos ciertamente discuten de qué autor haya provenido aquel libro, si de Moisés, si de Job mismo, si tal vez de otro cuyo nombre la injuria de los tiempos ha desaparecido. Pero para nuestro asunto poco importa no conocer al autor, porque en aquel libro hay sin duda varios signos de una remotísima antigüedad y leemos con claridad una poesía ciertamente no compuesta con metros, en la cual, no obstante, resplandece una profunda filosofía de la moral, un erudito conocimiento de la fábrica mundana, una admirable sublimidad de estilo, una vigorosísima gravedad, una hermosísima eficacia de imágenes y aquella fuerza y nobleza del decir por las que los nombres de Homero y Virgilio han sido tan célebres para la posteridad²³. Florecieron después entre los doctores hebreos los que sucedieron a Moisés y perpetuaron su filosofía. Entre éstos sobresalieron David y Salomón²⁴; David, ciertamente por sus famosos versos²⁵, en los cuales sobresale la fuerza y majestad de palabras y opiniones, una ciencia del corazón humano tan certera y profunda y un conocimiento de la máquina mundana tan sublime, que todos los pueblos han dicho de común acuerdo que estos poemas fueron escritos por un autor muy sabio. A Salomón, en cambio, fácilmente se le concede el primer nombre entre los filósofos más ilustres de todo el orbe. Éste sin duda compuso tanto los *Proverbios* como el *Eclesiastés* y el *Cantar de los cantares*²⁶, fuentes ubérrimas de admirable doctrina; había dejado a la posteridad incluso muchos otros monumentos de sabiduría, de los cuales una gran parte pereció en un incendio en la época del rey

Ezequías²⁷. Tenemos idea de que en ellos discurrió sobre todas las plantas, sobre las bestias de la tierra, sobre las aves del cielo, sobre los reptiles, sobre los peces, de todos los cuales conocía la naturaleza y las propiedades²⁸.

IV. LA FILOSOFÍA EN OTROS PUEBLOS

IV.1. Egipcios, fenicios, persas, hindúes, atlánticos, tracios y galos

Pero en cuanto a los filósofos más célebres que florecieron entre los egipcios, los fenicios, los persas, los hindúes, los atlánticos, los tracios y los galos, los críticos han puesto un inmenso esfuerzo para conciliar las opiniones tanto acerca de la época del mundo en la que vivieron, como acerca de las doctrinas que cada uno de ellos enseñó²⁹. Parece especialmente claro que los egipcios, que elegían a los sacerdotes de entre el número de los filósofos y, de entre los sacerdotes, al rey, desde tiempos muy antiguos persiguieron la filosofía con veneración. Así llegó al reino egipcio, e incluso lo embelleció con gran cuidado, aquel Trimegisto³⁰, el primero en el colegio de los sacerdotes, el más preclaro entre los filósofos. Y nadie ciertamente ha negado a los egipcios esta gloria: el hecho de que Solón, Tales, Pitágoras, Demócrito, Platón e ingenios muy preclaros de este género, se hayan dirigido a ellos para alcanzar el tesoro de sus enseñanzas, bebiendo en la fuente más famosa de aquel tiempo³¹. Son alabados por Lucano los fenicios porque inventaron los primeros las letras³²; y por Plinio, porque descubrieron el arte de navegar³³. Y si esto no comprueba la filosofía de los fenicios, sépase que, así como se dirigían a Egipto, los griegos, avidísimos de ciencias y artes, se dirigían precisamente a Fenicia para perfeccionarse en los conocimientos de éstas. Sobre la sabiduría de los magos de Persia y sobre su príncipe Zoroastro³⁴ son narradas innumerables cosas, pero con gusto omitimos lo entremezclado con leyendas no razonables³⁵, aunque deba ser ampliamente admitido que los persas cultivaron la filosofía, hacia los cuales incluso los extranjeros peregrinaban por

esta causa. Los gimnosofistas³⁶ de los hindúes, a los que Pitágoras, Demócrito, Anaxarco y otros filósofos de primera dignidad escucharon como discípulos, adquirieron para sí gran renombre por su sabiduría. Treinta y siete años consumían los gimnosofistas en una plácida soledad y en el ocio literario, y no eran elevados al cargo de la enseñanza antes de haber concluido esta carrera de privado retiro y estudios. Con alabanza recuerda Agustín a los atlánticos³⁷, que tuvieron este nombre por Atlante, rey de Mauritania, de quien cuentan que fue muy famoso tanto por su asidua contemplación de los cielos como por la invención de su esfera, con la cual son descritos los movimientos de los astros. También Virgilio y Plinio lo celebran por sus conocimientos astronómicos. Por los tracios Zamolxis y Orfeo, Tracia se jactaba de la antigüedad de sus filósofos y del cultivo de la sabiduría³⁸. Aristóteles, César, Estrabón, Tulio y Amiano Marcelino claramente recuerdan a los druidas³⁹ de los Galos, cuyas obras eran enseñadas allí a los ciudadanos para su instrucción mental y religiosa, y es ensalzada su doctrina y perfección tanto en las ciencias profanas como en la religiosa y moral.

V. LA FILOSOFÍA EN GRECIA

V.1. Tales de Mileto y la escuela jónica

Pero hasta aquí se ha hablado de la filosofía de los tiempos más remotos, que hemos recorrido con una rapidísima premura porque, si exceptuás los libros divinos, sobreviven muy pocos monumentos de esas edades en los cuales podría apoyarse un historiador con el cálamo libre de errores. La más antigua es Grecia, cuyos filósofos han dejado a la posteridad su profusa sabiduría en innumerables libros. Indudablemente Grecia trajo a la filosofía un nuevo esplendor, de tal forma que casi podría ser llamada semillero de filósofos, pues no solamente había uno o dos (como en otros lugares en aquella época) que, habiéndose dispersado por diversas regiones, hicieran esfuerzos lentos pero felices, y que

con el auxilio de sus escritores y la buena fama de su ingenio produjeran filosofía y comunicaran luces en nada mediocres, sino tan rápidas como un rayo y que no habrían de perecer en breve tiempo. Grecia parece haber obtenido del cielo un excepcional privilegio para generar, alimentar y conformar, en una larga serie de siglos, una enorme riqueza de sabios; casi podrías llamarla nación de filósofos que ponían todas sus fuerzas en la búsqueda de la verdad, que aumentaban los conocimientos de sus antepasados con incansables trabajos, que, para adquirir sabiduría, no dudaban en abandonar no sólo el tranquilo ocio sino también los bienes paternos, a los conciudadanos queridos y la dulcísima patria para adquirir sabiduría, que, habiendo despreciado las cosas restantes, encanecían reflexionando profundamente, explorando los arcanos, contemplando la naturaleza, confrontando unos eventos con otros. Entre estos doctísimos griegos, llamamos a Tales el primero en antigüedad⁴⁰. A éste, dotado de una admirable facilidad de ingenio e inflamado de un sumo deseo de llegar a la cumbre de las ciencias, no le pesó tomar el camino hacia Creta, Fenicia y Egipto⁴¹, donde escuchó a consumados maestros de astronomía, geometría y otras partes de la filosofía, y habiendo sido su discípulo por un corto tiempo, devolvió con creces el bien que había recibido de sus maestros y les enseñó un método para medir las excelsas pirámides de Egipto con un cálculo muy exacto⁴². Finalmente, para buena fortuna de los griegos, Tales se restableció en su patria, donde se entregó con suma pasión al estudio de la naturaleza, recluso en tranquila soledad y no dispuesto sino para los que quisieran obtener de él luces filosóficas. En Mileto fundó el primero una escuela para utilidad pública de los ciudadanos, a la cual los eruditos llaman jónica y la más antigua de todas. Tales cumplió con su vida a los noventa y dos de edad, y después de él, ya sin interrupción alguna, florecieron entre los griegos filósofos de famoso

renombre. Anaximandro⁴³, Anaxímenes⁴⁴, Anaxágoras⁴⁵, Arquelao⁴⁶, Sócrates y otros eminentísimos varones administraron entonces la escuela por él fundada.

V.2 Sócrates

Sócrates⁴⁷, por su parte, que condujo la escuela llevada a Atenas por Anaxágoras a la cumbre del honor y que restituyó a la patria su ilustrísimo renombre, cambió no poco el método para enseñar; y, como decía Tulio, “fue el primero que hizo descender de los cielos a la filosofía, la colocó en las ciudades e incluso la introdujo a las casas, y comenzó a indagar acerca de la vida, las costumbres y las cosas buenas y malas.”⁴⁸ Él ciertamente sobresalió mucho en el arte de cincelar, y en la época de Diógenes Laercio se conservaban en Atenas unas estatuas de las Gracias que Sócrates había esculpido. Sobresalió igualmente por el vigor de su elocuencia, a la cual los tiranos de Atenas temieron tanto, que le fue prohibido que enseñara retórica a los atenienses.⁴⁹ Sobresalió sobre todo, lo cual frecuentemente leemos en Platón, tanto en la geometría como en la astronomía y en otras elevadas doctrinas hacia las cuales los sabios de aquella época tendían el ánimo. Pero, habiendo nacido con una seriedad admirable y sobresaliendo por su conocimiento de los hombres, realizó esfuerzos muy importantes para que sus conciudadanos cultivaran no tanto la mente, sino el alma. Y así, durante varios años, enseñar la ciencia de la moral no sólo con preceptos sino también con su ejemplo, fue magisterio propio de Sócrates. Entregado a la muerte por la sentencia de jueces injustos⁵⁰, miró con intrépido rostro la fatal hora y dejó la vida a los setenta años de edad.

V. 3 Escuelas de inspiración socrática: Aristipo, Euclides, Fedón, Menedemo y Platón

Después de este insigne maestro, vio Grecia innumerables filósofos de suma fama, muchos de los cuales adoptaron varias opiniones y fundaron escuelas de diversa denominación, pues los ingenios humanos discrepan entre sí, “aunque -como dice Tulio-

todos los filósofos no sólo querían ser llamados socráticos, sino incluso consideraban que lo eran.”⁵¹ Pero para que este compendio histórico no se vuelva inmenso, sea permitido recordar aquí rápidamente a las escuelas cirenaica, megárica, elíaca y erétrica, que, aunque tuvieron a Aristipo, Euclides, Fedón y Menedemo, autores de preclara mente, no obstante tuvieron poco honor para la posteridad.⁵² Adquirieron para sí nombre mucho más célebre los académicos⁵³, quienes tuvieron por maestro a Platón, entre los primeros, el discípulo más querido de Sócrates y el más próximo a su sabiduría⁵⁴. Aquél, nacido con un ingenio ciertamente fácil, profundo, robusto y dispuesto para cosas grandes, desde tierna edad comenzó a sobresalir de tal manera en el género del decir que, por la suavísima dulzura de su elocuencia, lo llamaron “abeja ática” y Sócrates mismo, el “cisne” de su escuela⁵⁵. Puso su primera juventud con sumo empeño en la gramática, en la música, en la poesía y en la pintura y, habiéndose adherido a los discípulos de Sócrates a los veinte años de edad, apenas había transcurrido un lustro, cuando ya era tenido entre los sabios de primer renombre. Después de que sus envidiosos conciudadanos apresuraron la muerte de Sócrates con aquel veneno, Platón se ocupó en eruditas expediciones, primero a Megara, luego a Cirene, donde bajo Teodoro, maestro consumado en las disciplinas matemáticas, puso todos sus esfuerzos para mostrar que nada le faltaba en esta nobilísima parte de la filosofía. De Cirene pasó a Egipto, de cuyos sabios, ya con esa estabilidad de sus conocimientos, no se avergonzó de ser discípulo, y allí mismo, como cuentan, conoció los códigos de Moisés y las profecías de otros autores sagrados. Aprendió además a reflexionar. Recorrió también aquella parte de Italia que era llamada Magna Grecia para compartir allí con Filolao, Arquitas y Eurito⁵⁶, pitagóricos de célebre renombre, sus puntos de vista, y para que ellos a su vez se ilustraran con sus conocimientos de las doctrinas. Habiendo sido invitado una y otra vez, muy frecuentemente, a casa de Dionisio el joven, tirano de Siracusa, marchó

finalmente a Sicilia, de donde, sin embargo, salió después de algún intervalo de tiempo, agobiado por el dolor de haber perdido inmensos esfuerzos y no haber podido del todo dejar a un hombre al que había descubierto tiránico⁵⁷. Devuelto por fin a los suyos, ejerció como maestro público, sin paga alguna ciertamente, la filosofía, y habiendo acomodado con admirable orden y dispuesto armónicamente las partes de ésta, se adhirió a Heráclito en la física, a Pitágoras en la metafísica y a Sócrates en la ética⁵⁸. Se afanó también muy concienzudamente en constituir la ciencia política, y muy favorablemente en perfeccionar el arte de razonar. ¡Cuántos monumentos de todo esto sobreviven en sus obras, que son alabadas en gran medida ya por la elegancia de su estilo, ya por la propiedad de las palabras, ya por la eficacia de sus razonamientos, ya, sobre todo, por el esplendor de sus pensamientos y su nobilísimo método para excogitar. Y en verdad no es nuestra intención proclamar a Platón exento de errores, pero él fue ciertamente un filósofo de insigne mérito, príncipe de la escuela académica, así llamada por el jardín que un acaudalado ateniense de nombre Academo le concedió en lugar de una escuela⁵⁹. Platón depuso su condición mortal a los ochenta y un años de edad y , dejado en su patria según su propio deseo, el título de varón sapientísimo le fue atribuido y perpetuado hasta la posteridad.

V.4 La primera vertiente de la escuela de Platón. Los académicos: Jenócrates, Arcesilao y Carneades.

En dos escuelas se dividieron sus discípulos; de éstos, unos, transferidos al Liceo con Aristóteles a la cabeza, a quien después recordaremos, fueron llamados peripatéticos; los otros conservaron el lugar y el nombre de la Academia⁶⁰. Entre éstos estuvieron Espeusipo, Jenócrates, Polemón, Crates y Crantor⁶¹, quienes, sucediendo a Platón uno tras otro, casi nada cambiaron en la doctrina del príncipe de la Academia, con excepción de Jenócrates que entremezcló pocas cosas tomadas de Aristóteles⁶². Y fue Jenócrates de vida

muy castigada, de admirable integridad y de muy decidida prudencia al formar las costumbres de los jóvenes y de un sumo ardor por la soledad y los esfuerzos en los estudios⁶³; en esta serie de vida muy laboriosa llegó hasta los ochenta y dos años de vida. Arcesilao⁶⁴, por su parte, sustituyéndolo de vez en cuando en el magisterio, se apartó de Platón y casi fundó una nueva Academia, a la que llamaron media. Y sobre esto he aquí lo que bellamente dijo Tulio: “ Como Tiberio Graco perturbaba el ocio en una República óptima, así Arcesilao derribaba una filosofía bien establecida.⁶⁵” Ciertamente utilizó erróneamente la claridad de su ingenio y las notables dotes de la naturaleza por las que sobresalió mucho, en establecer sólidamente dogmas acerca de toda suerte de ignorancia del género humano, pues decía que nada sabemos, que no podemos saber nada y que él ciertamente nada sabía, lo cual sólo Sócrates estipulaba; tal vez los filósofos no concibieron otra cosa más absurda ni más discordante con la razón o más peligrosa para las costumbres que este dogma precisamente⁶⁶. ¡Qué descenso del alma tan distinto siguen los que conocen los principios universales! Y, sin embargo, Arcesilao tuvo seguidores, y después de él Lácides, Evandro y Hegesino⁶⁷ enseñaron la misma doctrina. A partir de Arcesilao, el cuarto en regir esta escuela ateniense fue Carneades⁶⁸, que fue llamado Príncipe de la Academia Nueva por lo siguiente: porque moderó muy poco lo absurdo de la doctrina, pues, como los Académicos Medios, no negaba del todo la verdad, pero defendía apasionadamente que todas las cosas que son verdaderas están envueltas en tinieblas tan oscuras que no es propio de la mente humana alcanzar la verdad, aunque se conozcan muchas cosas probables con cuya representación insigne y clara –como decía Tulio- la vida de un sabio puede ser regida. ¡Qué vano es esto! ¡Qué poco digno de un ilustrísimo varón que se ocupaba en la reflexión de los estudios tan ávidamente que descuidaba totalmente el cuidado de su cuerpo y, frecuentemente, sentado ante el alimento, no comía nada a menos

que una esclavilla introdujera los alimentos en sus manos y, algunas veces, en su boca. Extendió su productiva vida hasta los noventa años, y ocuparon su lugar, en orden, Clitomaco, Filón y Antíoco⁶⁹; éste, habiendo defendido primero la doctrina de su maestro Filón con todas sus fuerzas, se levantó luego en contra de ella violentamente y restableció la vieja Academia. Y tuvo Antíoco suma gloria porque contó entre sus discípulos a los nombres más ilustres de los romanos, cuya costumbre, en aquel tiempo, era coger el camino hacia Grecia y detenerse en Atenas para adaptarse a un mejor sabor de la filosofía. Así vio sentados en su casa, deseosos de erudición a Varrón⁷⁰, a quien llamaron el más sabio de los romanos; a Lúculo⁷¹, a quien el más magnánimo; a Tulio, a quien el más elocuente. Y por estos romanos viajeros, por Polibio⁷², Panecio⁷³, Carneades, Filón, Antíoco y otros doctísimos griegos que en diversas épocas permanecieron en Roma, fueron diseminadas por todo el Imperio romano, como diremos en su lugar, ambas Academias de los griegos y las luces filosóficas.

V.5 La segunda vertiente de la escuela de Platón: los peripatéticos

V.5.1 Aristóteles

La otra escuela nacida de los discípulos de Platón que hemos mencionado fue llamada peripatética y honró como príncipe a Aristóteles⁷⁴. Y fue éste de de aquellos ilustrísimos varones famosos por una y otra parte, sobre quienes han sido acumulados innumerables alabanzas e innumerables males por igual. Mantengamos una vía media, que suele ser la más alejada de los escollos. Habiendo nacido Aristóteles con un ingenio ciertamente muy vasto, fecundísimo y con una facilidad admirable para todo, añadió además una singular y casi increíble constancia en el estudio. A los diecisiete años de edad, admitido entre los discípulos de Platón, se fortaleció por cuatro lustros enteros bajo tan gran maestro, quien lo llamaba tanto gloria como alma de su Academia. Habiendo cumplido con

su vida Platón, se refugió en casa de Hermias, que lo retuvo en Misia, de donde, después de algunos años, fue llamado por el rey Filipo de Macedonia y nombrado preceptor de Alejandro Magno. Posteriormente, siendo muy querido para tan gran príncipe, no quiso acompañarlo cuando, ya rey, marchaba al estrépito de la guerra. Por lo cual, al regresar a Atenas, siendo Jenócrates el jefe de la Academia, fundó otra escuela en el Liceo, a la que designaron con la palabra griega “peripatética”, porque Aristóteles solía enseñar “deambulando”⁷⁵. Dejó una cantidad admirable de escritos⁷⁶ que parecen haber llegado genuinos, al menos en gran parte, hasta la época de Tulio y de Quintiliano incluso. Ciertamente Tulio, en sus libros filosóficos, no una y otra vez, sino muy frecuentemente y casi hasta el fastidio, colma de alabanzas a este sabio. Llama a su ingenio casi divino; a su elocuencia, muy vigorosa; al fluir de su discurso, dorado; a su estilo, limpio y claro. Reconoce que su filosofía es del todo singular; lo llama el más eminente, tanto para descubrir como para juzgar la razón; en fin, declara abiertamente que nadie ha sido más docto, más ingenioso, más agudo que él, ya en descubrir las cosas, ya en juzgarlas. Por otra parte a Quintiliano, varón de juicio muy prudente, no le pesó afirmar que él no sabía qué era más admirable en Aristóteles, si su vasta y profunda erudición, si la abundancia de sus escritos semejante a un prodigio, si la jovialidad de su estilo, si la argucia de su excelsamente o la casi infinita variedad de sus obras; y añadía que podría creerse firmemente que invirtió muchísimos siglos en el estudio para atrapar en la inmensidad de su sabiduría todo lo que es propio de los filósofos, todo lo de los oradores, todo lo de los seres vivos, todo lo de las plantas, de todos los cuales admirablemente descifró las propiedades y la naturaleza. Y en verdad nosotros pensamos que mucho debe ser atribuido al juicio de estos romanos en lo que respecta a los escritos auténticos de tan gran filósofo. Los eruditos juzgan que las que ahora en verdad son consideradas obras de Aristóteles, aún cuando no carezcan del

todo de alabanza, no son, sin embargo, del más alto mérito. Y es indudablemente claro que Aristóteles dejó como herencia todo lo que había escrito a Teofrasto⁷⁷, su querido discípulo y sucesor en el magisterio; y que estos escritos, con la marcha de los tiempos, cayeron en varias vicisitudes, hasta que un ejemplar de ellos fuertemente alterado tanto por los traductores como por los copistas, cayó por azar en poder del árabe Averroes⁷⁸, por quien fueron profundamente modificados, pulverizados y desfigurados, y quien a su arbitrio sobreañadió innumerables cosas vanas que ciertamente no fueron del autor. Ciertamente ninguno de los sabios se admira de que Aristóteles se haya equivocado en muchas cosas, de que haya entremezclado muchas cosas de poca importancia, muchas cosas insulsas, muchas cosas además inútiles, pues era un hombre, escribió muchas cosas, persiguió innumerables cosas, frecuentemente trazó para sí un camino por lugares hasta entonces inaccesibles. Pero que se atribuya a Aristóteles todas las faltas que en una larga serie de siglos cometieron en contra de la filosofía los hombres que abusaron del nombre de un sabio tan grande para crear sus delirios, esto, sin duda, no es propio de un filósofo de mente sana, no es propio de quien busca la verdad sin ningún favor de las partes, no es propio de quien juzga de acuerdo con las leyes de la razón⁷⁹. ¡Depón las envidias malsanas si quieres ser filósofo! ¡Ojalá fuera permitido detenernos en esto un poco más!

V.5.2 Los sucesores de Aristóteles: Teofrasto, Estratón, Glicón, Aristón de Queos, Critolao y Diodoro de Tiro

Arrebatado prematuramente Aristóteles cuando apenas contaba sesenta y tres años de edad, lo sucedió en la dirección del Liceo un varón eminente a quien él mismo había elegido entre sus discípulos y a quien llamaron Teofrasto por el finísimo sabor de su elocuencia⁸⁰. Ciertamente más afortunado que su maestro, contó hasta dos mil discípulos, entre los cuales sobresalieron Demetrio Falerio⁸¹ y Estratón⁸². Dejó a la posteridad libros

sobre las plantas, sobre las leyes de todas las ciudades, sobre la verdadera felicidad de la vida, sobre la retórica, sobre los variados caracteres de los hombres y muchos otros, de los cuales pocos, sin embargo, llegaron a nosotros. Vivió al menos ochenta y cinco años, y no faltan quienes aseveran que escribió los *Caracteres* a los noventa y ocho años de edad. Después de éste, enseñaron en el Liceo Estratón, estimado en gran medida por sus conocimientos físicos de las cosas; Lycón que permaneció hasta cuarenta años en la dirección y fue llamado Glicón por su dulzura en el decir⁸³; Aristón de Queos⁸⁴, de quien solamente sabemos que estuvo entre los filósofos de gran renombre y que sucedió a Glicón; Critolao⁸⁵, de quien dice Tulio que fue enviado de Atenas a Roma entre los filósofos más conocidos de aquella época en aquella famosa delegación, y Diódoro, a quien llamaron Dialéctico y designan el último de los doctores del Liceo, aunque otros dicen que estuvo tan lejos de la doctrina de Aristóteles, que no puede ser considerado peripatético⁸⁶. Después de estos tiempos, hubo un gran silencio acerca de Aristóteles, a no ser porque Sila, habiendo sido tomada Atenas⁸⁷, llevó a Roma sus obras, cuya variada fortuna degustaremos cuando nuestra conversación sea acerca del sabor corrupto en las disciplinas filosóficas.

V.6 Antístenes y la escuela cínica: Diógenes, Crates, Hiparquia y Peregrino. Zenón y los estoicos: Leucipo, Cleantes, Crisipo, Diógenes Babilonio, Antipater, Panecio, Posidonio, Epicteto, Estilpón, Catón, Bruto, Séneca, Traseas, Poeto, Helvidio Prisco y Marco Aurelio.

Los cínicos reconocieron a Antístenes⁸⁸ como príncipe, el cual malbarató entre sus conciudadanos su valioso patrimonio para escuchar a Sócrates, viviendo en la carencia voluntaria; posteriormente, alejándose de éste, fundó una escuela tan desvergonzada y horrenda, de mordacidad tan grande, que el género humano debería avergonzarse de haber llamado “filósofos” a hombres de esta clase. Ciertamente no negamos que los más ingeniosos y más brillantes en muchas doctrinas pueden ser en verdad de pésimas

costumbres, sin embargo, una escuela cuyo único propósito sea predisponer las costumbres de los hombres, cuyos verdaderos principios muy acertadamente sean lanzados a romper el pudor, a crear un corazón henchido, a despreciar a sus semejantes, esa escuela –decía- debe ser tan absurda como la quimera de los escolásticos. Los cínicos repudiaban totalmente la dialéctica, la física, la geometría y, además, las artes liberales, y profesaban únicamente la ciencia de las costumbres que, no obstante, desfiguraban increíblemente desde los fundamentos primeros de la doctrina. Son contados entre los principales acólitos de Antístenes, Diógenes⁸⁹, Crates⁹⁰, Hiparquia⁹¹ y Peregrino⁹². Zenón escuchó a Crates durante diez años y otros tantos años ora a Estilpón ora a Jenócrates ora a Polemón, y habiendo rechazado abiertamente la desvergüenza de los cínicos y no habiendo aprobado del todo las doctrinas o del Megarenses o de los Académicos, fundó en Atenas una nueva escuela, y llamaron a sus discípulos “estoicos” por el lugar donde el maestro enseñaba⁹³. Profesó la dialéctica con una tendencia singular, se opuso ardientemente a los Nuevos Académicos que negaban que lo verdadero puede reconocerse a partir de lo falso. En la ética, por otro lado, ésta era la principal doctrina de los estoicos: que el sumo bien es la virtud; que el sabio siempre es feliz; que lo que casi es llamado por los hombres “bienes de la Naturaleza”, no son tanto bienes como dolores, tormentos y cualquier adversidad que no puede considerarse un mal; que todas las virtudes son pares y similarmente pares los vicios; que el dolerse, el desear, el temer, el mostrar alegría y los restantes movimientos del alma no afectan al varón sabio; que nadie restituye a Dios una virtud recibida; que la fortuna debe ser solicitada de Dios; que la sabiduría debe ser asumida por uno mismo; que Dios, por su naturaleza, no teme, y el sabio, por su virtud. ¡Cuán ampulosamente suelen delirar los hombres! Ciertamente Zenón nunca tuvo un ataque de salud y llegó felizmente hasta los noventa y ocho años. Muchísimos seguidores de famoso nombre aumentaron su gloria,

entre los cuales los más ilustres fueron Leucipo, Cleantes, Crisipo, Diógenes Babilonio, Antipater, Panecio, Posidonio, Epicteto, Estilpón y, entre los romanos, Catón, Bruto, Séneca, Traseas, Poeto, Helvidio Prisco y Marco Aurelio Antonino⁹⁴.

V.7 El escepticismo: Pirrón

No es lícito omitir a Pirrón⁹⁵ en una historia de la filosofía, ciertamente no porque sea considerado de gran mérito o porque haya pensado algo nuevo con lo cual el tesoro de los conocimientos fuera aumentado, sino porque siguió con demencia muy tenaz los dogmas de Arcesilao acerca del nulo conocimiento de la verdad o de lo verosímil; y, al parlotear desvergonzadamente mucho de esto, sirve a los filósofos de ejemplo de cuán ridículo espectáculo somos para el mundo cuando nos atrevemos a filosofar con la razón menospreciada, descuidada y enteramente pisoteada. Decía Pirrón que el hombre siempre debe buscar la verdad, y por esta perpetua búsqueda llamaron “escéptica” a su filosofía; pero añadía que nunca te será lícito afirmar todo lo que hayas investigado, todo lo que te hayas esforzado en productivas elucubraciones, ni pronunciar algo de cierto. Si argumentabas que tú ves, que tú piensas, que tú existes, simplemente respondía: ciertamente desconozco la luz, desconozco los sentidos, desconozco la mente, desconozco que yo existo, nada sé del todo; sin embargo, aquello que pueda desconocer, no lo pronuncio como si lo afirmara, sino como si lo dudara. Y por esta eterna duda acerca de todas las cosas, Pirrón cayó en aquella pestífera doctrina de que en la naturaleza de las cosas nada es honesto o deshonesto si no lo es a partir o de una ley humana o de un prejuicio. Avergüenza ciertamente ofender el cálamo con estas cosas tan inanes como podridas. Murió a los noventa años de edad.

V.8 Los presocráticos: Jenófanes de Colofón, Demócrito de Abdera y Heráclito de Éfeso.

Fueron también filósofos de célebre renombre Jenófanes, Demócrito y Heráclito, más antiguos que los académicos y a quienes hasta ahora no hemos recordado para no interrumpir la primera serie de aquellos que provinieron de Sócrates; sin embargo, no es lícito omitirlos, aunque no se hayan adherido totalmente a algún maestro, ni se hayan distinguido por la multitud de sus discípulos. Jenófanes de Colofón⁹⁶, muy versado en astronomía, defendió que hay muchos mundos; cultivando diligentemente la física, trató de aquellas cosas que se generan en la parte más elevada del aire; también célebre en la poesía, alabó a Colofón con un celebrado poema. Demócrito⁹⁷, Milesio de patria, a quien llamaron Abderita por su larga estancia en Abdera, nació con un ingenio muy fecundo, y estuvo tan tenazmente ávido del esfuerzo de los estudios, que se ocultaba en lugares subterráneos para reflexionar más libre y alejado de todo ruido. No dudó nada en descuidar su patrimonio, en dejar sus campos incultos para buscar el conocimiento entre los egipcios, los caldeos y los persas. Posteriormente fijó su domicilio en Abdera y allí publicó un libro, en el cual había descrito eruditamente la fábrica del mundo; los sabios de la ciudad aprobaron tanto este libro, que decretaron que una estatua debía ser dedicada públicamente al autor. Sobresalió tanto en la doctrina moral, como en la física, la matemática, la astronomía, las letras más pulidas y las artes liberales, por la cual vastedad de ciencias Aulo Gelio llamó a Demócrito el más noble de los filósofos. Después de una vida elegantemente vivida en la risa filosófica sobre las preocupaciones inanes de los hombres, sobre las alegrías y las lágrimas del vulgo, murió después de los ciento nueve años de edad. Pero para que nada falte en la historia de los mortales, como casi siempre reía Demócrito, así casi siempre lloraba Heráclito⁹⁸. A éste, nacido en Éfeso con el ingenio inclinado en gran medida hacia todo lo tétrico, lo llamaron filósofo tenebroso por la suma oscuridad de su estilo. Fue autor de muchísimas

obras, entre las que es considerada la más célebre aquella cuyo título era *Acerca de la naturaleza*, en la cual dio a la posteridad, como en un compendio, su filosofía acerca del fuego como principio del mundo y de que el mundo mismo habrá de perecer por las llamas. Habiendo enviado Eurípides este libro a Sócrates, se cuenta que ese rigurosísimo filósofo respondió que le había sido suficientemente aprobado lo que había podido captar y que, a partir de esto, creía que era igualmente loable lo que no había entendido. Habiendo leído Darío, rey de los persas, el mismo libro, engrandeció de tal modo a su autor, que le envió una carta elegantísima y lo invitó a su palacio para colmarlo de honores y beneficios. Se negó Heráclito a tener comercio con hombres entre los que reinaban la deshonestidad, el dolo, la avaricia. Hubiera podido el torvo filósofo rechazar la atención del príncipe, pero con palabras más modestas y educadas. De este libro acerca de la naturaleza Platón tomó muchas cosas que trató acerca de la física. Heráclito trabajó en Hidrope, y a los sesenta años de edad soportó la fatal hora, tal vez más seriamente de lo que había podido prometer su difícilísimo ingenio y el odio hacia los hombres en el que se consumía gratuitamente.

V.9 Pitágoras

No contaba muchos años la escuela jónica, cuando Tales, a quien presentamos como fundador de la misma, aconsejó a Pitágoras⁹⁹, en edad florida en aquel entonces, que se dirigiera hacia los egipcios, que se habría de cultivar entre ellos y que habría de perfeccionar su mente nacida definitivamente para la filosofía. No tardó el joven en obedecer al sabio anciano y permaneció veinte años completos en Egipto, pensando solamente en las letras, asiduo a los Colegios de Sacerdotes ora en Memfis, ora en Tebas, ora en Heliópolis. Incluso pasó doce años en Babilonia para beber de los magos la sabiduría, y de allí viajó a Etiopía, a Arabia, a la India, a Creta, buscando la sabiduría en dondequiera, tomando de dondequiera todo lo que consideraba útil para la excelsa fábrica

de la filosofía que concebía en su ánimo. Habiendo ilustrado su mente, muy brillante por naturaleza, con el asiduo comercio de tantos sabios, regresó cargado con esta preciosa mercancía a su patria, que era Samos, isla del mar de Ícaro; sin embargo, después de un breve tiempo la abandonó, incapaz de soportar la tiranía de los pueblos que allí ejercía Polícrates. Para buena fortuna de los itálicos, se dirigió hacia esa parte de Italia que era llamada Magna Grecia, y fijó su domicilio en Crotona, en casa del atleta Milón, donde instituyó una escuela muy célebre a la que llamaron “itálica”. Pitágoras fue el primero al que le pareció muy altanero, exagerado y francamente soberbio el nombre de “sabio” que se atribuían los que se distinguían ya por su castigado género de vivir, ya por sus conocimientos de la naturaleza, de allí que él se llamó más modestamente “filósofo”, que significa en griego “deseoso de sabiduría”, y después este nombre tomó fuerza entre los que buscan la verdad. En breve se diseminó por toda Italia la fama de tan gran maestro, y en poco tiempo contó casi quinientos discípulos. Mostraba una cuidadosísima diligencia para encaminarlos a las rectas costumbres y, callado, observaba sus conversaciones, su risa, su andar y todo lo que atañe a los hábitos de su vida privada, para dispensar más prudentemente los preceptos según la naturaleza de cada uno. ¡Qué dignas son estas cosas de un hombre entre cuyas obligaciones está disponer hacia la virtud las costumbres ajenas! Ordenaba callar a sus discípulos hasta por casi un bienio, para que con el ejercicio de escuchar aprendieran a hablar correctamente; y a aquellos a quienes percibía más locuaces, les imponía el silencio hasta por cinco años. Concilió para sí tanta autoridad entre ellos, casi cuanta puede existir entre los mortales, y para que se adhirieran a alguna opinión, sólo era suficiente que Pitágoras lo hubiera dicho. Si confiamos en Justino, Séneca y Valerio Máximo, cuantos habitaban en Crotona, hacían caso a este maestro en las cuestiones morales, y con sus preceptos la ciudad entera se sorprendió muy distinta porque él había

convertido a la práctica de la frugalidad a los ciudadanos que a su llegada había encontrado entregados a las faltas y a los placeres. Enseñaba a las mujeres separadamente de los hombres; y a los niños, separadamente de sus padres para censurar más libremente los vicios particulares del sexo y de la edad y para que ni éstos temieran la presencia de sus padres, ni aquéllas la de los hombres, o para que ni unos ni otros consumieran en vano el tiempo en escuchar aquellas cosas que no atañen a lo suyo. Y no sólo en Crotona se proponía convertir a sus conciudadanos a una mejor virtud, sino que también, habiendo sido llamado y buscado con muchos ruegos por otras ciudades de Italia, no se rehusaba a pasar el tiempo en arduas expediciones para enseñar a los mortales a vivir según la ley de la razón; y, además de otros salubérrimos preceptos, en todas partes se le oía exclamar que la guerra sólo debe ser hecha a cinco perniciosos enemigos que designaba del siguiente modo: la enfermedad del cuerpo, la ignorancia de la mente, los movimientos descompuestos del alma, las sediciones de los pueblos, las discordias de las familias. Profundizaba en estas cosas y en otras semejantes acerca de la doctrina de las costumbres tanto en privado ante sus discípulos, como en público a lo largo de las ciudades; y dentro de las paredes domésticas de la escuela luchaba con todas sus fuerzas para cultivar las mentes de su auditorio. Él consideraba a la aritmética y a la geometría como ciencias totalmente necesarias para que los ingenios de los jóvenes se acostumbraran a seguir un orden justo en todas las cosas, y para que se prepararan para el estudio de cosas más elevadas. Quería igualmente que sus discípulos se dedicaran a la música y, como recuerda Quintiliano, que consagraran sus ánimos a la lira en cuanto hubieran despertado, y que además se pusieran ante ella antes de ir a dormir si durante el día habían tenido el más mínimo pensamiento perturbador. Explicaba todos los fenómenos que existen en el orbe del siguiente modo: que procedían de una Mente Suprema, la cual dirige tanto la fuerza motriz como la materia no

inteligente y, por su naturaleza, no tiene ni movimiento alguno ni forma alguna. Afirmaba que aquella Mente Suprema es el alma de todo el orbe, y que las almas humanas son sus partículas. Establecía un admirable consenso entre todas las partes de la fábrica mundana, y que el mundo mismo está armónicamente proporcionado. Dijo que las almas transmigran de un primero, a un segundo, a un tercero y a muchos cuerpos; de este ridículo tránsito contaba cosas tan insulsas que con derecho Lactancio lo ha llamado “anciano vano que reivindicó para sí la licencia de mentir tan petulantemente.” ¡Qué error no han pensado los filósofos, incluso los más doctos, cuando han descuidado el pensar sobriamente! Defendió que la tierra es redonda y que existen la antípoda. Supo, el primero de todos, que aquella zona en el cielo que llamamos Zodiaco es oblicua, como se dice que fue el primero en tener conocimiento del camino que es descrito por el globo cuando se mueve en el espacio entero de un año. Demostró totalmente que la luna es un cuerpo opaco que no tiene luz sino la derivada del sol; que el arco celeste no es otra cosa que una luz que se inclina a partir de una línea recta; que Venus, aquel planeta que es llamado Véspero cuando por la tarde sigue de cerca al sol, es el mismo Lucifer que lo precede por la mañana. Y sobre estas cosas y otros descubrimientos de Pitágoras, posteriormente los físicos y los astrólogos han trabajado más fácilmente en elucubraciones de este género. La geometría fue igualmente incrementada en no modesta medida por este insigne filósofo, quien demostró el primero aquel famoso problema: el cuadrado de la hipotenusa en un triángulo rectángulo es igual a la suma de los cuadrados de sus dos catetos. Se dice que comprendiendo la utilidad de esta demostración en las matemáticas, con ánimo agradecido sacrificó a los dioses una hecatombe o, por lo menos, como dice Tulio, un buey. Pero cualquiera que se diga que fue el sacrificio, parece totalmente ajeno a un hombre a quien nada le horrorizaba más que el hecho de que los animales fueran asesinados, y que por esta causa había prohibido a sus

discípulos alimentarse de carnes. No consta claramente en qué lugar y en qué tiempo dejó de vivir este ilustrísimo filósofo, pero generalmente se cree que murió tranquilamente habiendo completado los noventa años de edad.

V. 10 La recepción de las doctrinas de Pitágoras a través del tiempo. Empédocles

La posteridad recibió la memoria de Pitágoras con aplausos supremos, e incluso, además de la extraordinaria reverencia de sus discípulos, que se mantuvo continuamente florida hasta una larguísima serie de años ya en la escuela que él mismo había fundado, ya entre los más famosos letrados de la República Romana, encontramos a este filósofo colmado de magníficas alabanzas por Flavio Josefo, Clemente de Alejandría, Ambrosio Pontífice de Milán, Teodoreto y otros sabios de época posterior. Ciertamente no porque los Doctores Católicos hayan aprobado que las almas transmigran hacia nuevos cuerpos o que existen las partículas de aura divina u otras ficciones de esta clase de paja, sino porque, habiendo desechado los errores, alabaron a un autor por lo demás muy docto y benemérito de la filosofía, o porque, tratándose de un hombre que frecuentemente enseñaba los preceptos de la ética por medio de enigmas muy oscuros, creyeron que sus doctrinas, incluso las que suenan erróneas, pueden ser entendidas, después de ser reflexionadas con cierto sentido recto. De modo semejante dirías acerca de muchos padres de la iglesia que ensalzaron la doctrina y el magisterio ya de Platón, ya de Aristóteles. Entre los seguidores de Pitágoras tuvo nombre muy célebre Empédocles de Agrigento¹⁰⁰, de quien unos dicen que fue su discípulo, pero Suidas cuenta que Empédocles se pasó del Académico Parménides a Telauges, hijo de Pitágoras y sucesor suyo en la escuela de Crotona. Se esforzó increíblemente en enmendar las costumbres de sus conciudadanos y se dice que no escatimó ni en intentos, ni en afanes, ni en enérgicos ruegos, ni en dones liberales, para hacer en Agrigento lo que Pitágoras en Crotona. Filósofo, poeta, historiador, médico, y

muy sobresaliente en todas estas cosas dignas de alabanza, extendía su magisterio hasta múltiples ramas de doctrinas. Los de Agrigento lloraron a tan benéfico y sabio conciudadano, muerto a los sesenta años de edad.

V.11 Epicuro

Recordamos al último de los Doctores griegos, Epicuro, nacido en Gargeto, en el Ática, y criado en Samos¹⁰¹. Como le hubiera agradado la doctrina de Pitágoras antes que la de Platón y Aristóteles, viajó continuamente hasta los treinta y seis años de edad, hasta que, habiendo regresado a Grecia, eligió Atenas para diseminar su filosofía en cierto jardín como príncipe de una nueva escuela. Innumerables familias de Grecia entera, lo mismo que peregrinos de Asia y de Egipto, acudieron en tropel para escuchar a Epicuro. Nadie entre los príncipes de escuelas fue más hábil que él, nadie más trabajador, nadie que haya escrito más cosas, nadie de quien más se celebre la firmeza tan grande de los seguidores en la veneración del maestro. Desdeñó la retórica, despreció abiertamente la dialéctica, sin embargo, recomendaba la claridad y el orden de estas ciencias, y si creemos a Tulio, él mismo sin duda alcanzó estas cosas dignas de alabanza al escribir. De tantas obras suyas, sólo llegaron a nuestra edad tres cartas que Diógenes Laercio libró de la injuria de los tiempos en vida de él. La primera de ellas expone en un compendio las cosas sobre la física que el filósofo enseñó; la otra, por separado, lo de los meteoros; la tercera, las cosas acerca de la ciencia de la ética. Epicuro adoptó con admirable empeño la doctrina de Demócrito y Leucipo acerca de un mundo totalmente conformado por átomos que se adhieren al azar. Empero, por esta división que llamó “átomo”, en la medida en que la naturaleza propia de este cuerpo es ser conducido linealmente hacia abajo por su peso, y no completamente en línea, sino declinando en un mínimo intervalo, en tal medida basta para que se forme, a partir de los enlaces y uniones que suceden sin alguna causa dada, todo lo que tan

admirablemente se discierne en la fábrica entera de las cosas. De tal manera afirmaba que todos los sentidos del cuerpo son mensajeros de la verdad, que atribuía al sol y a la luna casi la misma magnitud que parecen tener a nuestros ojos. Sostenía que el alma del hombre es materia, pues de otro modo, decía, no podría ni actuar ni sentir. Moldeó para sí aquel dios ciertamente eterno y feliz, pero ocioso, inactivo y de tal forma ocupado en su felicidad, que no le preocupaba absolutamente nada de lo que pasaba entre los mortales. Defendió que el fin último del hombre está puesto en el placer. Y no ignoramos que este dogma pernicioso y fecundo en absurdos fue desarrollado favorablemente por muchísimos, pues, además del divino Jerónimo que ensalza con muchas alabanzas la templanza de Epicuro, el estoico Séneca también engrandece sus preceptos, y después de muchos siglos Pedro Gassendi, varón de clarísimo ingenio, ha dicho que “ en lo que atañe a la ética, Epicuro se mostró muy sobrio y moderado, y ninguna secta de filósofos fue más santa que la secta de él.” De donde casi interpretan que Epicuro entendió no el placer vicioso de los sentidos, sino el purísimo y santísimo placer del alma. Pero Tulio atacaba a los epicúreos, y ni ellos se atrevieron a negar en una discusión que su maestro declaró que “ciertamente no podía entender dónde está o cuál es algún bien, además de aquél que es obtenido o con la comida o con la bebida, con el deleite de los oídos y con el placer obsceno.” Sean suficientes estas pocas cosas acerca de los jardincitos de Epicuro, de los cuales podría haber una demostración muy amplia, pero no es propio de un compendio histórico desarrollar minuciosamente cada uno de los dogmas de los filósofos.

VI. LA FILOSOFÍA EN ROMA

VI.1 Recepción de la filosofía en Roma. Escipión el Africano y Lelio.

Hasta aquí acerca de los griegos y de otros sabios que antecedieron a los griegos en estas cosas dignas de alabanza, ahora muy brevemente acerca de los romanos, que por largo

tiempo ignoraron los atractivos y los encantos de la hermosísima filosofía; más aún, interponiendo la fuerza, la rechazaron cuando intentaba deslizarse en el seno de la República, y le cerraron las puertas con tosca rusticidad. En efecto, los hombres que habían llegado a las canas sin letras y cuya gloria entera había estado en el estrépito de las armas, palidecieron ante los encantos de la sabiduría y temieron por la República si los jóvenes, arrebatados e inmersos en el estudio de las letras, despreciaban las armas. ¡Como si el laurel y el olivo no pudieran adornar y ceñir la misma frente! ¡Ciertamente no hay entre los mortales ninguna condición de vida para la cual las letras no sean de utilidad y ayuda! Y sin duda en nada pudo el decreto del Senado romano impedir que, primero clandestinamente, luego abiertamente, los ciudadanos buscaran la filosofía, y que, con la marcha de los tiempos, Roma, émula de Atenas, se elevara hacia la cumbre de la filosofía griega. Paulo Emilio, de las más nobles familias de romanos, quien, una vez dominados con la guerra los Macedonios, se portó tan magnánimo que no tocó ni un poco los inmensos tesoros de Perseo, ni los vio siquiera, sino que los entregó allí mismo a los cuestores para que los llevaran al erario de la República, eligió para sus hijos solamente la biblioteca real, y creyó que el hecho de haber obtenido a Metródoro, filósofo de egregio nombre, a quien puso al frente de la formación literaria de los mencionados hijos, era para él el fruto más dulce de tan gran victoria. Entre estos hijos de Paulo, estuvo Escipión el Africano el joven, a quien tantas hazañas en la guerra procuraron un nombre que no habría de extinguirse en ningún tiempo; pero al que la posteridad alabó tal vez más justamente por su amor a las letras. Este opulentísimo romano, que, como dice Velejo Patérculo, distribuyó las pausas de sus negocios en el ocio más elegantemente que ninguno y que siempre, ocupado entre las armas y los estudios, ejercitó ya el cuerpo en los peligros, ya el alma en el aprendizaje, no sólo permitía a los sabios un fácil acercamiento a él, sino que los buscaba diligentemente y ora

mendigaba su amistad, ora velaba afablemente por sus necesidades. Tuvo a Polibio y a Panecio, filósofos griegos ilustrísimos por la excelencia de sus doctrinas, como compañeros tan queridos, que ya en los deberes de la vida privada, ya en los rumores de la guerra, ya en los esplendores de las embajadas, ni siquiera permitía ser separado de cualquiera de los dos. Tuvo entre sus familiares a Terencio Afro, famoso por su ingenio noble, y decían que la obra de éste, tenida entonces en sumo aprecio en Roma y ahora aprobada incluso por los eruditos, era debida, al menos en una pequeña parte, al finísimo cálamo de Escipión. Pero nada tan digno de memoria en este varón que su amistad con Lelio, romano muy erudito y muy alabado por sus costumbres castigadas, con el cual tenía casa única, el mismo sustento, acuerdo en la opinión, común milicia, viajes, días de campo y el empeño de aprender siempre algo, de conocer siempre cosas nuevas, en los cuales estudios pasaban muy útilmente todo rato de ocio. ¿Qué es más dulce que una amistad de este género? ¡Ojalá en todo gobierno bien constituido los nobles y los varones acaudalados cultivaran también amistades semejantes! ¡Y ojalá de modo semejante emplearan su edad los que, siguiendo un funestísimo ocio, se consumen en deplorable tedio y desagrado de sí!

VI.2 La acogida de la filosofía en Roma. Pompeyo, Lúculo, Hortensio, Cicerón, Cota, Julio César, Catón, Bruto, Ático, Varrón.

Después de recordado el decreto del Senado romano, por el cual fue ordenado a los filósofos abandonar Roma, el amor a las ciencias incrementó y las letras comenzaron a ser cultivadas más y más. Pero, durante los últimos tiempos de la República, la filosofía había llegado a la cumbre más alta de honor. La diligencia de los padres para que sus hijos se instruyeran en las letras desde el comienzo de la vida generaba para la patria innumerable abundancia de varones que sobresalían entre los oradores, los peritos del derecho y los filósofos. Habían depuesto el prejuicio de que el estudio de las ciencias debía ser dejado a

aquellas naciones que pasaban la vida no en el furor de las armas, sino en la tranquilidad de la toga. Y a partir de aquí, la primera preocupación de los patricios al educar a sus hijos se lanzaba hacia esto: a que aquéllos desde tierna edad aprendieran perfectamente tanto la lengua patria, el latín, como la erudita lengua de los griegos, y a que a partir de allí se acostumbraran a venerar a los sabios y a deleitarse con su trato. Como por esta excelente educación casi eran sabios antes de haber dejado la infancia, eran después los primeros en los conocimientos filosóficos quienes eran considerados los primeros ciudadanos en la patria, los primeros en el Senado, los primeros entre los magistrados. El nombre de Pompeyo y su amor a las ciencias eran merecidamente celebrados, porque, al volver de la guerra contra Mitrídates, cargado con el peso de enormes victorias, condecorado con el laurel militar y muy cercano al solemne triunfo, se desvió hacia Rodas solamente para ir a ver y escuchar entre sus discípulos al filósofo Posidonio. En una ancestral fama y amplísimo esplendor de riquezas, Lúculo pasó blandamente su niñez y su adolescencia, y después ora la magnificencia de su vida, ora sus egregias acciones en la guerra, aumentaron su gloria. ¡Qué nombre tan ilustre tuvo por sus asiduos esfuerzos de perfeccionar su mente con el ornamento de las ciencias! Pues se deleitaba con las letras no sólo en el ocio doméstico, sino también en los productivos deberes de los magistrados, en el calor de los negocios públicos, en las angustias mismas de la guerra, cuando, como decía Tulio, “no mucho de ocio sobraba al emperador bajo sus propias pieles”. Empleaba en los estudios cualquier brevísima partícula de tiempo que por casualidad le restaba, y conversaba eruditamente con el filósofo Antíoco, a quien siempre quiso como compañero para sí. ¡Qué doctos, qué refinados, qué agradables coloquios entre hombres educados en tan grande amor a las letras! ¿Y qué si se congregaran para conversaciones francas e íntimas Hortensio, Tulio, Cota, César, Pompeyo, Catón, Bruto, Ático, Varrón, Lúculo y semejantes

romanos de aquella época, que, como eran varones de ingenio muy elevado y muy ejercitado, ciertamente no podían juntarse sin que profundizaran refinadamente en aquellas doctrinas de todo género en las que cada uno abundaba?

VI.3 Cicerón

Pero sea permitido distinguir de los restantes y recordar por separado en aquella docta turba al eminentísimo Tulio: nadie entre los filósofos más refinado que él, nadie más suave, nadie más erudito, nadie más elocuente, nadie más cuidadoso de la patria, nadie tal vez a quien más deban sus conciudadanos si por casualidad no hubiera vivido cuando la convulsionada República ya estaba en los últimos suspiros. Y sin duda no hemos visto ni oído alguna vez una avidez de letras mayor que aquella que este orador filósofo muestra en sus obras. Y no podrías entender del todo por medio de qué pacto él haya podido, en una vida llena de tantos tumultos, colmada de tantos negocios, ocupada en tantas magistraturas, miserable por tantas calamidades públicas, atormentada por tantas enemistades privadas, laboriosa por tantos discursos en el foro ante los Quirites, en el senado ante los Padres, en el riguroso tribunal ante los jueces, por medio de qué pacto, decía, haya podido conocer tan profundamente, describir tan finamente, descifrar tan minuciosa y fielmente cada una de las difíciles cuestiones que hasta esa época habían tratado los filósofos. Con el beneficio de un Numen Supremo que ciertamente vela por el bien y el incremento de las ciencias, sobreviven muchas obras de tan gran varón, aunque no pocos libros suyos hayan perecido por deplorable daño. En aquellos que han llegado a nosotros, se manifiesta abundantemente la excelsa magnitud de este filósofo. Y algo que admirarás mucho: un varón de tan eminente doctrina y que no sólo no era peregrino en ningún género de las ciencias conocidas hasta ese tiempo, sino que cualquier cosa que tratara con su cálamo, se manifestaba como algo de su dominio, este varón, decía, filosofó tan finamente, tan

hábilmente, tan distinguidamente que, habiéndose propuesto como única meta buscar la verdad, no quiso ofender a nadie que fuera contrario a su opinión. Muy por el contrario, para que nos dirigiéramos hacia la verdad, decía abiertamente: “Las injurias, los ultrajes, además de la cólera, las rivalidades y las discusiones obstinadas al disputar suelen parecerme indignas de la filosofía. [...] Nosotros estamos preparados tanto para refutar sin obstinación como para ser refutados sin enojo.”; En verdad amable filosofía de un varón doctísimo, de cuya imagen no podemos quitar las manos sin dolor! Conviene, en fin, para que no parezca que pasamos más allá del límite los breves términos del compendio propuesto.

VI.4 La escuela ecléctica: Potamón de Alejandría

Después de la caída de la República de los romanos, surgió otra escuela a la que llamaron ecléctica y a la que con razón podrías llamar la república de los filósofos, pues no reconocía a nadie como príncipe, a nadie en cuyo nombre jurara, a nadie que oprimiera la libertad de opinar, sino que cada cosa que hubieran aseverado ora Pitágoras, ora Sócrates, ora Platón, ora Aristóteles, ora otros doctores de par magnitud, era ponderado con exactitud, y no eran totalmente aprobados los dogmas si no parecían acordes a la razón. Se dice que Potamón de Alejandría, que vivió en la época de Augusto, fue el primero en este género de filosofar, aunque está suficientemente confirmado a partir de aquel trillado dicho de Platón “Amigo Sócrates pero más amiga la verdad”, que los más antiguos supieron que esto conviene en mayor medida al filósofo. Y lo que Platón acerca de Sócrates, Aristóteles lo repetía acerca de Platón. Incluso Tulio no fue tan fiel a la Academia que no haya dicho abiertamente: “Al disertar, no deben ser buscados tanto los autores como los momentos de razón”. ¡Libertad sin duda digna del hombre, la cual conduce rectamente al conocimiento de lo verdadero, que el Supremo Artífice de la naturaleza nos ha concedido para investigar!

Pero esta libre facultad de opinar sólo en este momento te será permitida: cuando, después de una cuidadosa asiduidad en las letras, hayas aprendido a utilizar correctamente tu razón, pues si no se te fortifica con algún puntal, incluso a pesar de todo te obstinarás con el ánimo en no ceder a la autoridad de ninguno; se abre un profundo mar de errores en el cual fácilmente te precipitarás. Se dice que Potamón no administró ninguna escuela que se distinguiera por las peculiares doctrinas por él pensadas, sin embargo nadie duda de que entre los sabios de su época existieron muchos filósofos de insigne renombre, y de que éstos, con su ejemplo, arrojaron el servil yugo, declarando abiertamente que seguían únicamente a la razón y, emprendido un severo examen, seleccionando de cada escuela aquello que parecía estar de acuerdo con la verdad. Esta libertad de opinar llegó a una cumbre de honor tan grande, que llamaron a la ecléctica “filosofía de los hombres más doctos”. Y con el paso del tiempo, de entre los más antiguos Doctores de la Iglesia, se sumaron a los eclécticos ora Clemente de Alejandría, que juzgaba digna del nombre de filosofía no ciertamente a aquella que se decía nacida de Platón, de Aristóteles, de Zenón, de Epicuro o de cualquier otro semejante, sino a la que recoge lo más ilustre de cada una; ora Orígenes, que recorría las doctrinas de todos los príncipes, las comparaba entre sí, las examinaba minuciosamente antes de adherirse a alguna; ora Lactancio, que decía que se habría de adherir al filósofo “que reuniera en una unidad y redujera a un cuerpo la verdad esparcida por cada uno y dispersada por las sectas”.

VI.5 La filosofía durante el Imperio: Adriano, Marco Aurelio, los Plinios, Dión Crisóstomo, Quintiliano, Plutarco, Epicteto, Arriano, Galeno, Diógenes Laercio, Máximo de Tiro, Diognetes, Crescencio, Celso. Los filósofos cristianos: Ireneo, Justino, Teófilo, Atenágoras, Ermias, Clemente de Alejandría y Orígenes. Los Doctores de la Iglesia: San

Cipriano, San Atanasio, San Basilio, San Gregorio, San Ambrosio, San Jerónimo, San Cirilo, San Crisóstomo y San Agustín.

Pero ya por estos tiempos la filosofía había sido afectada por muchas vicisitudes: Cayo Calígula, insigne aborrecedor de las letras, había atormentado enormemente a los filósofos, y posteriormente Nerón había ordenado que fueran desterrados de Roma, y Domiciano, de todas las fronteras de Italia. Los honores a las letras fueron renovados en el tiempo en que ascendió al Imperio de los Romanos Adriano, entregado en gran medida a los estudios, en los cuales incluso mereció alguna alabanza, aunque, deseoso de la famosa gloria más de lo justo, quiso por error ser tenido en el número de aquellos sabios a los que no había podido alcanzar con las fuerzas del ingenio dado a él. La filosofía volvió a la suma cumbre de gloria durante el reinado de Marco Aurelio Antonino, quien también, vistiendo aún la toga pretexta, caminaba en Roma como todo un filósofo, con la vestimenta, con la doctrina, con el modo de vida; posteriormente, cuando cambió la vestimenta de filósofo por la de emperador, incrementó su doctrina con la edad y se llevó a la tumba los modos filosóficos. Llamaba a la filosofía “madre”; al poderío, en cambio, “madrstra”, y muy frecuentemente tenía en la boca aquel dicho de Platón: “Serán felices los pueblos en los que o los filósofos reinen, o los reyes filosofen”. La erudita posteridad aprobó la sabiduría de este varón en su famosa obra, escrita en griego, que dilucida los preceptos de la ética con admirable prudencia de cosas y encantadora simpleza. En este siglo, que fue el segundo de la edad cristiana, florecieron los Plinius, Dión Crisóstomo, Quintiliano, Plutarco, quienes acompañaron a la sabiduría con sumo honor; así también sobresalieron en las letras Epicteto, Arriano, Galeno, Diógenes Laercio, Máximo de Tiro, Diognetes, Crescencio, Celso y varios otros, de los cuales, algunos convirtieron su filosofía en los sagrados dogmas y ritos de los cristianos. Por otra parte, entre los católicos no faltaron sapientísimos

filósofos: Ireneo, Justino, Teófilo, Atenágoras, Ermias, Clemente Alejandrino y, casi al inicio del siglo siguiente, Orígenes, discípulo de aquel Clemente y sucesor en el gobierno de su escuela, llamado además “Adamantino” por su incansable asiduidad en las letras. Todos ellos, sin duda, con sus obras muy distinguidas y escritas con profunda doctrina, triunfaron gloriosamente sobre los aborrecedores del nombre cristiano, y mandaron a los injustos calumniadores a callar con eterna deshonra. Pero a partir de aquí, en una serie ininterrumpida, la Iglesia Católica contó como doctores muy rigurosos en su modo de vida y muy sobresalientes en su doctrina a Cipriano, Atanasio, Basilio, los Gregorios, Ambrosio, Jerónimo, los Cirilos, Crisóstomo, Agustín y otros innumerables a los que Dios parece haber enviado al mundo en tan gran abundancia en los tiempos más difíciles de la Iglesia, para que opusieran la sublimidad de su ingenio, su heroica fortaleza y su incansable esfuerzo frente a los que filosofaban contra los dogmas de la Santa Fe y a los errores que por todas partes reptaban. Pero, envueltos en muy trabajosas discusiones, como llevaran una vida ciertamente difícil en una larga serie de calamidades, dirigieron casi todos los nervios de su ánimo hacia ciencias de primera necesidad, nobleza y magnitud: la teología, sin duda, y la ética; y no pudieron ocuparse del todo, sino ocasionalmente, de otras ramas del conocimiento que hasta entonces trataban los filósofos.

VII. LA FILOSOFÍA DURANTE LA EDAD MEDIA

VII.1 La caída del Imperio de Occidente. El Papa León I Magno, el Papa Gregorio I Magno, San Isidoro de Sevilla y Magno Aurelio Casiodoro.

Pero posteriormente se lanzó a todo lo largo de Hispania, Italia, África, Galia, una turba de bárbaros que, a la manera de un rayo, lo devastó todo rápidamente, lo perdió confusamente, lo revolvió lamentable. ¿Y qué podían esperar las ciencias en tan gran tumulto de cosas? ¿Cómo vivirían entre espadas desenvainadas por todas partes, en el

continuo gemido de aquellos que habían sido sabios y dominando ya los que tenían en aprecio el furor y la ignorancia? Ciertamente en este ataque de los bárbaros, se colapsó el Imperio de Occidente y se derrumbó la República de las letras envuelta en las mismas ruinas. No ciertamente porque hayan dejado de nacer ilustrísimos ingenios, pues en el quinto siglo después de Cristo, presidió en Roma el Pontífice León, a quien fue atribuido el nombre de Magno, no menos por la grandeza de su doctrina que por su elegantísima diligencia en las obligaciones del Pontificado más difícil. Del mismo modo, en el siglo siguiente, gobernó la iglesia romana Gregorio, también llamado Magno y ciertamente con mérito, si hay alguno mayor que éste, por más que ciertos soñadores y sicofantas maldicientes hayan parlotado lo contrario. Puso enormes sudores en las letras y escribió muchísimas cosas que siempre serán monumentos para quienes saben en su justa medida cuán benemérito en las ciencias ha sido este supremo Pontífice. Su discurso latino fluía graciosamente, aunque no haya cultivado del todo la pureza del áureo sermón, e incluso Erasmo, a quien nadie llamaría peregrino en esta cualidad, creyó que en los escritos de Gregorio se lee un estilo muy cercano al de Tulio, del cual los restantes autores de la misma época se apartaban mucho. Isidoro, Pontífice de Sevilla, también vivió por estos tiempos; a éste, ni los más exigentes Aristarcos de nuestra época se atreven a expulsar del número de los filósofos. Escribió, además, innumerables cosas, no sólo sobre lo divino, a lo que tuvo entre sus principales amores, sino también sobre dialéctica, física, astronomía, matemáticas; muchas de estas cosas confirman al menos el acertadísimo juicio y la inmensa erudición de este autor. Magno Aurelio Casiodoro, calabrio de nación, patricio romano, después de que bajo Teodorico, nuevo rey de Italia, y sus tres sucesores ejerció las primeras dignidades con sumo aplauso, se retiró a Calabria, donde acrecentó su filosofía con una capucha de monje que vistió en el amplísimo monasterio fundado con sus recursos y en la biblioteca adjunta, a

la que ennobleció incluso con sus obras, abundante y preciado fruto de un ingenio que se esforzó por muchos lustros. Y no es módica la gloria de tan gran varón, porque en conversaciones familiares con sus compañeros, los exhortaba repetidamente, les rogaba con empeño y los urgía con muchas razones para que consumieran en el deleite de los estudios cualquier rato que les restara de las normas del monasterio. Y por estos esfuerzos tan magnánimos de Casiodoro para que los que se habían congregado con él cultivaran su mente con las doctrinas, parece que debe recordarse el hecho de que tanto los monjes Vivarenses que él había fundado, como muchos otros que, siguiendo su ejemplo, se habían dispersado ampliamente por Italia, Galia, Hispania, Germania, Anglia, hayan puesto todo su afán en la conservación de las ciencias; ya que casi se debe a los monjes el que la memoria de las letras no fuera destruida totalmente en aquella infelicísima época de muchos siglos a la que llaman “reino de la ignorancia”.

VII.2 Breve reflexión sobre la edad oscura

Y ciertamente no faltaron, incluso fuera de los monasterios, varones muy célebres por su doctrina, de los cuales hemos abordado a pocos; omitimos a los otros porque no es propio de la brevedad propuesta examinar a cada uno. Pero sin duda el número de sabios de aquella época fue muy pequeño y casi debe tenerse en nada frente al inmenso ejército de bárbaros y de imitadores de las costumbres bárbaras. Y, por ello, no puede negarse totalmente que incluso esos pocos que entonces sobresalieron por sus doctrinas, no hayan sido inmunes a cierto sabor viciado y depravado en las letras, al cual había una tendencia que se derivaba fácilmente de las costumbres de la época. Muy frecuentemente ha sido tratada por los eruditos modernos esta cuestión: ¿Qué peste tan fuerte pudo haber afectado al orbe por aquellos siglos, que hayan resistido apenas vestigios de las letras, y éstos entre pocos y encerrados casi en tinieblas? Pero no importa que agrade a algunos hablar contra el

Pontífice Gregorio Magno, contra Carlos, rey de los galos, también llamado con el nombre de Magno, contra todos aquellos que se consagraban a los sagrados ministerios, depuestas, empero, las envidias que obcecan la mente miserablemente, no parece que pueda ser designada otra causa adecuada, sino la ferocidad de las costumbres introducidas por los bárbaros, el desordenado y totalmente confuso hacinamiento de varias naciones que distaban muchísimo entre sí en naturaleza, educación, costumbre, lengua, que ni eran refrenadas con la sagrada comunión de las leyes, ni eran contenidas con otro vínculo, el aspecto desordenado de todas las cosas, los odios, las matanzas, los derechos divinos, políticos y civiles totalmente pisoteados. ¿Cómo podía haber tiempo para que se ocuparan en investigar los arcanos de la naturaleza, en contemplar el curso de los astros, en medir las líneas y los ángulos, en buscar los encantos de la elocuencia los míseros mortales que soportaban la vida tan penosamente, a quienes apenas les era permitido vivir, a quienes les había tocado nacer, crecer y llegar a las últimas canas entre tantos males? “Nunca, como decía Tulio, sea mezclada con la sabiduría la temeridad” Y las letras aman un ánimo verdaderamente calmado, tranquilo, libre para ellas; las ciencias nunca han parecido germinar en un calamitoso ardor de efervescentes tumultos.

VII.3 El siglo X: Alfarabi, Albumazar y Avicena. Los siglos XI y XII: Averroes y la transmisión de los textos de Aristóteles.

En el siglo X de la era cristiana, cuando densísimas tinieblas oscurecían a Europa, las letras parecían haberse retirado a Arabia; florecieron en ellas Alfarabi, famosísimo por la vastedad de su doctrina, Albumazar, Avicena y muchos otros que, como depositarios de la filosofía, compartieron después con los europeos las luces adquiridas en su tiempo. En el siglo siguiente diseminaron eruditas Academias por aquella parte de Hispania ocupada por ellos, en las cuales fue sumamente célebre el nombre de Averroes, árabe de origen,

cordobés de patria, por cuyo cálamo, además de las obras *Sobre la naturaleza del orbe*, *Sobre la medicina*, *Sobre los antídotos* y algunas otras, tenemos a un Aristóteles que habla en árabe, ya haya intentado traducirlo totalmente, ya solamente explicarlo. Pero en esta obra entrega al mundo de las letras más sus propios pensamientos que la filosofía de Aristóteles. De ahí que el Divino Tomás decía: “Averroes no fue tanto un peripatético, sino un corruptor de la filosofía peripatética.” Este esfuerzo de los árabes por resguardar los conocimientos también puede ser designado como una especie de Aurora, en verdad muy reluciente aún, que preparó, a pesar de todo, el camino para la restauración de las letras. De todos modos, no negamos que el texto de Aristóteles, que ya había llegado viciado a los árabes, fue corrompido por ellos más y más con conjeturas e interpretaciones; como tampoco, que los sabios de esa nación introdujeron a la filosofía innumerables disputas que son todas sobre sutilezas que cargan inútilmente la mente, de las que nadie en su sano juicio diría que pertenecen a los conocimientos filosóficos. Pero, con todo, los consideramos beneméritos de las ciencias porque engrandecieron a las letras en aquellos difícilísimos tiempos para Europa, porque fundaron academias y las propagaron más allá del suelo patrio, y porque despertaron a los ingenios que allí nacían, los cuales habían estado dormidos, oprimidos por múltiples calamidades. Luego, Aristóteles, pésimamente deformado por lagunas que habían sido hechas en sus obras por el vicio de los tiempos, completadas al arbitrio de los hombres y con invenciones de innumerables traductores, fue introducido a Francia a principios del siglo XIII, pero tan distinto del filósofo que enseñaba en Atenas, que si le fuera concedido salir del sepulcro, recibiría o con indignación o con carcajadas la filosofía encomendada bajo su nombre. Su obra fue condenada a la hoguera en París en el año 1209, y su lectura, prohibida a los católicos. Seis años después fue permitida su dialéctica; la física y la metafísica permanecieron en la prohibición antes

mencionada. Pero de allí, en el año 1231, el Pontífice de Roma Gregorio IX prohibió que Aristóteles fuera leído hasta que fuera expurgado de los errores contra la Santa Fe. Después de ciento treinta y cinco años, los cardenales delegados por Urbano V para que la Academia de París fuera restituida a su antiguo esplendor, recomendaron las obras de Aristóteles, exceptuando solamente la física. En el siglo siguiente, Aristóteles tenía ya tanto honor, que un autor que se opuso al príncipe de los peripatéticos fue condenado por un decreto real de Francisco I, y le fue impuesto que no se atreviera más a atacarlo con maledicencias. Pero Aristóteles nunca estuvo en una cumbre de gloria tan alta como a principios del siglo XVII, cuando la Academia de París declaró públicamente que podía leerse y enseñarse toda obra filosófica que tuviera el nombre de Aristóteles.

VII.4 El siglo XIII: Alberto Magno, Alexander Hales, Bonaventura, Juan Duns, Roger Bacon, Raimundo Lulio, Alfonso X el Sabio, Federico II y Santo Tomás de Aquino. El siglo XIV: la tiranía de la escolástica. El siglo XV: el Papa Besarión Niceno, Juan Argirófilo, Teodoro Gaza, y Jorge de Trebizonda. El siglo XVI.

En esta diversa fortuna del nombre aristotélico ante diversos tiempos, las letras contaron entre sus cultivadores a varones de primera magnitud, cuya fama adquirida en aquel tiempo los sabios de época posterior, sin embargo, no consideraron igualmente justa para todos. Ciertamente, en el siglo XIII, Alberto Magno, Tomás de Aquino, Alexander Hales, Bonaventura, Juan Dunst, Roger Bacon, Raimundo Lulio, Alfonso X, rey de Castilla y de León, y Federico II, emperador de los germanos, y otros varones excelentes, ya no en pequeño número, aportaron nuevos esfuerzos para la gran obra de la restauración de la filosofía. Sin embargo, aún no había brillado un día pleno para las letras, pues no habían sido derrotadas ni borradas de la memoria de los hombres las inútiles, vanas, bárbaras cuestiones que en absoluto conviene que los filósofos o entiendan o ignoren: más aun,

habiendo sido descubiertas muchísimas de sabor árabe, fueron añadidas entonces otras de tal clase de paja que consumían el tiempo en vano, que atormentaban tiránicamente la paciencia de los hombres, que eran defendidas con admirable furor y necesidad de ambas partes como si fueran cosas de la mayor importancia. Por lo cual, la filosofía no recogió frutos tan fértiles como los que podían prometerle varones dotados de tan excelso ingenio, que, si hubieran vivido cuatro siglos después, hubieran trabajado con mayor fortuna junto a los Descartes y Newtons en la erección del edificio de las ciencias hasta la cima de la grandeza. Y Tomás de Aquino, a quien indudablemente se le ha considerado tan benemérito en la teología como en el siglo XVII Descartes lo fue en la filosofía, ciertamente en ningún tiempo ha dejado de ser tenido en gran estima por los sabios, porque pensó muy profundamente, porque estableció sólidamente sus doctrinas, porque razonó con admirable eficacia, porque conoció muy mesuradamente, porque escribió muy simple y claramente, porque amó sobremanera el orden. Ya por aquel tiempo los hombres habían coartado el nombre de la filosofía con términos muy angostos, y generalmente no llamaban filósofos sino a los que trataban la lógica, la física y la metafísica. Por otra parte, el siglo XIII no parece haber resuelto nada en estas ramas de las letras, porque, por cierto ciego favor, se juraba en nombre de las palabras de aquel Aristóteles que los árabes habían confeccionado, y casi no había quien se atreviera ya a contradecir lo pensado, a investigar nuevas causas de las cosas, a penetrar honorablemente con mayor curiosidad en los secretos de la naturaleza, para que no pareciera que se ofendía la autoridad de tan gran maestro, a quien todos parecían creer inmune al error. Las encarnizadas competencias y luchas que dividían a las escuelas entre sí, generalmente versaban sobre cualquier sutileza digna de ser estimada en el valor de un bledo, para que, después de que cada uno se había esforzado y había provocado una tempestad en un vaso de agua, vencieran con esto: que Aristóteles los

habría favorecido. Y esta imperiosa tiranía se perpetró incluso durante todo el siglo XIV, aunque en él hayan vivido en Italia, en Francia, en España, en Alemania, en Inglaterra, ilustrísimos ingenios, cuya autoridad hubiera podido poner en libertad las subyugadas mentes de los hombres. Un poco más felices parecieron los intentos en el siglo XV, cuando llegaron a Italia los griegos: el Pontífice Besarión Niceno, Juan Argirófilo, Teodoro Gaza, Jorge de Trebizonda y muchos otros de ilustre nombre en las letras, quienes, derramando sus abundantísimos conocimientos, tanto públicamente en las escuelas como en eruditos coloquios privados, aguzaron a los ingenios de Occidente que ya desde antes tendían hacia el mejor sabor de las ciencias. Y ciertamente se consiguió que muchos se levantaran para demostrar con mucha vehemencia que la mente humana había estado injustamente muy oprimida. En estas demostraciones, por una parte, algunos describieron sinceramente los vicios de la Escuela; otros, en cambio, con la frente muy audaz, ladraron más de lo justo en contra de aquellos que eran llamados Escolásticos. Durante el siglo XVI, en verdad el más sabio ya en materia teológica, ya en la ciencia de las costumbres, ya en las letras más refinadas, aún no pudo la filosofía ser restituida a su esplendor, pues, como muchos deploraran que, como en el siglo precedente, la filosofía se perdiera en la filosofía entonces enseñada y como, con todo, no la reemplazaran por otra más digna del ingenio humano, en tanta luz del siglo nadie hubo que sacudiera el yugo de la esclavitud.

VIII. LA FILOSOFÍA EN LA ÉPOCA MODERNA

VIII.1 El siglo XVII: René Descartes, Galileo Galilei, Francis Bacon y Pedro Gassendi.

Este triunfo estaba reservado a René Descartes, filósofo francés. Entró al siglo XVII habiendo nacido en el cuarto año de éste; ilustre por su linaje, mucho más ilustre por su noble libertad para opinar acerca de las cosas del mundo y por sus benéficas fatigas, con las cuales ya creó casi en gran parte su filosofía, ya la aumentó, con esplendor y dignidad

ciertamente, del modo más fastuoso. Mas no debe ser despojado de la debida alabanza Galileo Galilei, ciertamente, antes que nada, famoso, nacido en Florencia treinta y dos años antes que Descartes. Este Galileo, por su erudición suma en geografía, por sus ingeniosísimos inventos en el campo de la mecánica y, principalmente, por sus conocimientos de astronomía, provocó en su tiempo grandes rumores acerca de su persona y dejó a la posteridad sumo renombre para sí. A la par de Galileo, floreció entre los ingleses Francis Bacon, barón de Verulam, quien meditó cosas ciertamente grandes y sublimes para que la renovación de las letras por fin fuera lograda, en cuyo bien escribió libros muy celebrados acerca del incremento y dignidad de los conocimientos humanos, acerca del nuevo instrumento de las ciencias, acerca de los fenómenos del orbe entero y muchos más de primera utilidad y amplitud, aunque ciertos mezquinos, envidiosos de esta gloria inglesa, lo hayan injuriado. También Pedro Gassendi, varón de excelso ingenio, nacido en Francia cuatro años antes que Descartes, casi por los mismos tiempos, también él removió a los peripatéticos al renovar los átomos y el vacío de Leucipo y Demócrito. Pero quien transformó toda la faz de la filosofía; quien destrozó noblemente las antiquísimas cadenas de la fuerte dominación; quien con su robusto ingenio abatió los prejuicios; quien se atrevió a luchar solo contra el formidable ataque de todos los escolásticos; quien tuvo todas las cuestiones filosóficas bajo sospecha hasta no haberlas sopesado en la balanza de un severo examen; quien exclamó que la razón debe ser considerada por la autoridad humana como una verdad recientemente conocida por un prejuicio que comienza a encanecer, se dice que fue Descartes. Ciertamente es claro que este filósofo, conducido por su fogosísimo ingenio, no siempre alcanzó las verdaderas causas, de donde partió para explicar los fenómenos de la naturaleza, en la misma medida en que aseveró en vano que él las había descubierto. René Descartes, en lo restante, derribó el enorme coloso de la filosofía entonces reinante,

con el cual ciertamente incólume, la luz de la verdad no podía surgir y, habiendo lanzado los fundamentos para una nueva forma de filosofar, fácilmente trazó un camino para que la verdad bebiera, hasta donde es permitido a los mortales, de la purísima fuente de la razón. Y cuán grande haya sido en el pensar audazmente y hasta dónde haya avanzado con su fogoso y admirablemente inventivo genio, se muestra con suficiencia en sus obras, entre las cuales, las más importantes son el *Método* para conducir la mente hacia la verdad, las *Meditaciones metafísicas*, *Elementos de filosofía*, *Dióptrica*, *Mecánica*, *Geometría*, *Álgebra* y libros acerca del hombre, del mundo, de los movimientos internos del alma, de los meteoros, y muchas cartas cuyo argumento es totalmente filosófico. Estuvieron entre las doctrinas filosóficas de Descartes los famosos vórtices de las partículas de la materia que se mueven continuamente en círculos, tanto alrededor de su propio eje, como alrededor de un centro común; aquellos tres elementos que nacen de las partículas que se frotran entre sí: la materia, sin duda, sutil; los glóbulos y las partes ramosas y más duras, los animales que se mueven solamente mediante las leyes de la mecánica y lo que llaman “meros autómatas”, el alma del hombre situada entre el tercero y el cuarto ventrículo del cerebro donde está la glándula que él llamó “pineal” por su figura y otras novedades de este género, si no del todo verdaderas, al menos forjadas con agudísimo ingenio.

VIII.2 Isaac Newton

Doctrinas profundamente opuestas a éstas ideó Isaac Newton, varón sin duda muy grande, honra y ornamento de los ingleses durante el siglo pasado y el presente. Aprendió de Kepler y de Descartes las primeras luces de geometría y matemáticas, en las cuales, a los veinticuatro años, ya había descubierto el primero lo que posteriormente los sabios leyeron con admiración en sus famosas obras *Sobre la óptica* y *Elementos de filosofía natural*. Demostró su ingenio en la filosofía y la metafísica, demostró también la fortaleza que

Descartes opuso a los prejuicios de los filósofos; sin embargo, no creyó que él pudiera adherirse a las conjeturas, con las Descartes edificó la fábrica de la nueva filosofía, sometido a ellas. Por lo cual el filósofo inglés consideró de gran valor supeditar la física a los experimentos y a la ley de la geometría. Descubrió el primero el cálculo infinitesimal y el orden de las progresiones sin número; los cuales descubrimientos sin duda fueron de muchísima importancia para explicar tanto las sublimes cosas de la geometría, como los innumerables fenómenos de la naturaleza. Fue, por así decirlo, el primer anatomista de la luz, a la que diseccionó con admirable habilidad, y demostró que se compone de siete rayos. Antes de Newton, los filósofos hablaban de la luz, pero nadie había sabido qué era ésta, y no había existido, entre tantos sabios, alguno que hubiera comprendido profundamente su naturaleza íntima y que hubiera visto en ella un rayo séptuple y, en número igual, los colores primigenios. Mostró el primero en dónde ha de encontrarse la explicación al fenómeno de que todos los planetas se mantengan en su órbita: es porque obedecen a la ley suprema de que todos los cuerpos se atraen mutuamente. Esta fuerza de atracción, que el sumo artífice de las cosas introdujo a los cuerpos y que Newton llamó “atracción”, es el principio fundamental de toda la filosofía newtoniana. Dividió en dos esta ley general de atracción. Sin duda, la primera es: Si un cuerpo es, en cantidad, cuatro veces más grande que otro, la cantidad mayor atrae a la menor con una fuerza cuatro veces mayor. Lo cual se expresa en términos geométricos: la atracción está en proporción directa de sus masas. Por lo cual, si estos dos cuerpos, puesta cierta distancia entre ambos, se abandonan a una mutua atracción, el menor recorrería su camino tanto más apresuradamente para reunirse con el mayor, como sea excedido por éste en cantidad, lo cual en geometría se expresa: la velocidad de los cuerpos está en proporción inversa de sus masas. Otra ley es: si dos cuerpos distan entre sí hasta tres millas, la fuerza de atracción es

cuatro veces mayor en el más grande que distaran entre sí hasta seis millas; o, como dicen los estudiosos de la geometría: la atracción siempre sigue una razón inversa al cuadrado que surge de las diversas distancias. Y lo que es admirable: con sólo estas leyes, no planteadas ciertamente según su arbitrio, sino confirmadas con el cálculo y el orden geométrico, Newton explicó casi todos los fenómenos que existen en la naturaleza. Tenía ochenta y cinco años cuando se alejó de la vida, y se le tributaron honores fúnebres casi como a un rey, y en el magnífico mausoleo erigido en su honor, fue grabada una inscripción que reza: “Congratúlense los mortales de que haya existido tal y tan grande gloria del género humano.”

VIII.3 Gottfried Wilhelm Leibniz

También Alemania dio en el siglo pasado y en el nuestro un eminentísimo filósofo, que con justa razón debe ser comparado con Descartes y Newton: Gottfried Wilhelm Leibniz. Tuvo a Leipzig como patria, le tocó en suerte un ingenio fecundísimo y, lo que decía Livio acerca de Catón, versátil para todo; dirías que había nacido sólo para aquello que hacía. Recibió de su padre una valiosa herencia: una biblioteca, naturalmente, llena de innumerables libros que trataban casi todas las ramas del conocimiento; y, habiendo tenido de la naturaleza un don más valioso que aquél, su deseo sumo de saber y una increíble constancia en los afanes de las letras, se dice que llegó a ser orador, historiador, poeta, perito del derecho, teólogo, filósofo, matemático, y eximio en cada una de estas disciplinas. Como quiera que sea, de este conjunto de ciencias, solamente recordaremos su filosofía, que es lo propio de nuestro proyecto, y no toda ella, sino los puntos principales. Alabó mucho a Platón y Aristóteles, su buen orden y armonía, pero él tuvo otro camino, apartado de aquéllos, para explicar la naturaleza de las cosas. Quiso que todas las cosas que existen estuvieran formadas por mónadas, con cuyo nombre concebía una sustancia simple, que no

tiene ni especie, ni figura, ni lugar, ni extensión, y que no puede ser tocada o generada o corrompida o disuelta, ni existir al menos, sin que sea creada por el sumo Artífice, ni extinguirse, sin que se vuelve a la nada. Todas las mónadas –decía- son distantes entre sí, y están dotadas de cierta fuerza con la cual, a su vez, se conducen unas a otras; además de esta fuerza intrínseca que las conduce y las mueve, hay en las mónadas individuales una forma interna característica de cada una de ellas. De este modo, estas sustancias muy simples, en absoluto compuestas, en nada extensas, son los elementos de todas las cosas, pero, según su clase, cada una sirve para diversas cosas. Todas ciertamente son como un centro y un espejo y un camino del orbe entero, pues unas se manifiestan muy confusamente, y no hay en ellas fuerza más que para moverse, éstas son las mónadas de las que se componen los cuerpos; otras se manifiestan un poco más claramente, de éstas surgen las almas de los animales. Hay una tercera clase, en las que se representa la totalidad de las cosas fácil y claramente, y con admirable orden: de estas mónadas más nobles es el alma humana. Pero hay una mónada, la única que comprende la cuarta clase, origen eterno de las cosas, suprema razón de todas las mónadas, la cual ve, conoce, representa todo lo que existe o puede existir. Leibniz llamó a esta mónada Dios Óptimo Máximo. Si le preguntaras cómo pueden producir lo extenso las cosas que no tienen extensión, te diría que esto es un fenómeno que se origina necesariamente a partir de la unión de las mónadas, pues cuando aquella perfectísima mónada creó a las restantes, les asignó tal armonía de cosas que cualquier mónada que obedece a las leyes dadas a sí, parece obedecer a las leyes propias de otras mónadas, aunque entre éstas y aquéllas no exista en absoluto comercio alguno. Y así ciertamente el alma de Leibniz, absolutamente en nada sometida a los instrumentos del cuerpo, ideó tantas novedades en el campo de la filosofía; y parecía que su cuerpo escribía lo que le dictaba su alma, del mismo modo en que, a su vez, el alma, determinada para idear

estas cosas, las hubiera ideado incluso lejos del cuerpo. Así, el cuerpo creado con armonía para escribir esas cosas, las hubiera escrito lejos del alma. Absolutamente en nada o el alma es dirigida, incitada o impulsada por el cuerpo o el cuerpo por el alma, aunque, a partir de una armonía determinada, parezca que se corresponden mutuamente. Las mónadas, por lo tanto, son la razón suficiente de todas las cosas que pueden tocarse: y como las mónadas no tienen espacio vacío alguno, o éste es mínimo, una que avanza hacia otra no puede moverse sin que la totalidad de las cosas se perturbe y se manifieste una nueva faz del orbe. Luego, quien advierta esta armonía predeterminada de las cosas, no debe admirarse de que nazca lo extenso de la conjunción de las mónadas, no de las extensas ciertamente, sino de las que, no obstante, obedecen a una ley armónica. Y de estas reglas se deduce fácilmente que todo lo que haya hecho alguna vez aquella mónada creadora, lo hizo conducida por una razón suficiente, y que, por ello, [lo hizo] muy perfectamente. Y como no haya podido hacerlo absolutamente de ninguna otra manera, debe considerarse que está orientada hacia lo óptimo en sus obras externas, porque sin duda es lo óptimo, no por un bien sopesado separadamente, sino por la perfección del orbe entero. Están éstas entre las doctrinas de Leibniz, en las cuales se exhibe completamente a la admiración la sublimidad de un ingenio que volaba muy libremente, inventora e índole amante de cosas nuevas y filosofía hasta ahora no escuchada. Pero no es propio del que narra la historia examinar si estas cosas le constan.

IX. EL SIGLO XVIII.

IX.1 Malebranch, Clarke, Wolff, Maupertuis, Boschovich, D'Alembert y Bonnet.

Exhortación final a la juventud mexicana.

Existieron también en este siglo XVIII, dorado por sus letras, Malebranch, Clarke, Wolff, Maupertuis, y muy recientemente, Boschovich, D'Alembert, Bonnet y otros más,

cuyos ingenios sobresalieron, y cuyos enormes intentos para acrecentar las luces de la filosofía y disponerla hacia el mejor sabor con aportaciones diarias fueron sin duda dignos de alabanza. Pero ni parece que hayan recorrido caminos absolutamente nuevos para explicar la totalidad de los fenómenos, ni es lícito recordar en un breve compendio a cada uno de los que se distinguieron. Solamente me resta, dirigiendo mis palabras una vez más a vosotros, jóvenes mexicanos, que con muchos ruegos os suplique, os impulse, os incite, os apremie para que tengáis a las letras entre vuestros amores, para que cultivéis con el alma la filosofía, la cual, ya os haya sonreído la fortuna, ya os haya tocado adversa, ya prosigáis con la teología, ya os ocupéis de la jurisprudencia, ya vistáis algún día la toga, ya seáis arrebatados por la gloria militar, ya os adscribáis a los ministros de Dios, ya seáis ricos, ya pobres, ya os ocultéis en casa, ya vayáis hacia la vida pública, ya paséis vuestra vida en la ciudad, ya lo hagáis en el campo, ya entabléis conversación con el conciudadano, con el extranjero, con el sabio, con el ignorante, ya os marchéis alguna vez de la patria, ya recorráis los lugares más remotos del mundo, nunca dejará ser para vosotros un erudito ocio, nunca en las situaciones difíciles un refugio, nunca un útil y suavísimo entretenimiento. ¡Pero, por Dios inmortal, sabed juzgar entre ingenio e ingenio, distinguid con sobriedad al sabio del impío que filosofa con engreimiento, cuidaos de los capciosos placeres de algunos que justamente en estos últimos tiempos falsamente se han llamado filósofos, no ciertamente porque hayan traído alguna nueva luz para la renovación de la filosofía, sino porque, adornados de muchos encantos de elocuencia, son audaces en todo, diseminan fácilmente los errores, corrompen las costumbres, cacarean neciamente, se expresan muy firmemente, quieren a la razón humana como supremo juez de todas las cosas, incluso en contra de los dogmas que o Dios mismo claramente manifestó, o que los supremos pastores de la Iglesia definieron legítimamente, o que los Padres católicos, todos

ciertamente, siempre y en todas partes defendieron (lo cual es tradición divina). Y sin duda, si de este modo leyerais los errores muy bellamente adornados de los filósofos, sin que fortalezcáis previamente vuestras mentes tanto con una larga experiencia como con la fecundidad de las doctrinas, incautos beberéis de una copa dorada el veneno de un dulcísimo discurso.

NOTAS A LA TRADUCCIÓN

¹ Atendiendo al uso de su época, Guevara prefiere siempre llamar por el *nomen* al célebre escritor, político y orador romano Marco Tulio Cicerón, nacido en Arpino en el año 106 a.C. Murió en el 43 a.C, habiendo completado sesenta y tres años de vida.

² Luciano de Samosata (ca. 120-180 d. C), escritor y *rhetor* griego. Dedicó su vida al estudio de la retórica y la filosofía y alcanzaron gran fama sus diálogos satíricos, en los que critica tanto las falsas doctrinas filosóficas, como las creencias supersticiosas de su tiempo.

³ Benito Jerónimo Feijoo (1676-1764), escritor español representante de la primera fase de la ilustración. Es autor de la obra *Theatro crítico universal o discursos varios en todo género de materias para desengaño de errores comunes*, que consta de ocho volúmenes publicados entre 1727 y 1739, y de *Cartas eruditas y curiosas en que por la mayor parte se continúa el designio del Theatro crítico universal, impugnando o reduciendo a dudosas varias opiniones comunes*, editada en cinco volúmenes entre 1742 y 1760. Murió a los ochenta y ocho años de edad. Como se puede ver, de los tres ejemplos citados por Guevara, sólo Feijoo puede figurar en la serie de los que pasaron de los ochenta.

⁴ Se refiere a Descartes, Galileo Galilei, Francis Bacon, Pedro Gassendi, Newton, Leibniz, y sobre todo a sus contemporáneos: Nicolás Malebranche, Samuel Clarke, Christian Wolff, Pierre-Louis Moreau de Maupertuis, Roger Josef Boscovich, Jean Le Rond D'Alembert, Charles Bonnet y los que menciona en el prefacio a las *Instituciones*: Musschembroek, Horvath, Mako von Kerck Gede, Fortunato de Brescia, Monteiro, Verney, Jacquier, entre otros.

⁵ Guevara se adhiere a los que establecen el origen de filosofía en Adán, el primer hombre según el relato bíblico intitulado *Génesis*, aunque como se leerá líneas más abajo, no acepta como un tema de primer orden en la discusión filosófica cuál haya sido la naturaleza y los contenidos de la filosofía de Adán, excepción hecha del tema de la imposición de las nominaciones de los seres vivos y de las cosas.

⁶ Gn. 2, 19-20

⁷ Diálogo de Platón, escrito poco tiempo después de la fundación de la Academia, hacia 385 a. C. El tema del diálogo es la exactitud de los nombres, el origen y características del lenguaje. El título se inspira en Cratilo (s. V a.C.), uno de los interlocutores del citado diálogo, filósofo ateniense discípulo de Heráclito según Aristóteles.

⁸ De acuerdo con Gn. 6-9, el diluvio de cuarenta días y cuarenta noches que Yahvé impuso como castigo a la humanidad por su maldad. Noé, hijo de Lámek, descendiente de Adán en décima generación, sus hijos Sem, Cam y Jafet, su esposa y sus nueras se libraron del castigo por gracia de Yahvé a bordo de un arca en la que llevaban una pareja de cada especie animal.

⁹ Según Gn. 9, 29 Noé vivió novecientos cincuenta años.

¹⁰ Mesopotamia: Antigua región del Asia anterior cuya extensión, particularmente la primitiva, no puede fácilmente determinarse. Los autores griegos confundían en general los nombres de Caldea, de Babilonia y aun de Asiria. Estrabón, Plinio, Ptolomeo y Beroso dicen que la Caldea está situada al sur de Mesopotamia. Con los autores antiguos, la Biblia designa con Caldea la parte más meridional de la Mesopotamia. A partir de 810-781 a. C., el nombre de Caldea se aplicó al norte y sur juntos, indicando el territorio llamado Babilonia. Tal es la Caldea en sentido amplio.

¹¹ La torre de Babel. La historia se encuentra en Gn. 11, 1-9; los descendientes de Noé edificaron una torre en la llanura de Shinar, Babilonia. Los constructores pretendían que la torre llegara al cielo (la palabra hebrea *babel*, del asirio babilonio *bab-ili*, significa “puerta de Dios”); este acto de soberbia causó la ira de Yahvé y los castigó con la confusión de sus lenguas para impedir que continuaran con la construcción.

¹² Beroso (s. III a. C.) Historiador y astrónomo caldeo. Escribió en tres libros una historia de Babilonia, que ha llegado a nuestros días en estado fragmentario. Se conoce sólo por las referencias que de ella hacen Flavio Josefo, Vitrubio, Séneca, Plinio y otros autores de la antigüedad. La edición más completa de los fragmentos que se conservan de esta obra es la de Richter, aparecida en 1825, intitulada *Berosi historiarum quae supersunt*. Anio de Viterbo, que vivió a finales del siglo XV, confeccionó un falso Beroso con fragmentos transmitidos por Alejandro Polihistor, el neoplatónico Damascio y Eusebio, fragmentos del Génesis y sus propias ficciones.

¹³ Historiador judío nacido en Jerusalén, de linaje real y sacerdotal. Su nombre original fue José Ben Matías. Mantuvo buenas relaciones en la corte del emperador Nerón hasta el año 66, cuando ocurrió la sublevación judía en contra de Roma.

¹⁴ Patriarca bíblico y, según Gn. 12, 3 y 17, 4-9, padre de los hebreos. Vivió al parecer entre los años 2000 y 1500 a. C. Nació en Ur y por orden de Yahvé marchó a Jarán y a Canaán. La hambruna lo llevó a Egipto, de donde fue expulsado. Habiéndose restablecido en Canaán con su esposa Sara y su hijo Ismael, Yahvé le ofreció la alianza de ser el origen de los pueblos y los reyes, alianza que Abrahán selló con la promesa de circuncidar a todos los varones de su casa.

¹⁵ Eupolemo (*fl. ca.* 150 a. C.) Historiador judío helenizado nacido en Palestina. Escribió en griego la obra *Sobre los reyes de Judea*, una historia muy popular del pueblo judío. Los fragmentos de su obra se encuentran en Clemente de Alejandría y Eusebio de Cesarea.

¹⁶ Eusebio de Cesarea (*¿260-340 d. C.?*), teólogo, historiador y erudito cristiano, posiblemente nacido en Palestina. Obispo de Cesarea hacia el año 314 d. C. Fue autor de *Crónica*, una historia del mundo, y de *Historia eclesiástica*.

¹⁷ El pasaje pertenece al capítulo 39: “Ninguna nación, pues, se jacte y glorie vanamente de la antigüedad de su sabiduría, como anterior a la de nuestros patriarcas y profetas, que tuvieron sabiduría divina, puesto que ni aun en Egipto, que suele gloriarse falsa y vanamente de la ancianidad de sus letras y doctrinas, se halla vestigio de que alguna sabiduría suya haya precedido en tiempo a la sabiduría de nuestros patriarcas [...]”

¹⁸ El undécimo hijo del patriarca Jacob; según Gn. 30-50, José fue objeto de la envidia de sus hermanos, quienes lo vendieron como esclavo. Su amo lo llevó a Egipto, donde se ganó el favor del faraón al interpretar sus sueños y profetizarle siete años de prosperidad y siete años de penurias y escasez. El faraón nombró a José Primer Ministro y le encargó almacenar alimentos para la época de escasez. Habiendo llegado los hermanos de José a Egipto en busca de alimentos, éste les reveló su verdadera identidad y, tras la reconciliación, Jacob trasladó a toda su familia a Egipto, donde sus descendientes residieron y se multiplicaron hasta ser liberados por Moisés.

¹⁹ Profeta, legislador y guía religioso hebreo, fundador de Israel. La historia de su vida se narra en los libros *Éxodo* y *Deuteronomio*. Nació en Egipto, de padres hebreos, en el tiempo en que el pueblo hebreo se hallaba esclavizado por el faraón. Fue salvado de la muerte, adoptado por la hija del faraón y educado en Egipto. Obligado a huir de allí, vivió como pastor hasta los ochenta años, cuando fue llamado por Yahvé para liberar a su pueblo de la esclavitud, episodio que se ha denominado éxodo. Moisés condujo a los hebreos al Monte Sinaí, en cuya cima permaneció cuarenta días con sus noches. Al cabo de este tiempo, descendió y les reveló las tablas en que estaban plasmados los diez mandamientos. Aunque es difícil de precisar las fechas de nacimiento y muerte de Moisés, hay acuerdo en que el éxodo se produjo en el siglo XIII a. C.

²⁰ En este pasaje, Guevara distingue claramente las dos vertientes de la literatura egipcia: la religiosa y la científica. Destacan en los escritos sagrados los textos que se escribían en los sarcófagos y el célebre *Libro de los muertos*. Los primeros consistían sobre todo en invocaciones que se escribían en el interior de los ataúdes de los nobles desde el s. XXIII hasta el s. XVIII a. C. Se conoce como *Libro de los muertos* al conjunto de rollos de papiro en los que se escribían invocaciones y conjuros que se colocaban en los sepulcros de la gente del pueblo a partir del s. XVI a. C. Guevara desconoce este conocimiento y atribuye a Moisés el dominio de las letras que muestran los avances científicos del pueblo egipcio: la medición del tiempo y de los espacios, el sistema de numeración, la medicina, la astronomía y la geografía egipcias. Nótese que Guevara concede a los hebreos la primacía en estos conocimientos científicos.

²¹ Además de ser el guía del pueblo hebreo por excelencia y uno de los legisladores más famosos de la historia, Moisés fue, según la tradición judeo-cristiana, quizá el autor de los cinco primeros libros del Antiguo Testamento, denominados en su conjunto *Pentateuco* (*Génesis*, *Éxodo*, *Levítico*, *Números* y *Deuteronomio*), así como de otras partes del Antiguo Testamento, incluyendo el libro de *Job*. Sin embargo, la opinión casi unánime de los especialistas es que estos libros son la obra combinada de varios autores.

²² Job fue un héroe de los viejos tiempos que se supone que vivió en la época de los patriarcas, en los confines de Arabia y del país de Edom, una región cuyos sabios eran célebres. La tradición lo considera como un gran justo que se había mantenido fiel a Dios en una prueba excepcional. El autor se ha servido de esta vieja historia para encuadrar el libro del Antiguo Testamento intitulado *Job*, parte de la literatura sapiencial dentro de la cual también están el *Eclesiastés* y los *Proverbios*.

²³ El libro de *Job* consta de cinco partes: el prólogo y el epílogo están escritos en prosa, mientras que los discursos dramáticos de Job, Elifaz, Bildad y Sofar, el diálogo entre Job y Elihú y los discursos de Dios “desde el seno de la tempestad” están compuestos en verso. Se ha dicho ya que esta obra se inspira en un antiguo héroe, lo que la convierte en una especie de epopeya que, a juicio de Guevara, es digna de ser comparada con dos grandes epopeyas de la tradición clásica, la *Odisea* de Homero y la *Eneida* de Virgilio, no

sólo por su composición poética sino también por la similitud de los temas que tratan: tres hombres, Job, Odiseo y Eneas, que se enfrentan a múltiples y difíciles pruebas impuestas por los dioses.

²⁴ David, nacido hacia el año 1040 a. C, fue rey de Judá e Israel. El Antiguo Testamento recoge numerosos relatos de sus hazañas, en especial los libros de *Samuel*, *Reyes* y *Crónicas*. Adquirió fama por sus dotes musicales y por su valentía, especialmente después de su enfrentamiento con el gigante filisteo Goliat. Fue llamado a la corte del rey Saúl e incluso desposó a la hija de éste, aunque posteriormente la envidia del rey causó su expulsión de la corte. A la muerte del rey, David fue coronado rey de Judá, y siete años más tarde, de Israel. De su relación adúltera con Betsabé, esposa de Urías, soldado de su ejército, nació Salomón, a quien designó heredero del trono. Salomón reinó de 961 a 922 a. C.

²⁵ Se refiere a la colección de los ciento cincuenta salmos. Se considera que David es el autor de los Salmos porque, según la tradición, cantaba y componía. De hecho, sólo setenta de los ciento cincuenta salmos se identifican de modo inequívoco con David, y muchísimos menos datan de la época de este rey hebreo. Las atribuciones a David y a otros se hallan en los encabezados, añadidos mucho después de que los Salmos fueran escritos.

²⁶ Los tres libros considerados como las partes fundamentales de la literatura sapiencial del Antiguo Testamento. La identificación de Proverbios con Salomón tiene su origen en la tradición de la gran sabiduría de este monarca; sin embargo, en la actualidad esta tradición se reconoce como ejemplo de la antigua costumbre de rendir tributo a personajes famosos y atraer para las nuevas obras el prestigio de los grandes nombres. *Proverbios* es una colección de proverbios morales compuestos y compilados por una serie de personajes anónimos. Aunque parte del material contenido se remonta tal vez a la época salomónica e incluso a la presalomónica, lo más probable es que la colección íntegra adquiriese su forma actual durante el siglo V o IV a. C. El libro intitulado *Eclesiastés*, traducción al griego de la palabra hebrea *Cohélet*, “predicador”, también fue atribuido por la tradición a Salomón, porque Cohélet se identifica a sí mismo como hijo de David, rey de Jerusalén. En la actualidad los especialistas datan el libro en el siglo III a. C., época en que los judíos estaban bajo la influencia de diversos sistemas filosóficos griegos como el epicureísmo y el estoicismo. Por ello fue un libro puesto en tela de juicio por los rabinos, que pretendieron suprimirlo del cánón de la Biblia, sin embargo, su popularidad y el hecho de haber sido atribuido a Salomón le aseguraron un lugar. La tradición ha atribuido también el *Cantar de los cantares* a Salomón, dada su fama de compositor de canciones: “Compuso tres mil proverbios y su cancionero contenía mil y cinco canciones” (1 R., 5, 12) Sin embargo, en su forma actual, su origen oscila entre los siglos V y III a. C. Se desconoce quién lo escribió o si fue compuesto por un grupo de personas e incluso se discute si se trata de una obra original. Los especialistas creen que contiene una sustancial cantidad de material muy antiguo, originario de Israel, el reino del norte. Ha sido, junto con *Eclesiastés*, uno de los libros más polémicos en su inclusión al cánón por su tema predominantemente erótico.

²⁷ Decimotercer rey de Judá, gran reformador religioso y próspero gobernante. Reinó aproximadamente de 715 a 687 a. C. El acontecimiento más importante de su reinado fue la invasión asiria de Judá en el año 701 a. C. La referencia de Guevara al rey Ezequías corresponde a que por mandato suyo y bajo su patrocinio, un grupo de hombres recopiló una colección de los Proverbios de Salomón (la quinta, que va de 25 a 29). El “incendio” mencionado aquí por nuestro autor bien podría ser un suceso acaecido durante la invasión de los asirios.

²⁸ Tal como consta en 1 R., 5, 13: “Trató sobre las plantas, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que brota en el muro; disertó también sobre cuadrúpedos, aves, reptiles y peces.” Salomón es considerado el primer sabio de Israel, y sin duda tuvo una importante actividad literaria.

²⁹ En esta parte, Guevara se adhiere, como dice Diógenes Laercio, a los que “piensan que la filosofía se originó entre los bárbaros, pues como dice Aristóteles en su *Mágico*, y Soción en el libro XXIII *De las sucesiones*, los magos la inventaron entre los persas; los caldeos entre los asirios y babilonios; los gimnosofistas entre los indios, y entre los celtas y galos, los druidas, con los llamados semnoteos. Que Oco fue fenicio; Zamolxis, tracio, y Atlante, líbico. Los egipcios dicen que Vulcano, hijo del Nilo, fue quien inició la filosofía, y que sus profesores eran sacerdotes y profetas.” Sin embargo, a diferencia del autor griego, que descalifica a los que “atribuyen a los bárbaros, en forma ignorante, las ilustres acciones de los griegos, entre los cuales no sólo comenzó la filosofía, sino también la humanidad”, nuestro autor reconoce el valor de las aportaciones que estos pueblos han hecho a la filosofía, aun cuando siempre concede la primacía a los caldeos.

³⁰ Hermes Trimegisto, un nombre que designa al conjunto de escritos atribuidos al dios egipcio Thoth, equivalente del dios griego Hermes, como dios de la comunicación e inventor de la escritura y la aritmética.

El dios Thoth es el Gran Thoth, por lo cual entre los griegos fue llamado Hermes Trimegisto (tres veces grande) Estos escritos se conocen como *Corpus Hermeticum*, y es un conjunto muy variado de escritos sobre astrología, medicina astrológica, recetas de magia, obras de alquimia, tratados de filosofía, cuestiones de astronomía, física, psicología, embriología etc.

³¹ De Tales de Mileto (ca.640/639-546/545 a. C.) dice Diógenes Laercio que aprendió de los egipcios la geometría; de Pitágoras (hacia 532 a. C.) de Samos, que aprendió la lengua y los arcanos de la religión egipcia; de Demócrito de Abdera (ca. 460-370 a. C.) que fue con los sacerdotes de Egipto para emprender geometría; de Platón, que partió a Egipto a escuchar a los adivinos en compañía de Eurípides, y de Solón, que realizó un viaje a Egipto en compañía de Tales (véase nota 46).

³² Marco Anneo Lucano (39-65 d. C.), poeta romano autor del poema épico *Bellum civile*, mejor conocido como *Farsalia*, en el que narra la guerra entre Julio César y Pompeyo. La referencia está en los versos 220 y 221: “Los fenicios, primero, osaron, si a la fama se cree, / la voz que habría de durar, escribir con rudas figuras.”

³³ En el recuento de las aportaciones de diversos pueblos al arte de la navegación hecha por Cayo Plinio Segundo (ca. 23-79 a. C.) en su gran enciclopedia *Historia natural*. Entre estas aportaciones atribuye a los fenicios la observación de los astros al navegar (*Hist. Nat.*, VII, 209, 1-2)

³⁴ Los magos eran una antigua casta de sacerdotes persas. Se dice que fueron los seguidores de Zoroastro (incluso Diógenes Laercio lo considera el primero de éstos), maestro y profeta persa que vivió aproximadamente entre 630 y 550 a. C., fundador del zoroastrismo, también conocido por su nombre en persa antiguo, Zaratustra. La religión de los magos incluía elementos babilónicos como la astrología, la demonología y la magia (de la que derivaron su nombre). Hacia el siglo I d. C., los magos eran famosos por sus dotes adivinatorias y su sabiduría.

³⁵ Una de las más conocidas es la de los coloquios de Zoroastro con el “Señor de la sabiduría”, el dios Ahura Mazda, de quien recibió las revelaciones que sirvieron de fundamento al zoroastrismo y que después fueron recopiladas en el *Avesta*, principal texto sagrado de la religión. Diógenes Laercio refiere: “ En el libro XXIII, Soción dice que los magos tratan mucho de la justicia; que consideran impiedad quemar los cadáveres, y que está permitido casarse uno con su madre o con su hija. Que hacen adivinaciones y predicciones, y dicen que se les aparecen los dioses; que el aire está lleno de visiones que, fluyendo de los cuerpos, con los vapores se hacen visibles a los ojos de más aguda vista, y que prohíben el maquillaje del rostro y usar oro. Visten de blanco, duermen sobre tierra, comen hierbas, queso y pan ordinario; utilizan una caña como báculo, y en su extremo ponen un queso y se lo van comiendo.”

³⁶ A partir de Alejandro Magno, cuando las doctrinas de algunos sabios de la India fueron conocidas por los griegos, estos sabios fueron llamados gimnosofistas. Se trataba de los sabios (*sophistai*) desnudos (*gymnoi*) que, como los faquires del mundo musulmán, llevaban una vida muy austera y vivían de limosnas, ya que no poseían bienes. Los gimnosofistas eran los brahmanes, la primera de las cuatro castas de la India o posiblemente un grupo especial de los brahmanes. La influencia de estos sabios está confirmada sólo en los escépticos griegos, como Pirrón, y en los sistemas filosóficos de la época helenística. Se les ha relacionado también con los cínicos y con los pitagóricos, pero no hay pruebas seguras de que hayan tenido contacto con ellos.

³⁷ Diógenes Laercio los identifica con los líbicos. Guevara, siguiendo a San Agustín, que a su vez se apoya en Herodoto y Virgilio, adopta la identificación del mítico Titán Atlas, hijo de Japeto y hermano de Prometeo, con el lugar geográfico de los montes Atlas, en Mauritania, hogar de los libios. Atlas fue el padre de las Pléyades y algunas otras constelaciones. Los antiguos lo consideraban un sabio y el fundador de la ciencia astronómica.

³⁸ Zamolxis: De acuerdo con Herodoto, dios de los getas de Tracia, también llamado Gebeleizis, que había prometido a sus devotos la inmortalidad. Evemero recoge la versión de que Zamolxis era un charlatán que se adjudicó las ideas que había tomado de Pitágoras. Platón, por su parte, lo presenta como un rey divinizado, al cual se atribuían hechizos de sanación. Orfeo, también tracio, fue celebrado por sus dotes musicales. Hijo de Apolo y de una de las musas, su música tenía un poder tan extraordinario, que logró el consentimiento de Hades a su petición de recuperar de la muerte a su amada Euridice. Se le considera autor de varios poemas. Los practicantes de cultos místicos y los pitagóricos lo adoptaron como guía, y los pensadores neoplatónicos lo reconocieron como uno de los primeros teólogos.

³⁹ Desde el siglo II a. C. Hasta el siglo II d. C., el druidismo fue la religión que profesaron los antiguos celtas que habitaron la Galia y las islas británicas. Los druidas tenían funciones de sacerdotes, profesores de religión, jueces y administradores públicos. Tenían una influencia muy determinante en todos los aspectos de

la vida pública de los celtas, y su participación como líderes de la resistencia que los galos opusieron a los romanos fue de gran importancia.

⁴⁰ Legislador de Mileto, matemático y astrónomo. La tradición le ha concedido el título de padre de la filosofía. Aristóteles lo identifica como fundador de la filosofía de la escuela jónica, que consideraba como principios de las cosas los que proceden de la naturaleza de la materia. Con Tales inició la madurez de la filosofía al plantearse qué son las cosas y cuál es el principio del cambio.

⁴¹ La noticia de los viajes de Tales a Creta y Egipto se encuentra en su carta a Ferécides transmitida por Diógenes Laercio: “pasaré a Sirón a verte, porque es verdad que no somos tan estóridos yo y Solón Ateniense, que habiendo navegado a Creta a fin de hacer nuestras observaciones, y a Egipto para comunicarnos con los sacerdotes y astrónomos, lo dejemos ahora para ir a verte.” Heródoto atribuye a Tales origen fenicio, pero esto no está del todo comprobado.

⁴² Este cálculo se realizaba por medio de la sombra que proyectaban las pirámides en proporción a la medida del cuerpo humano.

⁴³ Anaximandro de Mileto (ca. 610-547 a. C.), fue uno de los filósofos de la escuela jónica, cuya preocupación fundamental era el principio material de las cosas que conforman el universo, así como el principio que rige sus constantes cambios. Anaximandro señaló como principio y fundamento de la generación de las cosas al infinito, constituido por lo inmortal e imperecedero, lo indeterminado e indiferenciado, es decir el *apeiron*.

⁴⁴ Anaxímenes (ca. 588-524 a. C.), también nacido en Mileto, discípulo de Anaximandro, consideró que el aire era anterior al agua, y lo prefirió por ello como principio, con las mismas características de infinitud del principio establecido por su maestro.

⁴⁵ Anaxágoras de Clazomene (ca. 499-428 a. C) se trasladó a Atenas en 453, donde mantuvo amistad con Pericles. En el año 434, se vió obligado a abandonar la ciudad a causa de una acusación de impiedad hecha por los enemigos de Pericles. Fue, según Diógenes Laercio, el primero que añadió la inteligencia (*nous*) a la materia (*hyle*). Anaxágoras resuelve la cuestión de la filosofía presocrática con la hipótesis de un número infinito de elementos, de gérmenes o semillas diferentes entre sí, de cuya mezcla y separación nacen las cosas visibles. Murió en Lámpsaco.

⁴⁶ Arquelao de Atenas (ca. 420 a. C.) fue discípulo de Anaxágoras y maestro de Sócrates. Es considerado el último de los fisiólogos y el enlace entre la filosofía socrática y Sócrates. Arquelao armonizó las doctrinas de Anaxágoras con las de Anaxímenes al considerar que hay un número infinito de principios heterogéneos, que el fundamento de todo es el *nous*, aunque éste no es puro, sino una mezcla. El *nous* causa los movimientos y efectúa las separaciones y combinaciones de los elementos.

⁴⁷ Sócrates (470/469-399 a. C) nació en Atenas, hijo de un escultor, Sofronisco, y de una partera, Fenarete, como dice Diógenes Laercio y él mismo en varios pasajes de la obra de Platón. Diógenes Laercio resalta el hecho de que Sócrates, a diferencia de los filósofos anteriores a él, no emprendió viajes a tierras lejanas, salvo cuando sirvió como soldado en las batallas de Potidea, Delio y Anfípolis. Sus enseñanzas no se basaban en la exposición, sino en el diálogo y, sobre todo, en la interrogación.

⁴⁸ Cic., *Disp. tusc.*, V, 10, 12. La tradición ha considerado que con Sócrates inicia la filosofía moral, la ética, y la política.

⁴⁹ Anécdotas tomadas de la vida de Sócrates de Diógenes Laercio.

⁵⁰ Sócrates se atrajo pronto muchos enemigos. Aristófanes lo ridiculizó en varias de sus comedias, pero no fue el más encarnizado de sus enemigos. Melito, Anito y Licón presentaron en su contra las acusaciones de impiedad y corrupción de la juventud por las que Sócrates fue juzgado y condenado a muerte en 399. Aunque sus discípulos le propusieron huir de la prisión, no aceptó el ofrecimiento y prefirió aceptar libremente la muerte, pues a lo largo de su existencia defendió que la filosofía es, más que una especulación acerca del mundo, un modo de ser por el cual es preciso sacrificar la propia vida cuando así convenga.

⁵¹ Cic., *Acerca del orador*, III, 61, 8.

⁵² Las escuelas fundadas por los discípulos de Sócrates se han llamado “escuelas socráticas”, porque forjaron sus doctrinas filosóficas a base de alguno de los rasgos del socratismo, entendido como guía moral. Los cirenaicos, así llamados por su fundador Aristipo de Cirene (ca. 435 a. C.), compartían con otras escuelas socráticas, como los cínicos y los megáricos, la idea de que la felicidad está en la tranquilidad del ánimo, y de que esta tranquilidad se consigue con la autarquía, es decir el imperio del hombre sobre sí mismo. El sumo bien de los cirenaicos era el placer, y creían que para conseguirlo había que utilizar las circunstancias adecuadamente y, al mismo tiempo, liberarse de los deseos inquietantes producidos por la aspiración al placer. Su teoría del conocimiento estaba basada en las sensaciones. La escuela megárica, fundada por

Euclides de Megara (*ca.* 450-380 a. C.), contiene además de la influencia de Sócrates, una notable influencia de Zenón de Elea. Los megáricos se distinguieron sobre todo por su propensión a los ejercicios dialécticos y al tratamiento de sutilezas lógicas y semióticas. En lo que respecta a las cuestiones éticas, algunos megáricos se inclinaron hacia doctrinas del tipo de las defendidas por el cínico Antístenes. También socrática es la escuela elíaca-erétrica, aunque Guevara las separa aquí, debe ser considerada una sola escuela. Se llama elíaca por haber sido fundada en Elis por Fedón, quien inspiró el diálogo homónimo de Platón; y erétrica, por haber sido difundida en Eretria por Menedemo. Aunque interesados en cuestiones dialécticas, los elíaco-erétricos parecieron inclinarse cada vez más hacia el tratamiento de problemas éticos y prácticos, aproximándose considerablemente a concepciones cínicas.

⁵³ La Academia, fundada por Platón hacia el año 387 a. C., fue la escuela de inspiración socrática más próspera. Subsistió hasta el año 529 d. C., en el cual fue cerrada por orden del emperador Justiniano, más por motivos religiosos que filosóficos. A lo largo de su historia, la Academia sufrió importantes transformaciones. La tradición ha distinguido tres periodos: Academia antigua, Academia media o segunda y Academia Nueva o tercera. Algunos consideran un cuarto periodo, al que han denominado Academia novísima, iniciado por Filón de Larisa hacia 110 a. C.

⁵⁴ Platón (428/427 a. C.), nació en Atenas en el seno de una familia aristocrática; su padre Aristón era descendiente del rey ático Codro, y su madre Perictione, de Solón. El verdadero nombre de Platón fue Aristocles. Acerca del sobrenombre con el que pasaría a la historia, se encuentran tres versiones en Diógenes Laercio: “Se ejercitó en la palestra bajo la dirección de Aristón Argivo, maestro de lucha, el cual por la buena proporción de su cuerpo, le mudó en el de Platón el nombre de Aristocles que antes tenía tomado de su abuelo [...] . Otros creen que fue llamado así por lo amplio de su locución, o bien porque tenía frente ancha [...] .”

⁵⁵ Anécdota tomada de Diógenes Laercio: “Se cuenta que Sócrates vio en sueños un polluelo de cisne, que plumaba sobre sus rodillas, el cual, metiendo luego las alas, se elevó por los aires y dio dulcísimos cantos, y que habiéndole sido llevado Platón al día siguiente, dijo: ‘He aquí el cisne’ .”

⁵⁶ Filósofos de la escuela pitagórica, también conocida como escuela itálica por haberse desarrollado en la Magna Grecia, en el sur de Italia. Algunos autores antiguos han señalado que los pitagóricos se dividieron en dos sectas: la esotérica (o de los pitagóricos) y la de los pitagoristas. Los primeros partidarios de Pitágoras son llamados antiguos pitagóricos, entre los cuales se cuentan los tres aquí mencionados. Filolao, natural de Crotona, vivió a fines del siglo V a. C., se le ha considerado autor de la teoría de la reducción a números de las características del espacio y las cualidades de los cuerpos. Arquitas de Tarento (s. IV a. C.), fue, según Diógenes Laercio, el primero que aplicó las matemáticas a las cosas mecánicas y el primero que empleó el cubo en la geometría, según Platón. Una de las influencias más destacadas de los pitagóricos es precisamente la ejercida sobre Platón, en la fase de su obra en la que presenta la teoría de las ideas en números.

⁵⁷ Tres viajes realizó Platón a Sicilia. El primero lo hizo por invitación de Dionisio el viejo, tirano de Siracusa, y terminó muy mal para el filósofo, pues por orden del tirano, fue ofrecido como esclavo en el mercado de Egina y tuvo que ser rescatado. Al regresar de este viaje, fundó la Academia en Atenas. Realizó su segundo viaje a instancias del sucesor de Dionisio el viejo, su hijo Dionisio el joven. La intención de Platón era persuadir al nuevo tirano de poner en práctica sus ideas de reforma política. Empezó un tercer viaje para intentar convencer finalmente a Dionisio, pero al verse implicado en las luchas políticas del Estado, huyó bajo la protección de Arquitas hacia Atenas, donde permaneció definitivamente.

⁵⁸ Diógenes Laercio afirma en su vida: “En las cosas sensibles o sujetas a los sentidos filosofaba con Heráclito; en las intelectuales con Pitágoras, y en las políticas o civiles, con Sócrates.”

⁵⁹ Otra versión, difundida por Diógenes Laercio, es la de que la Academia recibió este nombre por estar situada en los jardines consagrados al héroe ateniense Academo.

⁶⁰ La Academia nació con la función “oficial” de un *thiasos*, una congregación religiosa para rendir culto a las musas con sacrificios regulados. Junto a este culto se desarrolló una intensa actividad filosófica y científica, sobre todo en el campo de las matemáticas, la música, la astronomía y la ciencia de la división y la clasificación. La Academia fue también, al menos mientras vivió Platón, una fuente importante de influencias en el terreno no sólo religioso, moral y científico, sino también en el político, lo cual la ha distinguido de otras escuelas filosóficas. Tuvo también una intensa actividad pedagógica, que se manifestaba en las lecciones y diálogos que ahí tenían lugar. Véase también nota 58.

⁶¹ Los representantes de la Academia antigua, cuatro de ellos sucesores de Platón. Espeusipo (*ca.* 407-339 a. C.), sobrino de Platón, dirigió la Academia de 374 a 399 a. C.; Jenócrates (*ca.* 396-314 a. C.), de 339 a 314; Polemón de 314 a 270 y Crates de Atenas de 270 a 268. Durante este periodo los académicos continuaron con la especulación platónica, ligándola cada vez más estrechamente al pitagorismo. Se introdujo también la

afirmación de la percepción como fuente del conocimiento, las investigaciones sobre los grados del saber, la mezcla de ascetismo y hedonismo (sobre todo en Polemón y Crantor) y algunas tendencias que acercaron a algunos académicos, como Crates, al cinismo.

⁶² El punto en el que Jenócrates y Aristóteles coincidían era sin duda la preocupación de ambos por la clasificación del saber. Jenócrates fue muy conocido por su división en lógica (o dialéctica), física y ética; también por su clasificación de los grados del saber, de la verdad y de la realidad. Como Espeusipo, Jenócrates fue criticado por Aristóteles en la *Metafísica*, incorporando sus doctrinas a lo que el estagirita reconocía como platonismo.

⁶³ Diógenes Laercio refiere varias anécdotas a este respecto: que guardaba celosamente su castidad, que rechazó el dinero y los regalos que le ofrecieron Filipo, Alejandro Magno y Antípatro, que era enemigo del lujo, que colocó en una estatua del dios Mercurio la corona de oro con la que fue condecorado en un convite, que pasaba los días meditando y que incluso dedicaba una hora de su día al silencio total.

⁶⁴ Arcesilao de Pitanes (ca. 315/314 –241/240 a. C.) fue discípulo primero de Teofrasto y luego de Polemón, Crates y Crantor. Escolarca de la Academia, fundador de la Academia Media, buscó en Platón argumentos a favor de su escepticismo, no obstante combatió el escepticismo extremo. Diógenes Laercio, Filodemo de Gábara, Cicerón, Sexto Empírico y Suidas son las principales fuentes para el conocimiento de sus doctrinas.

⁶⁵ Cic., *Lúculo*, 15, 4.

⁶⁶ El escepticismo de Arcesilao tiene sus raíces en la afirmación de Platón acerca del conocimiento de las cosas materiales, que al no poseer estabilidad ni solidez, no pueden originar un conocimiento estable y sólido, sino un conocimiento probable. Esta opinión del maestro fue extendida por Arcesilao a la totalidad del conocimiento humano.

⁶⁷ Los tres antecesores de Carneades. De estos filósofos se sabe muy poco. Lacides era natural de Cirene, tenía su escuela en la Academia, en el huerto del rey Átalo. Enseñó allí durante veintiséis años y, según Diógenes Laercio, cedió su escuela a Telecles y Evandro, naturales de Focia. De Hegesino, se sabe solamente que era de Pérgamo, que sucedió a Evandro y que fue el antecesor de Carneades.

⁶⁸ Carneades de Cirene (ca. 214-129 a. C) fue escolarca de la Academia desde el año 156 hasta su muerte. Junto con el estoico Diógenes y el peripatético Critolao, fue integrante de aquella famosa embajada enviada a Roma por los atenienses para defender ante el senado la resistencia a un castigo impuesto a su ciudad, hecho que significó un momento decisivo en la historia de la influencia del pensamiento griego en la cultura romana. De su obra, sólo se conservan fragmentos.

⁶⁹ Clitómaco de Cartago (187/186-109-110 a. C) fue escolarca de la Academia a partir de 129 o 126. Su verdadero nombre fue Asdrúbal (Diog. Laerc. IV, 67). A los cuarenta años se trasladó a Atenas, donde fue discípulo de Carneades de Cirene. Sus escritos, que eran extensos comentarios a las obras de su maestro, parecen haber influido a Cicerón y a Sexto Empírico. Filón de Larisa sucedió a Clitómaco en la dirección de la Academia desde 110 o 109 hasta aproximadamente 88 a. C. Se le reconoce como el iniciador de la cuarta época de la Academia, la llamada “Academia novísima”, por haberse alejado del escepticismo académico moderado de Arcesilao y Carneades, y haber adoptado el dogmatismo, defendiendo que esta doctrina no se alejaba del todo del pensamiento platónico ni de las doctrinas de sus maestros. En una estancia que hizo en Roma, contó entre sus discípulos a Cicerón. A la muerte de Filón, tomó la dirección de la Academia Antíoco de Ascalón, quien finalmente dio equilibrio a las vicisitudes de la escuela platónica con su posición dogmática y ecléctica, pues opinaba que se debía regresar a las fuentes platónicas y aristotélicas, y a la vez admitía el eclecticismo de los estoicos. Esto parece haber tenido gran influencia en Cicerón, a quien debemos la mayor parte de lo que conocemos con respecto a su filosofía. Concluyó la dirección de la Academia a su muerte, acaecida en 68 a. C.

⁷⁰ Marco Terencio Varrón (116-27 a. C.) Nacido en la Sabinia, fue discípulo en Atenas del académico Antíoco de Ascalón. Llegado a Roma hizo carrera política y obtuvo la pretura. Se adhirió a Pompeyo durante la guerra civil. Después de la batalla de Farsalia obtuvo el perdón de Julio César, y a la muerte de éste fue proscrito por Marco Antonio. Su obra comprende gran parte de los campos de investigación. De ella sobrevive íntegra *De re rustica*; y se conserva parcialmente el tratado *De lingua latina*.

⁷¹ Lucio Licinio Lúculo (110-56 a. C): General y político romano. Participó en la guerra social y en la guerra contra Mitridates bajo el mando de Sila, de cuya simpatía gozaba. Desempeñó cargos públicos en Roma y fue pretor de la provincia de África. En el 74 a.C fue cónsul y dirigió la tercera guerra contra Mitridates durante ocho años. Pompeyo lo sustituyó como comandante del ejército y Lúculo se retiró de la vida pública. Es recordado sobre todo por sus grandes riquezas y por su patrocinio a artistas y escritores.

⁷² Polibio (ca.203-120 a. C.): Historiador griego nacido en Megalópolis. Fue uno de los griegos enviados a Roma como rehenes después de la derrota de la liga aquea en 168. El general romano Emilio Paulo lo recibió en su casa y lo nombró preceptor de sus hijos, de los cuales, el menor fue adoptado por la familia de los Escipiones y por ello fue conocido como Publio Cornelio Escipión. A pesar de que en 151 los romanos concedieron a estos griegos la licencia de volver a su patria, Polibio prefirió permanecer con Escipión y acompañarlo en sus campañas por África. Dedicó los últimos años de su vida a la redacción de su gran obra en cuarenta libros Historia, donde muestra su admiración por Roma y el dominio que ejerce sobre los pueblos.

⁷³ Panecio de Rodas (ca. 185-110/109 a. C): Filósofo estoico, uno de los principales representantes del estoicismo medio, que se caracterizaba por sus ideas platónicas y pitagóricas, así como por su tendencia a la universalidad de intereses intelectuales y al escepticismo moderado. Durante su estancia en Roma, Panecio tuvo relación con los altos círculos aristocráticos de la sociedad romana en ese tiempo: Lelio, Escévola, Rutilio, Rufo, Estilón y Escipión.

⁷⁴ Aristóteles de Estagira (ca. 384/383-322 a. C): Fue discípulo de Platón en Atenas durante cerca de veinte años. Al morir su maestro, en 348, marchó hacia Assos, ciudad de Asia Menor, luego a Mitilene y, finalmente, a la corte del rey Filipo de Macedonia, donde fue preceptor de Alejandro Magno. Hacia 335 regresó a Atenas, donde fundó su escuela, en el Liceo. El movimiento antimacedónico que resurgió a la muerte de Alejandro Magno lo forzó a retirarse a Calcis de Eubea, donde terminó sus días.

⁷⁵ La palabra griega “peripatético” se compone de la preposición *perí* (alrededor de) y del verbo *patéin* (andar).

⁷⁶ Aristóteles es uno de los escritores más prolíficos de la antigüedad. Una gran parte de sus obras ha tenido la fortuna de haber sobrevivido a la voracidad de los tiempos, aunque con múltiples alteraciones y discusiones en torno a su autenticidad, como expone Guevara más adelante. Las obras del estagirita abarcan diversas ramas del conocimiento: lógica, filosofía natural, psicología, biología, metafísica, ética, política, economía, retórica y poética.

⁷⁷ Teofrasto de Ereso (ca. 372-288 a. C.): El discípulo más querido de Aristóteles y a quien han sido atribuidas muchas de las obras que figuran en el *Corpus Aristotelicum*. Su obra más conocida fue *Caracteres*, una colección de tipos psicológicos que influyó grandemente en la literatura de su época. Durante mucho tiempo fue considerado no más que un compilador de la obra de su maestro, pero actualmente se ha demostrado que su contribución a la lógica fue muy importante, ya que representa un eslabón entre la lógica aristotélica y la lógica de los estoicos.

⁷⁸ Averroes (1126-1198 d. C.) Filósofo árabe nacido en Córdoba, discípulo de Abentofail, uno de los filósofos árabes más eminentes. Fue juez en Sevilla y Córdoba hasta que fue acusado de herejía y deportado a Marruecos donde murió. Se distinguió sobre todo por haber escrito numerosos comentarios a las obras de Aristóteles, que tuvieron una influencia importante en la filosofía escolástica.

⁷⁹ Guevara considera injusto que se condene al estagirita sólo por los errores que cometieron los escolásticos en su interpretación, y, en cambio, prefiere mantener una postura intermedia: disculpa a Aristóteles de los errores que pudo haber cometido dada su condición humana y lo reconoce sobre todo por su destacada labor en el desarrollo de los conocimientos científicos.

⁸⁰ El verdadero nombre de Teofrasto fue Tirtamo, pero de acuerdo con Diógenes Laercio, Aristóteles se lo cambió por el de Teofrasto, que se compone del sustantivo griego *theós* y del verbo *phrazein*, es decir, el que habla como un dios. Vivió entre 372 y 288 a. C., nació en Éreso, en la isla de Lesbos. Durante mucho tiempo fue visto simplemente como el sucesor de Aristóteles en la dirección de la Academia. Guevara da cuenta aquí de su labor recopiladora del conocimiento y de su afición por el estudio de la naturaleza. De acuerdo con J. Ferrater Mora, en este momento cualquier consideración de la obra del filósofo de Éreso debe considerarse provisional, aunque revela que se ha demostrado que en materia de lógica su contribución fue mucho mayor de lo que se ha admitido tradicionalmente. La obra más conocida de Teofrasto fue *Caracteres*, la cual tuvo una influencia muy importante en la literatura de su época.

⁸¹ Demetrio Falereo (ca. 345-283 a. C): Discípulo de Teofrasto, se ocupó en actividades políticas y escribió numerosas obras sobre cuestiones éticas, tratados sobre caracteres morales y sobre los sueños, sobre política, leyes, retórica y ciencia militar, así como biografías de políticos y legisladores. Quedan fragmentos de sus obras sobre la Constitución de Atenas, la vida de Sócrates, su actividad política como arconte, retórica y cuestiones filosóficas.

⁸² Estratón de Lámpsaco. Vivió hacia el siglo III a. C. La única fecha cierta que se conoce en torno a su vida es la del periodo en que fue escolarca del Liceo: dieciocho años a partir de 288 o 287 a. C. Se interesó sobre

todo por las ciencias naturales, de ahí su sobrenombre “el físico”. Su tendencia fue naturalista y aún mecanicista, defendió el atomismo y dijo que el átomo es infinitamente divisible y dotado de cualidades.

⁸³ Lycón de Laodicea: Discípulo de Estratón de Lámpsaco y de Pantoides, filósofo dialéctico de Megara. De 278 /272 a 228 / 225 a. C. fue escolarca del Liceo, habiendo sucedido a Estratón. Como explica Guevara siguiendo a Diógenes Laercio, sus colegas creyeron conveniente, dada su aptitud para la oratoria, agregar a su nombre una letra γ para formar la palabra *glycon*, cuyo significado es dulzura.

⁸⁴ Aristón de Queos: Frecuentemente ha sido confundido con Aristón de Quios, discípulo de Zenón de Citio. Aristón de Queos fue sucesor de Glycón en la dirección del Liceo. Ocupó el cargo probablemente desde 288 o 285 a. C. No parece haber contribuido con ideas originales a la escuela peripatética, se le atribuye más bien una labor de difusión.

⁸⁵ Critolao de Faselis: Nacido en Licia (ca. 156 a. C.), sucesor de Aristón. Fue miembro de la famosa embajada de los filósofos a Roma en el año 155. Se dice que estuvo alejado de los peripatéticos porque en la ética adoptó algunas doctrinas de los estoicos y de los cínicos. Defendió la doctrina de la persistencia y eternidad del cosmos y consideró que tanto los dioses como las almas tienen al éter como quintaesencia.

⁸⁶ Diodoro Crono: Originario de Iasos. Se desconoce la fecha de su nacimiento. Murió hacia 284 a. C. Fue líder de una escuela dialéctica. Tuvo entre sus discípulos al lógico Filón y a Zenón, fundador del estoicismo. Combinó las tradiciones dialécticas de Zenón de Elea y de Sócrates. Ejerció su actividad en Atenas y Alejandría e influyó profundamente en la filosofía helenística.

⁸⁷ En el 85 a. C.

⁸⁸ Antístenes de Atenas (ca. 444-365 a. C.), discípulo del sofista Gorgias y luego de Sócrates. Antístenes despreció todo saber que no conduce a la felicidad; difundía en su escuela las enseñanzas habituales de los sofistas, pero el no consideraba la erística como un medio de formación intelectual, sino una preparación para la vida tranquila, tranquilidad que sólo es posible cuando se alcanza la autosuficiencia o autarquía. De sus numerosas obras sólo se conservan fragmentos.

⁸⁹ Diógenes de Sínope (ca. 413-327 a.C.) El tipo más representativo del filósofo cínico. Combatía, según Diógenes Laercio, la falsa vanidad de Platón, y a la teoría de las ideas de éste, oponía lo concreto, la realidad visible y tangible que él creía irrefutable. Su filosofía era vivir de acuerdo con la naturaleza y no sometido a las complicadas convenciones sociales.

⁹⁰ Crates de Tebas (s. IV a. C.) Discípulo de Diógenes de Sínope y posiblemente también de Brisón el aqueo. Escribió un poema burlesco, Paignia, parodia de los géneros severos, la epopeya, la elegía y la tragedia. Utilizó la ironía para defender las ideas de los cínicos.

⁹¹ Hiparquia de Maronea (s. IV a. C.) Discípula y compañera de Crates de Tebas.

⁹² Peregrino Proteo (s. II) Es considerado fundamentalmente un filósofo cínico, aunque hay en él una aceptación de las corrientes místicas, el brahmanismo e, incluso, el cristianismo. Algunos también lo consideran ecléctico, por supuesto que Guevara no es de éstos. Quien plasmó muy bien el extremismo que marcó la vida de Peregrino fue Luciano de Samosata. El desprecio por las normas sociales llevado al límite le dio una muerte aparatosa: se arrojó a las llamas durante las fiestas olímpicas del año 165.

⁹³ Zenón de Citio (ca. 335- 264 a. C.) : Discípulo del cínico Crates de Tebas, del megárico Estilpón y de los académicos Jenócrates y Polemón. Fundador de la escuela estoica, que fue llamada así porque tenía como sede el “pórtico multicolor” (*Stoa poikile*) de la ciudad de Atenas. Sólo se conservan fragmentos de sus obras, entre ellas *De la República*, *De la naturaleza humana* y *Del amor*.

⁹⁴ Guevara ofrece aquí la enumeración de algunas figuras representativas del estoicismo, entre las que se encuentran filósofos de las tres épocas del estoicismo: la antigua, la media y la nueva o romana. Al estoicismo antiguo pertenecen el fundador (Zenón de Citio) Cleantes, Crisipo y Diógenes de Babilonia. Éstos admitieron algunos rasgos de la filosofía cínica y tuvieron gran interés en las cuestiones físicas y lógicas. De los representantes del estoicismo medio, enumera a Panecio y Posidonio, cuyo interés se centra más en la ética. Influyeron en pensadores de otras escuelas, como el académico Antíoco de Ascalón. Fueron los estoicos medios quienes se encargaron de difundir el estoicismo en Roma. Entre los estoicos nuevos, menciona a Antipatro de Tiro, quien influyó en Catón de Útica, Epicteto, Estilpón, y a los estoicos romanos Séneca, Poeto, Helvidio Prisco y Marco Aurelio. Predomina en el estoicismo nuevo las cuestiones morales y religiosas, el interés por el naturalismo y la tendencia al enciclopedismo.

⁹⁵ Pirrón de Elis (ca. 360-270 a. C.): Conocedor de la escuela de Megara, de las doctrinas de Heráclito, de Demócrito y de los gimnosofistas. Es uno de los representantes del escepticismo. Para él, los juicios son convencionales y se basan en sensaciones cambiantes, por lo cual lo mejor es no apegarse a ninguna doctrina ni emitir juicio alguno. Con su pensamiento se construyó una corriente escéptica llamada pirronismo.

⁹⁶ Jenófanes de Colofón (ca. 570-470 a. C., según W. Jaeger): Fundador o inspirador de la escuela de Elea. Escribió en verso varias parodias y un *Perí physeos*. En las parodias critica los honores excesivos, el lujo, la creencia en la reencarnación y las ideas de Homero y Hesíodo sobre los dioses. Se opone al antropomorfismo y al teromorfismo, habla del Gran Dios, el uno. A partir de esto último se discute una posible concepción monoteísta de Jenófanes. Tuvo también interés en la cosmogonía.

⁹⁷ Demócrito de Abdera (ca. 460-370 a. C.): Discípulo de Leucipo. Aristóteles lo señaló como un filósofo que se distinguió del resto de los filósofos por su método. Creador del atomismo, junto con su maestro. Estableció como principios lo lleno y lo vacío. Identificó al ser con los átomos, cuyo número es infinito, diferenciados entre sí por su orden, figura y posición. El espacio en que los átomos se mueven es el vacío, su movimiento es mecánico. Discípulos directos o indirectos de Demócrito son Metrodoro de Quíos, Anaxarco y Diógenes de Esmirna.

⁹⁸ Heráclito de Éfeso (ca. 444-504 /501 a. C.): Se discute aún la cuestión de la época en que vivió Heráclito; algunos lo suponen posterior a Parménides, otros, anterior. Muy conocidas son las anécdotas de su carácter solitario e impulsivo, y su fama de escritor “oscuro”, en el sentido de que sus escritos tienen el estilo enigmático propio de los oráculos. Escribió la obra *Sobre la naturaleza*, y se conservan fragmentos suyos en Sexto Empírico, Diógenes Laercio, Hipólito, Jámblico, Plotino, Plutarco, Porfirio, Estobeo, Teofrasto, Platón y Aristóteles. Entre sus pensamientos, los más importantes son el del fuego como principio de la materia, la idea del cambio continuo de la materia y la idea de la oposición de los contrarios, que sirvió de fundamento a la idea de la lucha de clases del materialismo histórico.

⁹⁹ Pitágoras de Samos (fl. 532 a. C.) Discípulo de Ferécides y de Anaximandro. Debido a las animadversiones que despertó entre los demócratas la comunidad político-religiosa fundada por él hacia 530 en Crotona, tuvo que huir a Metaponto. Desde la antigüedad hasta nuestros días existe el problema de si Pitágoras escribió o si los fragmentos que llegan bajo su nombre son en realidad del grupo de los pitagóricos. De acuerdo con Diógenes Laercio, a quien sigue Guevara, Pitágoras adquirió sus conocimientos en sus viajes a Creta y Egipto. Entre sus más famosas enseñanzas están la teoría de los números, de donde se desprende el teorema que lleva su nombre, unida a la teoría de la música y de la armonía del universo. En cuanto a su cosmología, Guevara toma lo que dice Laercio: que defendió que la tierra es redonda y que por ello existe la antípoda, que la luna no tiene luz propia, que el lucero de la mañana es el véspero de la tarde. Con sus enseñanzas, inculcó en sus discípulos un estilo de vida austero, puro y frugal.

¹⁰⁰ Empédocles de Agrigento (ca. 483-430 a. C.): No se sabe con certeza de quién fue discípulo. Durante toda la antigüedad tuvo fama de predicador, escritor de tragedias, discursos y poemas de distintos temas. Se dice que recorrió las principales ciudades de Magna Grecia en calidad de mago, médico y orador. Considera que el universo se compone de cuatro elementos: agua, tierra, aire y fuego. Estos elementos son indestructibles, y se mezclan y se separan por obra del Amor y del Odio. Se le han atribuido dos poemas, uno intitulado *De las purificaciones*, poema religioso, antropológico y exotérico. El otro, llamado *De la naturaleza*, es un poema cosmológico y esotérico. Hay muchas leyendas en torno a su vida y a su muerte, la más conocida es la de que se arrojó al cráter del Etna.

¹⁰¹ Epicuro de Gargeto (ca. 341-270 a. C.): Existen dos versiones sobre su lugar de nacimiento: una, la que señala que nació en Gargeto, y otra, la que sitúa su lugar de origen en Samos, siendo hijo de padres oriundos del demos ático de Gargeto. Fue educado en Samos, en Atenas y en Colofón; a los treinta y cinco años se estableció en Atenas, donde fundó su escuela conocida como “el Jardín”. Le han sido atribuidas muchas obras, de las que se conservan sólo fragmentos: *De la naturaleza*, *De los átomos* y el vacío, *De las plantas* etc. Han llegado a nuestros días las tres cartas transmitidas por Diógenes Laercio: una a Heródoto acerca de las cosas naturales, otra a Pítocles sobre los cuerpos celestes y la carta a Meneceo titulada *Sobre las cosas necesarias para la vida*. Su filosofía se resume en la búsqueda del mínimo de dolor y el máximo de placer, filosofía que ha sido llamada “hedonismo”, pero entendido como la eliminación de las fuentes de dolor: el temor a la muerte y al castigo divino, los estragos producidos por una vida de excesos, la agitación que produce la vida pública y el estar colmado de riquezas.

APÉNDICE

46
J-V-14

INSTITUTIONUM 15002
ELEMENTARIUM

PHILOSOPHIÆ
AD USUM MEXICANÆ JUVENTUTIS
TOMVS PRIMVS
QUI EST OPERIS SECUNDUS,
COMPLECTENS
LOGICAM, AC METAPHYSICAM.

AB ANDRÆA DE GUEVARA,
ET BASOAZABAL
GUANAXUATENSI PRESBYTERO,



ROMÆ MDCCXCVII.
APUD PAULUM JUNCHIUM:

SUPERIORUM FACULTATE.



1176 - 1177 D-V-13
15001

PRODROMUS
AD INSTITUTIONES PHILOSOPHICAS
SIVE
ELEMENTA
MATHESIOS

INSTITUTIONIBUS PHILOSOPHICIS, CERTÉ PHYSICIS
PRÆMITTENDA

OPUS

AD USUM MEXICANÆ JUVENTUTIS
REGALI GUATIMALENSIUM ACADEMIÆ

DICATUM

AB ANDRÆA DE GUEVARA,
ET BASOAZABAL

GUANAXUATENSI PRÆBYTERO.



ROMÆ MDCCXCVI.
APUD PAULUM JUNCHIUM.

SUPERIORUM FACULTATE.



46
L-8-(13-16)

15.

INSTITUTIONUM
ELEMENTARIUM

PHILOSOPHIÆ

AD USUM MEXICANÆ JUVENTUTIS

TOMUS SECUNDUS

QUI EST OPERIS TERTIUS,

COMPLECTENS

PHYSICAM GENERALEM.

AB ANDRÆA DE GUEVARA,

ET BASOAZABAL

GUANAXUATENSI PRESBYTERO.



ROMÆ MDCCXCVII.

APUD PAULUM IUNCHIUM:

SUPERIORUM FACULTATE.



INSTITUTIONUM
ELEMENTARIUM

PHILOSOPHIÆ
AD USUM MEXICANÆ JUVENTUTIS

TOMUS TERTIUS

QUI EST OPERIS QUARTUS,
ET ULTIMUS

COMPLECTENS

PHYSICAM PARTICULAREM

AB ANDRÆA DE GUEVARA,
ET BASOAZABAL

GUANAXUATENSI PRESBYTERO.



ROMÆ MDCCXCVIII.
APUD PAULUM JUNCHIUM.

SUPERIORUM FACULTATE.



INSTITUTIONUM
ELEMENTARIUM
PHILOSOPHIÆ

AD USUM STUDIOSE JUVENTUTIS

AB ANDREA DE GUEVARA
ET BASOAZABAL

GUANAXUATENSI PRESBYTERO

TOMUS PRIMUS

COMPLECTENS

HISTORIAM PHILOSOPHIÆ ET ELEMENTA MATHESEOS.

Ed. tio prima Hispana.



VALENTIÆ:

IN TYPOGRAPHIA HIERONIMI BOMPII, VIA S. FERDINANDI,
ANNO 1824.

6 i
3443

[Handwritten signature]

Lopez y Salazar

[Handwritten signature]

INSTITUTIONUM
ELEMENTARIUM

6 i
3443

PHILOSOPHIÆ

AD USUM STUDIOSE JUVENUTIS

AL. ANDREA DE GUEVARA

ET BASOAZARAL

GUANAXUATENSI PRESBYTERO

TOMUS PRIMUS

COMPLECTENS

HISTORIAM PHILOSOPHIÆ ET ELEMENTA MATHESIOS.

Editio secunda Hispana.

[Handwritten signature]

VALENTIÆ:

IN TYPOGRAPHIA DE PROSPERIS MOMPÉ, VIA S. FERDINANDI.
ANNO 1825.



INSTITUTIONUM
ELEMENTARIUM

PHILOSOPHIAE

AD USUM STUDIOSE JUVENTUTIS

AB ANDREA DE GUEVARA

ET BASOAZABÁL,

GUANAXUATENSI, PRESBYTERO.

TOMUS PRIMUS,

COMPLECTENS

HISTORIAM PHILOSOPHIAE ET ELEMENTA MATHESIOS.



MATRITI:

Ex Typographia LEONIS AMARITA.

1826.

Juan Robinson

INSTITUTIONUM
ELEMENTARIUM

PHILOSOPHIÆ

AD USUM STUDIOSE JUVENTUTIS

AB ANDREA DE GUEVARA

ET BASOAZABAL,

CUANAXUATENSI PRESBYTERO.

TOMUS PRIMUS.

COMPLECTENS

HISTORIAM PHILOSOPHIÆ ET ELEMENTA MATHESIOS.



MATRITI
EX TYPOGRAPHIA REGIA.

1829.

44
I - VII - (23)

INSTITUTIONUM
ELEMENTARIUM

PHILOSOPHIE

AD USUM STUDIOSE JUVENTUTIS

AB ANDREA DE GUEVARA

ET BASOAZABAL,

GUANAXUATENSI PRESBYTERO.

TOMUS TERTIUS,

COMPLECTENS

PHYSICAM GENERALEM.



MATRITI
EX TYPOGRAPHIA REGIA.
1830.

INSTITUTIONUM
ELEMENTARIUM

PHILOSOPHIÆ

AD USUM STUDIOSE JUVENTUTIS
AB ANDREA DE GUEVARA

ET BASOAZABAL,
GUANAXUATENSI PRESBYTERO.

TOMUS PRIMUS,

COMPLECTENS

HISTORIAM PHILOSOPHIÆ ET ELEMENTA MATHESIOS.



MATRITI
EX TYPOGRAPHIA REGIA.

1833

BIBLIOTECA NACIONAL

INSTITUTIONUM
ELEMENTARIUM

PHILOSOPHIÆ

AD USUM STUDIOSE JUVENTUTIS

AB ANDREA DE GUEVARA

ET BASOAZABAL,

GUANAXUATENSI PRESBYTERO.

TOMUS SECUNDUS,

COMPLECTENS

LOGICAM, AC METAPHYSICAM.



MATRITI

EX TYPOGRAPHIA REGIA.

1833.

INSTITUTIONUM
ELEMENTARIUM

PHILOSOPHIE

AD USUM STUDIOSÆ JUVENTUTIS
AB ANDREA DE GUEVARA

ET BASOAZABAL,
GUANAXUATENSI PRESBYTERO.

TOMUS TERTIUS.

COMPLECTENS
PHYSICAM GENERALEM.



MATRITI
EX TYPOGRAPHIA REGIA.

1872
BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO

INSTITUTIONUM
ELEMENTARIUM

PHILOSOPHIE

AD USUM STUDIOSE JUVENTUTIS
AB ANDREA DE GUEVARA

ET BASOAZABAL,
GUANAXUATENSI PRESBYTERO.

TOMUS QUARTUS,

COMPLECTENS

PHYSICAM PARTICULAREM.



MATRITI
EX TYPOGRAPHIA REGIA.
1833

INSTITUTIONES
PHILOSOPHICÆ,

AUCTORE

FRANCISCO JACQUIER,
ex minimorum Familia, primiarum per
Europam academiarum socio, in lyceo roma-
no, et in collegio urbano de propaganda
fide professore.

TOMUS QUINTUS.

COMPLECTENS ETHICAM

AUT PHILOSOPHIAM MORALEM.



REGIA TYPOGRAPHIA
MEXICO

MATRITI
EX TYPOGRAPHIA REGIA.
1833.

INSTITUTIONUM
ELEMENTARIUM

PHILOSOPHIE

AD USUM STUDIOSE JUVENTUTIS

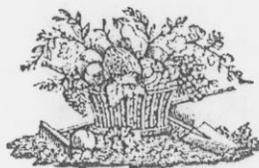
AB ANDREA DE GUEVARA ET BASOAZABAL,

GUANAXUATENSI PRESBYTERO.

TOMUS SECUNDUS.

COMPLECTENS

LOGICAM, AC ONTOLOGIA.



Barcinone:
APUD JOANNEM FRANCISCUM PIFERRER,
TYPOG. REG. IN PLATEA ANGELI.

1845.

DEFINITIONES,
ET EPITOME DOCTRINAE,
QUÆ
IN INSTITUTIONIBUS ELEMENTARIIS,
PHILOSOPHIAE
A D. ANDREA DE GUEVARA EDITIS
CONTINENTUR.

P.A.

MATRITI:

Ex Typographia LEONIS AMARITA.
1826.

BIBLIOGRAFÍA

1) BÁSICA

a) Textos

GUEVARA Y BASOAZÁBAL ANDRÉS DE, *Prodromus ad institutiones philosophicas seu Elementa matheseos*, Roma, Paulo Junco, 1796.

- , *Institutionum elementarium philosophiae ad usum mexicanae iuventutis tomus primus complectens logicam ac metaphysicam*, Roma, Paulo Junco, 1797.

- , *Institutionum elementarium philosophiae ad usum mexicanae iuventutis tomus secundus complectens physicam generalem*, Roma, Paulo Junco 1797.

- , *Institutionum elementarium philosophiae ad usum mexicanae iuventutis tomus tertius complectens physicam particularem*, Roma, Paulo Junco, 1798.

- , *Institutionum elementarium philosophiae ad usum studiosae iuventutis tomus primus, secundus, tertius et quartus*, Venecia, Tomás Betinelli, 1800.

- , *Institutionum elementarium philosophiae ad usum studiosae iuventutis tomus primus, secundus, tertius et quartus* , Venecia, Foresti y Betinelli, 1819.

- , *Institutionum elementarium philosophiae ad usum studiosae iuventutis tomus primus, secundus, tertius et quartus*, Valencia, Ildefonso Mompié, 1824.

- , *Pasatiempos de Cosmología o Entretenimientos familiares acerca de la Disposición del Universo*, México, Gobierno del Estado de Guanajuato / Universidad de Guanajuato, 1982.

b) Libros de consulta

BLÁNQUEZ FRAILE, Agustín, *Diccionario español-latino, latino-español*, Barcelona, Sopena, 1988, 2 vols.

Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana, Madrid, Espasa-Calpe, 1996. 70 vols.

FERRATER MORA, José, *Diccionario de filosofía*, Barcelona, Ariel, 2004, 4 vols.

GARCÍA MOLINER, María, *Diccionario de uso del español*, Madrid, Gredos, 1987. 2 vols.

GUILLÉN, José, *Gramática Latina histórico-teórico-práctica*, Salamanca, Sígueme, 1981, 460 pp.

HORNBROWER, Simon [ed.], *The Oxford Classical Dictionary*, New York, Oxford University, 1996, 1640 pp.

LEWIS, Charlton Thomas, *A latin dictionary*, Oxford, Clarendon Press, 1879, 2019 pp.

PIMENTEL ÁLVAREZ, Julio, *Diccionario latín-español/español-latín*, México, Porrúa, 2002. 998 pp.

REAL ACADEMIA DE LA LENGUA, *Diccionario de la lengua española*, Madrid, Espasa Calpe, 1988. 2 vols.

RUBIO FERNÁNDEZ, Lisardo y González Rolán, Tomás, *Nueva Gramática Latina*, Madrid, Coloquio Editorial, 1990, 327 pp.

B) COMPLEMENTARIA

Biblia de Jerusalén, Bilbao, 1998, Descleé Debrowser S.A., 1895 pp. Dirigida por José Ángel Urrieta López, traducción directa del francés de las nuevas notas e introducciones de M. Revuelta.

BERISTAIN DE SOUZA, José Mariano, *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional*, México, UNAM / INEDOHAC, 1980, 3 vols.

BEUCHOT PUENTE, Mauricio, *Historia de la filosofía en el México Colonial*, Barcelona, Herder, 1996, 280 pp.

- , *Filosofía y ciencia en el México dieciochesco*, México, UNAM, 1996, 169 pp.

- , *Filósofos mexicanos del siglo XVIII*, México, UNAM, 1995, 207 pp. Biblioteca del Estudiante Universitario num. 118.

COSÍO VILLEGAS, Daniel et al., *Historia mínima de México*, México, El Colegio de México, 1994, 181 pp.

DÁVILA Y ARRIAGA, José Mariano, *Continuación de la historia de la Compañía de Jesús en Nueva España del padre Francisco Javier Alegre*, Puebla, Colegio pío de artes y oficios, 1888. 2 vols.

DÍAZ DE GAMARRA Y DÁVALOS, Juan Benito, *Elementa philosophiae recentioris*, México, José de Jáuregui, 1774, 249 pp.

- , *Tratados*, México, UNAM, 1995, 204 pp. Edición y prólogo de José Gaos. Biblioteca del Estudiante Universitario num. 65.

DIÓGENES LAERCIO, *Vida de los filósofos más ilustres*, México, Porrúa, 1998, 375 pp. Colección Sepan cuantos núm. 427.

GÁLVEZ, José de, *Informe sobre las rebeliones populares de 1767*, México, UNAM, 1990, 122 pp. Edición, prólogo, índice y notas por Felipe Castro Gutiérrez. Serie Historia Novohispana núm. 43.

GONZALBO AISPURU, Pilar, *Historia de la educación en la época colonial*, México, El Colegio de México, 1990, 395 pp. Serie Historia de la Educación.

GUEVARA Y BASOAZÁBAL, Andrés de, *Pasatiempos de cosmología. Paleografía del manuscrito original*, México, Gobierno del Estado de Guanajuato / Universidad de Guanajuato, 1982, 243 pp. Presentación de José Ignacio Palencia.

Historia general de México, México, El Colegio de México, 1997, vol. 1.

MAGALLÓN ANAYA, Mario, “Aporías de la filosofía novohispana y moderna” en *La lámpara de Diógenes*, Revista semestral de la Facultad de Filosofía y Letras, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Año 4, núm. 7, vol. 4 Enero-junio de 2003.

MANEIRO, Juan Luis y Manuel Fabri, *Vidas de mexicanos ilustres del siglo XVIII*, México, UNAM, 1989, 223 pp. Biblioteca del Estudiante Universitario núm. 74.

MANEIRO, Juan Luis, *Vidas de algunos mexicanos ilustres*, México, UNAM, 1988, 612 pp. Traducción de Alberto Valenzuela Rodarte. Estudio introductorio y apéndice de Ignacio Osorio Romero. Cuadernos de Estudios Clásicos núm. 24.

MANEIRO, Juan Luis, *Sobre la vida de tres mexicanos ilustres (s. XVIII)*, México, UNAM, 1990, 231 pp. Prólogo, edición y notas de Julio Pimentel Álvarez. Centro de Estudios Clásicos, Serie didáctica N° 5.

MARCO TULLIO CICERÓN, *Sobre la naturaleza de los dioses*, México, UNAM, 1986, 502 pp. BSGRM.

- , *Cuestiones Académicas*, México, UNAM, 1990, 378 pp. BSGRM.

- , *Disputas tusculanas*, México, UNAM, 1987. 2 vols. BSGRM.

MEDINA, José Toribio, *Biblioteca Hispanoamericana*, Santiago de Chile, Fondo histórico y bibliográfico J.T. Medina, 1961, 6 vols.

MÉNDEZ PLANCARTE, Gabriel (comp.) *Humanistas del siglo XVIII*, México, UNAM, 1962, 197 pp. Introducción y selección de Gabriel Méndez Plancarte. Biblioteca del Estudiante Universitario núm. 24.

MORENO MONTES DE OCA, Rafael, *La filosofía de la Ilustración en México y otros escritos*, México, UNAM, 2000, 311 pp.

NAVARRO, Bernabé, *La introducción de la filosofía moderna en México*, México, El Colegio de México, 1948, 310 pp.

OSORES, Félix, *Noticias bio-bibliográficas de alumnos distinguidos del Colegio de San Pedro y San Pablo y San Ildefonso de México*, México, Librería de la vda. de Ch. Bouret, 1908, 336 pp.

PALAU Y DULCET, Antonio, *Manual del librero hispanoamericano. Bibliografía general española e hispanoamericana desde la invención de la imprenta hasta nuestros tiempos, con valor comercial de los impresos*, Barcelona, 1943, 7 vols.

PALENCIA GÓMEZ, José Ignacio, *La filosofía de D. Andrés de Guevara y Basoazábal y el sistema educativo en la Nueva España*, México, tesis de maestría, Facultad de Filosofía y Letras UNAM, 1972, 367 pp.

PÉREZ ALONSO, Manuel Ignacio, “El destierro de los jesuitas mexicanos y la formación de la conciencia de nacionalidad” en Cuadernos de Reflexión Universitaria N° 13, México, Universidad Iberoamericana, 1987, 17 pp.

PRIEGO, Antonio López de, Rafael de ZELIS, Francisco Javier CLAVIJERO, *Tesoros documentales de México. Siglo XVIII*, México, Galatea, 1944, 405 pp. Prólogo y selección de Mariano Cuevas.

VALVERDE Téllez, Emeterio, *Bibliografía filosófica mexicana*, México, Imprenta de J. Rodríguez, 1913, 2 vols.

ZAMBRANO, Francisco y José Gutiérrez Casillas, *Diccionario bio-bibliográfico de la Compañía de Jesús en México*, México, Tradición, 1977, 16 vols.